



MENTIRAS
ARRIESGADAS

ANTÍA EIRAS

zafiro

D.J.57

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Agradecimientos

Biografía

Referencia de las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Tras asistir a una fiesta de disfraces, Adriana Muñoz descubre que su vida puede cambiar drásticamente en un solo instante. Policía de profesión, se promete a sí misma descubrir al culpable de poner en peligro todo lo que es y todo lo que ama.

Para ello se infiltrará en una de las empresas de publicidad más importantes de Barcelona, donde conocerá a Marc de Montellà, el único hombre que supondrá una amenaza no sólo para su tapadera sino también para su corazón.

Secretos, amor, mentiras, odio y una obsesión tan intensa como insana serán los obstáculos que deberá esquivar Adriana hasta descubrir la verdad. Una verdad rodeada de mentiras arriesgadas y que llevará a sus protagonistas hasta límites insospechados. Una verdad para la que no siempre estamos preparados.

Mentiras arriesgadas

Antía Eiras

Prólogo

Nueve meses antes

Tania observó su obra con ojo crítico mientras su hermana, impaciente, deseaba con todas sus fuerzas que terminara de una puñetera vez.

—¿Ya está?

—¿Tú qué opinas, cariño? —preguntó a la persona que estaba sentada muy cerca de ambas, probándose distintas pelucas ante el espejo.

—¿Me lo preguntas como Ricardo o como Rita?

Ella sonrió con malicia al ver el temor en los ojos de su melliza.

—Como los dos.

—¡No, de eso nada! —soltó la hermana, levantándose con brusquedad y dirigiéndose directa hacia el espejo a mirar el trabajo que habían realizado en su rostro, al mismo tiempo que empujaba levemente al hombre sentado delante de su cómoda.

—¿Por qué? —interrogó él, ofendido, haciéndose a un lado.

—Porque, si se lo pregunta a Rita la Conejita Divertida, acabaré yendo pintada como una...

—¿Pilingui? —la interrumpió él.

—No —respondió tajante—. Terminaré pareciéndome a una *drag queen*.

—*Hellooo!!* —exclamó haciendo un gesto con las manos para llamar su atención—. ¿Y cuál sería el problema? ¿Tienes algo en contra de mi profesión?

—Sabes tan bien como yo que no, pero ya voy suficientemente disfrazada, gracias —zanjó de cuajo—. Además, todavía no sé por qué demonios me dejé

convencer.

—Pues porque pareces una vieja de noventa años atrapada en el cuerpo de una mujer de veintiocho, que además me debe un gran favor —intervino su hermana acercándose a ella, para después darle un golpecito en la mano—. ¡Y deja de tocarte el maquillaje, pesada!

La aludida bufó con fastidio al ser recriminada, otra vez, por el mismo motivo.

—Ya te he dicho infinidad de veces que yo soy feliz así. Y en mala hora te pedí aquel maldito favor, que, por cierto, no era tan grande —se defendió, molesta, cruzándose de brazos.

Tania agarró con dos dedos el pequeño y delicado mentón, examinándola con detenimiento, para confirmar que su trabajo no había resultado dañado por los toqueteos de su melliza, girando su rostro de un lado a otro.

—Yo estoy de acuerdo con ella, no te hará ningún daño salir un poco esta noche —intervino Ricardo, al que las dos hermanas llamaban Ricky—. Además... ¡estás que crujes, guapa!

Tras estas palabras, los tres estudiaron en el espejo la imagen de una mujer realmente poco convencional.

Cubierta con un sexy y minúsculo vestido de vampiresa en color rojo rubí, que realzaba sus kilométricas y bien torneadas piernas enfundadas en unas medias de rejilla, el disfraz dejaba poco o casi nada a la imaginación.

—¿Esto no lleva una capa o algo así? —demandó al mismo tiempo que intentaba bajar la diminuta falda que le tapaba escasamente la ropa interior.

También probó a subir, con la otra mano, un corsé palabra de honor con bordados en negro, para ocultar en él sus apretados pechos, que estaban a punto de salir desbocados de aquel encierro.

—Por supuesto.

—¡Gracias a Dios! —exclamó aliviada al saber que no iría con aquella pinta a la fiesta.

Entonces su hermana le entregó una ridícula capa de vampiro en satén color negro.

La mujer agarró con dos dedos aquel pequeño e insignificante trozo de tela a la vez que arrugó el ceño.

—¿Estás de broma?

Tania contuvo con esfuerzo la carcajada que escalaba por su garganta al ver el rostro de su melliza a punto de explotar.

—No.

—¡Y una mierda voy a salir así a la calle! —estalló tirando la minúscula capa lo más lejos posible de ella, al mismo tiempo que se quitaba uno de los zapatos de plataforma de una patada, arrojándolo con fuerza por el aire y casi dándole en la cara a su vecino.

—¡Ey...! —soltó éste esquivando por poco aquella improvisada arma arrojadiza—. ¡Casi me quitas un ojo!

—¡Lo siento! —se disculpó, arrepentida por aquel ataque desafortunado.

—Ana...

Adriana se volvió molesta hacia su hermana; era la única que la llamaba así, y lo hacía desde pequeña sólo por el hábito de hacerla rabiarse, aunque en la actualidad se había convertido en un apelativo cariñoso único y exclusivo de ella.

—¡No, ni hablar Tania! No pienso salir así a ningún lado, ni muerta.

—No seas tonta; vas disfrazada y nadie te va a reconocer.

—He dicho que no. —Y echando de nuevo un vistazo a su indumentaria, continuó—. Estoy completamente ridícula.

—Eso no es cierto —replicó su melliza—, estás increíble. Deberías arreglarte un poco más y no ir vestida todo el día como una monja.

—Yo no visto como una monja —alegó mirándose de nuevo al espejo.

Sus ojos verdes turquesa, herencia de su tatarabuelo, estudiaron con detenimiento exhaustivo el increíble trabajo de maquillaje. Su hermana había pintado en su rostro, con laboriosas florituras, un antifaz que le confería una enigmática mirada, ocultando de forma eficaz sus exóticos y hermosos rasgos tras él. Además, una frondosa y ondulada cabellera castaña con reflejos dorados enmarcaba a la perfección su delicada fisonomía.

Tanto Ricky como Tania refunfuñaron a la vez.

—¡¿Qué?! —exclamó molesta con ambos—. Sólo me visto cómoda, nada más. ¿Hay algún delito en ello?

—Con tu cuerpo y tu cara, sí —declaró el hombre, convencido—. Es un pecado ocultar semejante monumento bajo sosas camisetas y pantalones vaqueros de mercadillo.

—No son de mercadillo, no te pases.

—Son de tiendas *low cost*, que para el caso, y teniendo una hermana modelo, es lo mismo.

—Sabes perfectamente que por mi trabajo no puedo llamar la atención; ya hay bastante machismo en él como para andar provocando chismes entre mis compañeros.

—¡Oh sí, es cierto! No puedes dejar que nada te impida progresar en tu carrera policial —se burló Tania—. Menos mal que te han ascendido a inspectora y has dejado ese horrible uniforme que no te favorecía nada.

—Mi trabajo es muy importante.

—Sí, ya lo sé, nada comparado con el mío, tan superficial y frívolo.

—Chicas, no empecéis —intervino Ricky antes de que la disputa llegara a más, y se acercó a la sexy vampiresa—. Tania sólo te pide una noche, ¿tanto te cuesta aceptar?

—Me siento muy incómoda vestida así —alegó, arrepentida por su anterior arrebató infantil.

—Os veis muy poco por vuestros respectivos trabajos —declaró su vecino, conecedor de la vida de ambas—. Vais a una fiesta por la que muchas matarían por asistir, bailareis y os lo pasareis bien, ¿dónde está el problema?

—Por favor, Ana —le rogó Tania haciendo un mohín con la boca perfectamente estudiado—, no me dejes tirada ahora.

Ella observó a su hermana, que iba disfrazada de Cleopatra, y no pudo resistirse a su petición. Era cinco minutos mayor que su melliza y siempre sintió esa profunda y extraña necesidad de protegerla y cuidarla. Y aunque sus vidas y profesiones habían seguido distintos caminos, existía entre ellas un vínculo especial que jamás se rompería.

—¡Aarrgg, está bien! —claudicó al final—. Pero que ni se te ocurra dejarme sola en la fiesta.

Tania comenzó a dar saltitos y palmadas de regocijo al haberla convencido por fin, logrando arrancarle una ligera sonrisa al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco con fingido pesar.

* * *

Cuando las dos llegaron a la fiesta, Adriana creyó por un instante que no las dejarían pasar, sobre todo cuando tuvieron que esperar a que el gorila de seguridad encontrara sus nombres en la lista de invitados. Pero su alivio duró poco, pues el armario de tres por cuatro les indicó enseguida que pasaran dentro, no sin antes echarles un buen repaso a ambas.

—Pero ¿con qué clase de personas te relacionas? —preguntó asombrada ante aquella fastuosa y lujosa mansión, retorciéndose el cuello por no querer perderse nada, admirada por tanta ostentación y *glamour*.

—Bueno, tengo algunos contactos —respondió su hermana encogiéndose de hombros, sin darle mayor importancia.

Adriana, con la boca abierta, observaba maravillada la entrada de aquella magnífica casa, construida con un exquisito mármol de la más alta calidad y maderas nobles. La gente disfrazada pululaba por todas partes, excepto más allá del inicio de una enorme escalera que daba al segundo piso y que estaba custodiada por dos empleados de seguridad, tras los cuales, un cordón rojo y dorado impedía el paso a toda persona ajena que no tuviera permiso para cruzarlo.

En el centro de la entrada se encontraba una fuente de champán, donde los camareros que atendían a los invitados rellenaban las copas, mientras otros, con bandejas de canapés, se dedicaban a ofrecer tentempiés a los asistentes de lujo de esa noche.

Agarradas de la mano, recorrieron varias estancias, en las que se oía música y la gente disfrutaba conversando o bailando al ritmo de lo que estaba sonando. Finalmente llegaron a una piscina exterior, alumbrada por unos focos sumergidos y cientos de diminutas bombillas colgadas en zonas estratégicas, creando un mágico y romántico ambiente que invitaba a pasárselo bien.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó Tania, acercándose a una mesa con varias bebidas atendida por un guapo *barman*.

—Pues no lo sé —respondió un tanto aturdida.

—Creo que a la dama hoy le iría muy bien un beso de vampiro —comentó el hombre, refiriéndose al cóctel, con una sonrisa en los labios y un brillo de admiración en su mirada.

Adriana, inconscientemente, trató de bajar, sin éxito alguno, la diminuta falda, en un vano intento por tapar algo de su piel desnuda, al mismo tiempo que

colocaba una mano en su pronunciado escote, ocultándolo de forma inútil ante los ojos juguetones de aquel tipo.

—Pues nos pones un beso de vampiro para ella y un margarita para mí —ordenó Tania con decisión.

—¡Marchando! —exclamó el *barman* guiñándoles un ojo a ambas.

Después de ser servidas, se alejaron un poco del bar para acercarse despacio a la piscina, en busca de un hueco entre el gentío donde poder beber y charlar tranquilas.

—¿Quién es el propietario de esta mansión? —interrogó Adriana después de darle un pequeño sorbo a su bebida, la cual, todo hay que decirlo, estaba deliciosa.

—Pertenece a una de las familias con más rancio abolengo de Barcelona, dueña de la agencia de publicidad más importante de toda España.

—¡Caray, pues sí que te lo montas bien! —exclamó, abriendo los ojos impresionada.

—Mi agente me consiguió un contrato con ellos para una campaña publicitaria y es una oportunidad de oro para mí.

—Entiendo —susurró acercando la copa a sus labios.

Tania dejó de buscar con la mirada a quien fuera que estuviera interesada en encontrar al oír un deje de censura en sus palabras.

—¿Por qué te molesta tanto que quiera progresar en mi profesión? —cuestionó, empezando a cabrearse con ella, cansada de sus velados reproches.

Su melliza suspiró con pesar.

—Yo no he dicho nada.

—No ha hecho falta. Te conozco perfectamente y sé que no apruebas mi decisión de ser modelo, pero esto ya lo hemos hablado infinidad de veces, Ana, y me gustaría que me apoyaras en lo que es importante para mí.

—Y te apoyo; es sólo que pienso que eres demasiado inteligente como para malgastar tu tiempo en algo tan... efímero.

—¿Efímero?

—Sí, por supuesto —respondió con decisión al ver el desconcierto ante sus palabras—. La belleza se marchita con el tiempo y los cuerpos tienden a seguir la ley de la gravedad. ¿Qué harás cuando eso ocurra? Sabes de sobra que este mundo es muy cruel y que, cuando ya no tengas la edad de las que vienen

pisando fuerte detrás de ti, o cuando ya no seas una cara fresca de la que poder sacar tajada, prescindirán de ti como de un pañuelo usado.

—Lo sé, no soy estúpida —respondió irritada al escuchar esa verdad de forma tan descarnada—, pero me he hecho un nombre en este mundillo, que mi trabajo me ha costado conseguir, por cierto, y otras oportunidades se plantean ante mí. Me estoy formando para trabajar en la televisión y...

De pronto, un tipo vestido de general romano se acercó a ella rodeándola por detrás e interrumpiéndolas.

—¡Al fin te he encontrado! ¿Dónde andabas metida?

Tania se dio la vuelta, regalándole esa arrebatadora sonrisa que quitaba el aliento al más pintado.

—Acabamos de llegar —confesó mientras le colocaba correctamente el casco, que estaba torcido, en la cabeza—. ¿Por qué? ¿Acaso me has echado de menos?

—¡Siempre! —reconoció el desconocido, admirando a su hermana con un brillo de lujuria en los ojos.

Adriana desvió la mirada, ruborizada e incómoda por la escena, para a continuación observar, perpleja, cómo el fornido romano se llevaba a Tania con la excusa de ver a alguien conocido y a quien tenía que presentarle.

Así que allí se encontraba entonces, en una fiesta rodeada de desconocidos, avergonzada y apurada por estar casi desnuda delante de toda aquella gente, y sin la persona que le había prometido que no la dejaría sola.

* * *

Apoyado en uno de los árboles de aquel inmenso jardín, oculto de las miradas de todas esas personas a las que quería evitar por todos los medios, se encontraba un hombre que estudiaba con mucho detenimiento a aquella sexy vampiresa que había obtenido toda su atención.

Divertido, observó cómo, de forma incómoda, la chica se alejaba de la piscina, al mismo tiempo que tironeaba, molesta, de la escasa tela que cubría su pecaminoso cuerpo, en tanto daba pequeños sorbos a su copa mientras buscaba un lugar apartado donde esconderse.

No es que fuera la mujer más desvestida de la fiesta, en realidad había

muchas otras cuya vestimenta era bastante más escasa que la de ella, pero algo en su gesto corporal le indicaba que sentía verdadera contrariedad por estar allí, y ese hecho le llamó poderosamente la atención, además de sentirse muy identificado.

Estaba decidiendo si acercarse a ella o no cuando otro tipo le tomó la delantera.

—Si me acerco a ti, ¿mi vida correrá peligro? —preguntó un desconocido aproximándose a Adriana por detrás.

Ésta se giró al oír la voz procedente de su espalda, demasiado cerca de su cuello, y su corazón pegó un pequeño brinco de sorpresa al toparse con un hombre disfrazado de policía.

—Depende —respondió cautelosa, alejándose unos pasos de él.

—¿Y de qué depende? —indagó éste, acercándose todavía más.

Y una sonrisa lobuna se perfiló en su rostro al darse cuenta de que, cuanto más se aproximaba él, mayor distancia ponía ella, sin ser consciente de que con esa acción se apartaba cada vez más de la casa, cosa que a él le venía de maravilla.

—De las intenciones con las que te acerques a mí.

El tipo, medio oculto por la gorra y un antifaz, sonrió de forma abierta, consiguiendo que ella se estremeciera con desagrado.

—Te aseguro que mis intenciones son de lo más honorables. Jamás se me ocurriría ninguna acción que pusiera en peligro mi carótida —indicó acariciándose ésta con los dedos—. En el fondo le tengo cariño, no puedo vivir sin ella.

Adriana inclinó la cabeza hacia un lado, examinando al individuo con los ojos entrecerrados.

—Espero que sea verdad, mi naturaleza malvada no tendría compasión de ti si tuvieras otra intención oculta —le advirtió con frialdad, atenta a cualquier cambio brusco en su actitud—. Mis colmillos desgarrarían tu garganta antes de que ni tan siquiera pudieras parpadear.

Por no decir la patada en todas sus partes que le propinaría si en verdad se viera amenazada, pensó con disgusto, al mismo tiempo que seguía alejándose de forma inconsciente... pero se detuvo de golpe al trastabillar con la raíz de un árbol, y el desconocido, rápido en reflejos, la agarró galantemente antes de que

cayera al suelo.

—¿Estás bien?

Tragó saliva con fuerza al tenerlo tan cerca. Los dedos de su mano todavía la tenían sujeta por el brazo, y su contacto le atravesó el cuerpo entero, logrando que se deshiciera de su agarre y pusiera el mayor espacio posible entre ellos.

—Jamás se me ocurriría hacerle daño a algo tan hermoso —susurró clavando en ella su intensa mirada llena de deseo.

Adriana reculó dos pasos, hasta que su espalda chocó contra la corteza dura del tronco del árbol con cuya raíz había tropezado instantes antes, incapaz de apartar los ojos de esa mirada que la estaba devorando.

—Tengo que irme...

—¿Por qué? —cuestionó confuso, y apoyó ambos brazos a los lados de su cabeza, encerrándola entre ellos—. Todavía no he hecho nada malo.

Ella apoyó las palmas en su pecho, intentando controlar por todos los medios las ganas de empujarlo y salir corriendo de allí, y apretó los dientes con fuerza al darse cuenta de un pequeño detalle.

—¿Todavía?

—Sí, todavía —respondió con una sonrisa torcida, que prometía una invitación sexual en toda regla—. La noche aún es joven.

Adriana se puso rígida y en tensión, preparada para un ataque en cualquier momento.

—Quizá tu muerte está más cerca de lo que creías —declaró poniendo todo su empeño en que su voz sonara lo más fría y amenazante posible—. No me gusta ser un simple juguete con el que pasar el tiempo. Creo que te has equivocado por completo conmigo.

Dicho esto, lo empujó con las manos para poder liberarse de su encierro, pero el tipo la agarró de nuevo con firmeza por el brazo, aprisionándola entre los suyos, en contra de su voluntad.

—¡Suéltame! —siseó furiosa.

Se maldijo internamente. Había cometido la imprudencia de alejarse de la fiesta, logrando que ese malnacido pudiera propasarse con ella sin testigos a su alrededor. Y no es que Adriana tuviese la intención de formar un espectáculo en aquella casa llena de gente con mucho dinero, evitaría por todos los medios ese escándalo, sobre todo por su hermana, pero si ese imbécil no la soltaba de

inmediato, cada vez veía más probable la idea de dejarlo sin futura descendencia. No era ninguna mujer indefensa, sus años de duro entrenamiento en la academia de policía, combinados con prácticas de varias modalidades de defensa personal, la hacían estar preparada para enfrentarse a cualquier peligro inminente.

—¡He dicho que me sueltes!

—¿Cuál es el problema, guapa? Sólo estamos pasando un buen rato juntos.

El hombre no pudo obtener respuesta, pues otro desconocido se acercó a ellos para agarrarlo por el cuello de la camisa y empujarlo contra el suelo.

—¡Ya has oído a la señorita, imbécil!

El individuo disfrazado de policía se levantó con rapidez, dispuesto a devolver el golpe y demostrar que nadie podía meterse con él sin sufrir las consecuencias, pero su enfado quedó mitigado al ver a su adversario.

—No es lo que parece —alegó, avergonzado por haber sido pillado cometiendo tamaño desliz.

—Discrepo por completo —señaló el recién llegado, sacudiéndose unas invisibles motas de polvo de su manga—. En el mismo momento en que una mujer dice que la sueltes, ya no hay nada más que discutir.

—Tú no lo entiendes...

El hombre, disfrazado de mosquetero, clavó su mirada en el otro y siseó.

—Te equivocas de nuevo, lo entiendo muy bien. Y ahora... ¡¡largo de aquí!! —le exigió, con los dientes tan apretados que se le marcaba la mandíbula.

El policía recogió su gorra del suelo y, después de sacudirla varias veces con la mano, hizo lo que le habían ordenado. Tras unos segundos durante los que se dedicó a cerciorarse de que el otro tipo se marchaba, el nuevo desconocido se acercó a ella, preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó volviéndose hacia ella—. ¿Te ha hecho daño?

—Estoy bien, gracias —afirmó, todavía indecisa acerca de si podía confiar en el nuevo extraño.

—Siento mucho lo que ha ocurrido.

—No te preocupes, no ha sido culpa tuya —reconoció encaminándose hacia la casa.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que busque a tu amiga?

Adriana paró en seco y fijó, con suspicacia, toda su atención en el hombre que tenía a su lado. Era alto y fuerte, con un disfraz claramente hecho a medida y

que le sentaba como un guante, incluso el sombrero de ala ancha le quedaba perfecto. Pero muy a su pesar, con la cara oculta detrás de una perilla y un antifaz negro, se le hacía claramente difícil la tarea de memorizar y reconocer sus rasgos. Un inconveniente que, como policía que era, no le hacía ni pizca de gracia.

—¿Qué amiga?

—La mujer con la que has llegado —respondió éste sin darse cuenta de que ella se había detenido—, la que iba disfrazada de Cleopatra.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Acaso me has estado espiando?

El mosquetero también se detuvo, al percibir la nota de desconfianza en su voz.

—Por supuesto que no —mintió, pues sabía que, si le decía que la había observado desde la distancia sin ninguna maldad oculta, no lo iba a creer—, simplemente te vi llegar con otra mujer. No pasas precisamente inadvertida con ese traje.

De inmediato, Adriana intentó bajar su minúscula falda por enésima vez, al mismo tiempo que un intenso rubor tiñó sus mejillas.

—Ya no sé qué creer —alegó molesta ante su penetrante escrutinio y una leve sonrisa de diversión que surgió en esas atractivas facciones masculinas—. Puede que seáis dos amigos que utilizan el viejo truco del chico bueno-chico malo para impresionar a vuestras víctimas.

—¿No crees que estás siendo un poco paranoica?

Ella hizo una mueca con la boca en claro desacuerdo mientras se encaminaba de nuevo hacia la fiesta.

—Las mujeres nunca somos lo suficientemente paranoicas con el sexo contrario, te lo aseguro.

—Esa creencia no nos deja en muy buen lugar —rebatió, confuso por su extrema susceptibilidad—. ¿No crees que estás siendo un poco injusta con mis congéneres?

Adriana se sujetó el corsé con una mano, intentando subirlo, al mismo tiempo que sonrió con sorna.

—¡Oohh, te aseguro que no! Y a las pruebas me remito.

El extraño desvió la mirada hacia la mansión, recordando al hombre que había echado instantes antes.

—No todos somos iguales —se defendió—. Es injusto juzgar a la mayoría de nosotros por el pecado de uno solo. Idiotas hay en todos lados.

Adriana bufó para, a continuación, poner los ojos en blanco con disconformidad.

—No serías capaz de imaginar todas las bajezas y maldades cometidas por los hombres que yo he visto en mi trabajo.

De pronto, el desconocido la agarró por un brazo acercándola a él, le tomó la mano y se puso a mover las caderas en un torpe intento de comenzar a bailar.

—¡Pero ¿qué haces?! —exclamó furiosa, procurando que le soltara la mano.

—¡Chist...! —susurró pegándola más a su cuerpo y acercando su boca al oído—. Sé que no me vas a creer, pero hay una mujer que me está acosando y viene directa hacia aquí. Necesito que me sigas el juego durante unos minutos, sólo hasta que se marche y me deje en paz.

Adriana tragó saliva al percibir esa profunda y sexy voz acariciando su oído, al mismo tiempo que unos escalofríos de placer recorrieron su cuerpo de arriba abajo. Parpadeó estupefacta, enmudeciendo por unos segundos al darse cuenta de esas extrañas sensaciones en ella.

—¿Estás de broma? —planteó incrédula instantes después.

—Te prometo que no.

Y tal y como le había dicho, una rubia despampanante vestida de sexy doctora se acercó a ellos con bastantes signos de estar molesta.

—Necesito hablar contigo —ladró, taladrando con la mirada a Adriana.

El mosquetero intentó ignorarla, pero viendo que fallaba en su empeño, no le quedó más remedio que contestar a su furiosa acosadora.

—Ahora estoy ocupado.

La rubia se cruzó de brazos y elevó una perfecta y depilada ceja.

—¡No me importa!

—¡Pero a mí sí! —gruñó enfadado y a punto de perder la paciencia—. Haz gala de la buena educación que tus padres te han inculcado y deja de molestar de una buena vez.

—¡Llevas evitándome toda la noche! —protestó en un tono caprichoso, poniendo los brazos en jarras.

—¡Maldición!! —refunfuñó al ver que ni por ésas se deshacía de ella—. Pues ya va siendo hora de que pilles la indirecta, ¿no crees?

La chica abrió la boca, asombrada por tamaña grosería, y Adriana sintió pena por ella, pero ésta enseguida desapareció, al ver cómo la miraba de arriba abajo destilando odio y desprecio por los ojos.

—¿Cómo te atreves a tratarme así?! ¡Yo no soy ninguna de tus amiguitas! —soltó con rabia contenida—. ¡Esto no va a quedar así!

Y dicho esto, se giró para marcharse más furibunda todavía.

El hombre suspiró con pesar, al mismo tiempo que colocaba los brazos de Adriana detrás de su cuello y después posaba con tranquilidad las manos en sus caderas.

—Siento mucho que hayas tenido que presenciar este momento tan incómodo.

—No pasa nada; en verdad creía que me estabas mintiendo.

Él fijó sus penetrantes ojos negros en ella.

—No suelo mentir.

Adriana escrutó su rostro en busca de alguna señal que contradijera sus palabras, pero no la encontró.

—Pues entonces eres un caso extraño y digno de estudio.

A pesar de su tono borde, el desconocido no pudo evitar sonreír. Era refrescante encontrarse por primera vez con una mujer que le decía exactamente lo que pensaba.

—¿Por qué eres tan escéptica con respecto a los hombres? —indagó intentando descifrarla—. ¿Quién te ha roto el corazón para que seas tan crítica y suspicaz?

—¿Y por qué todos pensáis que, si una mujer es desconfiada o incrédula con vuestro sexo, es porque por narices hemos tenido que sufrir un desengaño amoroso con otro hombre?

El mosquetero enseñó los dientes en una sonrisa que hizo que el corazón de Adriana le pegara un brinco dentro del pecho.

—Quizá, por lógica.

—Vuestra lógica es muy distinta a la nuestra, te lo aseguro.

—En el fondo no somos tan diferentes, por mucho que las feministas como tú os empeñéis en creerlo —alegó, apartando suavemente las manos de sus caderas y estrechando más el abrazo mientras se movían al son de la música.

Ella pegó un respingo al sentir cómo ese contacto le quemaba la piel por

encima de la ropa.

—En absoluto me considero feminista, sólo soy una mujer práctica y con sentido común. Y, en todo caso, para mí, no significaría ningún insulto si fuera así.

—Yo no considero que los extremos sean correctos. Ni el machismo ni el feminismo nos deberían identificar o catalogar como personas. Cada individuo es un ser único, con sus defectos y sus virtudes, con sus excesos y sus carencias, con sus logros y sus derrotas...

Esas palabras susurradas muy cerca de su oído, con esa voz rica y profunda, hicieron que un escalofrío de deseo le recorriera la columna vertebral.

Adriana jugueteó con una de las plumas de su sombrero de ala ancha, y le resultó curioso no tener miedo de él ni sentirse asqueada por su contacto. Al contrario, por primera vez en mucho tiempo, no sentía el rechazo instintivo por un hombre. Y eso hizo que todas las alarmas saltaran dentro de su cabeza.

—Creo que es mejor que busque a mi acompañante.

El desconocido se separó un poco para mirarla con desconcierto.

—¿He dicho o hecho algo que te haya molestado?

—No —admitió muy a su pesar.

—Entonces, ¿por qué tanta prisa? —cuestionó confuso—. No parece que tu amiga te eche de menos, al contrario que yo, pues estoy muy cómodo en tu compañía... sin contar con que eres la excusa perfecta para que otras mujeres dejen de atosigarme.

—¡Vaya!, eso último no ha sonado muy halagador —apuntó haciéndose la ofendida.

—Pues debería —declaró con una sonrisa pícaro que hizo temblar las rodillas de Adriana.

—¿No crees que estás siendo un tanto pretencioso? —cuestionó burlona—. Puede que haya alguna descerebrada que ande detrás de ti, pero no veo ninguna ristra de mujeres peleándose por tus atenciones.

Él achicó los ojos y sonrió para sus adentros, pues en el fondo había conseguido lo que quería, que era distraerla de la intención de marcharse y mantenerla mientras tanto entre sus brazos, al mismo tiempo que simulaba estar pensando sobre sus palabras.

—¡Humm...! El que tú no las veas no significan que no estén. Te doy mi

palabra —continuó jactándose— de que más de una de las que aquí se encuentran está ansiosa por ocupar tu lugar.

Adriana sonrió con coquetería, disfrutando, sorprendida, de ese extraño momento.

—Me das tanta pena... —reveló con un brillo de diversión en los ojos—. Tantos hombres deseosos de tener tu suerte y tú renegando de ella. Qué injusta es la vida.

—Como dice el refrán, no siempre llueve a gusto de todos.

—Y la suerte de la fea, la bonita la desea.

El mosquetero echó la cabeza hacia atrás y rio con ganas. Además de hermosa, esa mujer tenía cerebro, y esa combinación lo atraía como el oso a la miel. Era todo un misterio para él y estaba más que dispuesto a descubrir quién era.

Inclinó su cuerpo hacia delante, haciendo que ella arqueara la espalda, y la mantuvo en suspensión durante un breve segundo, sujetándola con firmeza entre sus brazos, para cambiar a continuación el pase de baile y agarrarle una mano, girándola un par de vueltas y abrazándola por detrás.

—Tengas pena o no de mí y de mi suerte, todavía no puedo permitir que me abandones. Hay un motivo importante y acuciante, y es que tengo que descubrir algo esta noche antes de que te vayas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es?

El mosquetero apartó con cuidado su preciosa cabellera hacia un lado, mostrando el símbolo del signo infinito y las palabras «Para siempre» tatuados detrás de la oreja.

—Todavía desconozco cómo te llamas —le susurró al oído, aspirando su peculiar aroma, que lo excitó al momento.

Adriana tragó saliva con esfuerzo, al mismo tiempo que sintió cómo miles de escalofríos recorrían su piel.

—¿De qué te sirve saber mi nombre si no vamos a vernos nunca más?

—¿Por qué estás tan segura de eso?

—Porque lo estoy, créeme.

Él aprovechó ese momento para volver a girarla sobre sí misma y acabar abrazándola de nuevo al ritmo de la canción.

—¿Acaso no conoces a los anfitriones de la fiesta? ¿No me digas que os

habéis colado? Si es así, juro no decir nada.

—No, no nos hemos colado —aclaró divertida—, aunque tampoco he tenido el placer de conocer a los anfitriones. Al menos, yo no. Sólo estoy aquí por compromiso, no suelo frecuentar estos ambientes.

—Entonces, ¿qué importancia tiene revelarme tu nombre? —insistió el misterioso desconocido—. Si sigues en tu empeño, no me dejarás otra opción que inventármelo... Esmeralda.

Adriana se echó a reír por tal ocurrencia.

—¿Esmeralda? ¿En serio?

El mosquetero se encogió de hombros y después paró de bailar para clavar su ardiente mirada en ella.

—Es el color de tus impresionantes ojos. Jamás había visto algo así, me tienen hipnotizado.

Ella dejó de sonreír, cautivada por la intensidad de sus palabras. Estaba jugando con fuego y en ese instante ya era demasiado consciente de que se podía quemar.

—Si estás utilizando el famoso embrujo vampírico, te informo de que está funcionando —susurró él, después de mojarse los labios con la lengua.

Un calor sofocante fue bajando desde su bajo vientre hasta llegar a las rodillas, logrando que éstas temblaran como la gelatina. Atrapada en sus ojos negros como la noche, Adriana era consciente de cada centímetro de piel que rozaba el cuerpo de él. Tenía la extraña sensación de que despertaba de un largo letargo, y que llevaba ansiando por siglos su contacto para resurgir a la vida.

Contuvo la respiración cuando el hombre tomó un mechón de pelo y lo mantuvo unos segundos entre sus dedos, para después acercarlo a su nariz y aspirar otra vez su aroma.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó, confusa.

Extasiado, recorrió muy despacio con la mirada su rostro, deteniéndose en su boca, que ella abrió inconscientemente, hasta perderse en esas impresionantes esmeraldas que brillaban expectantes.

—Porque quiero asegurarme de que no eres una imaginación mía y que de verdad existes. —Alzó la mano para acariciar con suavidad la línea de su mandíbula—. Y sólo tocándote y oliéndote por mí mismo puedo comprobar que eres real.

Ella no fue capaz de decir nada, ni tan siquiera una leve queja sobre su audaz comportamiento. Se sentía transportada a otro plano muy distinto a ese en el que estaban. Ya no era consciente de las personas que se hallaban a su alrededor, ni de la música, ni del murmullo del gentío... Sólo estaban ellos dos.

—Nunca antes me había ocurrido, pero tengo la imperiosa necesidad de besarte, olvidando por completo mi instinto de supervivencia, dejándome arrastrar por este torbellino de emociones y sensaciones tan intensas que me provocas —le confesó, tan sorprendido como ella por esos sentimientos.

Y agarró su cara con ambas manos, extremando las precauciones por miedo a que ella se alejase asustada.

—¿Cuál es tu secreto? ¡Confiésmelo! —le ordenó con urgencia—. ¿Cómo puede un embrujo privarme de voluntad alguna?

Adriana no pudo contestarle, incapaz de articular palabra aunque su vida dependiera de ello. Si él no entendía lo que le estaba ocurriendo, ella mucho menos.

—¡Por favor...! —suplicó él, acercando cada vez más su rostro hasta rozar su boca con la de ella.

—No lo sé, no tengo ninguno —murmuró expectante y deseosa de que él la besara de una vez.

—Pero si no hay antídoto alguno para este embrujo que me haces sentir, entonces... entonces estoy completamente perdido.

Y lo que ocurrió a continuación fue demasiado sorprendente para los dos. Sus labios se unieron en una perfecta armonía, hechos el uno para el otro. Sus respiraciones chocaron entre sí, al mismo tiempo que sus lenguas se unieron en un baile de absoluto frenesí. Un deseo apremiante escaló por ellos, deseando que ese momento no acabase nunca.

Gemidos de placer escaparon de sus gargantas, al mismo tiempo que sus corazones martillearon de forma atronadora dentro de sus pechos, besándose hambrientos el uno al otro, devorándose con ansias y un abandono absoluto y difícil de explicar. Y ambos se preguntaron cómo era posible sentir y vivir algo tan intenso y exquisito por un desconocido.

Ninguno de los dos tenía respuesta para eso, sólo sabían que lo que sentían era muy real.

—¡Por favor... dime tu nombre!! —le suplicó él, enfebrecido por la pasión.

Esa pregunta rompió la magia del instante, pues Adriana comenzó a debatirse entre decirle la verdad o mentir. Y se dio cuenta de que aquello era una completa locura. Jamás había actuado de forma tan disipada en su vida. Ella era una mujer cabal y comedida, y no podía cometer el error de dejarse llevar por un momento de pasión. Todos los días tenía que luchar para demostrar su valía en un mundo de hombres, y aquel descuido podía echar al traste años de sacrificios si alguien en aquel lugar la reconocía.

No podía decirle la verdad, sería una tremenda equivocación desvelar su identidad, así que decidió escoger el camino más cobarde... huyendo de allí.

—¡Espera! —gritó él cuando, aturdido por la sorpresa, la vio correr hacia la salida.

Pero ya era demasiado tarde.

Capítulo 1

La secretaria posó con suavidad las gafas encima de su escritorio, para observar de forma circunspecta al joven muchacho que tenía delante de ella.

—Según su currículum, señor Ayala, usted tiene veintiocho años, ¿es correcto?

El chico se retorció de forma sutil en el asiento para enseguida encararla de frente y asentir con la cabeza.

—Así es.

La mujer entrecerró los ojos y lo observó con más detenimiento.

—¿Podría enseñarme su carnet de identidad, por favor?

—Por supuesto —accedió agarrando la cartera que tenía guardada en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje y retirando su carnet para ofrecérselo—. ¿Hay algún problema?

Ella examinó a conciencia el documento y la foto impresa en él, y se quedó mucho más tranquila.

—En absoluto —respondió, sonriéndole por primera vez desde que habían empezado esa entrevista de trabajo—; estoy segura de que muchas personas le habrán dicho que no aparenta la edad que tiene.

El muchacho sonrió aliviado al oír esa razón.

—Sí, así es —afirmó fingiendo vergüenza—. Me ocurre continuamente, ¿sabe? Es algo genético, o eso decía mi madre, pero lo cierto es que a veces es un verdadero trastorno. Si voy a una discoteca, me piden el carnet. No puedo comprar unas simples cervezas sin que me miren de arriba abajo. Menos mal que en el supermercado que hay debajo de mi casa ya me conocen, y el guarda de seguridad es un amigo y vecino mío, que... —Paró de hablar de golpe al ver la cara de sorpresa de la mujer, para luego carraspear, completamente azorado—.

Lo siento mucho, cuando estoy nervioso me da por hablar.

—Ya veo, ya —coincidió ella, divertida, devolviéndole su documentación.

—Sé que aparento menos edad de la que en realidad tengo, señora Salamanca —habló de forma atropellada mientras lo guardaba—, pero tengo sobrada experiencia en mi trabajo, se lo aseguro.

—Señorita, señorita Salamanca, por favor.

—¡Oh, sí, discúlpeme de nuevo!

—Pero puede llamarme Ángeles.

—Por supuesto, doña Ángeles. Yo también le rogaría que me tuteara y me llamara Adrián.

—De acuerdo... Adrián, voy a serte muy sincera. Por causas ajenas a la empresa, nos hemos quedado sin el chófer del director general, y eso es un contratiempo, algo completamente desafortunado para nosotros. Nos ha venido caído del cielo que tú hayas decidido dejar tu currículum en recepción para un puesto que necesitamos cubrir de manera urgente. Por tanto, si estás dispuesto a empezar mañana, el trabajo es tuyo, siempre y cuando las referencias que has dejado, y que, de forma personal, comprobaré esta misma tarde, sean fidedignas.

—Por supuesto.

Entonces le tocó a la mujer, que tendría sobre unos cuarenta y tantos años, revolverse incómoda en su asiento. Morena y con el pelo largo y ondulado por debajo de los hombros, tenía una expresión dura y adusta en el rostro, que Adrián apostaba que ponía a propósito con intención de intimidarlo, pero que enseguida dulcificaba cuando olvidaba su pose de señorita Rottenmeier.

—Debo advertirte que, a pesar de que las condiciones son muy buenas, a veces el trabajo puede resultar un poco más duro y pesado de lo que parece. Habrá días en que tendrás que hacer horas extras y trabajar, además, algún fin de semana.

—Lo entiendo y lo acepto. Este empleo es muy importante para mí —confesó con sinceridad—, y estoy más que dispuesto a trabajar con ahínco para mantenerlo.

—Muy bien, pues creo que no hay mucho más que añadir —declaró la secretaria estirando el brazo para estrecharle la mano—. ¿Puedo contar contigo, entonces?

—¡Claro que sí! Estoy deseando comenzar.

—Estupendo, pues ahora mismo le digo a Marisa que te enseñe las instalaciones y te pida unos uniformes de tu talla. Después tendrás que pasar por el departamento de Recursos Humanos, para que te preparen el contrato.

Acto seguido, se levantó de su asiento para dirigirse hacia la puerta.

—Acompáñame, por favor.

Adrián tragó saliva con fuerza.

Al fin había conseguido lo que tanto tiempo llevaba esperando, una oportunidad de oro para poder infiltrarse en la agencia de publicidad más importante de Barcelona... y se juró a sí mismo que no iba a desaprovecharla.

Tenía un cometido y una venganza que llevar a cabo.

* * *

Aún no había acabado de descalzarse y colgar las llaves en el llavero de su apartamento, cuando el timbre de la puerta de entrada comenzó a sonar con insistencia.

—¿Te han llamado? —le preguntó al hombre que entró como una tromba hecho un manojo de nervios.

—*Hellooo!* ¿Tú qué crees? —respondió entre asustado y expectante—. En cuanto acabé de hablar contigo, me entró una llamada de ellos para comprobar las referencias.

—¿Te ceñiste al plan?

—¡Claro que sí!

—¡Bien!

Su amigo la miró con estupor.

—Prácticamente no te reconozco, Adriana. ¿Cómo puedes mantenerte tan fría sabiendo que te lo estás jugando todo en esta completa locura?

Ella se detuvo en seco en medio del salón camino del dormitorio, para volverse hacia él con una mirada cargada de odio y rencor.

—¿Y tú me lo preguntas?

Su furia desmedida chocó contra un muro de silencio y, como él no se atrevió a contestarle, siguió su camino.

Cuando llegó a su habitación, se deshizo de la chaqueta, arrojándola encima de la cama, al mismo tiempo que tironeaba de la corbata con impaciencia, en un

intento de poder respirar con más comodidad. Se dejó caer encima de la silla que estaba justo enfrente del espejo de su cómoda, dejando escapar un suspiro de pesar.

—Lo siento —se disculpó cuando su vecino entró segundos después tras ella—. No he debido hablarte así, perdóname.

—Sólo estoy preocupado por ti.

—Lo sé —admitió al mismo tiempo que se pasaba, exhausta, una mano por la cabeza—, pero tengo que hacer esto.

—No, no es verdad.

Adriana se encontró con su mirada a través del espejo, el mismo espejo que le devolvió una imagen muy distinta a la de aquella noche de nueve meses atrás... la noche en la que todo su mundo se vino abajo. Se agarró la cabeza entre las manos mientras sus hombros se hundían en la pena.

—No quiero volver a discutir de nuevo, Ricky.

—Tú no quieres volver a discutir sobre ello, pero ahora es mi deber hacerte entrar en razón.

—¿Tu deber? —cuestionó confusa, levantando la cabeza para enfrentarse a él—. ¿Desde cuándo es tu deber?

El hombre la miró con una profunda compasión.

—Desde que ella no está.

Adriana se giró en la silla, al mismo tiempo que abría la boca dispuesta a contestarle de forma airada, pero él se le adelantó.

—¡No, escúchame bien, Adri! —le ordenó mientras se acercaba a ella y se acuclillaba a sus pies—. Tu hermana no habría querido esto para ti. No habría esperado que echaras todo por la borda, tu futuro, tu trabajo, tu vida, por una simple corazonada.

—¡No es una maldita corazonada! —exclamó por enésima vez—. Sé que esa noche algo ocurrió y que no es lo que todo el mundo dice.

—Eso no lo sabes con certeza.

—Yo conocía a mi hermana, Ricky, la conocía mejor que nadie.

—Lo sé, pero no tienes pruebas.

—Por eso necesito encontrarlas, y la única opción que tengo es infiltrarme en esa empresa.

Su amigo negó con la cabeza, desanimado por no lograr hacerla cambiar de

opinión.

—¿Y cómo lo vas a hacer? ¿Mintiendo? ¿Engañando? ¿Arriesgando tu carrera al saltarte todas las normas establecidas?

—Haré lo que tenga que hacer para conseguirlo —admitió ferozmente decidida.

Él la miró con tristeza. Llevaba meses intentado convencerla de que desistiera de la locura que estaba planeando, y se sentía impotente por no poder hacerla entrar en razón.

Entendía su dolor, aunque no compartía la manera de enfrentarlo, y ya no sabía qué más hacer, salvo estar a su lado e intentar protegerla de ella misma.

—¿Y si estás equivocada? ¿Y si te estás aferrando a esta locura porque no eres capaz de asumir lo que ha pasado? ¿Y si todas las mentiras en las que te estás enredando se vuelven en tu contra? ¿Has pensado en ello? —manifestó, levantándose de golpe para ponerse a caminar de un lado a otro, inquieto por ella.

—Por supuesto que lo he hecho, pero no me importa.

—¡Pero a mí sí! —declaró rotundo—. Es demasiado arriesgado, ¿no lo entiendes? Demasiado arriesgado por una simple sospecha.

—No, no es así —señaló convencida de que estaba en lo cierto—. No tenía motivos para hacer lo que hizo. Tú la viste esa noche, estaba contenta, era feliz.

—Sí, lo estaba, pero tú misma has dicho que te separaste de ella y, al no encontrarla, te volviste sola para casa. Quizá algo sucedió que la llevó a tomar esa decisión. Creemos conocer a la gente, pero todo el mundo oculta secretos, cariño, y ella no era diferente a los demás.

Adriana se negaba a pensar tan siquiera en esa posibilidad. Se aferraba a lo que su instinto le decía, y éste sabía que algo turbio y sucio había acontecido aquella fatídica noche en la que ella y su hermana Tania habían ido a la fiesta de disfraces.

En su mente revivió la última imagen de ella alejándose con el hombre disfrazado de general romano. Parecía tan feliz...

—Te equivocas —rebatía volviendo al presente.

Su amigo suspiró con fuerza en tanto se cruzaba de brazos y la retaba con la mirada.

—¿Y por qué? ¿Por qué tenemos que estar todos equivocados menos tú?

Tania tenía un novio al que no conocíamos. Tú misma viste que se iba con un hombre al que no pudiste reconocer. ¿Y si la dejó y no pudo soportarlo? ¿Y si descubrió que era un hombre casado que no abandonaría a su mujer por ella? ¿Por qué te empeñas en no querer pasar página?

Ella también se levantó, furiosa con él por hacer que dudara de sí misma.

—¡Porque lo siento aquí! —exclamó tocándose el estómago—. Me lo gritan mis entrañas, ¿no lo entiendes? Era mi hermana, mi melliza. Yo sabía cuándo estaba enferma, o cuando estaba triste, o cuando era feliz. Teníamos una conexión especial, Ricky, un vínculo tan profundo e íntimo que iba más allá de lo que nadie puede siquiera imaginar. Y sé... siento en lo profundo de mi alma que mi hermana no se suicidó. Alguien ansió matarla esa noche y no descansaré hasta descubrir quién fue.

Su amigo la miró, impactado por la fuerza de sus palabras, y se abrazó a ella segundos después, cuando sus ojos, anegados en lágrimas, dejaron que éstas corrieran con libertad por su rostro, sin poder retenerlas por más tiempo. No soportaba verla sufrir.

Adriana no podría rehacer su vida sin saber qué ocurrió exactamente aquella maldita noche. Comprendía a la perfección el riesgo que estaba corriendo, pero necesitaba descubrir la verdad. Y no la oficial, la que la policía le había ofrecido dando el caso por cerrado poco tiempo después, sino la real, la que alguien o todos en esa empresa intentaban ocultar.

—Estaba tan orgullosa de ti, Adri... Te quería tanto —le musitó su vecino al oído, al mismo tiempo que los hombros de ella comenzaron a sacudirse, rota como estaba por la angustia.

Adriana se aferró a él con todas sus fuerzas mientras sus piernas se doblaban por el dolor.

* * *

Minutos después, ya más tranquilos los dos, Ricky ayudaba a su mejor amiga a quitarse la peluca que llevaba puesta, y que formaba parte del disfraz que había ideado para hacerse pasar por el nuevo chófer de la empresa.

—¿Cómo te ha ido la entrevista? —se atrevió a preguntar por fin, incapaz de fingir no estar preocupado por ella—. ¿Crees que pueden albergar alguna

sospecha de que no eres un hombre?

—Por un momento así lo he creído —confesó mientras se retiraba el maquillaje del rostro, que el propio Ricky le había enseñado a aplicarse para conseguir un aspecto más masculino y ocultar lo máximo posible sus facciones femeninas—, hasta que le he enseñado el carnet de identidad y ha podido comprobar mi verdadera edad.

Su vecino abrió la boca, atónito por sus palabras.

—*Hellooo?!*

—Tranquilo, le he enseñado la falsificación que me consiguió Ainara.

Éste descolgó más la boca para casi gritar a continuación.

—¿Has metido en todo este embrollo a tu compañera?! ¡Estás loca!

Adriana dejó la toallita desmaquillante encima de la cómoda, para mirar con seriedad a través del espejo a su mejor amigo.

—¿Y qué querías que hiciera? Llevaba meses observándome; es policía y me conoce demasiado bien. En cuanto pedí la excedencia voluntaria, ella supo que algo estaba tramando. Al contrario que mi jefe, no se creyó ni por un segundo que lo hacía por un cuadro de profunda depresión, por mucho informe médico que le llevara... así que no me quedó otra opción que contarle la verdad.

—¿Y qué te dijo? —indagó su amigo, curioso, al mismo tiempo que retomaba la labor de quitarle la peluca.

Ella chasqueó la lengua con disgusto para, al instante siguiente, dejar escapar un suspiro de derrota.

—Ya te lo puedes imaginar, me dijo de todo. Pero cuando vio que no iba a desistir de mi empeño, quiso ayudarme. A pesar de que me opuse, intentando que se mantuviera al margen de todo esto, habló con un confidente que conocía a un amigo de otro amigo que sabía de un buen falsificador y también de alguien dentro de la Seguridad Social al que podrían sobornar. De este modo me consiguió las referencias laborales, un número de la Seguridad Social y un carnet de identidad falsos.

—¡Madre mía, esto cada vez se pone peor! —murmuró entre dientes su vecino.

Adriana se desabrochó con impaciencia la camisa para quitarse la faja que le estaba oprimiendo los pechos.

—Sé lo que me hago.

El hombre hizo un gesto de burla con la boca.

—¡Claro, como todos los que están en la cárcel antes que tú!

—Ricky...

—¡Está bien! —Resopló con fuerza, rindiéndose a la evidencia de que no la iba a hacer cambiar de opinión—. ¿Y lo del chófer? También te ayudó ella a hacerte con su puesto.

Adriana elevó la comisura del labio al recordar, con complacencia, lo fácil que le había resultado esa parte.

—No, sólo tuve que seguirlo durante unos días —explicó sin ningún remordimiento por ello—. Anteayer aproveché que iba muy pasado de copas para realizar una llamada anónima alertando sobre un coche que iba haciendo eses por la calle. La policía no tardó nada en pararlo y hacerle un control de alcoholemia. De inmediato le retiraron el carnet de conducir y los puntos, pues no sólo dio positivo en alcohol, sino que también iba de coca hasta arriba.

—Y en la compañía se enteraron y lo despidieron.

—Supongo que así fue.

Ambos permanecieron en silencio durante unos segundos, tiempo en el que Adriana terminó de quitarse el disfraz. Después retiró y guardó con cuidado las lentillas que ocultaban su inconfundible color de ojos, para volverse a continuación hacia su amigo y hacerle una peculiar petición que llevaba rumiando desde que había salido de la entrevista.

—¿Cómo puedo hacer para falsear pelo en la cara?

Ricky se la quedó mirando un tanto aturdido por la pregunta.

—¿Como cuánto pelo?

Ella se giró para mirarse otra vez en el espejo.

—No lo sé —dijo después de unos segundos—. Quizá una pequeña perilla debajo del labio. Unos pelitos cortos que simulen que han sido dejados ahí a propósito y que me den un aire más masculino.

Él, que por su doble profesión de *drag queen* estaba acostumbrado a realizar verdaderas virguerías con el maquillaje para ocultar sus facciones masculinas, era conocedor de muchos trucos, parte de los cuales había enseñado a Adriana para que ella consiguiera exactamente lo contrario. Tras el comentario de su amiga, sonrió con suficiencia.

—Sólo necesitamos un pequeño mechón de pelo de la peluca y realizar

varios cortes de diferentes medidas —explicó mientras agarraba unas tijeras y procedía a hacer lo que estaba narrando—. Y ahora, con mucho cuidado y uno por uno, los vamos pegando con esta cola especial para hacer una pequeña perilla, ¿lo ves?

Adriana observó con atención la maestría con la que Ricky cogía cada pelo con las pinzas de depilar y los iba apilando con atención y paciencia, uno a uno, para formar ese diminuto postizo.

—¡Ajá! —musitó concentrada.

—Bien... Cuando mañana se haya secado, lo único que tendrás que hacer es aplicarte una pequeña cantidad de este adhesivo especial y colocarlo debajo del labio. Lo mantienes apretado durante unos segundos y ya tendrás tu pequeña barba de chivo.

Su amiga se levantó para echarse a sus brazos al mismo tiempo que desplegaba una brillante sonrisa.

—¡Gracias! —le susurró al oído, conmovida.

Él dejó escapar un trémulo suspiro, devolviéndole el abrazo con el mismo cariño y rezando con todas sus fuerzas para que todo saliera bien.

—¡Dámelas cuando toda esta locura haya terminado y no tenga que ir a verte a la cárcel!

Adriana se separó un poco para mirarlo directamente a los ojos.

—Todo va a salir bien, te lo prometo.

Y dicho esto, le plantó un sonoro beso en la mejilla.

Capítulo 2

Al día siguiente, Adriana se personó por completo disfrazada en la agencia de publicidad a primera hora de la mañana, tal y como le habían indicado, y subió al último piso en ascensor, donde se encontraban las oficinas de los más altos cargos de la empresa.

Ya el día anterior había observado que el edificio era un lugar decorado de forma exquisita. Rezumaba estilo y elegancia, amueblado con un mobiliario moderno, exclusivo y muy costoso. Cuando salías del ascensor te topabas con un amplio vestíbulo, donde se encontraba una mujer detrás de un mostrador, que a todas luces era la recepcionista.

Si girabas a la derecha, recorrías un pequeño pasillo con varias puertas de diferentes departamentos, con sus respectivos directores, como Tráfico, Producción Audiovisual, Cuentas, Medios, etc. Por el contrario, si girabas a la izquierda, dabas a otro vestíbulo, éste mucho más pequeño y con tan sólo dos puertas: la del director general de la compañía y la del director creativo general, cuyas secretarías personales tenían sus mesas justo delante de sus puertas.

Durante el tiempo que estuvo esperando, charló con Lesly, una guapa y dulce recepcionista salvadoreña que llevaba cinco años trabajando en aquella empresa. Pero no aguardó demasiado, pues pocos minutos después apareció Ángeles Salamanca, la misma mujer que le había hecho la entrevista el día anterior y que, además, era la secretaria personal del director general o, lo que era lo mismo, el presidente de Montellà & Fills Publicitat.

—¡Buenos días!

—¡Buenos días, Nines! —saludó alegre la recepcionista, entregándole al mismo tiempo tres notas escritas a mano.

—¿Ha llegado ya el jefe? —preguntó mientras ojeaba los mensajes de las llamadas perdidas que le acababa de pasar su compañera.

—Sí, y no está de muy buen humor —le informó ésta al mismo tiempo que hacía un mohín de disgusto con la boca. La secretaria levantó la mirada para fijarla en ella—. Ha entrado despotricando acerca de lo engorrosos y tremendamente timadores que son los taxis en esta ciudad.

—Ya —respondió escueta. Y después de pensar unos segundos, le hizo un gesto a Adriana con la cabeza—. ¡Sígueme!

Y ella así lo hizo, no sin antes echarle una mirada preocupada a la recepcionista, que lo único que hizo fue sonreírle con compasión.

La mujer dejó su bolso encima de la mesa y colgó el abrigo en el perchero de al lado. Saludó con la cabeza a la otra mujer que tenía justo enfrente, para después tocar dos veces con los nudillos en la puerta de su jefe.

—¡Adelante!

La secretaria entró decidida en el despacho, sin esperar a que Adriana la siguiera o no, ella ya lo daba por sentado.

—¡Buenos días, don Marc! —saludó con alegría—. Le traigo buenas noticias, ya hemos encontrado un nuevo chófer.

El hombre tardó unos segundos en contestar, tiempo que usó para terminar de escribir algo en unos documentos.

—Con lo que has tardado en encontrar sustituto, ya podrías haber contratado a Fernando Alonso —gruñó sin levantar la vista todavía.

—Siento decepcionarlo, pero Alonso tiene un contrato blindado con McLaren, y con lo que usted paga, tampoco creo que le hubiéramos convencido —arguyó con un deje de insolencia, un hecho que no pasó desapercibido para Adriana—. Sólo hemos podido conseguirle a Carlos Sainz... padre.

—Para viejos ya estoy yo, Nines. Sabes muy bien que en esta empresa queremos sangre nueva.

—Pues entonces estamos de enhorabuena —señaló satisfecha de haberlo llevado a su terreno—: El señor Ayala, aquí presente, no es más que un pipiolo con sobrada experiencia.

El hombre al fin levantó la cabeza, para encontrarse con la mirada de un muchacho prácticamente imberbe y recién salido del colegio.

—¿Estás de broma? —soltó, sorprendido por su apariencia, y un brillo de

enfado iluminó sus ojos tan oscuros como la noche—. Dudo mucho de que se haya sacado el carnet de conducir todavía.

—Aquí tiene su currículo —se anticipó la mujer, entregándole una carpeta que había preparado el día anterior, previendo la desfavorable impresión que su jefe iba a tener sobre el nuevo chófer—. Yo misma he corroborado todos los datos, y le aseguro que el señor Ayala es absolutamente competente en sus funciones. ¿No es cierto, Adrián?

Ella tragó saliva con fuerza.

Había estudiado con minuciosidad la historia, tanto familiar como empresarial, de esa reputada agencia de publicidad. Y a pesar de que había visto fotos de los dos hijos y herederos del difunto Jordi de Montellà, en realidad esas imágenes nada tenían que ver con el hombre que se encontraba detrás de ese escritorio.

Sólo había conseguido fotos antiguas del mayor de los hermanos, pues no era muy propenso a prodigarse en eventos y reuniones sociales, a diferencia de su hermano menor, Pol, por lo que en vez de encontrarse con un jovencuelo moreno, de ojos oscuros y una sonrisa pícaro y sexy, tenía delante de ella un hombre en toda su plenitud, con el pelo negro como la noche y los ojos más intensos que jamás hubiese visto nunca.

Su mandíbula cuadrada se marcó al apretar los dientes en un gesto de impaciencia.

—¿Quieres hacerme creer que has puesto mi vida en manos de un chaval que ni tan siquiera sabe hablar?

La secretaria observó al chico con cierto desconcierto. En la entrevista que le había hecho el día anterior, no había vislumbrado que fuera tímido o apocado, sino más bien todo lo contrario.

—¡Cómo nos gusta exagerar! —alegó Ángeles acercándose a Adriana—. Si dejara de mirarlo como si se lo fuera a merendar, quizá el muchacho podría soltar palabra, ¿no es así, Adrián?

Ésta parpadeó varias veces, saliendo de esa especie de estupefacción en la que se había hundido nada más verlo, y centró su atención en la mujer que se dirigía a ella.

—¡¿Qué?!... ¡Ah, sí... yo...! ¡Ejem...! Lo siento —Y dando un paso hacia delante, estiró la mano aparentando seguridad—. Es un placer y un honor

trabajar para usted, señor Montellà. Siento si mi apariencia me hace parecer más inmaduro de lo que en realidad soy, pero no deja de ser una simple contrariedad personal que nada tiene que ver con mi habilidad o madurez laboral.

Su jefe lo examinó con ojo crítico, sin estar muy seguro de que debiera creerse realmente sus palabras. Su instinto le decía que ese muchacho tenía la edad que decía, pero su pelo del color del trigo oscuro, su apariencia desgarrada, su estatura —no más alto de un metro setenta y cinco— y una ridícula perilla debajo del labio inferior le indicaban todo lo contrario. Parecía un colegial recién salido del instituto y no un hombre de veintiocho años tal y como ponía en su currículum.

Pero, ¡qué demonios!, no quería volver a pasar por el infierno de coger un taxi en esa ciudad; además, se fiaba por completo de las habilidades y la absoluta competencia de su secretaria respecto al contrato de personal, por no decir lo engorroso que le resultaba tener que tomar él mismo ese tipo de decisiones, así que se levantó de su asiento mientras se abrochaba el primer botón de su chaqueta y después le estrechó la mano al muchacho que a partir de ese momento sería su nuevo chófer.

—Muy bien, señor...

Adriana ocultó una mueca de dolor por el fuerte apretón que estaba recibiendo de su nuevo jefe, y carraspeó otra vez antes de añadir entre dientes:

—Ayala... Adrián Ayala.

—Señor Ayala, sea usted bienvenido a Montellà & Fills Publicitat.

—Gracias, señor.

* * *

Habían pasado tres semanas desde que empezara a trabajar en la agencia donde su hermana lo había hecho con anterioridad, y Adriana no había avanzado mucho en su investigación encubierta.

Estaba al servicio de Marc de Montellà Bau, y no era una labor excesivamente emocionante. Sus obligaciones eran monótonas y tediosas, consistentes en llevarlo de su casa a la oficina y de la oficina a su casa. De vez en cuando tenía que recogerle algunos documentos urgentes o pasar por la tintorería a retirar algún traje, pero no había observado nada destacable en su

comportamiento ni conseguido obtener algún rumor jugoso en la oficina. Lo único que había sacado en claro durante todo ese tiempo era que ese tipo era adicto al trabajo. Eso, y que desde que había tenido un terrible accidente de coche, hacía casi diez meses atrás, no había vuelto a conducir ningún tipo de vehículo motorizado y por eso necesitaba los servicios de un chófer.

En ese instante pegó un brinco de sorpresa cuando, en el intercomunicador de la sala de descanso de los empleados, sonó la voz de Ángeles Salamanca, asustándola.

—Señor Ayala, su jefe quiere verlo en el despacho.

Ella posó el vaso del café que se estaba tomando y pulsó el botón rojo para responderle.

—Ahora mismo voy.

Se colocó los guantes blancos, agarró la gorra de chófer, que se guardó debajo del brazo, y miró a Lesly.

—El deber me reclama.

La recepcionista le sonrió con coquetería y bajó un poco los ojos con un tenue rubor en sus mejillas.

—¿Vendrás a verme después?

—¡Claro, guapa! Ya sabes que me encanta darle a la lengua contigo. —Dicho esto, salió de la habitación sin darse cuenta del suspiro de amor que salía de la boca de la muchacha.

—¡Ay, ya quisiera yo! —se lamentó con pesar la joven.

Cuando Adriana llegó a la puerta, se paró unos segundos para colocarse bien la ropa y comprobar que todo estaba en su sitio, y luego se giró un momento para dirigirse a la secretaria y guiñarle un ojo con picardía.

—¿Cuándo dejará de llamarme señor Ayala?

—Cuando tú dejes de llamarme señorita Salamanca —refunfuñó la mujer, inmune a sus encantos «masculinos».

—Está bien. Nines me gusta más, ¿te importa si te llamo así?

—Claro que no —respondió ésta, dibujando muy a su pesar una línea ascendente con la boca.

Adriana sonrió a su vez, contenta de poder ir derribando poco a poco las barreras de esa mujer. Después giró la cabeza para guiñarle un ojo a la otra secretaria que tenía justo enfrente, celebrando su pequeña victoria.

—¿Lo que estoy viendo es una sonrisa?

—¡Por supuesto que no! —rebatió quitándose las gafas y simulando ofenderse.

Justo en ese momento se abrió la puerta del despacho de su jefe, con brusquedad.

—Lo estoy esperando, señor Ayala —gruñó él al verlo departir tan tranquilo con su secretaria.

—Lo siento, señor.

Extrañado por su mal humor, entró justo detrás de él.

—No, Roser, no me había olvidado —dijo hablando por el móvil, que todavía tenía pegado a la oreja—, simplemente he estado hasta arriba de trabajo.

Adriana observó cómo Marc ponía los ojos en blanco en una clara mueca de fastidio, al mismo tiempo que sujetaba el teléfono entre el hombro y la mejilla mientras se vestía la chaqueta del traje ejecutivo hecho a medida.

—Por supuesto que me hace ilusión, pero tengo más cosas que hacer que perder el tiempo escogiendo centros de mesa o invitaciones de boda.

Después de decir eso, el hombre retiró el aparato del oído, pues las voces que estaba pegando la mujer al otro lado lo hicieron temer que pudiera dejarlo sordo para siempre.

—Ro... Roser... escú... escúchame... por favor...

Su jefe suspiró con pesar en tanto recogía unos papeles y los guardaba en una carpeta.

—De verdad que sí —continuó hablando segundos después—. Yo también estoy deseando que llegue ese día.

Adriana carraspeó, incómoda por el momento, y él clavó su mirada en ella al darse cuenta de que no estaba solo en la habitación.

—Roser, tengo que dejarte —se excusó aliviado de poder concluir esa conversación—. Ahora mismo estoy saliendo para ahí.

Y después de un eterno minuto, colgó el teléfono por fin.

—Espere un instante —ordenó sin tan siquiera mirarlo, a la vez que se sentaba para cerrar la sesión de su ordenador.

—Sí, señor —respondió ella mientras lo observaba trajar.

Adriana hacía tiempo que había tenido que reconocer que su jefe era un tipo muy guapo, el único problema era lo serio y tremendamente frío que parecía. Su

metro ochenta y ocho: sus ojos negros y profundos; un corte de pelo que le sentaba a la perfección; sus facciones, marcadas por una cuidada barba de tres días, elegantemente masculinas, y su cuerpo definido al detalle contrastaban con su personalidad, atrayente pero al mismo tiempo intimidante y ceñuda, poniéndola, con extrañeza, demasiado nerviosa cuando estaba en su presencia.

Salvo los educados «buenos días» y respuestas de cortesía en relación con sus órdenes, no habían cruzado una sola palabra de más durante el tiempo que llevaba trabajando para él. Tampoco lo había visto adquirir una actitud relajada con ninguno de sus empleados, o mantener una conversación, que no fuera laboral, con sus clientes.

Marc de Montellà Bau vivía para y por el trabajo. Y esa breve conversación de la que había sido testigo era lo más parecido a una muestra de interés o cariño hacia alguien que había visto.

Mientras esperaba a que el ordenador se apagara, el hombre aprovechó aquellos segundos para recoger un poco su escritorio, y soltó un exabrupto cuando se dio cuenta de que se había olvidado de hacer una llamada urgente. Cogió el teléfono y se puso a hablar con alguien sobre unos informes trimestrales que necesitaba sin falta para esa tarde, olvidándose por completo de ella y de la cita que tenía con su futura novia.

Adriana, después de unos minutos, se acercó al enorme ventanal para poder admirar las magníficas vistas que disponía de la ciudad de Barcelona.

El despacho de su jefe era amplio y decorado con un gusto exquisito. Tan pronto como entrabas en él, te encontrabas de frente con unas grandes ventanas ahumadas, que daban mucha luz natural pero sin que el sol molestara de lleno. Las vistas eran más impresionantes de noche, cuando era un espectáculo ver las luces y el tráfico reflejado contra ellas.

Justo delante se ubicaba una maravillosa mesa de despacho de madera maciza, decorada con unas delicadas lámparas de sobremesa, una gran pantalla plana de ordenador, una centralita telefónica y los útiles habituales de una mesa de oficina. Pegado a la pared de la derecha, disponía de un moderno perchero muy cerca de un delicado arbusto de interior. En esa misma pared, encajada en ella, había instalada una enorme pecera con infinidad de peces pequeños que nadaban sin rumbo fijo de un lado a otro, además de varios diplomas enmarcados y colgados. En ambas paredes de la entrada había unas elegantes

librerías, hechas a medida, llenas de libros, carpetas, archivadores, una enorme pantalla plana de televisión y un refinado mueble bar. Y a la izquierda de la estancia se encontraba, detrás de una puerta, un lujoso baño privado.

Marc, quien todavía seguía colgado al teléfono, se giró en su silla para toparse con la visión de su empleado oteando desde la ventana. Sus ojos recorrieron con interés la figura del muchacho recortada contra la claridad que entraba por el cristal, hasta pararse justo en su parte más protuberante... y arrugó el ceño al advertir que estaba admirando el sexy y perfecto trasero de su chófer. Su mirada se oscureció todavía más al darse cuenta de que, por culpa de ello, estaba experimentando una más que sorpresiva y vergonzosa erección. Aturdido, arrugó el ceño por esa sorprendente revelación, inclinándose hacia delante en su asiento para tapar su vergüenza oculta entre los pantalones, sin percatarse de que había tocado la pluma de escribir que usaba con regularidad, y que ésta rodó por la mesa hasta caer al suelo.

Adriana, absorta en sus pensamientos y por completo ajena a los lujuriosos pensamientos de su jefe, vio de pronto cómo la estilográfica rodaba muy cerca de sus pies, así que se agachó para recogerla, sin darse cuenta de que él también se inclinaba al mismo tiempo, con el resultado de un choque frontal de la nariz de Marc contra su objeto de deseo, el trasero de Adriana.

Alarmada por el quejido de sufrimiento, se irguió de inmediato a la vez que se giraba para saber qué había ocurrido, con tan mala suerte que, al hacerlo, le golpeó con la cabeza en la cara, consiguiendo que al final él siseara por el daño recibido de forma involuntaria.

El instinto de Marc fue alejarse lo máximo posible de su empleado, agarrándose al mismo tiempo su dolorido tabique nasal con ambas manos, pero al tener parcialmente oculto su campo de visión, tropezó con uno de los brazos de su perchero, dándose un fuerte golpe en la entrepierna... por lo que, al final, aulló de dolor doblado en dos y cayendo de rodillas al suelo.

Cuando Ángeles, la secretaria de dirección, entró corriendo alarmada por tanto griterío, se topó con su jefe arrodillado y agarrándose con una mano la nariz y, con la otra, sus partes nobles.

Desvió la atención hacia el muchacho, que con cara de absoluto espanto elevó los ojos para mirarla a ella y mutar su expresión en una de completa inocencia para decir:

—¡Ups!, ¡lo siento!

Capítulo 3

Marc inspiraba y expiraba grandes bocanadas de aire, intentando aguantar el dolor lacerante que subía desde su ingle hasta los riñones. Y su respuesta cáustica hacia Adriana, cuando se acercó para ayudarlo a levantarse, dejó a ésta estupefacta.

—¡No me toques! ¡¿Qué pretendes... rematarme?!

—Lo-lo siento, no era mi-mi intención —tartamudeó confusa.

Él se levantó como buenamente pudo y se dirigió, renqueando, hacia su baño privado.

Después de cerrar con un tremendo portazo, que hizo temblar las paredes, se apoyó en el lavamanos mientras intentaba apaciguar el dolor de su entrepierna.

Marc observó su reflejo a través del espejo para, a continuación, maldecir en voz alta.

—¡¿Qué mierda te pasa, imbécil?!

¿Desde cuándo se dedicaba a contemplar los traseros de sus empleados? ¿Acaso se había vuelto loco? No sabía qué era lo que le dolía más, si el golpe que se había propinado él solito contra el perchero o la humillación de descubrirse a sí mismo admirando el trasero de otros hombres.

«¡¿Qué diablos ha ocurrido ahí fuera?!», se preguntó estupefacto.

Se masajeó con cuidado su miembro dolorido, en un intento por aliviar el dolor que le subía como punzantes descargas de corriente.

Jamás se había sentido atraído por el sexo opuesto, ni tan siquiera había sentido curiosidad. ¡Ni una sola maldita vez en toda su vida! Entonces, ¿a qué había venido todo aquello?

Era cierto que llevaba mucho tiempo sin mantener relaciones sexuales con

una mujer, pero no hasta el punto de tener pensamientos obscenos con otros hombres.

«¡¡Hasta ahí podíamos llegar!!»

Abrió el grifo de agua fría para refrescar su acalorado rostro, y decidió de forma tajante que lo acontecido hacía unos instantes era producto del estrés y el agobio que le producía su cada vez más inminente boda. El hecho de pensar que tenía que unir su vida para siempre con la mujer que su padre había elegido para él le hacía perder el poco control que tenía de su vida. Si pudiera elegir por sí mismo, lo mandaría todo al diablo y huiría de allí sin mirar atrás.

Pero había hecho una promesa e iba a cumplirla, aunque le costase su propia felicidad. No sólo podía pensar en él, pues, por desgracia, tenía que pensar en su hermano, en el legado familiar y en las decenas de trabajadores que dependían de su empleo en esa agencia de publicidad para subsistir. Tras esa reflexión, suspiró con pesar, hundiendo más los hombros al apoyarse otra vez en el lavamanos, al sentir la enorme carga que soportaba.

Minutos después salió del baño en apariencia recuperado, y reparó en que, tanto Nines como su empleado, seguían esperando en el despacho con evidentes signos de preocupación. Después de abrochase el primer botón de su americana con impaciencia, recogió el teléfono móvil de encima de la mesa y se acercó a su chófer para gruñirle:

—¡Vamos!

Y, cuando pasó cerca de su secretaria, masculló entre dientes muy bajito:

—No lo quiero volver a ver aquí —sentenció apretando los dientes, rabioso—. Mañana entrégale la carta de despido inmediato.

Después de dar esa orden y advertir cómo Ángeles tragaba saliva con dificultad, al mismo tiempo que afirmaba levemente con la cabeza, abandonó el despacho sin mirar atrás, sabiendo a ciencia cierta que su chófer lo seguiría de cerca.

—¿A dónde vamos, señor? —preguntó Adriana dentro del ascensor, en tanto se colocaba de forma correcta el gorro de su uniforme, sin ser consciente de la orden que su jefe había realizado segundos antes a su secretaria.

—Paseo de Gracia, 82.

—Sí, señor. —Luego carraspeó varias veces antes de reunir valor y dirigirse a él—. Por cierto, me gustaría pedirle discul...

—¡Olvídalo! —ladró tajante.

Y a Adriana no le quedó otra que bajar la mirada y rezar por que el enfado se le pasara rápido.

Juntos se dirigieron a la plaza privada de su coche en el parking, en el sótano del edificio de oficinas, para subir al vehículo y tomar rumbo a una de las calles comerciales más caras de Barcelona. Durante el camino, el móvil de Marc no dejó de sonar, y éste soltó un suspiro de frustración, obviando a propósito las llamadas entrantes, pues sabía de quién se trataba.

Estaba empezando a hartarse del acoso al que lo estaba sometiendo últimamente su prometida. Y a pesar de que estaba siendo en extremo paciente con ella, quizá ése no era un buen día para que lo hostigara de esa manera.

Cuando llegaron a su destino, Marc se bajó con agilidad del Mercedes-Benz E300 color negro obsidiana, no sin antes ordenarle a su chófer que lo esperara allí, para acercarse a una elegante mujer que lo estaba esperando impaciente y con evidentes signos de malestar, justo delante de la puerta de la joyería Cartier.

Adriana no pudo acatar sus órdenes, tal y como él esperaba, pues esa calle era una de las más concurridas de toda Barcelona, así que no le quedó otra opción que dar unas cuantas vueltas a la manzana, y rezar por encontrar un sitio cercano donde esperarlos antes de que salieran.

—Ya puedes estar contento... —le reprochó la mujer en cuanto se acercó a ella—. Llevo más de veinte minutos esperándote.

—Me ha sido imposible llegar antes, Roser. Ya sabes cómo es el tráfico en esta ciudad.

—Di más bien que te habías olvidado por completo de esta cita —refunfuñó por lo bajo, al mismo tiempo que entraban en la joyería—. Cada vez me resulta más evidente que te importa muy poco todo lo que tenga que ver con nuestra boda.

—Estoy aquí, ¿no?

Su novia esbozó una tirante sonrisa, en tanto uno de los dependientes del exclusivo comercio se acercaba a ellos, para responderle entre dientes:

—¡Sí, claro! ¡A desgana!

Marc la acercó suavemente a él, simulando que le estaba dando un cariñoso beso en la mejilla, a la vez que susurraba muy cerca del oído.

—Tengo cosas más apremiantes de las que ocuparme que dedicarme a elegir

las alianzas para nuestra boda, querida. Ya te dije que por mí estaba bien lo que tú escogieras. Y si no estás contenta sobre cómo llevo este asunto, quizá lo mejor sería anularlo todo antes de exponernos a un mayor ridículo.

Ella abrió de forma desmesurada los ojos, único gesto en su rostro que la delató, ocultando ante los demás con maestría que esa hipócrita muestra de cariño no era lo que aparentaba.

Lugo levantó un dedo, para indicarle al empleado que les diera un minuto a solas.

—No creo que sea necesario tomar esa decisión tan drástica —declaró con rapidez y una ligera nota de pánico en su voz, al mismo tiempo que le daba la espalda al sorprendido vendedor—. Sólo me gustaría que participaras más en los preparativos del día más importante de nuestras vidas. Y, si no es mucho pedir, que al menos disimularas ante los demás que estás tan ansioso como yo por que llegue ese momento.

—*Amor mío...* —le contestó, recalcando esas dos palabras con sarcasmo—, no pidas más de lo que te puedo dar. Sabes muy bien que este matrimonio no está basado en el amor y la ilusión de una pareja de enamorados por pasar el resto de su vida juntos, así que deja de atosigarme o lo mando todo al diablo.

La mujer lo miró directa a los ojos para constatar la sinceridad de sus palabras, y se dio cuenta de que en realidad la amenaza iba muy en serio. No podía permitir que Marc de Montellà Bau anulara su compromiso. En esos momentos era la mujer más envidiada de la alta sociedad barcelonesa, y sería el hazmerreír de todas sus amistades si él decidía acabar con todo. Llevaba demasiado tiempo detrás de ese hombre como para permitir que todos sus esfuerzos se fueran al traste.

—Hay un contrato apalabrado entre nuestras familias y sabes perfectamente que tienes que cumplirlo.

Él le enseñó los dientes en una fría sonrisa.

—Un acuerdo de palabra, querida, no un contrato. Y si lo sigo manteniendo es por honrar la memoria de mi padre y al chantaje del tuyo, pero recuerda que yo no soy él.

Roser supo que no podía seguir estirando la cuerda por más tiempo, pues corría el riesgo de que ésta se rompiera definitivamente y eso no lo podía permitir, así que se giró de nuevo hacia el empleado con su sonrisa más

deslumbrante, para pedir que le enseñara las alianzas de matrimonio más caras del mercado.

Mucho tiempo después, Adriana se bajó del coche para abrirles servilmente la puerta a ambos, y fue consciente de la tensión que reinaba dentro del vehículo cuando retomó su lugar.

—¿A dónde vamos, señor?

—Volvemos al despacho, Adrián, pero antes deje a la señorita Castellblanch donde ella disponga.

—¿No vamos a escoger las invitaciones de boda? —protestó Roser, decepcionada.

Marc se frotó con irritación la frente antes de contestarle. Su paciencia estaba llegando al límite y no sabía cuánto tiempo más podría aguantar.

No estaba disfrutando de un buen día, ¡no señor!, teniendo en cuenta que, desde que había salido del despacho, no había hecho más que darle vueltas a su absurda fascinación por el trasero de su chófer. Todavía seguía preguntándose qué demonios lo había llevado a sufrir una erección por algo tan incoherente en él.

Y a pesar de que lo intentó con todas sus fuerzas, fue incapaz de concentrar toda su atención en la tediosa tarea de escoger unos anillos que, a su parecer, eran todos completamente iguales.

Pero desechó por enésima vez en el día esos pensamientos y se centró en la insufrible mujer que muy pronto se convertiría en su esposa.

—Si no hubieras tardado tanto con las alianzas, a lo mejor te hubiera acompañado, pero te recuerdo, *otra vez*, que tengo cosas más importantes de las que ocuparme.

—Está bien, tienes razón —rezongó de nuevo contrariada—, pero al menos me invitarás a comer para celebrar nuestro aniversario. —Al ver un pequeño gesto de asombro en la cara de Marc, resopló cabreada—. No te habrás olvidado de eso también, ¿no?

—¡Por supuesto que no! —respondió con rapidez para salir del apuro—. Pero tendremos que aplazar la celebración para otro momento, pues tengo una importantísima reunión esta tarde, para la cual todavía me quedan algunos flecos que pulir, y que, por supuesto, es completamente ineludible.

Roser entrecerró los ojos para mirarlo de forma especulativa. Sabía que le

estaba mintiendo, pero también era conocedora de hasta dónde podía llegar por ese día.

—Humm... ¿y qué te parece si salimos esta noche a celebrarlo? —sugirió al mismo tiempo que se acercaba con coquetería a él—. Hace tiempo que no nos ven públicamente y hoy sería un excelente día para acallar bocas. Mis amigas empiezan a sospechar que lo de nuestro compromiso es una invención mía.

—Roser...

—¡Por favor! —rogó poniendo morritos—, y te prometo que no te molestaré más con los detalles de la boda.

Marc suspiró con evidente pesar, pero también sabía que ella tenía razón. No había sido la única en recibir mofas de sus amigos por no dejarse ver en público; más en concreto, las desquiciantes burlas de su hermano Pol.

—Está bien.

—¡Perfecto! —exclamó satisfecha por haberse salido con la suya—. Chófer, déjeme en la tienda de Valentino y después lleve a mi prometido al despacho. Cuando lo haya hecho, regrese a buscarme —dispuso mientras se colocaba unas enormes gafas de sol—. No te importa que te robe a tu chófer, ¿verdad, querido? Hoy voy a quemar la tarjeta Platinum para estar radiante en la cena. Espero que no escatimes en el regalo y me dejes muerta de la impresión.

Adriana, que había observado toda la escena a través del espejo retrovisor, puso en marcha el coche cuando se encontró con la mirada de su jefe, que asintió dando luz verde a las órdenes de su flamante prometida en tanto apretaba con fuerza los dientes.

* * *

Cuando Adriana apareció horas después por la oficina totalmente exhausta, se encontró con Nines y Lesly por completo desesperadas.

—¿Se puede saber dónde andabas metido? —lo interrogó la secretaria prácticamente fuera de sí.

—¿Por qué?, ¿qué ocurre?

—¡Qué Diosito nos cuide y nos proteja! —exclamó en alto la recepcionista mientras se santiguaba varias veces seguidas y besaba una pequeña cruz de plata en su colgante.

—¡¿Que qué ocurre?!! —prorrumpió Nines al borde del colapso, soltando las gafas encima de la mesa del mostrador—. Que tu jefe lleva de uñas todo el día preguntando por ti. Resulta que se le olvidó que hoy era el aniversario de su noviazgo, y me ha tenido toda la tarde colgada al teléfono para conseguirle una reserva en uno de los restaurantes más exclusivos de Barcelona. Algo, por supuesto, por completo imposible a estas alturas —aseguró molesta—. Por tanto, me he pasado la tarde suplicando en otros restaurantes de alta cocina de la ciudad hasta que he logrado hacer una reserva.

Adriana dibujó una sonrisa de medio lado al mismo tiempo que miraba con admiración a la mujer que tenía delante.

—Lo que tú no puedas conseguir...

—¡Mira, no me dores la píldora que no estoy para tonterías! —lo interrumpió impaciente—. Necesito que vayas ahora mismo al Teatro del Liceo a recoger unas entradas para un espectáculo.

—¿Ahora?! —protestó, cansada por haberse tirado todo el día de un sitio a otro cargada con cientos de bolsas de tiendas escandalosamente caras.

Nines clavó su hosca mirada en ella.

—¡Escucha, jovencito, no me toques las narices, que hoy no tengo el chichi pa' farolillos! —Dicho esto, se giró para marcharse con indignación a su puesto de trabajo, al mismo tiempo que iba murmurando entre dientes—. Bastante me ha costado conseguir las, teniendo en cuenta que las entradas estaban agotadas, como para que ahora el señorito me venga con remilgos.

Tanto Adriana como Lesly se miraron con la boca abierta y los ojos como platos.

—No me hables... no me hables, ¡que menudo día! —le confesó la recepcionista después de recuperarse de la impresión de ver a la secretaria perdiendo los papeles de esa manera.

—¿Y a ti qué te pasa ahora? —preguntó Adriana, apoyada con dejadez encima de la recepción.

La mujer observó con nerviosismo el reloj de pulsera de su muñeca.

—Pues que tu jefe me va a matar en cualquier momento.

Y como si hubiera invocado al mismísimo Satanás de las entrañas del Averno, apareció la figura del susodicho con el ceño tan fruncido que sólo verlo causaba auténtico miedo.

—¡¡TÚ!! —gritó señalando a Adriana con el dedo—. ¿Dónde demonios andabas metido?

Ella tragó saliva y retrocedió un paso.

—Con su prometida, señor.

—¿Toda la tarde?!

Entrecerró los ojos, examinando con atención al furioso hombre que tenía justo delante de ella. Su instinto policial estaba acostumbrado a recibir órdenes de sus superiores y acatarlas sin rechistar, pero también era una mujer orgullosa de haber conseguido todo lo que tenía a base de mucho esfuerzo y trabajo, y no iba a permitir que ese individuo arrogante y déspota la intimidara de aquella manera. Menos aun sabiendo que podía ser el asesino de su hermana.

—Toda-la-tarde —respondió muy despacio, cuadrando los hombros y retándolo con la mirada—. Si no me cree, puede llamarla.

Observó cómo un brillo de asombro cruzaba con rapidez por la mirada de Marc, y los dos se estuvieron midiendo durante unos eternos segundos, hasta que éste se cansó y dirigió su atención hacia la recepcionista.

—¿Y el ramo de flores que te encargué?

A Lesly el color del rostro la abandonó por completo y comenzaron a temblarle las canillas de las piernas.

—Señor... yo... yo... es que... yo... pues...

—¿Tú, qué?!

La mujer agarró de nuevo el pequeño crucifijo entre sus dedos, mientras lo hacía correr de un lado a otro de la cadena de plata con evidente nerviosismo.

—T-todavía n-no ha llegado.

—¡¡¿Cómo has dicho?! —bramó fuera de sí—. ¡¿Acaso estoy rodeado de incompetentes?! ¡¿Tan difícil es adquirir un maldito ramo de flores en esta ciudad?!

—Señor... —intervino la recepcionista, asustada por la posibilidad de perder su puesto de trabajo por ese error garrafal—. Tuve que llamar a otra floristería. Intenté encargarle un precioso ramo a la que trabaja con nosotros de forma habitual, pero me fue por completo imposible. Alegaron que no podían ofrecernos nada de lo que usted pidió con tan poca antelación, pues todas las flores de las que disponían en ese momento las tenían encargadas para una boda a la mañana siguiente. Llamé a otra empresa, y me juraron que tendrían el ramo

aquí lo antes posible, pero todavía no han llegado.

—¡¡Pues llama a otra!! —tronó furioso—. ¡Será por floristerías en Barcelona!

Adriana advirtió cómo la pequeña y fina barbilla de su compañera comenzaba a temblar involuntariamente.

—A estas horas están t-todas las ti-tiendas cerradas.

Marc cerró con fuerza los puños en un difícil intento de no descargar toda su ira, y su mente barajó la real posibilidad de, en un mismo día, deshacerse de un chófer y una recepcionista completamente inútiles.

—¡¡Niiinesss!!

Cuando la secretaria apareció ante su vista, casi corriendo, se encontró con un panorama desolador: a Lesly a punto de llorar, al nuevo chófer lanzándole miradas asesinas a su jefe y a éste rojo de furia.

—¿Qué ocurre?

Lesly, que no aguantó por más tiempo la presión, comenzó a sollozar con desconsuelo.

—Lo-lo siento, señor.

—Tus disculpas no arreglan tu incompetencia —bramó iracundo.

Adriana le lanzó una mirada cargada de rencor a su jefe, por la forma tan inhumana en la que estaba tratando a su pobre recepcionista, y éste abrió los ojos, sorprendidos por su desafiante actitud.

—¡Está bien... está bien... No te preocupes! —la animó acercándose a ella para consolarla—. Entre todos vamos a encontrar una solución.

Luego hizo un rápido barrido con la mirada por las instalaciones, hasta detenerse en el ramo de flores frescas que traían todos los días para adornar la mesa en la sala de espera.

—¡Mira, ahí la tenemos! —exclamó, contenta de poder ayudar a su compañera.

Pero un siseo entre dientes la detuvo cuando llegó a la altura de su jefe.

—¡No hablarás en serio! —intervino éste.

Adriana se giró con lentitud para encararlo de frente. Estaba tan enfadada por su actitud déspota y arrogante que no pensó en absoluto lo que iba a soltar por su boca.

—¡Escúcheme bien, *seeñooooor!* —alargó a propósito la última palabra—.

Nada de esto hubiera ocurrido si usted no se hubiera olvidado del aniversario, así que vamos a ir apagando los fuegos uno a uno, ¿le parece bien? —le sugirió mientras se acercaba a él peligrosamente, haciendo que diera un paso hacia atrás—. Primero le conseguiremos un bonito y coqueto ramo de flores para regalarle como Dios manda y, después, cruzaré toda la ciudad para recoger sus malditas entradas de teatro. De esta forma podrá disfrutar de una agradable cena, con una mujer que ha estado tooodo el día preparándose y acicalándose con ilusión para el encuentro de esta velada, y así todos quedaremos contentos y satisfechos, ¿de acuerdo?

Marc abrió la boca para protestar y poner a su empleado en el lugar que le correspondía, tanta insolencia por su parte era por completo inadmisibile, pero no le quedó más remedio que cerrarla, pues tuvo que reconocer que el muchacho tenía razón.

Para ser justo, si tenían que rodar cabezas ese día, la suya debía ser la primera. Desde el encuentro de su nariz con el trasero de su chófer esa misma mañana, nada le había salido a derechas... Primero la presión de la empecinada Roser; después, la nefasta reunión de la tarde, que no había salido tal y como él esperaba; luego, los problemas que habían surgido en uno de los nuevos proyectos de publicidad con un importantísimo cliente, y, por último, toda esta engorrosa situación del aniversario.

Y lo más inquietante de todo era esa fría y férrea determinación que había hallado en su nuevo, y muy prontamente despedido, empleado... que, para su total sorpresa, le había gustado descubrir.

Inclinó un poco la cabeza para examinarlo con más detenimiento. Había algo en él que le resultaba extraño y al mismo tiempo familiar, y no conseguía concretar de forma exacta el qué... pero enseguida desechó esas absurdas ideas, no tenía tiempo para malgastarlo tan inútilmente.

—Después de que hayáis solucionado este despropósito, ven a buscarme para llevarme a casa y así pueda cambiarme de ropa antes de la cena.

Dicho esto, le dio la espalda para dirigirse a grandes pasos hacia su despacho.

En cuanto el hombre desapareció de su vista, Adriana se desinfló como un globo de helio y, no teniéndolas todas consigo, apuró a sus compañeras para que la ayudaran con lo prometido.

—¡Venga... vamos, no hay tiempo que perder!

Nines, que había estado observando aquella extraña escena sin abrir la boca, no entendía nada. En los veinte años que llevaba trabajando en esa compañía, jamás había visto algo parecido.

Conocía a Marc de Montellà desde que era un niño de poco más de doce años y, a pesar de que tenía su carácter, nunca había actuado de esa forma tan tirana y autoritaria como ese día... y algo le decía que todo había comenzado cuando entró en su despacho esa mañana y lo encontró tirado en el suelo. Pero no había tenido ni la oportunidad de preguntarle a Adrián, ni las agallas para comentarlo con su jefe.

Fijó su atención en el muchacho, que traía un ramo de flores y daba órdenes como si aquello fuera su cortijo y preguntó:

—¿Alguien me puede decir qué demonios ha pasado?

* * *

Adriana esperaba en la acera apoyada en la puerta del Mercedes, estrujando con fuerza la gorra de su uniforme mientras rezaba para que toda aquella locura no le explotase en la cara.

No podía perder aquel trabajo. Todavía no había conseguido ninguna prueba que vinculara a alguien de esa empresa o de la familia con la muerte de su hermana. Con todo, sus esperanzas se vinieron abajo cuando vio aparecer a la horripilante prometida de su jefe, corriendo y sollozando al mismo tiempo que se acercaba a la calzada, paraba un taxi y se marchaba huyendo de allí.

—¡Roser, espera! —la llamó Marc, saliendo segundos después tras ella.

Después de verla alejarse, éste dirigió toda su atención hacia Adriana.

—¡¡¡¡Tú!!!! —oyó vociferar a la vez que lo veía acercarse iracundo—. ¡¡¿Qué demonios has hecho?!!

Capítulo 4

Adriana cerró los ojos con fuerza, esperando y rezando a la vez para que su jefe no se estuviera dirigiendo a ella, pero un segundo después abrió el ojo izquierdo y... lo vio allí, parado justo delante de sus narices.

—¿Algún problema? —preguntó después de carraspear y tragar saliva.

El hombre abrió la boca hasta casi desencajársele la mandíbula, al mismo tiempo que no daba crédito a la desfachatez de ese muchacho.

—¿Me estás tomando el pelo? —demandó después de recuperar el habla y recordar que no era tan muchacho, a pesar de las apariencias.

—No, señor.

—Entonces, ¿cómo puedes hacerme esa pregunta tan estúpida?

—Pues...

—¿En qué momento pensaste que traernos a este tugurio iba a ser una buena idea?

Ahora le tocó a ella abrir la boca de golpe por su falta de gratitud.

Después de improvisar un estupendo y coqueto ramo de flores frescas en el despacho, y de sacar de un apuro a sus compañeras, Adriana salió veloz hacia el teatro en busca de las dichas entradas, pero, cuando llegó a la taquilla, la horrible mujer que la atendió no quiso entregárselas. Alegó que su jefe acababa de marcharse y que no le había dejado ningún aviso u orden de dispensar de forma «atípica» entradas supuestamente agotadas o, en su defecto, reservadas para clientes VIP... y, por supuesto, ella no iba a jugarse su empleo por la palabra de un desconocido. Añadió que, si lo que decía era cierto, tendría que haber ido a la hora acordada y no cuando le viniera en gana.

Adriana estaba tan furiosa que deseaba ponerse a patalear y gritar de

frustración en plena calle, y a pesar de rogar, disuadir, amenazar, alabar y todas las demás tácticas de persuasión que se le fueron ocurriendo sobre la marcha, no hubo forma humana de convencer a semejante bulldog. Sólo le faltó sacar su placa de policía para amedrentar a esa horripilante bruja, y ni con ésas creía que hubiera podido hacerla entrar en razón.

Por todo ello, mientras iba a recoger a su jefe tuvo que pensar en un plan B, pues no podía presentarse con las manos vacías. De pronto recordó las entradas que le había regalado Ricky para su espectáculo en la sala *Survive*. ¿Qué otra opción le quedaba? Quizá el *show* no fuera del gusto de la insufrible y esnob prometida, pero sabía de las buenas críticas que tenía y de lo solicitada que estaba la entrada a ese local. Por tanto, lo arriesgó todo a una sola carta con la esperanza de ayudar a su jefe a salvar un desastroso aniversario.

Vale que sabía que la opción era atrevida, pero echarle a ella todo el marrón era muy injusto.

—¿Perdón? —cuestionó, perpleja por su falta total de gratitud.

—¡Ni perdón ni leches! —soltó Marc, molesto por el desastre que había causado—. Resulta evidente que la decisión que he tomado esta mañana de despedirte es la opción más acertada. No puedo disponer de un empleado tan incompetente como tú trabajando bajo mis órdenes.

Ella parpadeó varias veces al mismo tiempo que cerraba la boca y la convertía en una fina línea, y apretó tanto los dientes que por un momento rechinaron con fuerza.

—¡Un momento! —solicitó estirando el dedo índice en un gesto para llamar su atención—. Creo que no he oído correctamente. ¿Acaba de decir que esta misma mañana ha tomado la decisión de despedirme? —Y recalcando con énfasis repitió—. ¿Por incompetente?

—Has oído con claridad —respondió él, deshaciéndose el nudo de la corbata con impaciencia—. No sólo he tomado esa decisión, sino que le he dado órdenes expresas a Nines de tu cese inmediato antes de salir hacia la joyería. Y visto el absoluto fracaso de esta noche, mi resolución está más que justificada.

Ella apretó con fuerza los puños en un hercúleo intento de no propinarle un fuerte cachete en toda su prepotente cara.

—¿Justificada?! —masculló entre dientes.

—Por supuesto y puedes darlo por notificado. No hace falta que pases

mañana por las oficinas a por el finiquito, se te enviarán los papeles por correo certificado. No quiero volver a verte nunca más en mi vida.

En aquel momento, Adriana no midió la magnitud de su enfado ni de las palabras que salieron sin filtro alguno por su boca. Lo que ese hombre estaba haciendo no tenía nombre, y pasó a un segundo plano todo su plan de venganza y descubrir la verdad que comportaba su misión.

Inspiró aire por la nariz para espetarle a ese miserable lo que pensaba de él en su propia cara.

—¿Quiere que le diga por dónde puede meterse su mísero finiquito certificado? —le soltó a bocajarro, cogiéndolo por completo desprevenido—. Es usted el hombre más mezquino, desagradecido y egoísta que he conocido en mi vida. Hoy le he salvado el culo dos veces, y no ha tenido ni la más mínima decencia de darme, al menos, las gracias por ello. Y no sólo eso, sino que, además, me lo paga despidiéndome.

Él hizo un gesto con cara de sorpresa, pues no sólo no se esperaba su reacción ni sus insultos, sino que, además, se dio cuenta de que la voz le había cambiado, haciéndose más aguda por momentos al menos tres tonos.

—Y lo peor de todo es que tiene la poca vergüenza de echarle la culpa a los demás de sus propios errores, y cree que todo se puede solucionar porque Marc de Montellà Bau lo ordena —prosiguió furiosa, sin ser consciente de que se había olvidado de impostar la voz para hacerla más masculina—. ¿Acaso piensa que el mundo gira a su alrededor y se detiene a su antojo? ¿Tiene idea de lo que ha tenido que hacer Nines para conseguirle unas entradas y una reserva a última hora? Sin mencionar que me ha tenido todo el día de un lado para otro, consintiendo los absurdos deseos de esa fastidiosa mujer, sabiendo que ya estaba despedido y que no entraba dentro de mis funciones. Por no hablar de mi gesto desinteresado al regalarle unas entradas que me obsequió uno de mis mejores amigos, para que usted y su horrible prometida pudieran disfrutar de un maravilloso espectáculo en el local más de moda de toda Barcelona y celebrar su estúpido aniversario. Un local al que no ha dudado en llamar «tugurio» con su terrible desprecio e ignorancia sin tener la más mínima idea, guiado única y exclusivamente por sus necios prejuicios.

Marc abrió los ojos al percatarse de todas las verdades que salían de la boca de su empleado y, aunque lo intentó, no pudo rebatirlas.

—Si puede dormir tranquilo creyéndose mejor que los demás por tener dinero, un nombre de alta alcurnia y una empresa a la que dirigir... ¡enhorabuena!, pero le aseguro que «todo eso» no le hace ser «mejor persona». Y recuerde que es quien es por el gran equipo que le respalda, sin ellos usted no sería nadie.

En ese instante, una mujer disfrazada de conejito de *Playboy* se acercó a ellos, interrumpiendo el sermón que Adriana le estaba endosando al egoísta de su, en ese instante ya, exjefe... pero de su boca no salió una dulce voz femenina, sino la de un camionero hecho y derecho, que, con sus plataformas de más de veinte centímetros, alcanzaba más de dos metros de altura e imponía bastante respeto.

—¿Va todo bien por aquí?

Marc parpadeó, sorprendido al encontrarse cara a cara con... con... bueno, no sabía muy bien cómo calificar a esa persona.

—Sí, Ricky, gracias —respondió ella al reconocerlo, para volverse una vez más hacia Marc y finalizar—: Aquí ya he dicho todo lo que tenía que decir.

A continuación, agarró las manos de su exjefe para entregarle las llaves del coche y la gorra de chófer, y se giró para desaparecer, con toda la dignidad que pudo, fuera de su vista y de su vida para siempre.

* * *

En el momento en que Adriana entró en el *Survive* acompañada de su mejor amigo, fue consciente de que todo su elaborado plan para encontrar al asesino de su hermana se había ido al infierno, y gimió con pesar, maldiciéndose por su fuerte carácter.

Tendría que haber contado hasta diez y respirar hondo hasta calmarse, para intentar hacerlo cambiar de opinión y que le diera una segunda oportunidad. Sin embargo, enseguida desechó esa idea, pues desconocía por completo el motivo que había llevado a ese imbécil a tomar la decisión de deshacerse de ella.

—¿Estás bien? —preguntó su amigo, preocupado, mientras se acercaban a la barra del local.

—¿Tú qué crees? —contestó enfadada—. Acabo de perder la oportunidad de descubrir la verdad sobre la muerte de Tania por culpa de ese tarugo.

Ricky la miró sorprendido y después hizo un gesto con la mano para llamar la atención del *barman*.

—¿Ese de ahí fuera era tu jefe?

—Sí —masculló escueta.

—Ponme un whisky doble —solicitó al guapo camarero cuando llegó a su altura—. ¿Tú qué quieres tomar?

—Nada —respondió girándose hacia el escenario donde dos *drag queens*, compañeras de Ricky, realizaban su espectáculo, animando al público sentado a mesas redondas.

—A ella ponle un daiquiri de fresa.

—¡Marchando!

Ricky agarró un mechón rosa de su peluca y comenzó a jugar con él.

—Pues es muy guapo.

Adriana giró con rapidez la cabeza para centrar toda su atención en él, fulminándolo con la mirada.

—¿Has oído lo que te he dicho? Ese memo acaba de despedirme y por su culpa no podré coger al culpable.

Su amigo soltó un suspiro de pesar decepcionado por no volver a ver a semejante espécimen masculino, aunque, en secreto, aliviado de que al fin su principal preocupación se esfumara como el humo. Al menos podría dormir tranquilo sabiendo que su mejor amiga no acabaría con los huesos en la cárcel o, en el peor de los casos, muerta... pues, si en realidad su instinto no se equivocaba y alguien le había hecho daño a su hermana, finalmente podrían acabar descubriéndola y correr su misma suerte.

—Es una pena, sí.

—No tienes ni idea de lo que me ha hecho pasar hoy ese... ese... ¡tonto a las tres! —farfulló entre dientes mientras se enervaba más por momentos—. Y después me viene con que me despide porque soy una incompetente... ¡¿Te lo puedes creer?! ¡¡Yo!! ¡¡Incompetente!! ¡¡Ja!!

—Bueno, quizá algo hiciste para que se llevara esa impresión de ti.

Adriana volvió a clavar su furiosa mirada en él.

Que ese esnob de pacotilla pensara eso, no le extrañaba en absoluto, pero, que lo hiciera su mejor amigo, le dolía. Se había entregado en cuerpo y alma por agradar a ese pijo con aires de grandeza, y había sido cuidadosa en extremo para

que nadie sospechara de sus secretas intenciones; por tanto, no entendía por qué diablos había decidido echarla a la calle. Y si había tenido en algún momento alguna opción de arreglarlo y que cambiara de opinión, con lo que le había soltado ahí fuera, ya podía darlo por perdido.

—Y a ti, ¿qué te pasa?, ¿de qué lado estás? —Y abrió mucho los ojos al darse cuenta de la verdad—. ¡Ah, ya entiendo! En el fondo eres igual que todos los hombres, ves una cara bonita y ya te pierdes.

—Te equivocas.

—¡Sí, claro! —soltó con gesto escéptico para girarse hacia la barra a coger la copa y darle un pequeño sorbo—. ¡Que nos conocemos, Ricky!

—No te has planteado que un local como éste no es quizá el mejor lugar para alguien de su...

—¿Importancia? —terminó por él.

—Sí, se podría decir así.

Ella achicó los ojos para mirarlo con intensidad.

—¿Acaso no mea de pie igual que tú?

Ricky escupió el trago de whisky que tenía en la boca, atragantándose por la sorpresa.

—*Hellooo!!* ¿Y eso qué tiene que ver? —cuestionó segundos después de recuperar el aliento, en tanto se limpiaba con delicadeza el maquillaje.

—Pues eso digo yo, ¿qué tiene que ver? —declaró molesta con él por menospreciarse tontamente—. A mí no me impresionan en absoluto su dinero o su apellido...

De pronto, su amigo le hizo un gesto de advertencia que ella no pilló.

—¡Adri!! —musitó Ricky intentando llamar su atención.

—... o que maneje un imperio y se vista con trajes de seda hechos a medida...

—¡Cállate!! —le advirtió susurrando por lo bajo, mirando a un punto determinado a su espalda.

—¿Por qué? ¿Acaso estoy diciendo alguna mentira? —sostuvo con terquedad, sin darse cuenta de que su amigo trataba de avisarla de algo—. Ese fantoche de pacotilla no es nadie especial. Mea de pie como un hombre normal y se postra en el suelo cuando le dan un golpe en los huevos, así que...

Enmudeció de repente cuando reparó en que Ricky estaba más pálido de lo normal... y francamente era difícil observar ese detalle, con la gran cantidad de

maquillaje que llevaba encima para crear a su *alter ego*: Rita la Conejita Divertida.

De pronto tuvo la súbita sensación de que su jefe se encontraba justo detrás de ella, y que había escuchado todas las barbaridades que había soltado por esa boquita que Dios le había dado.

—... también hay que tener en cuenta su gran inteligencia; tiene que ser un hombre notable para poder manejar todo ese imperio sin que se venga abajo. Sólo los tipos con un gran carisma como él pueden crear esa confianza que depositaron los socios y clientes con anterioridad en su padre, sin dejarse engañar por su juventud y por la falta de experiencia, que sólo da los años. Además, estoy seguro de que su prometida es una mujer encantadora, y que por alguna extraña razón hoy no ha tenido un buen día. Pero ¿quién puede culparla? Seguro que los nervios de la boda...

—No hace falta que sigas con la farsa —habló Marc a sus espaldas.

Adriana pegó un pequeño brinco para girarse a continuación, haciéndose la sorprendida.

—¡Oh, vaya!, no sabía que estaba aquí.

Marc enarcó una ceja asombrado por su mentira descarada.

—Si algo me ha hecho reflexionar y tragarme mi orgullo para volver aquí dentro ha sido tu sinceridad expuesta de forma clara, contundente y sin filtros. No lo estropees ahora, ¿quieres?

Ella bajó la mirada, avergonzada por su mala lengua.

—Creí haberle oído decir que no quería volver a verme... —Y levantó los ojos levemente para mirarlo fingiendo arrepentimiento—... en la vida.

Divertido, elevó un poco la comisura derecha de su boca. Sabía que estaba actuando, representando una desolación que no sentía, pero, más que molestarle, su actitud le estaba resultando interesante. Había algo en ese chico que lo descolocaba al mismo tiempo que lo intrigaba, y quería descubrir qué era.

—La inteligencia y madurez de un ser humano se mide por la capacidad que tiene de reconocer sus errores, y yo he cometido uno contigo.

—¡Vaya, eso sí que no me lo esperaba! —exclamó Ricky, estupefacto.

Marc centró su atención en él y arrugó un poco el ceño. Era la conejita de *Playboy* que había visto fuera del local... o más bien el hombre, pues observándola con más detenimiento se percató de que era una *drag queen*.

—¿Y usted es?

—Ella es Rita —intervino Adriana para presentarlos—, una amiga.

—*Enchantée* —respondió Ricky ofreciéndole la mano para que se la besara, pero sólo consiguió un pequeño apretón y una mueca tensa.

—¿Podemos hablar en privado? —pidió Marc a Adriana un tanto incómodo.

—¡Claro! —respondió ésta con rapidez, pero después se dio cuenta de que dejaba solo a su amigo y se volvió hacia él—. No te importa, ¿verdad?

—Por supuesto que no, tonta. Además, tengo que retocarme la nariz, porque en nada me toca actuar —contestó él entendiendo perfectamente la situación—. Le pediré a Andreu que os deje sentaros en ese pequeño reservado para que podáis hablar tranquilos.

—Gracias, cielo, eres la mejor. —Dicho esto, se acercó a su amigo para plantarle un beso en la mejilla.

Marc observó ese gesto y volvió a arrugar el ceño, al mismo tiempo que una idea cruzó por su mente.

«¡Vaya, ahora entiendo muchas cosas!», pensó, asombrado de no haber caído antes en ello.

Había sido un estúpido. Ese muchacho lo había engañado de forma magistral y, si no fuera por su amigo/a, no se habría dado cuenta de nada. Aunque, para ser honestos, tenía todas las claves delante de sus narices y sólo podía culparse a sí mismo por no haber sabido verlas con anterioridad. Pero ese detalle hacía que su idea cobrara más fuerza aún... así que desechó la sorpresa a un lado mientras seguía a su expleado y al hombretón que se encaminaba hacia una esquina del local moviendo un pequeño pompón blanco situado de forma estratégica en el centro de su trasero con el contoneo de sus caderas. No entendía cómo podía respirar embutido en aquel corsé negro y blanco. Debía de ser un verdadero calvario ir vestido así de forma voluntaria, además de suponer una trampa mortal caminar con aquellos zapatos.

De pronto una imagen cruzó por su cabeza en aquel instante, evocando el recuerdo de una mujer que también vestía un corsé rojo y negro, con una diminuta falda a juego, poseedora de unas espectaculares y kilométricas piernas, que había conocido en una fiesta de disfraces. Aquellos ojos verdes seguían grabados a fuego en su mente, y no podía desterrar de su memoria esa boca dulce y sensual, que le provocaba con su simple recuerdo una dolorosa erección.

Marc volvió a preguntarse quién sería aquella desconocida que todavía, diez meses después, seguía apareciendo en sus sueños y acaparando sus pensamientos, lamentando con amargura el terrible error de haberla dejado escapar aquella noche.

¿Por qué Roser no podía provocar en él los mismos sentimientos que esa misteriosa desconocida? Cuán diferente sería su vida si su prometida consiguiera los mismos efectos que sentía cuando pensaba en *su vampiresa*.

Sacudió la cabeza para espantar aquellos fantasmas que sólo le traían amargura, y fijó su atención de nuevo en la esponjosa bola de pelo blanco, cosida a unas bragas negras y ajustadas por encima de unas medias de rejilla del mismo color. El disfraz acababa con una peluca rosa de cabello largo y ondulado, y una diadema con orejas blancas de conejo en la parte superior.

—¿Qué quería decirme? —preguntó Adriana, expectante a la vez que confusa, instantes después de acomodarse en el reservado.

—Veo que ya has recuperado el tono habitual de tu voz —observó él como si nada.

Ella enmudeció de inmediato.

Había creído, por un momento de locura transitoria, que Marc había vuelto para disculparse y pedirle que trabajara otra vez para él... pero en ese instante su error, además de evidente, le resultaba tremendamente doloroso.

La había pillado. En su inefable torpeza, había descubierto su tapadera al gritarle en plena calle como una energúmena. Todas sus ilusiones se hicieron cenizas. Ya no había vuelta atrás. Sus posibilidades de seguir infiltrada en esa empresa eran nulas, por no hablar de la alta posibilidad de perder su trabajo como policía, y de acabar haciendo compañía a alguna delincuente que ella misma había ayudado a meter en la cárcel.

—¿No dices nada?

Adriana levantó el mentón con orgullo. No iba a disculparse por decir lo que en realidad pensaba, y tampoco iba a darle el placer de que supiera lo mucho que la mortificaba el saberse descubierta.

—No tienes por qué avergonzarte —prosiguió él al ver que no contestaba.

—Y no lo hago.

—Bien, porque quiero que sepas que es muy difícil engañarme y por un breve tiempo tú lo has conseguido.

Ella se cruzó de brazos y se reclinó en su asiento, con una mirada retadora implantada en su rostro.

—¿Qué quiere? —interrogó, ansiosa por saber cuál sería su siguiente paso.

Marc apoyó ambos brazos en la mesa, inclinándose hacia ella.

—Quiero que no finjas más. Me importan muy poco cuáles son tus preferencias sexuales. Si te acuestas con hombres o mujeres es algo que me la trae al paio, lo único que te pido es que a mí no me mientas.

«¡¡Pero ¿qué demonios...?!!»

Adriana no daba crédito.

Su cara de asombro competía con la enorme confusión que reinaba en su cabeza.

—No me mires así. Lo supe en cuanto me fijé en cómo te miraba tu *amiguita*... y que después ella... —Y en este punto, Marc se calló un momento mientras pensaba, para después hacer un gesto indeciso e impaciente con la mano, pues el género exacto de Rita no lo tenía muy claro—, o él..., o califícalo como quieras, te llamara «tonta» acabó por confirmarlo.

Adriana comenzó a negar con la cabeza, al mismo tiempo que no sabía si sentir alegría y alivio por sus conclusiones tan erradas.

—Se está equivocando.

—¿Tú crees?

—Por supuesto.

—¿Acaso me vas a negar la enorme pluma que posees? —planteó Marc, pero se topó con un muro de silencio y una mirada retadora—. ¿O también me vas a decir que no te gustan los hombres?

—¡Por supuesto que me gustan los hombres! —confesó con impulsividad—. Pero los hombres, hombres, ¡los de pelo en pecho, vamos! Y Rita no lo es, ella... —y terminó murmurando su frase al darse cuenta de que había caído en una trampa—... ella y yo sólo somos amigos.

«¡Oh, mierda! ¿En qué lío me he metido ahora?»

A Adriana la cabeza le iba a estallar; se había metido en un buen embrollo por no saber callarse a tiempo.

A partir de ese momento no sólo tenía que fingir ser un hombre, sino que, además, tenía que fingir ser un hombre homosexual. Para una mente femenina, aquello era una completa locura... o quizá no. Tal vez sería la excusa perfecta

para no tener que disimular su supuesta pluma, que evidentemente no era supuesta, pues ella era mujer, pero a los ojos de los demás no, por tanto...

«¡¡Ayyyy, madre mía!!»

De pronto agarró su copa de daiquiri de fresa para terminarlo de un solo trago, y pidió otro al camarero que pasaba por allí.

—Si tú lo dices —comentó Marc con un tono evidente de escepticismo—, pero, como acabo de decirte, eso a mí no me importa. Yo he venido a proponerte algo.

Adriana se atragantó al oír esas palabras.

—Yo no hago tríos —aclaró después de haberse recompuesto un poco—, y si piensa que Rita...

—¿De qué demonios hablas? —la interrumpió, escandalizado—. Sólo quiero que trabajes para mí de nuevo.

—¡Oh, vale! —farfulló confusa.

—Cuando antes has tenido los redaños de enfrentarte a mí soltándome lo que pensabas, he sabido que había encontrado a la persona adecuada. Reconozco que me he equivocado contigo, y que hace mucho tiempo que nadie me dice las verdades sin medias tintas. Eso sólo lo hacía mi padre —confesó él con tristeza—. Por eso sé que tú eres perfecto para lo que quiero que hagas.

—¿Y qué quiere que haga?

Marc se echó hacia atrás en el asiento al mismo tiempo que clavó su intensa mirada en ella. Dejó pasar unos eternos segundos de tensión hasta que dijo:

—Quiero que espíes para mí.

«¡Bueno, bueno, bueno...! ¡Aquello era ya el acabose! ¿Acaso esa mañana se había levantado en una realidad paralela o algo así?»

Adriana parpadeó varias veces, intentando encontrarle el sentido a toda aquella locura. No sólo tenía que fingir ser un hombre al que le gustaban los hombres, sino que, además, tenía que espiar para el hombre al que tenía que espiar.

Se agarró la cabeza con ambas manos y apoyó los codos en la mesa, para después mirarlo fijamente y preguntarle:

—¿Que espíe?

—Sí.

—¿Para usted?

—Así es.

—¡Ya!

Y volteó la cabeza hacia todos los lados en pos de un objeto en concreto.

—¿Qué buscas?

—Esto es una cámara oculta, ¿no?

Él volvió a inclinarse en la mesa para hablarle con mayor confidencialidad.

—No, Adrián, esto no es una cámara oculta. Quiero que sigas trabajando de chófer para mí, pero al mismo tiempo también serás mi asesor personal. Necesito a alguien que me sea por completo leal, que me diga si me estoy equivocando y que, además, no levante sospechas entre mi personal. Tú eres nuevo, sabes ganarte a la gente, y yo tengo la firme intuición de que alguien entre mi equipo de más confianza me está traicionando.

—Pero ¿yo asesor personal? No tengo ni idea de negocios, balances, cuentas, informes, estadísticas...

—No hará falta que sepas nada de eso. Sé que sabes calar a la gente y lo único que necesito es que asistas a mis reuniones y observes lo que allí ocurra, que escuches los chismes de los compañeros, que te los ganes con tu simpatía, que me informes de cualquier sospecha que tengas de traición.

—Comprendo.

Adriana se mordió la uña del dedo pulgar, indecisa. Pensaba con rapidez en todo lo que aquello implicaba, y sabía que podía irsele por completo de las manos. Eran demasiados secretos a demasiada gente y ocultar tanta información podría acabar en un desastre.

Marc interpretó de forma errónea sus recelos.

—Por supuesto serás bien recompensado por ello.

—No es eso, es que...

—Entiendo con claridad tus dudas. Sé que no eres policía, pero confío en mi instinto, y éste me dice que eres la persona adecuada para este trabajo.

Ella lo miró directamente pensando en lo equivocado que estaba... aunque también sabía que era la oportunidad perfecta. Con esa misión oculta podría recabar la información necesaria para descubrir la verdad sobre la muerte de Tania. Tendría la ventaja de investigarlos a todos en esa empresa sin levantar las sospechas de su jefe y, lo que era aún mejor, con su total beneplácito. No podía rechazarla. Esa ocasión jamás se le volvería a presentar de manera tan perfecta.

—Hay algo que no entiendo —planteó perpleja—: Hace unos minutos era un completo incompetente y ahora soy la persona perfecta para este trabajo. ¿En qué quedamos?

Marc tamborileó con los dedos en la mesa, consciente de que su pregunta era por completo lícita.

—Ya te lo he dicho: nadie que yo conozca, y menos un empleado mío, osaría hablarme tal y como tú lo has hecho ahí fuera, y por ello eres perfecto. El único que se atrevía a sermonearme de esa manera ya no está —confesó con un brillo de nostalgia en su mirada—, y necesito a alguien por completo ajeno a mí que me diga las verdades y no sólo lo que quiero oír por temor a represalias.

Ella inclinó la cabeza un poco recelosa de sus palabras.

—¿Sea lo que sea?

—Sí.

—¿Sin temor a represalias?

Él afirmó rotundo, y por primera vez Adriana lo vio sonreír.

—¿Qué me dices?, ¿aceptas? —le preguntó tendiéndole la mano para firmar el acuerdo con un apretón.

Y al final ella correspondió sellando aquel acuerdo.

—¡Estupendo! —exclamó satisfecho de haber conseguido lo que quería, y le hizo un gesto al camarero para que se acercara a la mesa—. Por favor, traiga una botella del mejor cava. ¡Esto hay que celebrarlo!

—Sí, señor.

Y cuando el camarero se marchó para realizar el pedido, Marc observó a su alrededor por primera vez desde que había llegado al local. En el escenario, tres *drag queens*, entre las que se encontraba Rita, cantaban y bailaban subidas a sus plataformas, animando con su *show* a los clientes, y reparó en que el lugar estaba lleno a rebosar. Todo el mundo se divertía con la picaresca de las transformistas y su sexy y picante espectáculo.

—Pues no lo hacen nada mal —comentó girando de nuevo la cabeza para posar la mirada en su «otra vez» empleado.

Pero al que le tocó quedarse mudo en ese momento fue a él, cuando reparó en cómo Adrián bebía un pequeño sorbo de su daiquiri de fresa. Por segunda vez en ese día estaba sufriendo una más que vergonzosa erección provocada por un hombre... por el mismo hombre, además.

En su descargo tenía que admitir que esa bebida de color rojo intenso y esos sexis y jugosos labios le acababan de recordar a la misma mujer que lo tenía obsesionado desde hacía diez meses, cuando había bebido de su copa en el jardín de su casa.

Pero, ¡maldita sea!, lo cierto era que no se trataba de ella... era su chófer, y gimió para sus adentros al mismo tiempo que desviaba la mirada, sintiéndose culpable, hacia otro lugar que no fuera su empleado.

Incómodo, se removió en su asiento y pensó que quizá no era tan buena idea volver a contratarlo. En esos momentos no se sentía tan feliz de haberlo convencido para que trabajara de nuevo para él, y se estaba planteando seriamente volver a despedirlo.

Con disimulo, se tocó la entrepierna para recolocar su miembro y aliviar la presión que éste ejercía contra el pantalón, y se cuestionó si no estaba teniendo una crisis de identidad.

Ya no era un adolescente que se excitaba con cualquier imagen. Era un hombre hecho y derecho al que jamás le había ocurrido algo parecido, ni tan siquiera en sueños.

Definitivamente tenía que hacérselo mirar.

Capítulo 5

Cuando al día siguiente Adriana apareció por la oficina tras su jefe, fue por completo consciente de la cara de estupefacción de la secretaria cuando la vio llegar.

—Lo siento mucho, me fue imposible contactar con él para... —comenzó a hablar la mujer mientras se levantaba de su asiento y lo seguía hasta al despacho.

—Tranquila, Nines, todo está bien —la interrumpió, al mismo tiempo que se quitaba la chaqueta y la colgaba en el perchero después de dejar su maletín encima de la mesa—. Puedes dar por anulada la orden de despido que te di ayer.

—Sí, señor —respondió sorprendida por el cambio de los acontecimientos, y le echó una breve ojeada de curiosidad al muchacho.

—Es más, tengo que hacer una variación en el contrato de Adrián, así que dentro de diez minutos puedes venir con la agenda del día y te diré cuál es para que se la entregues a Recursos Humanos, ¿de acuerdo?

—Por supuesto.

Luego, girándose hacia su empleado, continuó.

—Adrián, necesito que pases por una floristería para que encargues el ramo más caro del que dispongan y se lo lleves personalmente a mi prometida —ordenó, a la vez que, inclinado en la mesa, garabateaba una breve nota de disculpa y se la entregaba con posterioridad dentro de un pequeño sobre, además de dinero para pagarlo—. Y después tienes que ir al aeropuerto a recoger a mi hermano Pol.

—Sí, señor.

—¿Su hermano regresa hoy? —preguntó Nines, intrigada por que no le hubiera informado sobre ello.

—Sí. Al final terminó antes de lo esperado y ha podido adelantar su vuelo desde Miami. —Dirigiéndose a su chófer, añadió—: Él ya sabe que lo esperarás en la puerta de llegadas con un cartel donde estará escrito su nombre.

Ella guardó el sobre en el bolsillo interior de su uniforme.

—¿A qué hora debo estar allí?

—El vuelo está previsto que aterrice a las diez y media de la mañana. Es mejor que salgas ya.

Adriana asintió y se marchó a hacer lo que se le había encomendado. Mientras abandonaba el despacho, Nines miró con extrañeza a su jefe.

* * *

Después de entregarle el ramo de flores a la estirada de la prometida de Marc, que poco faltó para que le diera con la puerta en las narices haciéndose la ofendida, Adriana se dirigió al aeropuerto en busca del otro sospechoso en grado máximo de la muerte de Tania.

Que, en su mente, los dos hermanos fueran los candidatos perfectos para ese dudoso honor se debía, sobre todo, a la fama de mujeriegos de ambos. Quizá uno más que el otro, pero de igual forma eran sus dos mayores aspirantes.

La diferencia entre Pol y Marc era que el primero salía en las revistas del corazón y el segundo era más discreto con sus conquistas, pero ambos disponían de una amplia lista de mujeres que habían pasado por su cama sin pena ni gloria.

Y eso a Adriana cada vez la enfurecía más.

No entendía cómo su hermana había sido tan estúpida de enamorarse de un canalla así, pero, fuera quien fuese de los dos, se había prometido que pagarían muy caro su crimen.

El menor de los hermanos Montellà apareció a la hora esperada, y Adriana llamó su atención para que se acercara a ella.

Era más atractivo en persona que en las fotos de las revistas en las que solía aparecer y entendió que tuviera tanta aceptación entre las de su mismo género. Al contrario que su jefe, Pol vestía de manera menos formal y más a la moda y acorde con su edad, supuso que porque estaba acostumbrado a tratar con modelos debido a su puesto de director creativo general.

Alto y moreno, peinado con un aparentemente descuidado tupé que lo hacía

parecer un rebelde granuja, acaparaba las miradas allá por donde pasaba, y él lo sabía.

De expresión más amable y no tan seria como Marc, éste se encaminó con una sonrisa dirigida a ella en cuanto la vio.

—Buenos días, señor.

—Buenos días —respondió al mismo tiempo que se acercaba—. ¿Tú eres Adrián, el nuevo chófer de mi hermano?

—Así es.

—No sabes cuánto me alegro de verte. Estoy muerto por el *jet lag*.

—Me imagino, señor —contestó a la vez que agarraba el carrito de las maletas—. ¿A dónde quiere que lo lleve?

—A casa. Necesito una ducha y una merecida siesta.

—Por supuesto, como usted ordene.

—Gracias.

A pesar de no pretenderlo, Adriana sintió simpatía por él. Al contrario que su hermano, la presencia de Pol no era tan estirada ni imponente de esa manera tan impactante. No la hacía sentirse tan pequeña, nerviosa e insignificante a su lado como Marc.

Apretó los dientes con fuerza, recordando que los lobos con piel de cordero eran los peores, tomando en ese momento una decisión determinante para su investigación en curso... Así que, después de dejar a Pol en su casa, paró un momento en su barrio para ir a buscar a Ricky al supermercado que estaba debajo de su apartamento, que era donde él trabajaba de día. Una idea se había formado en su cabeza y necesitaba su ayuda.

Si de noche su amigo era una sexy y divertida conejita de *Playboy*, de día era un varonil y cuadrado guarda de seguridad que traía loquitas de amor a las clientas del establecimiento. Si éstas supieran de su doble vida, a más de una le daría un paro cardíaco, y Adriana no perdía ocasión de tomarle el pelo cuando iba a hacer la compra. Que su mejor amigo fuera bisexual era un hecho que ya había asumido hacía mucho tiempo, a pesar de que él ocultara su lado travesti al resto del mundo.

—¡Ey, guapo! Ya tienes a tu novia aquí de nuevo, marcando territorio —vociferó una compañera de él que estaba en caja—. ¿Adónde vas con esas pintas? ¿Acaso estamos en carnaval y no me he enterado?

—Tú, Piluca, cuidadito con las manos, que nos conocemos —bromeó Adriana guiñándole un ojo—. Como me entere de que lo acosas, te meto un puro. Y estoy trabajando de incógnito en un caso.

—¿Me vas a esposar? —preguntó la chica con un brillo de esperanza en los ojos—. Por favor, dime que sí, se lo estaría restregando a mi hermana el resto de su existencia. Entre ella y sus más que detalladas charlas de las posturas que hace con su novio, me tienen hasta el gorro.

—Si es por eso, sólo tienes que decírmelo, que hablamos con los bomberos de enfrente para que te hagan un calendario dedicado exclusivamente a ti.

—¡Madre del amor hermoso! Si eres capaz de conseguir eso, te levanto un altar.

Las dos se echaron a reír con complicidad, mientras Ricky, sorprendido de verla allí a aquellas horas, se acercó a ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Tú jefe te ha vuelto a despedir? ¿Qué has hecho esta vez?

Adriana entornó los ojos y soltó un fuerte bufido.

—¡Ay, cariño, de verdad, que poca fe tienes en mí! —le reprochó, al mismo tiempo que le colocaba de forma correcta el cuello de la camisa blanca de su uniforme de guarda de seguridad.

—No es poca fe, es que te conozco.

Ella chasqueó la lengua y se cruzó de brazos fingiendo malestar.

—Ten amigos para esto.

Pero Ricky no la creyó y levantó una ceja con ironía.

—Todo está bien. Sólo he venido a avisarte de que esta noche me paso por tu apartamento. Necesito tu ayuda.

—¿Para qué?

—Tengo que ir de caza y necesito ropa apropiada.

Su amigo la miró arrugando el ceño sin entender nada.

—Necesito ropa sexy que me puedas prestar.

—¿Para qué? —repitió de nuevo, pero esa vez con una nota de aprensión en la voz.

—Para cazar a un soltero de oro.

El guarda la agarró de un brazo para alejarla lo máximo posible de los oídos que pudieran estar atentos a la conversación.

—¡Estás loca!! —masculló entre dientes—. ¿Crees que tu jefe no se dará cuenta de quién eres? En realidad, todavía no entiendo cómo no te ha descubierto ya.

—No estoy hablando de Marc, sino de su hermano Pol.

Ricky parpadeó varias veces, confundido por sus palabras.

—¿Su hermano?

—Sí. Acaba de llegar a la ciudad y se me ha ocurrido la idea de investigar a uno por el día y al otro por la noche.

—¡Estás chiflada! —sentenció, cada vez más convencido de que toda aquella charada no iba a acabar bien.

Adriana entonces sí que se molestó de verdad y, colocando los brazos en jarras, le preguntó:

—Me vas a ayudar, ¿sí o no?

Él la miró con atención mientras, pensativo, se rascaba la mandíbula; en su rostro, una expresión de miedo hacía intuir lo que estaba pasando por su cabeza en ese instante.

Era conocedor de la cabezonería de su amiga, y podía dar fe de ello desde el primer momento que la conoció en las pruebas de acceso a la policía, siendo la única mujer en conseguir superarlas. Y también sabía de su fuerte aversión a intimar con el sexo masculino.

—¿Me vas a explicar cómo te lo vas a hacer cuando el falso cazador quiera probar a su falsa víctima?

Adriana sabía perfectamente a lo que se refería su amigo y, sólo con imaginarlo, un estremecimiento de repulsión le recorrió el cuerpo de arriba abajo..., pero no dejó en ese instante que el miedo que escalaba por su pecho cada vez que pensaba en lo que había sufrido en su vida la alejara de su objetivo, así que cuadró los hombros, alzó la barbilla y miró al guarda con férrea determinación.

—Ése es un problema mío y, cuando llegue el momento, ya me encargaré de ello.

—Eres la mujer más terca que he conocido en toda mi vida.

—¿Sí o no?

Ricky miró a su alrededor y se dio cuenta de que algunos clientes los miraban con curiosidad.

—Escucha, este lugar no es el indicado para discutir sobre esto; esta noche, cuando llegues a casa, lo hablamos.

Ella asintió, y después de darle un rápido beso a su amigo, se marchó del supermercado con un extraño sentimiento invadiéndola.

Cuando se subió al coche, Adriana apoyó las manos en el volante y se quedó unos segundos mirando al vacío. Desde el mismo instante en el que había planeado su venganza, jamás se había permitido tener ni un atisbo de miedo o duda en su interior. Sin embargo, después de hablar con Ricky, se preguntó si sería capaz de cruzar ese límite que nunca en toda su vida se había planteado superar.

Los amargos recuerdos de su infancia la golpearon con fuerza una vez más y una arcada de bilis subió por su garganta. A pesar del muro de hormigón que había levantado para hacerse inmune al dolor, de vez en cuando éste se colaba por alguna pequeña grieta que no había conseguido tapar a lo largo de los años, arañando su alma y logrando que ella volviera a sentirse sola y vulnerable como en aquel entonces.

Con todo, Adriana sacudió la cabeza y los alejó de ella con su acostumbrada obstinación, y se recordó que la pesadilla que había vivido siendo tan joven le había hecho ser la mujer fuerte e independiente que era entonces, la que luchaba contra el mal que la había azotado de pequeña, la que se había hecho a sí misma y cuidado de su hermana ella sola. Y, sobre todo, ahora tenía un motivo para seguir adelante... ¡la venganza!

Un objetivo que no pararía hasta conseguir.

* * *

Cuando llegó a la oficina no encontró a Nines en su puesto, así que se dirigió directa a la sala de descanso del personal, donde la halló, tal y como había sospechado, tomándose un café en su pausa laboral.

—¿El jefe está ocupado? —preguntó mientras se servía uno para ella.

—Así es —respondió la secretaria después de soplar en el líquido ardiente mientras leía un periódico de tirada nacional.

—Pues, entonces, no lo molesto —indicó sentándose a su lado en la mesa.

—Sería aconsejable —señaló la mujer sin despegar la vista del diario.

Adriana levantó ambas cejas al mismo tiempo, sorprendida por el tono rudo de su compañera.

—Por cierto, dentro de media hora pásate por Recursos Humanos a firmar el nuevo contrato —comentó como quien no quiere la cosa.

Pero ella sabía que algo no andaba bien.

El ambiente en aquel pequeño espacio era demasiado gélido esa mañana, y se tomó unos instantes para ver cómo respiraba el «dragón» dormido que tenía delante de ella, pero, cuando se cansó de esperar a que Nines dejara a un lado la fría indiferencia, se atrevió a preguntar.

—¿Todo va bien?

—Perfectamente.

—¿Segura?

—¡Por supuesto!

—De acuerdo.

—¡Genial!

«Uno... dos... tres...»

—¿Qué pasó ayer por la noche para que cambiara de opinión? —interrogó la secretaria, dejando la taza encima de la mesa con brusquedad, sin poder contener por más tiempo la curiosidad.

—¿Tú sabías que me iba a despedir?

—Sí, claro.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Lo intenté, pero no me cogiste el teléfono.

Adriana miró su taza humeante y recordó que su móvil se había quedado sin batería después de hablar con ella, y no volvió a acordarse de él hasta que se aseguró de que tenía una solución para el desastre de esa noche al haberse quedado sin entradas para el teatro.

—¿Y sabes por qué?

La secretaria se encogió de hombros.

—Ni la más remota idea. He intentado sonsacarle información hoy, pero no ha habido manera. —Y como él tampoco soltaba prenda preguntó—: Y tú, ¿sabes algo?

—¿Sobre qué?

La mujer se quitó las gafas para pellizcarse el puente de la nariz, un gesto

que solía hacer cuando estaba a punto de perder la paciencia.

—Sobre la política interior de Katmandú —soltó molesta por su falta de luces—. ¡¿Tú qué crees, Adrián?! ¡Pues sobre tu despido, por supuesto! Tan espabilado que eres a veces para algunas cosas y otras te quedas alorado, hijo mío.

Adriana tuvo que taparse la boca para no echarse a reír.

—Yo tampoco lo sé —declaró encogiéndose de hombros.

Nimes lo miró con detenimiento, dudosa entre creerle o no. Nadie le quitaba de la cabeza la extraña sensación que tenía con respecto a ese muchacho. Sabía instintivamente que ocultaba algo y eso la hacía estar con la mosca tras la oreja.

Creía entender el cambio de opinión de su jefe de no despedirlo, después de que el chico salvara tan bien los papeles con respeto al ramo de flores y la ausencia de entradas para el teatro..., pero para un cambio tan drástico y un nuevo contrato... pues no, la verdad.

—Y, por supuesto, ¿tampoco sabrás por qué te ha concedido un ascenso?

—Tampoco —respondió simulando ignorancia—. Debe de ser que soy muy bueno en lo que hago.

—Para ser honesta, no creo que lo seas tanto.

En ese instante entró Azucena Blanca, la secretaria de Pol.

—Buenos días —saludó ésta, encaminándose decidida hacia la pequeña nevera para sacar un bote de su interior con un asqueroso brebaje de color verde.

—¿Todavía sigues con eso? —preguntó Nines después de que ella y Adriana devolvieran el saludo.

—Este tipo fino no se mantiene solo —respondió la mujer sentándose a la mesa con ellas.

Morena, con el pelo corto y liso y unos ojos grandes y negros, no aparentaba la edad que tenía. Debía de rondar la misma que Nines, pero su rostro era más suave y su sonrisa más dulce, consiguiendo caer bien al instante de conocerla.

—¿Qué contiene? —curioseó Adriana.

—Es un batido de vegetales y frutas.

—¡Puaj, un asco! —soltó Nines con un estremecimiento de repulsión.

—Es muy sano, diurético, regenerativo y depurativo —rebató la secretaria, dándole un sorbo a continuación.

Y tanto Nines como Adriana no pudieron evitar un gesto de desagrado.

—Para ti todo —declaró su compañera levantándose de la mesa para lavar su taza de café—. No entiendo cómo alguien en su sano juicio toma eso de forma voluntaria. Total, para lo que te sirve.

—¡Oye, que ahora entro en una talla treinta y ocho! —declaró Azucena con énfasis y orgullosa de semejante hazaña—. ¿Sabes cuánto tiempo hacía que no entraba yo en unos vaqueros ajustados?

—¿Y de qué te sirve? Yo no veo a ningún hombre a tu lado que disfrute de tu sacrificio.

—Pero qué antigua eres, Nines —apuntó Adriana saliendo en defensa de Azucena—. A las mujeres no nos hace falta un hombre para cuidarnos y sentirnos bien —Y enseguida rectificó cuando se dio cuenta de su error al ver la cara de estupefacción de ambas—. Me refiero a que «vosotras» no necesitáis a un hombre a «vuestro lado» para cuidaros y sentirnos bien. —Y levantó un puño al aire—. ¡¡Mujeres al poder!! ¡¡Mujeres al poder!! —Y fue perdiendo la voz poco a poco al mismo tiempo que bajaba el brazo—. ¡Mujeres... al... poder!

Nines sacudió la cabeza con resignación, evidentemente a ese chico le faltaba un hervor, y se dirigió decidida hacia la puerta.

—Me voy a trabajar, que ya me toca.

—¡Que te sea leve! —le deseó su compañera—. Y que sepas que a lo mejor tengo a un hombre que disfruta de mi esfuerzo.

—Seguro que sí —declaró con ironía. Antes de llegar a la puerta se acordó de algo y se giró hacia ellas—. ¿Ya te has enterado de la noticia?

—No, ¿de qué noticia hablas?

—Tu jefe ha regresado de Miami.

—¿En serio? —cuestionó con un brillo de regocijo en los ojos—. ¿Cuándo?

—Hoy —respondió Adriana, adelantándose—. Vengo de dejarlo en casa.

—¿Y cómo es posible que nadie me haya dicho nada hasta ahora?

Las dos se encogieron de hombros, pero fue Nines la que respondió con una suposición.

—Creo que fue una decisión imprevista. Por lo que me dijo Marc, terminaron el trabajo antes de lo esperado y decidió regresar.

—Ajá —susurró, ocultando su desconcierto antes de probar otra vez su brebaje.

Adriana observó a la mujer con interés y pensó que, con probabilidad,

Azucena era la persona que más podría saber sobre la vida de Pol. A Nines había sido incapaz de sonsacarle prácticamente nada de Marc, pero quizá con ella tuviera mejor suerte respecto al hermano menor. No es que hubieran entablado mucha amistad desde que estaba trabajando en la agencia, pero siempre había sido amable con ella.

—Bueno, ahora sí que me voy —aseguró Nines, y desapareció tal y como acababa de decir.

Hubo un minuto de silencio, que fue roto por la pregunta de Azucena.

—¿Sabes si vendrá hoy?

—Pues no, no me lo dijo, pero si te soy sincera no contaría con ello. Cuando lo he dejado en casa ha comentado que iba a echarse un poco para recuperarse del *jet lag*. —Hizo una pequeña pausa y continuó después de darle otro sorbo al café—. Además, supongo que aprovechará para estar hoy con la novia y ya, si eso, vendrá mañana a trabajar.

La secretaria clavó su mirada en ella al mismo tiempo que su cuerpo se ponía en tensión.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso ha venido con una mujer? ¿Te lo ha dicho él?

—No, claro que no, sólo son suposiciones mías. Me imagino que, con lo mujeriego que es, tendrá novias a patadas.

—No te creas —confesó Azucena más relajada—. Es cierto que tiene a muchas mujeres detrás de él, pero no hay nada serio con ninguna. Se divierte con ellas y después pasa página.

Adriana apretó los dientes con fuerza.

Quizá su hermana había sido una más de sus conquistas. Tal vez Ricky tuviera razón y, al no soportar que la dejara, Tania optó por una salida más fácil para ella que padecer al verlo con otras.

Cerró los ojos al mismo tiempo que intentó normalizar su respiración. No tenía pruebas... y justamente estaba allí para recabarlas. No podía flaquear en ese momento. Debía mantener la mente fría hasta encontrar al verdadero culpable de la muerte de su hermana.

—¿Nunca ha tenido algo serio con ninguna? ¿Ni tan siquiera una chica que haya sido más especial que las demás?

La mujer dio otro trago a su brebaje y tardó un poco más en contestar, logrando que Adriana comenzara a dar pequeños golpecitos con el pie de forma

convulsiva.

—No, nunca —aseguró rotunda—. Y sé de lo que te hablo, pues las he conocido a todas. —Y se apresuró a aclarar, cuando vio un gesto de sorpresa en ella—: Es lo que tiene llevar su agenda, sé cuándo entra y cuándo sale en todo momento.

«En todo momento, no», pensó Adriana al recordar que ese mismo día ni tan siquiera sabía que iba a regresar de su viaje.

—Bueno, tengo entendido que había una un poco distinta a las demás. Una modelo... —Y simuló estar recordando el nombre—, ¿cómo se llamaba...? —Y al ver que Azucena no picaba el anzuelo, se arriesgó—. ¿Tamara...? ¿O era Tatiana...?

—¿Hablas de Tania?

Ella fingió caer en la cuenta en ese instante y tuvo que poner todo de su parte para hacerse la despistada.

—¡Exacto... Tania! ¡Sí, creo que era así!

La secretaria entrecerró los ojos y Adriana tragó saliva con fuerza al sospechar que no la estaba creyendo.

—¿Dónde has oído eso?

Se encogió de hombros y se echó hacia atrás en la silla, aparentando desinterés.

—No lo sé, lo habré oído por aquí o leído en las revistas. Ya sabes cómo son las mujeres, enseguida se ponen a cotorrear unas de otras... y yo, aunque no quiera ser chismoso, tengo oídos.

Azucena se tomó su tiempo en darle otro sorbo a su brebaje verde, y Adriana creyó haber metido la pata hasta el fondo.

—Tienes razón —dijo al fin, prodigándole una sonrisa—, en esta empresa hay mucho cotilla. Y es una pena, porque la pobre muchacha no salió muy bien parada, pero mi jefe no tuvo nada que ver con ella.

—¿Por qué salió mal parada?

—¿No te lo han contado?

Ella negó con la cabeza.

—Tania era una chica encantadora —confesó la mujer con una triste sonrisa—, pero acabó suicidándose.

—¡Oh, vaya! —murmuró haciéndose la sorprendida—. ¿Y se sabe por qué?

¿Mal de amores acaso?

La respuesta de la secretaria fue interrumpida por la voz de Nines saliendo por el intercomunicador.

—Adrián, el jefe quiere verte.

Ella maldijo interiormente por lo inoportuno del requerimiento. Ese hombre era un grano en el culo en toda regla, pues había estropeado un momento perfecto para recabar más información. No quería irse en ese instante en el que Azucena se estaba abriendo a ella, pero, si no acudía a la llamada de su jefe, llamaría más la atención.

—Lo siento, el deber me llama —se excusó levantándose para lavar con rapidez la taza de café y dejarla secando antes de marcharse.

—Tranquilo, lo entiendo.

Se fue reprimiendo las ganas de pegar un grito de frustración.

Capítulo 6

—¿Ha mandado llamarme? —preguntó Adriana asomando la cabeza por la puerta del despacho después de tocar en ella con los nudillos para llamar su atención.

—Sí, entra.

Marc se encontraba en ese momento revisando unos informes de estadística en el ordenador cuando le ordenó pasar y, en contra de lo que siempre aparentaba, llevaba toda la mañana intranquilo y demasiado nervioso.

No había dejado de darle vueltas a la decisión que había tomado la noche anterior en un súbito arrebato. Confiaba plenamente en su instinto, pero quizá su intuición aquella vez le había fallado. De pronto todas las dudas, lógicas en su caso, martilleaban dentro de su cabeza como una comparsa de carnaval.

Estaba poniendo en manos de un desconocido una misión sumamente importante para el futuro de la empresa, y comenzaba a dudar en serio del entusiasmo que había demostrado por una idea un tanto descabellada, planteándose con prudencia si no había algo más detrás de aquel repentino impulso.

—Esta tarde tenemos la reunión semanal con algunos directores de varios departamentos de la agencia y quiero que tú estés presente.

Adriana se acercó a la mesa.

—¿Está seguro de querer seguir con ese plan?

Él la miró muy serio y se lo pensó durante unos segundos antes de responder. Quería creer que tras esa pregunta le estaba dando la oportunidad de dar marcha atrás... Eso no lo haría alguien que tuviera intenciones ocultas; al contrario, ese alguien estaría deseoso de que no cambiara de opinión para poder chantajearlo

en un futuro próximo.

Ése fue el empujón que necesitaba para seguir con su propósito.

—Por completo.

—De acuerdo —confirmó antes de sentarse en el sillón dispuesto delante de la mesa—. ¿Cómo quiere hacerlo?

—Quiero que estudies concienzudamente a cada uno de los asistentes, que te fijas en cualquier señal que te parezca extraña o fuera de lugar para después comentármela.

—¿Y no se preguntarán qué demonios hago yo allí?

—Eso déjame a mí.

Adriana se quedó callada un instante para después responder.

—Está bien, usted manda.

Cuando él detectó sus recelos, se echó hacia atrás en el sillón juntando los dedos en una actitud reflexiva.

—¿No estás de acuerdo con mi plan?

—La verdad es que no.

Marc elevó una ceja, sorprendido por su atrevimiento.

—¿Ah, no? —remarcó en un tono gélido.

Ella le sostuvo la mirada con decisión.

—Ayer me dijo que quería que fuera sincero y eso es lo que estoy siendo. No entiendo mucho de espiar a los demás, pero creo que levantará muchas sospechas que yo esté allí tomando nota mental de todo lo que ocurre, cuando es evidente que no es lo usual.

«¡Maldita sea!», maldijo Marc mentalmente, abandonando su pose para removerse, incómodo, en el asiento.

Sabía que tenía razón y no podía echárselo en cara.

—¿Qué propones, entonces?

Adriana se echó hacia delante y apoyó los brazos en la mesa.

—Conozco a un amigo que conoce a otro amigo que, por un módico precio, podría instalar unas pequeñas cámaras de seguridad.

—Ni hablar, es demasiado arriesgado —rechazó de inmediato su idea—. Si encontraran esas cámaras en sus despachos, sería un abuso flagrante contra su intimidad, además de que podrían demandar a la empresa, acarreado con ello un escándalo que arruinaría todo por lo que mi familia ha luchado. No puedo

comprometer mi nombre ni el buen nombre de Montellà & Fills Publicitat. Necesito que comprendas que esta investigación se tiene que llevar a cabo de forma completamente confidencial, Adrián, además de con extrema discreción.

El muchacho asintió, demostrando que estaba de acuerdo con él.

—Por supuesto, no tengo la menor duda sobre ello, pero no estoy hablando de ponerlas en sus despachos, sino en la sala de reuniones, y yo desde aquí podría espiarlos sin que ellos sospecharan nada —aclaró antes de que desechara por completo su idea—. Si hablo con él ahora, estoy seguro de que podrá instalarlas al mediodía y disponer de todo antes de la reunión. Esas cámaras son muy pequeñas e, instalando un simple *software* en el ordenador, podré observarlo todo desde aquí sin ningún problema.

Marc meditó la idea durante unos segundos, sopesando todos los pros y todos los contras.

—¿Cuán discreto es el amigo de tu amigo?

—La discreción hecha persona —le aseguró ella.

Y más le valía o volvería a la cárcel antes de tan siquiera parpadear.

—No sé —admitió, levantándose inquieto para acercarse a la ventana y mirar por ella.

—Usted decide, pero también tiene que saber que no sólo bastará con espiar en las reuniones para pillar a la persona que lo está traicionando. Debo entrar en sus despachos e investigar cualquier información sensible que pueda encontrar en sus ordenadores. Ese es el lugar más lógico donde esconder información cuestionable, además de en sus domicilios a buen recaudo, por supuesto.

—¿Estás planteándome que asalte sus casas como un vulgar ladrón?

Adriana también se levantó instantes después para acercarse a su jefe al ver que no se atrevía.

—No, estoy diciendo que necesito su permiso para husmear en sus despachos. —Y como él no contestó, prosiguió en su idea inicial—. De todas formas, estaría en su derecho, pues son sus instalaciones y los equipos de la empresa. Incluso podría plantearlo como una auditoría interna. Eso en el caso de que nos pillaran, claro.

—Y eso, ¿cuándo se llevaría a cabo?

—Pienso que lo mejor sería hacerlo lo antes posible... Esta misma noche, incluso, antes de que nadie sospeche nada.

—Pareces muy versado en estas lides —comentó cruzándose de brazos después de girar la cabeza hacia ella—. ¿Estás seguro de que eres sólo un simple chófer?

—Soy muy cinéfilo y me encantan las pelis de espías —simuló encogiéndose de hombros y desviando la mirada para que no descubriera que mentía.

Marc cerró los ojos con fuerza cuando un olor conocido inundó sus fosas nasales. A su mente volvió el recuerdo de aquella misteriosa mujer del baile de disfraces, y se deleitó durante unos segundos con ese aroma, rechazando enérgicamente la idea de volver a la realidad.

Últimamente cualquier cosa le recordaba a ella y comenzaba a sospechar que lo que en verdad sentía era una peligrosa obsesión.

—Está bien —aceptó soltando un profundo suspiro y dirigiendo la mirada al frente—, llama a tu amigo.

—De acuerdo —confirmó ella, ocultando un brillo de regocijo en sus ojos.

Si alguien le hubiera dicho a Adriana veinticuatro horas antes que iba a tener un golpe de suerte tan grande como ése para descubrir al asesino de su hermana, no lo hubiera creído.

No podía desaprovechar esa oportunidad. No iba a desaprovechar esa oportunidad.

Así que llamó a un cerebritito informático al que pilló años atrás en una estafa y al que había conseguido ayudar y llevar por el buen camino. Desde entonces, Raúl colaboraba con ella cuando lo necesitaba y confiaba en él plenamente.

* * *

A pesar de que había estado pendiente de todos los presentes en la reunión que se había celebrado media hora antes, en ese momento Adriana revisaba la grabación de dicho encuentro en el portátil personal de Marc, mientras él trabajaba en el suyo propio de sobremesa. En esta ocasión prestaba todavía más atención, por si se le había pasado algo por alto, escudriñando en busca de cualquier gesto extraño que no hubiese detectado la vez anterior, cuando vio la reunión en directo.

Tan concentrada estaba en ello que pegó un brinco en el asiento cuando una respiración rozó con suavidad su cuello, y al girar la cabeza se topó de frente con

la de su jefe.

—¡¡Madre mía!! —exclamó llevándose una mano al pecho, segura de que el corazón le iba a salir por la boca.

—¿Te he asustado? —preguntó conociendo perfectamente la respuesta.

—¡En absoluto! —contestó irónica—. A no ser que la definición de «susto» incluya tener un paro cardíaco, claro.

Marc le regaló una sincera sonrisa por su ingeniosa respuesta, que hizo que el corazón de ella volviera a brincar de nuevo dentro de su caja torácica.

«¡¡Madre del amor hermoso!!»

Adriana no podía despegar los ojos de esos blancos y perfectos dientes. Jamás lo había visto sonreír de esa manera tan abierta y honesta. Era como admirar un brillante amanecer que calentaba el espíritu en una mañana de verano. «Encantadora» y «fascinante» eran dos palabras que se le quedaban cortas.

Si serio y enfurruñado ya le había parecido atractivo, en ese instante no tenía palabras para describir a ese inigualable adonis que tenía delante de sus narices.

«¿De dónde demonios ha salido esa sonrisa?», pensó con torpeza, tratando de hilar un pensamiento con otro.

Cautivada como una colegiala, no podía despegar los ojos de su mandíbula cuadrada, de sus labios llenos y sensuales, de su aroma embriagador y varonil... que le hizo recordar una sonrisa casi idéntica que le regaló un misterioso y galante mosquetero nueve meses antes.

A pesar del tiempo transcurrido, Adriana todavía podía revivir con absoluta claridad aquel mágico encuentro en la fiesta de disfraces privada, y muchas veces se descubría pensando tontamente en la ínfima posibilidad de volver a encontrarlo cara a cara y en lo que le diría si eso llegase a ocurrir.

Igual que en aquel entonces, extrañamente no sentía repulsión por el acercamiento del hombre que tenía a su lado y que tan cerca de ella estaba, sino todo lo contrario. Un inquietante hormigueo recorrió su cuerpo, haciéndola sentir igual de viva y atraída que aquella lejana noche.

Embelesada, siguió explorando el rostro de su jefe hasta llegar a sus profundos y penetrantes ojos negros, y ya no fue consciente de nada más.

—¡Adrián...! ¡¡Adrián, ¿me estás escuchando?!!

—¡¿Qué?! —farfulló parpadeando repetidamente y retornando de su embrujo

—. Lo siento, ¿me podría repetir la pregunta?

Marc arrugó el ceño, desconcertado por su peculiar actitud.

—¿Estás bien? Te has quedado alelado, chico.

—¡Ajá! —confirmó poniéndose cada vez más nerviosa, y moviendo el sillón para alejarse de él con disimulo lo máximo posible sin llamar su atención—. Perfectamente, gracias.

—¡Vaaaale! —comentó él, dando por zanjado el tema y señalando la pantalla de su portátil—. Te preguntaba si has encontrado algo extraño en las imágenes.

—En realidad, no. —Cogiendo por completo desprevenido a Marc, se levantó de la mesa para fingir estirar el cuerpo por estar tanto tiempo sentada y, de ese modo, poner espacio más que suficiente entre los dos y evitar que no oyera los alocados latidos de su corazón—. Creo que necesito con desesperación un café en vena, ¿quiere que le traiga otro?

—¡Aahh, entiendo! —soltó de pronto, sonriendo mientras sacudía al mismo tiempo la cabeza—. Soy un completo desconsiderado. Ven y siéntate aquí —le ordenó para que recuperara de nuevo su sitio.

Ella lo miró recelosa.

—¿Por qué?

—Porque te lo ordeno yo —respondió haciendo un gesto hacia el sillón.

—¿Para qué? —volvió a preguntar, dando un paso hacia atrás.

Marc chasqueó la lengua con impaciencia y después emitió un suspiro. Estaba acostumbrado a que nadie cuestionara sus decisiones, y se tuvo que recordar que había contratado a Adrián exactamente para hacer lo contrario.

—Para darte un pequeño masaje y ayudarte a desentumecer esos músculos. Es un pequeño gesto de sincero agradecimiento de mi parte por todo lo que estás haciendo.

Adriana abrió desmesuradamente los ojos en medio de lo que era, casi, un ataque de pánico.

—No es preciso, para eso me paga.

—No importa, me hará sentir bien.

—No hace falta, de verdad —se apresuró a decir—. Sólo necesito un café bien cargado y ya está. ¡Recuperado al instante! —señaló chasqueando los dedos.

—A mí no me cuesta nada —lo instó él—. Ayer salimos tarde del local al

que me llevaste y hoy no has parado de trabajar. Qué menos que ayudarte a relajar un poco.

—En serio, jefe, no es preciso, estoy bien.

—Insisto.

—De verdad que no...

—¡¡¡Ahora!!! —ladró consiguiendo que ella se sobresaltara. Y al instante siguiente, Marc inspiró y espiró con lentitud todo el aire de los pulmones—. Por favor.

Muy a su pesar, a ella no le quedó más remedio que claudicar y se sentó, tiesa como un palo, en el sillón.

—Quítate la chaqueta.

—No, gracias, tengo algo de frío.

Él hizo oídos sordos y metió las manos por dentro del cuello de la prenda, hasta tocar los hombros por encima de la camisa de su uniforme, y procedió a aplicar un ligero masaje.

En verdad ese muchacho era terco como una mula. Jamás había confraternizado con ninguno de los empleados de la empresa, pero sentía que su chófer se merecía una recompensa por el duro trabajo realizado. ¿Era tanto pedir? Si fuera al revés también le gustaría poder recibir un masaje relajante.

Su enfado disminuyó dos minutos después, cuando oyó los gemidos de placer del susodicho.

—¡Ooohh, qué gusto! —exclamó Adriana cuando dejó de luchar contra lo inevitable—. ¡Esto es la gloria!

Marc sonrió con deleite cuando vio cómo su chófer se iba relajando poco a poco hasta incluso llegar a poner los ojos en blanco.

—¡Madre mía, nadie me había hecho esto antes!

—¿Te gusta?

—¡Hummm...! —ronroneó con deleite—. ¿Que si me gusta? Esto es... ¡¡brutal!!

—Ya te dije que sólo tenías que relajarte y disfrutar.

—Creí que iba a dolerme.

—Si se hace con delicadeza, no tiene por qué.

—¡Oh, sí, justo ahí! ¡No pare!

De pronto un lamento ahogado a sus espaldas interrumpió aquel momento de

gozo, y cuando Marc y Adriana se dieron la vuelta, se encontraron con dos mujeres que los miraban completamente escandalizadas.

—¡Oh, Dios mío, Marc! —musitó Roser, desencajada, sin poder dar crédito a lo que sus ojos veían—. ¿Cómo has podido?

—Lo-lo si-siento mucho, no me-me ha dado tiempo a... —Nines dejó la frase sin terminar, totalmente abochornada.

Las dos mujeres se llevaron una impresión errónea de la escena que acontecía, al oír únicamente los gemidos de Adriana ocultos por el cuerpo de su jefe. Con cara de asombro por haber sido pillados *in fraganti*, se dieron cuenta del terrible error al que estaban llegando ambas féminas.

—Esto no es lo que parece... —comenzó a hablar Marc, pero resultó inútil, pues su prometida acababa de girarse sobre sí misma para huir de allí entre sollozos—. ¡¡Roser!!

Cuando él salió corriendo detrás de su novia, Adriana fue consciente de la mirada recriminatoria de la secretaria, que todavía seguía de pie allí.

—¿Así que esto es lo que lleváis haciendo toda la tarde aquí encerrados?

Adriana se levantó del asiento recolocándose la chaqueta.

—Como bien dijo el jefe, esto no es lo que parece.

—¡Por supuesto que no! —farfulló su compañera con ironía, al mismo tiempo que abandonaba el despacho—. ¡Ahora entiendo muchas cosas!

—¿Qué es lo que entiendes ahora? —cuestionó Adriana saliendo después de ella.

—El apego tan grande que te ha cogido en tan poco tiempo —respondió convencida mientras aporreaba unas carpetas contra la mesa para enderezarlas —, o tu aumento de sueldo.

Adriana entrecerró los ojos a la vez que apretaba los dientes con fuerza, en tanto Azucena no se perdía nada de lo que estaba sucediendo.

—¿Qué es lo que estás insinuando?

Nines dejó de maltratar los documentos que tenía en sus manos para mirarla con furia.

—Sabía que estabas ocultando algo, ¡lo sabía! Y no entiendo cómo no me di cuenta antes de ello, pero... ¡¿Marc?! Eso sí que no me lo esperaba para nada.

Adriana apretó todavía con más fuerza los dientes hasta que comenzaron a rechinarle, al mismo tiempo que ponía los brazos en jarras y mascullaba furiosa:

—Repito la pregunta; ¿qué demonios estás insinuando?

—¿Acaso no está claro?! —manifestó la mujer, alterándose ella también.

—Si lo estuviera, no te lo estaría preguntando.

La secretaria elevó el mentón al mismo tiempo que la enfrentaba decidida.

—¿Me vas a negar que te gustan los hombres?

—¡Por supuesto que no! —Y de repente se dio cuenta de su error—. ¡No! No he querido decir eso, yo...

—No tiene sentido que lo niegues.

Un jadeo sonó cerca de ellas y, cuando las dos se giraron, advirtieron que Lesly las miraba horrorizada y con los ojos anegados en lágrimas. No fueron conscientes de su acercamiento, atraída por el alboroto, hasta que fue demasiado tarde.

—Cariño... —susurró Nines con compasión, acercándose a ella.

Y por segunda vez esa tarde, una mujer salió corriendo, sollozando sin control.

—Y ahora, a ésta, ¿qué le pasa? —bufó Adriana sin entender nada—. Y sobre lo de antes, déjame decirte que...

La secretaria giró la cabeza con rapidez para hincar su mirada en ella y demostrarle lo enfadada y decepcionada que estaba.

—¿Cómo puedes ser tan insensible?

—¿Insensible? —cuestionó incrédula—. Lo que no soporto es a las mujeres que hacen un drama por cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa? ¿Crees que enamorarse de ti y descubrir que te gustan los hombres es cualquier cosa?

—¡¡¡¿Qué?!!! —preguntó con la voz estrangulada, y dirigió la mirada hacia el lugar por donde había desaparecido la mujer segundos antes.

«¡Ay, Señor, ¿en qué lío me he metido ahora?!»

Nines sacudió la cabeza negando repetidamente, sin creerse ni por un momento su sorpresa.

—Ahora también me vas a decir que no lo sabías.

—Yo... yo no... —farfulló llevándose las manos a la cabeza.

—Llevas tonteando con ella desde que llegaste a la agencia y pretendes hacerme creer que era de forma inocente.

—Todo se ha malinterpretado... Yo nunca quise que...

—¿Qué? ¿Romperle el corazón? ¿Y qué esperabas que ocurriera cuando se enterara de tu secreto?

Adriana parpadeó varias veces, intentando hacer memoria para saber en qué momento ella pudo insinuar algo que era por completo equivocado. Y gimió con pesar, al advertir que todas sus palabras podían ser malinterpretadas, pues en apariencia era un hombre y no ella quien las decía.

La recepcionista le cayó bien desde un primer momento, y la había tratado con cariño y confianza desde el minuto cero... pero con un afecto natural como mujer, no como hombre.

—¿Qué secreto? —inquirió Marc, que acababa de subir de una infructuosa disputa con su prometida.

Ninguna de las dos contestó, pero supo que habían discutido por la tensión que reinaba en el ambiente y que se podía cortar con un cuchillo.

—¡A mi despacho! ¡Los dos! —ordenó harto de todo aquello.

La carrera tras Roser no había servido de nada, salvo por el lamentable espectáculo que proporcionaron en la entrada del edificio. Marc estaba frustrado, a la par que cansado, de toda aquella farsa del compromiso, por lo que en ese instante no se sentía de humor como para aguantar peleas tontas entre empleados.

Le explicó con claridad a su secretaria el malentendido en el que tristemente se habían visto envueltos, y le aclaró que, aunque sabía de las preferencias sexuales de Adrián, él no las compartía, a pesar de lo que pudiera sugerir la inocente situación en la que los habían encontrado. También le reveló que había descubierto en el muchacho un valor en alza a la hora de tomar decisiones y ser proactivo, dejando patente que era lo que necesitaba en su equipo más cercano por el bien de la agencia, al igual que confiaba y valoraba el trabajo y el desempeño de las funciones de ella en la compañía, logrando con ello alabar el ego de Nines, sin dar más detalles de las verdaderas funciones de su chófer y asesor personal.

Durante todo ese rato, ninguna de las dos abrió la boca, pero Adriana sí fue consciente de las miradas cautelosas que le lanzaba su compañera a hurtadillas. Después de concluir su rapapolvo, Marc decidió dar por finalizada la jornada e irse a casa a reencontrarse con su hermano, por lo que también quedó anulada la visita furtiva a los despachos de los directivos.

Pero los problemas de Adriana no habían terminado por ese día, continuarían al llegar a casa y contarle a Ricky los planes que tenía para el hermano menor de los Montellà. La discusión los mantuvo enfadados por un tiempo.

* * *

Dos días después, a Adriana se le presentó la oportunidad perfecta, cuando se enteró de que iban a celebrar una fiesta de bienvenida para Pol en la mansión familiar.

Ayudada por Ricky, y a regañadientes, consintió en vestirse la ropa que tenía guardada de su hermana, pues no sólo era preciosa y de marcas renombradas, sino que, además, le quedaba perfecta. Pasó un mal trago cuando se la probó por primera vez, pero después reconoció que en cierta forma era una señal y la opción más acertada, pues sentía a Tania más cerca de ella para ayudarla a descubrir a su asesino.

Cuando llegó a la entrada de la casa, se le formó un nudo en el estómago al recordar lo que había vivido allí diez meses antes, y se preguntó si estaría su mosquetero en la fiesta igual que aquella vez. Sin embargo, suspiró con tristeza al darse cuenta de que, aunque así fuera, no sería capaz de reconocerlo.

Sacó su invitación de su pequeño bolso, falsificada perfectamente de una original, para enseñársela al mismo portero de la otra vez. Esa parte había sido fácil, lo complicado vendría a continuación, cuando se enfrentara al reto de no encontrarse con su jefe en toda la noche, pues tenía miedo de ser reconocida y acabar de un plumazo con el disfraz de Adrián y, por consiguiente, con su operación encubierta.

Recorrió las estancias con discreción, medio oculta entre las sombras, hasta que se encontró con su objetivo. Reconoció el terreno y, aliviada, descubrió que Marc no se hallaba cerca; por tanto, se atrevió a acercarse a su hermano menor, provocando un encuentro fortuito.

—¡Oh, vaya, lo siento mucho! —se apresuró a disculparse por haber chocado con él—. Soy muy patosa.

—Tranquila, no ha sido nad...

Y la voz de Pol se perdió en el aire al quedarse sin habla cuando centró su atención en ella.

Adriana sabía que estaba muy guapa esa noche, tanto Ricky como ella habían trabajado para que así fuera, pero no se esperaba dejar sin habla a un hombre acostumbrado a estar con infinidad de bellezas todos los días, por lo que se ruborizó de forma involuntaria.

—¿Nos conocemos? —preguntó él, intrigado por esa hermosa mujer que le resultaba extrañamente conocida—. Tu cara me resulta familiar. ¿Acaso ya nos hemos visto antes?

Adriana, aterrada, tragó saliva con fuerza.

En su infalible plan no había contemplado la posibilidad de que fuera Pol el que la descubriera. Quizá la había reconocido, a pesar de que había pasado muy poco tiempo con él disfrazado como chófer, o incluso Tania pudo haberle enseñado alguna foto de ellas dos juntas. Se recriminó con dureza el no haber contemplado la posibilidad de que su propia hermana le hubiera hablado de ella. Si al final Pol era el asesino de su melliza y habían mantenido una relación íntima, era perfectamente plausible que Tania hubiera compartido con su amante la historia de su familia y le hubiera hablado de su hermana policía.

«¡¡¿Cómo he sido tan estúpida?!!»

Había cometido un error de novata y en ese momento quizá lo había tirado todo a la basura.

—¿Te encuentras bien?, te has puesto pálida.

—S-sí estoy bien, gracias —respondió con trabajo después de carraspear—. Si me disculpas...

Él la agarró del brazo con suavidad, pero con firmeza a la vez.

—¡Por favor, no te vayas!

Ella miró a su alrededor buscando una vía de escape.

—¿Has venido con alguien?

—Sí y no sé dónde está —mintió mientras sopesaba sus posibilidades.

—¿Dime cómo te llamas?

Adriana fijó la mirada en la mano que la tenía sujeta.

—Por favor, suéltame.

—No hasta que no me digas cómo te llamas —le rogó ansioso por no dejarla escapar—. ¿Acaso eres modelo y te he visto en alguna valla publicitaria o en algún *spot* de publicidad?

—No, no lo soy.

—Actriz, entonces.

—Tampoco.

—¿No puede ser?! ¡Me estás mintiendo! —exclamó asombrado.

Ella negó con la cabeza un poco más tranquila y le sonrió levemente.

Quizá solo creía que era una cara bonita más y su miedo había sido injustificado... aunque se recordó ser más cautelosa en adelante.

—¡Por favor, ¿dime cómo te llamas?! ¡Te lo suplico!

Esa respuesta sí podía ofrecérsela y lo haría en recuerdo a su hermana.

—Me llamo Ana Muñoz.

Él acercó la mano de Adriana a su boca y depositó con galantería un beso en el dorso, y ella tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para reprimir un escalofrío de repulsión.

—Encantado de conocerte, Ana Muñoz. Mi nombre es Pol de Montellà Bau y voy a hacerte modelo.

* * *

Cuando Marc entró rato después en el interior de la mansión, fue porque Roser lo había encontrado finalmente escondido en el jardín y había insistido en su tortuosa obligación de relacionarse con sus invitados.

Aunque había trascurrido bastante tiempo y una penosa tragedia por medio desde la última vez que en esa casa se habían oído las risas, había albergado la vana esperanza de ver aparecer a su vampiresa por el jardín, pululando como una hermosa luciérnaga con luz propia para ofrecer luminosidad a esa tediosa y frustrante fiesta de bienvenida.

En su, en definitiva, reconocida obsesión, Marc había soñado con la remota posibilidad de encontrarla otra vez. Sabía instintivamente que podría reconocer esos fascinantes ojos de color verde turquesa, ese ondulante cabello castaño o sus sensuales curvas torneadas... Había soñado tantas veces con ella que la tenía grabada a fuego en su mente y en su corazón, pero su decepción fue creciendo cuantas más horas transcurrían y no tenía constancia de su presencia en la fiesta.

Había rezado con todas sus fuerzas por que su enigmática desconocida hubiese sentido la misma irrefrenable atracción que él y se presentase en la primera oportunidad real de poder coincidir otra vez. Era una idea estúpida, lo

sabía, sobre todo porque era difícil que la mujer lo hubiera reconocido como unos de los anfitriones de aquella fiesta de disfraces, cuando ella misma le había admitido que no era así. Y las posibilidades disminuían en picado, si tenía en cuenta que no se habían visto los rostros ni dicho los nombres en ningún momento de esa noche. Con todo, la locura era una enfermedad libre que le hacía creer en un posible milagro.

Sin embargo, y después de que la insistencia de su prometida lo hiciese cambiar de opinión, abandonó definitivamente la ínfima posibilidad de toparse con la mujer que lo obsesionaba en el mismo jardín donde se habían encontrado por primera vez. Decidió que era tiempo de ser realista y convencerse de una buena vez de que jamás la volvería a ver.

Así que allí estaba él, en el enorme vestíbulo de su casa, departiendo con algunos clientes, empresarios y amigos próximos a sus padres, hasta que levantó la mirada y su corazón dejó de latir por dos segundos.

La desconocida con la que llevaba meses obsesionado se encontraba tranquilamente hablando con su propio hermano mientras tomaba una copa de champán.

Era incluso más bella de lo que se había imaginado tras aquel antifaz. Nada lo había preparado para el impacto que supuso volver a verla, a pesar de haberlo imaginado un millón de veces en su mente. Lo que sentía en ese instante no era equiparable con nada de lo que había sentido antes por nadie.

Como si despertase de una ensoñación, se deshizo del agarre de su novia y dejó con la palabra en la boca a un director de cine muy importante en el país, para acercarse con lentitud y sin apartar la vista de su vampiresa.

De repente, Adriana sintió cómo el vello de todo su cuerpo se erizaba, y al girar la cabeza se encontró con la intensa mirada depredadora de su jefe caminando directo hacia ella.

Tenía una extraña expresión en el rostro que ella no supo descifrar, pero tampoco se pensaba quedar allí para averiguar de qué se trataba. En realidad su plan había funcionado a la perfección y conseguido con éxito su cometido, por lo que era un momento perfecto para desaparecer.

Se disculpó de forma precipitada con Pol y se perdió entre el gentío hasta alcanzar la entrada y desvanecerse en la oscuridad de la noche.

—¡No! ¡Espera! —gritó Marc cuando la vio salir por la puerta.

Pero, cuando él al final consiguió llegar, ella ya no estaba.

Capítulo 7

Marc se quedó parado en la entrada de su casa, devastado tras ver cómo su sueño se esfumaba en la noche, con los puños apretados y unas irrefrenables ganas de gritar de pura frustración. No entendía por qué había huido de él, y no tener posibilidad alguna de saberlo lo estaba volviendo loco.

Era la segunda vez que lo hacía, la segunda vez que se le escapaba sin saber quién era y cómo poder dar con ella.

Quizá le había mentido aquella noche. Tal vez sí lo conocía y no quería saber nada de él. Pero, entonces, ¿por qué había vuelto? ¿Por qué estaba hablando con su hermano, si no conocía de nada a los anfitriones? ¿Qué probabilidades había de que fuera una simple casualidad?

Él tenía clara la respuesta: muy pocas.

—¡Ey, hermano, ¿estás bien?! ¿Qué ha pasado?

Volvió de su ensimismamiento y fijó su atención en la cara preocupada de Pol.

—¿Tú la conoces?

—¿A quién?

No tenía tiempo para aquello, necesitaba saber quién era esa chica de inmediato. Las dudas lo carcomían por dentro y no disponía de la paciencia necesaria.

—¡No te hagas el estúpido! —estalló impaciente—. ¿De qué conoces a la mujer que se acaba de marchar?

Él lo miró con estupefacción.

—De nada, Marc; la acabo de conocer esta misma noche. ¿Qué demonios te ocurre?

Se pasó las manos por la cara en un gesto de desesperación. Por el rabillo del ojo advirtió la presencia del portero y se dirigió hacia él sin contestar a la pregunta.

—La mujer que se acaba de ir, ¿ha venido sola o acompañada?

El hombre intentó recordar, pero se puso nervioso ante la actitud apremiante de Marc.

—No lo sé —respondió indeciso—. Creo que sola.

—A mí me ha dicho que había venido acompañada.

Se giró de nuevo hacia su hermano con una expresión de esperanza en su semblante.

—¿Por quién?

—No me lo dijo —contestó cada vez más extrañado por la ansiedad que manifestaba—. ¿Por qué tanto interés? ¿Qué ocurre, Marc?

—¿Te ha dicho algo más? ¿Si conocía a alguien de la fiesta? ¿Por qué estaba aquí?

—No, la verdad es que no.

—¡Maldita sea! —exclamó cada vez más desmoralizado, pero de pronto una idea cruzó por su mente—. ¿De qué habéis hablado? ¿Qué te ha dicho exactamente?

Pol lo miró sin entender qué le ocurría. Era la primera vez que veía a su hermano actuar de forma tan extraña ante una desconocida, y su actitud lo tenía desconcertado.

—¡¡Pol!! —lo apremió con impaciencia.

Éste intentó recordar la trivial conversación que había mantenido con ella, rebuscando en su memoria algún detalle de interés que pudiera facilitarle.

—Nada importante... —respondió procurando ser más concreto—. Creía que era modelo o actriz, pues su rostro me ha resultado familiar, pero me ha dicho que no se dedicaba a nada de eso. Hemos hablado de la posibilidad de que trabajara con nosotros en alguna campaña, pero ha rechazado mi oferta. He intentado convencerla, pues me parece que tiene mucho potencial, pero ha dejado muy claro que no estaba interesada... y... y poco más.

El rostro de Marc fue demudando con cada palabra que su hermano pronunciaba, cayendo cada vez más profundo en el abismo del desaliento.

—Ni tan siquiera un nombre... —murmuró fijando la vista en el suelo,

convencido de que estaba todo perdido.

—Sí, eso sí me lo ha dicho.

Alzó la cabeza para centrar toda su atención en Pol.

—¿Y? —demandó a punto de zarandearlo, desesperado por saber esa crucial información.

—Ana —declaró éste, contagiándose a continuación de la felicidad de Marc al verlo sonreír de forma abierta—. Me ha dicho que se llama Ana Muñoz.

Él se volvió hacia el portero y le preguntó:

—Dime con quién ha venido acompañada.

El hombre buscó en la lista de invitados de la que disponía, mientras que, nervioso, Marc daba pequeños golpecitos en el suelo con la punta del pie compulsivamente.

—Lo siento, señor, pero su nombre no aparece entre los invitados.

—¡No puede ser! —exclamó, en tanto le arrancaba la lista de las manos para comprobarlo por sí mismo.

Pol se acercó para echarle un vistazo al papel por encima de su hombro.

—¡Qué extraño! —comentó confuso, convirtiendo en palabras los pensamientos de Marc—. Si ni tú ni yo la conocemos, ¿cómo demonios ha conseguido entrar en la fiesta?

* * *

El teléfono sonó en el dormitorio de Adriana a las siete y cuarto de la mañana. Todavía adormilada, protestó en alto y maldijo a la persona que la despertaba a esas horas de un domingo. Estiró el brazo con pesar y cogió su teléfono móvil depositado encima de la mesilla, para mirar la pantalla luminosa y descubrir que era Ricky quien llamaba.

—¿Tienes idea de la hora que es? —rezongó enfadada por que la molestara tan temprano—. Estoy bien, ayer salió todo a pedir de boca, deja de respirarme en la oreja.

—No te llamo por eso —respondió él, molesto por su saludo mañanero—, pero me alegro de que todo haya ido bien, perdona por preocuparme por nada.

Ella suspiró, arrepentida por el tono de sus palabras.

—¿Qué quieres, Ricky?

—Disculpe si molesto a la bella durmiente, pero su príncipe azul está muy borracho y no quiere marcharse a no ser que lo recojas en tu carruaje.

Adriana inspiró aire con fuerza y se frotó con una mano los ojos en un intento por ocultar su impaciencia.

—No estoy para adivinanzas, así que, si no eres más claro, te cuelgo ahora mismo.

—Tu jefe está en el Survive borracho como una cuba y se niega a irse a no ser que tú vengas a recogerlo y llevarlo a casa. Rectifico: quiere que venga a buscarlo Adrián.

Ella abrió los ojos de golpe y, cuando fue realmente consciente de las palabras de su amigo, gimoteó una palabrota.

—Voy ahora mismo.

Veinticinco minutos después entraba por la puerta del local, y dentro se encontró con un panorama realmente surrealista. Tres *drags queens*, sentadas en una mesa redonda, acompañaban a su jefe, quien pedía, a gritos, una ronda más.

—*Hellooo!!* ¡Menos mal que has llegado! —se quejó Ricky acercándose a ella—. Si sigue a este ritmo, a tu jefe lo van a tener que recoger en una ambulancia por coma etílico.

—¿Qué hace aquí?

Su amigo se encogió de hombros.

—No lo sé. Llegó pasadas las tres de la madrugada y no ha parado. Luna, Débora y Lola están cuidando de él. Le hemos insistido en que tenía que irse porque íbamos a cerrar, pero se ha negado en rotundo a marcharse a no ser que lo vinieras a buscar.

Adriana, molesta con su jefe, resopló con fuerza.

—¿Quién entiende a este hombre? —protestó, comprobando al mismo tiempo con los dedos que la peluca estaba correctamente colocada, pues se la había tenido que acomodar con prisas tan sólo unos minutos antes—. El otro día me montó un buen pollo ahí fuera por haberlo traído aquí, y ahora monta un lamentable espectáculo él solo y tengo que venir a arreglarlo. ¿Quién se cree que soy? ¿Morgan Freeman?

Su amigo elevó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Qué tiene que ver Morgan Freeman en todo esto?

—¿Has visto *Paseando a Miss Daisy*?

—Pues sí... —respondió confuso por la extraña pregunta—. ¡Ahhh, vale, ahora lo pilló! —exclamó, pero Adriana ya se dirigía hacia el lugar donde su jefe se estaba divirtiendo de lo lindo.

—La fiesta se ha acabado, chicas; me llevo al señorito a casa.

—¡Adrián... *amiiiigo!* Te *eshtaba* esperando —profirió Marc, alegre de verlo al fin—. *Shiéntate* y toma una copa conmigo.

Ella puso los brazos en jarras en tanto entrecerraba los ojos, cada vez más enfadada.

Con lo a gusto que estaba durmiendo y en ese momento le tocaba cargar con un borracho.

«¡¡Maldita sea!!»

—Creo que por hoy ya ha tenido suficiente —señaló muy seria—; levántese, que lo llevo a casa.

—*Peeero* que *aguafieeeshtass* me *eressh*. ¡Venga, que *yooo* invito!

—Mejor otro día —señaló agarrándolo por un brazo para levantarlo de la silla, pero era como intentar mover una roca, imposible.

—¿*Poor* qué? —protestó haciendo pucheros—. ¡*Shi* estamos entre *amiiigosh!*

—Porque es muy tarde y van a cerrar.

—¿*Ensherio?*

—Sí, jefe —confirmó con paciencia mientras hacía un gesto con la cabeza a las compañeras de Ricky para que la ayudaran.

—*Shieempre* me llamas jefe —rezongó molesto a la vez que entre todos lo ponían en pie.

Adriana, exasperada, entornó los ojos.

—¿Será porque lo es?

—*Peeero* me podrías llamar *Maaarc*.

«¡Dame paciencia, Señor!»

—Muy bien, Marc; ahora te voy a llevar a casa, ¿de acuerdo?

—*Vaaale*.

Y le regaló esa sonrisa que lograba hacerle temblar las piernas, por lo que se mordió la lengua, reprimiendo el impulso de salir corriendo de allí y dejarlo a su suerte. Segundos después se encaminaba, cabreada, hacia el coche que había dejado fuera, seguida muy de cerca por Lola y Débora, que portaban al insufrible

de su jefe.

«¡¡Arg!!»

—¿Estás bien? —le preguntó Ricky acercándose con rapidez a ella al ver su cara de enojo.

—¿Tú qué crees? —ladró furiosa.

Su amigo, que se había cambiado lo antes posible para acompañarla y ayudarla con Marc, se quedó parado en la calle tras la mala contestación, y Adriana, que se arrepintió enseguida de sus palabras, dio marcha atrás para disculparse.

—Lo siento.

Ricky se cruzó de brazos, ofendido.

—No sé qué diablos te pasa últimamente, pero estás inaguantable.

Adriana le tocó los brazos con cariño. Tampoco tenía muy claro lo que le pasaba... o quizá sí.

«¡Mierda!», no podía seguir mintiéndose más.

Le enfurecía sentirse atraída por el hombre que quizá había matado a su hermana. Se sentía culpable cada vez que la sonrisa de Marc la desarmaba tan fácilmente. Llevaba dos días intentando olvidar el hormigueo y el placer que sus caricias por encima de la ropa le habían hecho sentir y, contrariamente a ello, se descubría observándolo embobada durante tiempo indeterminado mientras él trabajaba en su ordenador, soñando como una tonta y preguntándose cómo sería ser besada por esa sexy boca. A pesar de que lo había ansiado con todas sus fuerzas, debía reconocer su derrota ante esa batalla.

No entendía qué le ocurría con él. A pesar de su aversión por los hombres, con Marc era diferente. Al igual que le había ocurrido con su mosquetero, Adriana se sentía irremediabilmente atraída por él. Se recriminaba con dureza por sus sentimientos, nadie podía ser más duro de lo que lo era consigo misma, porque ¿en qué lugar la dejaba como policía sentirse cautivada por uno de los principales sospechosos? ¿Y como hermana?, ¿qué decía de su persona esa traición tan horrible? Pero no sabía cómo lidiar contra ese cúmulo de emociones y pensamientos lujuriosos tan nuevos para ella. Era muy frustrante que su cabeza luchase y pensase una cosa y su cuerpo fuera completamente por libre.

Y eso la enojaba más. El no ser capaz de controlar sus emociones la estaba volviendo loca, pagando su frustración con sus seres más queridos, en ese caso

con Ricky. Su conciencia y lealtad estaban en franca lucha contra sus sentimientos, y la batalla interior que estaba librando no hacía nada por apaciguar sus ya alterados nervios.

Pero no podía confesarle a su mejor amigo el debate interno que estaba entablando. Se sentía demasiado miserable para hacerlo, pero, sobre todo, porque sabía cuál sería su respuesta y todavía no estaba preparada para afrontarla.

Debía luchar contra lo que Marc de Montellà le hacía sentir, y sobre todo en ese momento, que estaba tan cerca de su objetivo como para sucumbir de forma tan estúpida. Fuera como fuese, tenía que enterrarlo en lo más profundo de su ser hasta conocer toda la verdad y, llegado el momento, tomar una decisión.

—Tienes razón, perdóname.

Ricky, ofendido, no quiso contestarle, y eso le rompió más el corazón. Se dio cuenta de lo injusta que estaba siendo con él, de lo ruin y mezquino de su comportamiento, y se odió más por ello.

—¿Por favor...?

—Ya no te reconozco, Adri —le recriminó con dureza—. Sabes que te quiero y que mi única intención es protegerte y ayudarte.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué actúas así? ¿Por qué me tratas de manera tan horrible? Ella bajó la cabeza, por completo avergonzada.

—No soy tu enemigo, lo sabes, ¿verdad?

Adriana asintió, abatida.

—Toda esta mentira te está afectando demasiado. No duermes bien, estás nerviosa, alterada, irritada... Está cambiando tu carácter y tu forma de actuar, y no creo que merezca el trato que me estás dando.

—Lo siento mucho —susurró hundida más en la culpa.

Su amigo suspiró con pesar y se acercó a ella para abrazarla, incapaz de hacerla sufrir más.

—¡Perdóname, Ricky! Te prometo que no volverá a ocurrir —le rogó a la vez que se agarraba a él con todas sus fuerzas.

—Preferiría que me prometieras que te vas a olvidar de esta locura.

Ella no contestó durante unos segundos, mientras unas lágrimas amargas brotaban de sus ojos.

—Sabes que no puedo hacerlo.

Y era cierto, él lo sabía y contaba con ello, a pesar de intentar por enésima vez hacerla cambiar de opinión.

—Eres la mujer más testaruda, terca y cabezota que he conocido en toda mi vida.

—Y yo te quiero con toda mi alma, Pepito Grillo.

Él sonrió muy a su pesar. Luego, separándose un poco, le enmarcó el rostro con ambas manos para secar con sus dedos las lágrimas, y darle un tierno y casto beso en los labios después.

—Lo sé.

De pronto, el grito de *Débora Hombres* los arrancó de su momento tierno.

—¡Ey, vosotros! Si queréis me lo puedo llevar conmigo a casa...

Adriana suspiró con fuerza y se giró en redondo para dirigirse hacia ellos, que ya estaban esperando delante de su coche, todavía con Marc colgado de sus cuellos.

—Cómo le toques un solo pelo, te enchirón durante unos días, guapa —le soltó abriendo su vehículo con el mando a distancia.

—Por este morenazo, no me importaría, te lo aseguro —respondió sonriendo con malicia.

—Lo siento, cielo, pero este morenazo ya tiene dueña.

—¿Por qué será que todos los buenorros están pillados? —planteó Lola la Loba mientras ayudaba a meter a Marc en el interior, medio desmayado por el alcohol.

—Porque la vida es así de injusta, cari —respondió su compañera soltando un fuerte suspiro de tristeza—. No sólo está buenorro, también tiene dinero para aburrir.

—*Hellooo!* Con tu historial dudo mucho que eso te hiciera serle fiel —señaló Ricky, divertido—. Todos aquí conocemos el significado de tu sobrenombre.

Débora se pasó un dedo por las enormes pestañas postizas.

—Todo ayuda, cari, todo ayuda.

—Hablando de ayuda, muchas gracias por la vuestra —les agradeció Adriana en tanto abría la puerta de su Citroën C4.

—Un placer, cari. Y si el buenorro queda libre, ya sabes a quién avisar.

—Serás la primera en saberlo, lo prometo.

—Eso espero.

—Yo la segunda —señaló Lola.

Adriana asintió, mientras veía cómo se acercaban al local para cambiarse y volver a sus casas a descansar.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó Ricky.

Ella negó con la cabeza, rechazando su oferta.

—No hace falta, ya me ocupo yo de él. Tú vete a casa a descansar.

—Adri...

—Escucha, no pienso cambiar de opinión. Tienes razón, todo esto es una locura, pero es mi locura, Ricky, y ya te he involucrado más de lo que debía. Si algo llegara a salir mal, si todo se fuera al demonio y me explotara en la cara, no quiero que te salpique de ninguna forma. Yo sola asumiré las consecuencias de mis actos.

—¿No crees que ya es un poco tarde para eso?

—Y por eso mismo no puedo dejar que te impliqués aún más. Por favor, Ricky, no lo hagas más difícil. No podría vivir tranquila sabiendo que destruí tu vida arrastrándote conmigo. No quiero que nadie te vea fuera del local con él, ¿me entiendes?

Él dejó escapar un suspiro, en tanto negaba con la cabeza en claro desacuerdo con lo que ella le exigía.

—No me pidas un imposible, Adri.

—Por favor, hazlo por mí —le suplicó, intentando que entrara en razón—. Yo estaré más tranquila si sé que tú estás a salvo.

—Está bien, me iré a casa, pero eso no significa que te vaya a dejar sola, ¿me oyes? —le advirtió al ver cómo sonreía aliviada por haber conseguido lo que quería—. Te lo dije una vez y te lo vuelvo a repetir: no pienso dejarte sola en esto.

Adriana se abalanzó a sus brazos, emocionada y agradecida por tener la suerte de contar con un amigo tan bueno y leal como él. Había perdido una hermana, pero a cambio había ganado un hermano.

—Gracias.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Lo tendré.

Ricky le dio un beso en la mejilla y se quedó en la calle hasta que perdió el

coche de vista.

* * *

Camino a la mansión, Marc despertó de pronto al mismo tiempo que se llevaba una mano a la boca y reprimía a duras penas las náuseas que subían hasta su garganta.

—¡Para! —ordenó ahogado por las arcadas.

—¡¿Qué?!

—¡Que pares! ¡Ahora!

Adriana estacionó el coche encima de la acera, justo enfrente de la entrada del Turó Park, con el tiempo justo para que él saliera disparado del coche directo a una papelería, y vomitara hasta lo que había desayunado una semana antes.

Ella bajó también del vehículo con la intención de ayudarlo, pero, cada vez que se acercaba, sus propias arcadas la hacían retroceder. Era una simbiosis: cuanto más vomitaba él, más arcadas subían por la garganta de ella.

Cuando finalmente terminó, Marc se dirigió tambaleante hacia la entrada del parque, y Adriana corrió hacia él antes de que se diera de bruces con el monumento dedicado a Pau Casals y cayera dentro del agua.

—¿A dónde vas?

—Necesito aire... necesito respirar.

Sujetado por ella, caminaron unos metros hasta que llegaron a un pequeño estanque repleto de ninfas y se sentaron en un banco cercano.

—¡Me quiero *moriirrrrr*! —se lamentó él, acostándose en la fría madera y apoyando la cabeza en el regazo de ella.

Adriana puso los ojos en blanco y apoyó las manos a ambos lados de su cuerpo con temor a tocarlo.

—¡Ooohh, Dios, deja de moverte, ¿quieres?!

Ella sonrió para sus adentros, satisfecha de saber que la resaca sería de las buenas.

—No me estoy moviendo. Y te lo advierto: cuando duermas la borrachera, te encontrarás peor.

—*Esho* no me ayuda, ¿*shabesh*?

—Te lo mereces, por inconsciente. ¿Acaso no había suficiente alcohol en la

fiesta de bienvenida de tu hermano?

Marc, muy despacio, se fue girando hasta acabar boca arriba en el banco.

—Me fui —confesó después de que su estómago se aquietara y las náuseas remitieran—. No *shoporrرتaba eshtaaar* más tiempo allí.

—¡Vaya, cuánto lo siento! ¿Tus amigos son tan estirados que te morías de aburrimiento?

—¿*Poor* qué me juzgas, Adrián? ¿*Acasho yooo* lo hago contigo? No *shabesh* nada de mí, *nooo* me conoces.

—Sé que un hombre que lo tiene todo en la vida no debería andar borracho como una cuba por ahí.

Él se echó a reír tan fuerte que casi se cae del banco, pero ella supo que no era una risa de alegría, sino de completa amargura.

—Un hombre que lo tiene *toodo*. ¡Qué ironía! —murmuró para sí mismo—. ¿Alguna vez has *shentido* un vacío *taaan* grande en *tuuu* interior que no *shabesh* cómo taparlo? ¿Has tenido el convencimiento de *queee* no *eresh* dueño de *tuuu* vida? ¿Que el *bueeennoombre* de *tuuu* familia cae en ti como una *looosha* y no te deja respirar? ¿Que te *shientessh* atrapado y *nooo* encuentras una *shalida*?

Ella enmudeció al advertir que había sentido en sus propias carnes muchos de esos sentimientos, y bajó los ojos para mirar de forma distinta al hombre que apoyaba la cabeza en sus piernas.

—A veces, la culpa que *shiento* es *taaan* grande que me ahoga. Me *deshpieerto poor* las noches bañado en *shudor*, *desheando* haber *hexo* las cosas de *otrra* manera. *Peeero* ¿*shabessh* qué? No se puede dar *marxa* atrás... *nop*. Tendré que vivir con esta *caaarga* lo que me *reeshte* de vida.

Adriana apretó los dientes con fuerza. ¿Podía ser posible? ¿Estaría a punto de oír la confesión del asesino de su hermana?

En esos instantes deseó con toda su alma no estar allí. En los últimos días había intentado convencerse de que Marc no podía ser la persona vil y nauseabunda que había acabado con la vida de Tania. El destino no podía ser tan cruel con ella.

Pero quizá... quizá toda esa lucha interna de los últimos días había sido completamente en vano. Tal vez el karma le había dado un toque de atención por sentirse atraída por esa escoria humana. Porque eso sí... eso sí que habría sido una ironía de proporciones extraordinarias.

Las dos hermanas seducidas y engañadas por el mismo hombre.

—¿A qué te refieres? —preguntó al fin, cuando pudo reunir el valor para hacerlo.

Marc se restregó los ojos con ambas manos, ajeno por completo al torbellino de emociones y pensamientos que Adriana estaba sintiendo.

—*Puuuessh* que la vida es *muuuy* caprichosa y cruel, Adrián. Hace diez meses tenía una *prometedoora* carrera como *piloooto* de la WTCC, y *ahooora* me *entieerro* entre montañas de *papeeelesh*, *reuniooonesh* y contratos. Mi sueño se ha ido a la mierda y *yooo* seguiré atrapado en esta *peshadiiilla tooda* mi *viiida*.

—¿Por qué? —preguntó confundida por esa respuesta que nada tenía que ver con lo que esperaba oír.

—¿*Pooor* qué? —repitió Marc, al mismo tiempo que se incorporaba harto de llevar demasiado tiempo en esa posición—. ¿*Pooor* dónde *empezhaaar*? ¡Aaah, sí! —Y de pronto se levantó de golpe del asiento y comenzó a hacer aspavientos con los brazos—, *pooorque* mi *heermano* pequeño, la *empreeesha* y sus trabajadores, y el *buueeennoombre* de los Montellà Bau dependen de mí.

Adriana se puso de pie para agarrarlo en el último segundo y evitar que cayera de bruces contra el suelo.

—¿Te parecen *shuficientes razooonesh*?

—¿No crees que estás siendo un poco melodramático? No me parece que fuera necesario acabar con tu carrera y dejarlo todo por la agencia. A tu hermano se lo ve bastante competente. Él podría haberse hecho cargo de todo.

Marc negó con la cabeza mientras se dirigían hacia el coche.

—Tú *nooo* lo *entiendesh*. Hice una *promessha* y *teeengo* que cumplirla. Mis *padressh* murieron por *miii* culpa y *juuuré* que su legado *nooo* moriría con *eeellossh*.

Adriana sabía que sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico hacía relativamente poco tiempo, pero no entendía qué tenía que ver eso con que Marc se sintiera culpable por sus muertes.

—Tú no tuviste la culpa de la muerte de tus padres.

Su jefe, mareado, se apoyó en el vehículo.

—Ojalá pudiera creerlo, Adrián. Ojalá pudiera volver *atrássh* y no haber *trazaado* la curva de *eesha* forma. Si no me hubiera abierto *taanto*, si no

hubiera *arrieeshgado taaan* al límite... no hubiera *shufriido* el accidente que me envió al *hoshpiital* en helicóptero —confesó abatido, intentando inútilmente abrir la puerta del coche. Y cuando consiguió entrar, lanzó un suspiro de dolor y angustia enterrados dentro de su alma, a la vez que apoyaba la cabeza en el reposacabezas del Citroën y cerraba los ojos, agotado—. *Peeero* ya es demasiado *taarde*. Ya no *haaayy* vuelta atrás. Si *miiissh* padres no se *hubiiieran* asustado *taanto* al ver *miii* accidente en los *monitooresh* de los boxes, no habrían conducido *taan* rápido para *lleeegar* al hospital y *perdiido* el control del coche...

Adriana sintió compasión por él. Sabía de primera mano lo que era sentirse culpable por la muerte de un ser querido, y lo extremadamente difícil que resultaba vivir con ello. Al menos, a ella le quedaba su trabajo, un refugio al que acudir y del que echar mano cuando los recuerdos eran demasiado dolorosos. En cambio a Marc... bueno, en realidad parecía que él lo había perdido todo ese fatídico día.

En el informe que había recopilado antes de entrar a trabajar en la empresa no aparecía señalado que los Montellà Bau hubieran muerto al intentar llegar al hospital, desesperados y angustiados, lógicamente, por saber de la suerte de su hijo. Debió de ser muy duro para él cuando despertó y le comunicaron la triste noticia... y entendía por completo su dolor.

—¿Marc? —lo llamó con suavidad Adriana al advertir que se había quedado dormido.

Él hizo un pequeño ruido, mitad ronquido, mitad quejido, al mismo tiempo que abría los ojos con dificultad.

—¿¿Qué?! ¡Ah, sí *cieerto*! —respondió desorientado por un momento para después continuar—. Sin *coontar* con el pequeño detalle de que *yaaa* no puedo *conduciir* ningún vehículo desde *eeshe* día. Lo he intentado, *peeero* soy incapaz, es superior a mí. *Poor* eso necesito un *chóóofer* que me *lleeve* a donde *neceshiito*. ¿Lo entiendes *ahoorra*? —terminó, quedándose definitivamente dormido.

Y sí que lo entendía, por supuesto que lo hacía, y ése era un terrible problema para ella... porque en ese mismo instante tuvo la acuciante necesidad de besarlo, de estrecharlo entre sus brazos, de reconfortarlo de alguna manera, de hacer todo lo que estuviera en su mano para que su dolor desapareciera.

La ternura que había despertado en ella le planteaba un serio conflicto, por la

simple razón de no saber si sería capaz de seguir con su plan inicial.

Ricky tenía razón, estaba demasiado implicada y cada minuto que pasaba más todavía, y no sabía cómo salir de ese atolladero. Marc de Montellà Bau era un inconveniente en sus planes, una traba en la venganza y la justicia que buscaba de forma desesperada para su hermana, y no tenía ni idea de cómo enfrentarse a ese dilema.

Mientras pensaba en todo ello, llegaron al fin a la mansión donde pocas horas antes lo había visto por última vez. Bajó del coche y lo despertó para ayudarlo a salir.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó todavía aturdido por el alcohol.

—Sí —respondió antes de que salieran del vehículo para dirigirse a la escalera y alcanzar la puerta principal—. Necesito la llave para poder entrar.

—*Claaaro* —convino, al mismo tiempo que la buscaba en los bolsillos del pantalón—. ¿*Pueeedo* hacerte *unaaa preguuunta*, Adrián?

—¿Qué tal si lo dejamos para mañana?

Marc apoyó la espalda en la puerta para mirarla cara a cara.

—*Nooo*, tiene que *sheeer ahoora*.

Adriana dejó escapar un suspiro de cansancio.

—Está bien, ¿qué quieres saber?

Él entrecerró los ojos un instante para después fijar su intensa mirada en ella.

—¿Cuánto *tieeempo* llevas *shaliendo* con *tuu* novio?

Iba a contestarle que no tenía novio, pero se acordó de Ricky y de lo que su jefe pensaba de ellos dos.

—Ya te dije que Rita no es mi novio —respondió acercándose a él para revisarle los bolsillos con impaciencia.

Quería terminar con aquello lo antes posible para volver al refugio de su casa. Estaba cansada y deseaba despojarse de ese maldito disfraz de una vez. Por un día quería sentirse ella misma. Necesitaba saber que todavía seguía allí y que no había sido devorada por sus dos personajes.

Marc la agarró de las manos y se giró para dejarla aprisionada entre sus brazos y la puerta.

—He visto cómo os *beshabais*.

—Sólo ha sido un pico de amigos, nada más.

—Yo no *besho ashí* a mis amigos.

—Será porque no tienes amigos gais.

Marc le sonrió torcidamente.

—Por *shupuesto* que tengo *amiiiigos gaiiissh*, pero *jaaamásh* permitiría que me *besharan*.

—¡Pues mira qué bien! —replicó Adriana cansada de todo aquello, así que empujó su torso con fuerza, para no moverlo ni tan siquiera un milímetro.

—¡*Eshpeeera*, necesito *shaber* algo más! ¿Cómo *shupiiissh*te que *tee* gustaban los *hooombressh*?

Ella lo miró sin entender a qué venía todo aquello, pero no hizo ningún intento por desasirse de su agarre.

—¿Y cómo supiste que a ti te gustaban las mujeres?

Él descendió la mirada hasta posarla en sus labios, sin ser consciente en ese momento de que le faltaba la diminuta perilla falsa que Adriana se pegaba allí todas las mañanas.

—Quizá *nuuunca* lo he *shabido*.

Dicho esto, bajó la cabeza para acercarse a sus labios y besarla.

Capítulo 8

Cuando Marc se despertó horas después tirado boca abajo en la cama, dejó escapar un lamento al intentar moverse.

—¡Oohh, por Dios!

Su cabeza estaba a punto de estallar, y su estómago, revuelto, amenazaba con vaciarse allí mismo. Como buenamente pudo, se arrastró hasta llegar al baño y apoyó ambas manos en la pared de la ducha, abrió la toma y dejó que el agua caliente resbalara por su cuerpo.

Evocó el inquietante sueño que había tenido hacía tan sólo unos minutos, y echó la cabeza hacia atrás mientras intentaba recordar.

—¡No, no, no, no, no...! ¡No puede ser! ¡Sólo ha sido un sueño...! ¡Un maldito sueño!

Se tapó la cara, horrorizado, al revivir el momento del beso con su empleado. Aquello sólo era una fantasía que no había ocurrido jamás. Tenía que ser una maldita pesadilla o nunca podría volver a mirarlo a la cara.

«¡¿Qué demonios he hecho?!»

Todo estaba borroso en su cabeza, pero sabía que de ningún modo se atrevería a besar a su chófer, por muy borracho y confundido que estuviera. Era una locura. Una completa locura que su mente ofuscada había ideado.

Intentó repasar sus pasos en la noche anterior, hasta el momento en el que abandonó la fiesta y llamó a un taxi, pero a su cabeza sólo acudían fragmentos desdibujados y sin sentido.

Revivió el sentimiento de desengaño y desilusión cuando fue consciente de que se encontraba igual que al principio respecto a su vampiresa. Sabía su nombre, sí, pero esa información no le aportaba nada que fuera relevante para

dar con ella.

Después de la decepción, lo único que quiso fue huir de aquel lugar. Cada vez se le hacía más difícil vivir en esa casa; los recuerdos y la culpa no lo dejaban respirar. Y que Roser estuviera encima de él con sus quejas y demandas lo convencieron de que salir de allí era la mejor opción, ante la posibilidad de dar el lamentable espectáculo de terminar con ella delante de todo el mundo. Todavía no entendía por qué no lo había hecho ya. Estaba harto de ella, de sus reclamaciones, de sus caprichos, de sus absurdas pretensiones, pero sobre todo de sus continuas amenazas. Aunque, para ser honesto, sabía perfectamente la respuesta a su pregunta.

Por ello, sin ser consciente de lo que hacía, guio al taxista hasta la sala de espectáculos donde tres días antes había estado con Adrián. En realidad desconocía qué lo había llevado a aquel lugar, sólo supo que necesitaba escapar de su mundo, sumergirse en otro por completo distinto y en cierta manera anónimo, donde nadie supiera quién era él en realidad.

Porque aquello era el Survive, un extraño local en el que la gente se desprendía de sus máscaras y se mostraba tal y como realmente era, sin ocultar sus deseos, sus miedos, sus anhelos, sus sueños..., un lugar donde la palabra «sobrevivir» alcanzaba otro significado. Así era cómo se sentía él esa noche, ansioso por escapar de su vida, de su rutina, de sus obligaciones, de su asfixiante realidad, pero quizá no había medido las consecuencias de haberse evadido aunque sólo fuera un instante de su mundo. Porque allí se encontraba en ese momento, inmerso en una inquietante angustia por saber con exactitud qué había hecho horas antes, pues tras llegar a ese local ya no recordaba nada más... al menos nada coherente.

Minutos después, bajó la escalera y se encontró con su hermano tirado en el sofá del salón, jugando con la consola.

—¿Fue buena la de ayer? —preguntó Pol señalando con la cabeza el vaso de agua que se acababa de beber con avidez, pero sin despegar su atención de la partida que transcurría en la pantalla.

—Siento la boca como si la tuviera llena de esparto y es lo único que mi estómago soporta —respondió tomándose unos analgésicos con el líquido restante—. ¿Me oíste llegar?

—No, sólo lo he supuesto cuando me he acercado a tu habitación al

extrañarme de que no te hubieras levantado, y te he encontrado completamente vestido tirado en tu cama. ¡Ah!, también ha influido que esa leonera oliera como una destilería.

—¿Puedes bajar el sonido? O, mejor, ¿por qué no te pones los cascos? — solicitó apoyando la cabeza en el sofá mientras se tapaba los ojos con una mano.

—¿De mal humor, hermano?

—No, sólo con un dolor de cabeza de mil demonios.

Pol lo observó de reajo y sonrió con petulancia en tanto continuaba matando zombis.

Después de unos minutos, en los que Marc todavía seguía dándole vueltas a lo sucedido esa noche, decidió atreverse a formular en alto una pregunta que llevaba tiempo mascando en su mente.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dispara.

Incómodo, apoyó los codos en las piernas, echándose hacia delante al mismo tiempo que cruzaba las manos.

—¿Alguna vez te has sentido atraído por otro hombre?

Éste lo miró perplejo y puso en pausa la partida.

—¡Pues claro que no! ¿A qué demonios viene eso? —Y abriendo los ojos desmesuradamente, añadió—: ¿No habrás hecho una locura esta noche?

—¡Por supuesto que no! —mintió, pues no sabía a ciencia cierta si la había cometido o no—. Sólo era curiosidad.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso tu compromiso con Roser te está planteando cambiar de bando?

Marc se levantó, molesto por las burlas, y se encaminó hacia la cocina.

—¿Por qué no te vas un poco a la mierda?

—¡Oye! —le gritó Pol saltando por encima del sofá y siguiéndolo por el pasillo—, te aseguro que no te lo reprocharía si lo hicieras.

—No me apetece reírte las gracias.

—Bien, pues entonces hablemos en serio —sugirió apoyándose en la encimera de la cocina mientras él dejaba el vaso dentro de la pila de los platos sucios—. ¿Qué cojones haces con esa estúpida mujer?

Marc se giró cruzándose de brazos y mirándolo con enfado.

—Tenle un poco más de respeto, dentro de poco será tu cuñada.

—¿Y por qué? —Soltó al fin la pregunta que llevaba meses guardada en su interior—. ¿Por qué me pides respeto para ella cuando es evidente que no la soportas?

Él no respondió; su único gesto fue apretar más los dientes, creando una fina línea con los labios.

—Te conozco, Marc, y no entiendo por qué quieres echar tu vida a perder de esa forma.

—No tengo otra opción.

—¿Que no tienes otra opción? —preguntó asombrado, y a continuación hizo una mueca socarrona —. ¡Por el amor de Dios!, ¿acaso la has dejado embarazada? —Al ver que ponía los ojos en blanco, prosiguió—: Y, aunque así fuera, hoy en día ése no sería un problema tan grave.

—¡Claro que no la he dejado embarazada! Roser y yo ni tan siquiera... —Y se calló abruptamente al dar más detalles de los necesarios sobre su relación con ella.

Pol abrió la boca, atónito.

—¿Te vas a casar con una mujer con la que ni siquiera te has acostado?

Marc, nervioso, se pasó la mano por la cara. ¿Cómo podía hacérselo entender a su hermano sin confesarle toda la verdad? No quería preocuparlo ni hacerle partícipe del embrollo en el que su padre los había metido. Era el hermano mayor y debía velar por él y por todos en la empresa.

—Tú no lo entiendes —aseguró acercándose a la nevera para abrirla y mirar en su interior.

—Por supuesto que no lo entiendo, a no ser que ahora seas un maldito calzonazos que te dejas manipular por esa bruja.

—¡Se lo prometí a papá, ¿vale?! —le gritó harto de sus críticas.

Pol parpadeó varias veces, sin comprender.

—Papá está muerto, Marc.

—¿Crees que no lo sé? Lo hice antes de que... —No fue capaz de acabar la frase y soltó un largo y profundo suspiro de desdicha.

—Tú no fuiste responsable de lo que sucedió, y dudo mucho que nuestro padre estuviera de acuerdo en ver cómo destruyes tu vida por un inútil sentimiento de culpa.

Marc cerró de un golpe la puerta del electrodoméstico y se acercó a él,

enfadado, al mismo tiempo que lo señalaba con un dedo.

—No me vengas a dar consejos paternalistas ahora. Tú siempre has hecho lo que has querido sin importarte nadie más. Lo que haga o deje de hacer con mi vida es asunto mío, ¿está claro?

Y dicho esto, se marchó de allí dejando a su hermano más confundido todavía.

* * *

Cuando Adriana se levantó ese lunes todavía no había amanecido, y se miró al espejo, sentada delante de su tocador, mientras pensaba qué iba a hacer. Llevaba todo el domingo cavilando sobre ello y se había quedado sin dormir por tomar una decisión, pero no había llegado a ninguna hasta el momento.

Agarró la peluca mientras se debatía en si lo más conveniente sería ir a trabajar después de lo que había pasado el día anterior de madrugada. El beso con Marc había sido lo más excitante y al mismo tiempo lo más aterrador que había sentido jamás, y eso la tenía en un sinvivir.

Seguía sin entender por qué la había besado... o, para ser más precisos, por qué había besado a Adrián.

De acuerdo que él estaba completamente borracho y por consiguiente no se acordaría de nada, pero eso no justificaba su arrebato. Ella nunca habría pensado que Marc tuviera inclinaciones homosexuales, todo lo contrario, al menos por lo poco que lo conocía. Por tanto... ¿a qué había venido aquello? ¿Qué sentido tenía?

Su cabeza no hacía más que darle vueltas al asunto sin obtener un resultado claro, pero ¿cómo obviar algo tan revelador para ella? Recordaba vívidamente cómo su corazón había comenzado a latir sin control dentro de su pecho, el placer de sentir sus labios contra los suyos, los gemidos que la lengua de él arrancó de su interior con cada acometida, y las ansias desesperadas de que aquel beso no terminara jamás.

Nunca creyó que pudiera sentirse sexualmente atraída por un hombre, excepto por su misterioso mosquetero, al que ya había asumido que no volvería a ver en la vida. Para ella el sexo masculino era aborrecible y su aversión por ellos desde que era una niña tenía fundamentos fuertes y reales.

Cerró los ojos con ganas, negándose a recordar el calvario por el que había tenido que pasar tantos años atrás. Sabía que si había sobrevivido a ello había sido, en gran medida, por Tania.

Adriana era la mayor, aunque sólo fuera por unos pocos minutos, y con tan sólo siete años sabía que su deber era proteger a su hermanita pequeña de aquellos pervertidos, a costa de sufrir únicamente ella las vejaciones de los miserables que su madre traía a casa por aquel entonces.

Jamás le perdonaría a esa mujer el dolor y el trauma psicológico tan profundo que todavía soportaba por su culpa. A pesar de los años transcurridos, aún se despertaba por las noches bañada en sudor a causa de las horribles pesadillas. Y se maldijo por no ser lo suficientemente fuerte como para luchar y vencer ese sufrimiento que, no obstante, la desgarraba por dentro muy a su pesar.

Pero ese sentimiento tan profundo e insólito que había experimentado en los brazos de Marc la tenía completamente confundida y temerosa. Nunca se había sentido tan frágil y turbada como en ese momento. Porque, contrariamente a la imagen que siempre había querido aparentar ante los demás, de mujer dura, independiente y segura de sí misma, en esos precisos instantes era por completo falsa e irreal.

Y el miedo a lo desconocido era lo peor. No quería volver a sufrir. Ya lo había hecho bastante por toda una vida.

Con todo, tenía que tomar una decisión... Olvidarse de todo y seguir con su tranquila y segura vida, o arriesgarse y descubrir al asesino o asesina de su hermana. Fuera lo que fuese, tenía que decidirlo ya.

Cuando al final lo hizo, Adriana rezó porque fuera la decisión acertada. Todo dependía de ello.

Una hora y media después fue a recoger a Marc, y ninguno de los dos habló nada que no fuera un tenso y apresurado saludo de buenos días. Sin embargo, al llegar a las oficinas éste le hizo una petición que la dejó descolocada.

—Necesito que busques información sobre una persona en particular.

—Por supuesto, ¿de quién hablamos?

—Lo único que sé es que se llama Ana Muñoz.

Durante unos segundos, Adriana enmudeció de pánico hasta que al final preguntó con mucha cautela.

—¿Puedo saber por qué buscamos información sobre ella?

Él, que no se dio cuenta del cambio de actitud, no dudó en informarle.

—Se coló en la fiesta de bienvenida de mi hermano. Tanto él como yo desconocemos de quién se trata y quiero descubrir quién es en realidad. —Y entregándole un informe con los invitados de esa noche, prosiguió—: Aquí tienes los nombres de todos los asistentes; necesito que los llames y averigües si fue a la reunión acompañando a alguno de ellos.

—De acuerdo —respondió cogiendo el papel y pensando con desespero en la manera de arreglar ese imprevisto—. ¿Te importa si lo hago desde la sala de reuniones? De esa forma no te distraeré con el parloteo y podrás trabajar mejor.

—No, no me importa —dijo pensando que más bien era todo lo contrario.

Sería un alivio para él tenerlo lejos de momento. Todavía no había sido capaz de mirarlo a los ojos para descubrir si en verdad había ocurrido algo entre los dos. Fuera real o un sueño fantasioso, la vergüenza todavía lo martirizaba.

—Perfecto.

—¡Adrián! —lo llamó cuando estaba a punto de salir del despacho.

Ella tragó saliva y dejó escapar con lentitud el aire que había retenido en los pulmones al escuchar su nombre, al mismo tiempo que, temerosa, se giraba hacia él.

Las dudas sobre su tapadera volvían a golpear con fuerza. Estaba segura de que la había descubierto desde el mismo instante en el que nombró a Ana Muñoz, y esa idea se le hizo más que evidente por la actitud fría y distante que había mantenido su jefe con ella esa misma mañana. Eso significaba que había hablado con su hermano sobre su identidad y que ambos habían atado cabos, siendo todo eso una pantomima para ver hasta dónde llegaba con su engaño.

—¿Sí?

—No creo haberte dado permiso para que me tutearas.

Adriana parpadeó, insegura acerca de cómo proceder. ¿Acaso se estaba burlando de ella?

—Siento disentir —declaró cuando tomó la decisión de no cambiar su conducta ante él por temor a estar equivocada de nuevo—. El domingo me pediste explícitamente que lo hiciera cuando te recogí en el Survive, pero, si te molesta, no tengo ningún inconveniente en utilizar nuevamente los formalismos.

En esos instantes no sabía si su tapadera había sido descubierta o no. Se movía en la cuerda floja, temerosa de que hubieran averiguado de alguna forma

alguna de sus falsas identidades o inclusive la dos. Sin embargo, al no estar por completo segura, debía mantener su papel hasta el final.

Marc desvió la mirada con rapidez, en un absurdo acto reflejo por esconder su vergüenza.

—Está bien, no importa —farfulló dedicándole toda la atención al informe que tenía entre sus manos.

Ella aprovechó ese momento para salir de allí y esconderse presurosa en la sala de reuniones.

Cuando cerró la puerta tras de sí, se dirigió directa hacia la gran mesa, pues la debilidad de sus piernas le pedía a gritos que se sentara antes de caer derrumbada.

Tenía que tranquilizarse, ya que los nervios podían hacer que lo echara todo a perder, consiguiendo que pusiera en peligro tanto su carrera de policía como su plan de descubrir la verdad acerca de la muerte de su hermana.

Respiró profundamente varias veces, en un intento por calmar el corazón, que estaba a punto de salirse por la boca cada vez que pensaba en lo que él le había pedido. Hasta ese momento había estado segura de que no sería capaz de reconocerla fuera de su disfraz de hombre. Adrián y Ana eran esencialmente opuestos, sin contar, además, con el poco tiempo que había visto su disfraz de mujer en la fiesta de bienvenida de Pol. Entonces, ¿por qué ese empeño en saber quién era Ana Muñoz? ¿Era simple curiosidad o realmente Marc empezaba a sospechar algo?

En verdad no sabía qué pensar. La actitud fría y distante de su jefe podía estar motivada por muchas razones: desde que se acordara del apasionado beso que le había dado a su yo hombre y sintiera vergüenza, pasando por que, receloso, se estuviera oliendo el engaño y la estuviera poniendo a prueba, hasta su forma típica y normal de actuar, que había tenido hasta hacía bien poco con ella.

Adriana apoyó los codos en la mesa y se tapó los ojos con las manos. Se iba a volver loca. Tenía que pensar y analizar todo lo acontecido con frialdad, e impedir que sus sentimientos, miedos y dudas le hicieran cometer un lamentable error. En ese instante entendía por qué apartaban a los agentes de policía de una investigación cuando ésta les tocaba de cerca. La famosa frase «No puedes trabajar en este caso, estás demasiado implicado» era por completo acertada. En

esos momentos veía fantasmas por doquier, y debía mantener la frialdad para saber discernir si en realidad estaba en peligro de ser descubierta o, por el contrario, todo eran imaginaciones suyas.

Pero, sobre todo, porque en ese punto en el que estaba no podía darse por vencida. Su instinto le decía que cada día estaba más cerca de la verdad, pero necesitaba tiempo... tiempo para investigar más a fondo a todos los miembros en esa empresa, tiempo para encontrar las pruebas que necesitaba y hacérselas llegar a su superior en la jefatura, y en especial tiempo para hallar una solución al problema de la presencia de Ana Muñoz en la fiesta. Y debía hacerlo ya.

Minutos después, tomó una determinación que cambiaría el curso de su investigación. Era una medida que le hubiera gustado adoptar un poco más adelante, pero, tal y como se estaban desarrollando los acontecimientos, no le quedaba otro remedio más que adelantar su plan.

Con todo, antes tenía que hacer una llamada crucial. Si quería descubrir al verdadero asesino de Tania lo antes posible, debía poner toda la carne en el asador.

Cogió su teléfono móvil para marcar un número impreso en una elegante y fina tarjeta de visita y, cuando el interlocutor al otro lado de la línea respondió, una dura e inflexible tenacidad brilló en los ojos de Adriana.

—¿Diga?

—Hola... ¿Pol?

—Sí, soy yo.

—Me alegro de oírte. Soy Ana Muñoz, ¿te acuerdas de mí?

—¡Por supuesto que me acuerdo!

—¡Genial!, porque he estado pensando mucho en ti desde la fiesta...

—¡Vaya, eso es estupendo!

—Sí, bueno... He estado meditando mucho en tu proposición y... me gustaría que nos viéramos para hablar sobre ello.

* * *

Bien entrada la tarde, Adriana se reunió de nuevo en el despacho con Marc para darle una información que no iba a ser para nada de su agrado.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto, adelante.

—No tengo buenas noticias —anunció mientras se sentaba en el sillón delante de él—. He llamado a todos los asistentes a la fiesta y me han confirmado que ninguno iba acompañado de esa tal Ana Muñoz. He hablado también con los reporteros fotográficos de las distintas revistas que cubrieron el evento, para revisar cualquier foto en la que pudiera aparecer esa mujer...

De pronto, un gesto de esperanza en la cara de Marc le hizo comprender que su tapadera estaba fuera de toda sospecha. Era imposible ser tan buen actor. Realmente su jefe estaba interesado en encontrar a esa mujer y no por los motivos que ella había considerado, por lo que, de pronto, Adriana se preguntó por qué.

—¡Excelente idea! ¡¿Cómo no se me ocurrió a mí antes?!

—No te emociones mucho, porque ha sido en vano.

Él se hundió más en el sillón y, contrariado, se rascó la frente.

—¡Maldita sea!

—Puede que simplemente sea una chica más que busca una oportunidad como modelo en una fiesta con gente tan eminente en el mundo de la moda y la publicidad. No creo que sea la primera vez que se os cuele alguien así y tampoco que tenga mayor relevancia.

Él dejó caer una carpeta encima de la mesa, con mayor brío del necesario.

—Escúchame bien, muchacho: déjame decidir a mí lo que es o no relevante, ¿de acuerdo?

—¡Vaaale, sólo era una idea!

Marc apoyó los codos encima de la mesa y se sujetó la cabeza en un gesto de derrota.

—Lo siento, hoy no tengo un buen día.

Adriana inclinó la cabeza hacia un lado al no entender su pesar.

—Yo también siento seguir dándote malas noticias, pero es como si estuviéramos buscando un fantasma. Es un nombre demasiado común para encontrar algo relevante sobre ella en Internet.

Con las manos cruzadas delante de su rostro, Marc sopesaba con detenimiento toda la información que le había dado, hasta que finalmente dejó escapar un suspiro de pesar.

—Tienes razón, es inútil. Con tan pocos datos sobre ella, es como buscar una

aguja en un pajar.

—Exacto —respondió aliviada de que se diera por vencido en ese tema—. Y siento mucho no haber sido de más ayuda.

—No pasa nada —dijo despachando el asunto con un gesto de mano—; tú de momento sigue con lo que teníamos planeado.

—Muy bien —coincidió levantándose del asiento, pero la curiosidad resultó más fuerte que su sentido común—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Él le hizo un gesto con la mano, consintiendo.

—¿Por qué es tan importante saber quién es esa mujer? Lo siento, pero no me creo que te estés tomando todas estas molestias por alguien que se ha colado en una fiesta.

El rostro de Marc se convirtió en una fría máscara.

—¿Acaso estás insinuando que miento?

—Me has contratado para que te diga la verdad, y eso hago.

—Es cierto, pero no para que te inmiscuyas en mi vida privada.

Adriana arqueó las cejas.

—Discúlpame, no sabía que este asunto entraba dentro de tu privacidad.

—Así es —finalizó de forma tajante.

Ella decidió que no era buena idea seguir intentando sonsacarle más información, a pesar de que en ese instante sentía tanta curiosidad que le costó un mundo reprimirse.

—Está bien. ¿Necesitas algo más?

—De momento, no.

—Pues, con tu permiso, me voy a tomar un café en mi tiempo de descanso.

Mientras ella se dirigía hacia la puerta, él hizo crujir sus nudillos evidenciando el nerviosismo y la tensión que sentía por dentro. Y en un acto impulsivo, se echó hacia delante para llamarla antes de arrepentirse de la decisión.

—Espera un segundo... Pensándolo bien, sí que necesito algo más de ti.

—¿Tú dirás? —comentó todavía con la mano en el pomo.

Marc se removió inquieto en su asiento y agarró su elegante pluma, haciéndola girar luego entre sus dedos con agilidad y precisión. En esos instantes quería morirse, pero la necesidad de saber la verdad era mucho más acuciante que su deseo de que lo tragara la tierra.

—Bueno... ejem... —carraspeó, incómodo, aclarándose la garganta—. Es sobre... sobre la madrugada del domingo.

—¡Ajá! —murmuró ella cruzándose de brazos de forma instintiva, a pesar de que esa mañana se había preparado para responder a cuestiones sobre esa noche antes de ir a recogerlo a su domicilio.

El rubor tiñó el rostro de Marc hasta cubrirlo por completo.

—¿Pasó... pasó algo... que... tenga que saber?

—Bueno... —comenzó a decir ella, simulando que pensaba la respuesta.

Él tragó saliva con dificultad, esperando a que su empleado confesara su más bochornoso acto de imprudencia y estupidez.

—Si dejamos a un lado que intentaste ligar con tres *drag queens*... y que me vomitaste en los zapatos después de ordenar que fuera a buscarte un domingo a primera hora de la mañana..., yo diría que... no, no tienes nada más que saber.

Él asintió inmensamente aliviado y Adriana se fue del despacho sin saber a ciencia cierta los motivos de ese extraño beso. De lo que sí estaba segura era de que, tal y como había sospechado, Marc no se acordaba de nada... y, para ser honestos, era lo mejor.

Capítulo 9

Cuando Adriana entró en la sala de descanso de los empleados, se encontró de bruces con Nines y Lesly, con las que no había hablado desde el día en el que había sido descubierta cuando Marc le daba un masaje.

—¡Buenas tardes! —saludó mientras se acercaba a la máquina de café.

—¡Buenas tardes! —respondieron las dos a la vez, dejando de hablar en el mismo instante en el que apareció por la puerta.

Después de coger su taza con el líquido humeante, se sentó a la mesa donde estaban ellas, pillándolas desprevenidas.

—Creo que ya va siendo hora de que hablemos, ¿no creéis? —señaló con una seguridad que no sentía, pero dispuesta a coger el toro por los cuernos.

Las dos mujeres se quedaron sin habla, y mientras una agarró su taza para darle un sorbo, la otra se dedicó con sumo esmero a darle vueltas sin parar a su café con una varilla de plástico.

—Empiezo yo. —Carraspeó, nerviosa, al ver que ninguna la miraba a la cara—. Me gustaría pedir os disculpas por mi comportamiento si en algún momento os he ofendido. —Y cuando estuvo segura de obtener la atención de las dos, continuó—: Lesly, siento muchísimo si con mi conducta te he hecho creer algo por completo equivocado. Nunca he pensado en ti de ninguna otra forma que no fuera como una simple amiga. Yo...

—¡Por favor, no sigas! —le rogó la recepcionista, completamente humillada, parando su discurso al tocarla con la mano—. Tú no tienes la culpa de nada y, si alguien tiene que pedir perdón por un comportamiento ridículo e infantil, ésa tengo que ser yo.

—¡No, en absoluto! No digas eso.

—Sí, sí que es así, Adrián. Tendría que haberme dado cuenta de que... —se ruborizó todavía más—... bueno, de que a ti no te interesaba como mujer.

Adriana se sentía terriblemente culpable. Si tan siquiera sospechara que no era un hombre, que la había estado engañando durante todo ese tiempo...

—Lesly...

—¡Me siento tan abochornada! ¡Perdóname!

—No tengo nada que perdonarte...

—Pero, a mí, sí —intervino Nines muy seria—. Debo admitir que te juzgué con dureza y sin motivo, no tengo disculpa para ello.

—Nines, yo...

—Lo entendería perfectamente si no quisieras volver a hablarme.

Adriana advirtió, conmovida, cómo las dos mujeres expresaban verdadero arrepentimiento, y se maldijo por tener que engañarlas de forma tan vil. Ojalá pudiera contarles... Ojalá pudiera confesárselo todo.

—No seas tan dura —dijo, cuando la mujer desvió el rostro avergonzada por su actitud pasada y las miró a las dos con ternura—. No seáis tan duras con vosotras mismas.

Lesly, incómoda, jugueteó con la esquina de una servilleta.

—Tampoco quiero que pienses que estos días te hemos estado haciendo el vacío tanto Nines como yo. Simplemente no éramos capaces de mirarte a la cara después de lo sucedido en... ejem... bueno... tú ya sabes.

—Sí, lo sé —asintió aliviada de que todo se estuviera arreglando entre ellas—, no te preocupes.

De todos los empleados que había conocido en esa empresa, con las que más afinidad tenía era con ellas dos, y Adriana no quería perder esa relación por nada del mundo.

Ojalá pudiera contarles... Ojalá pudiera confesarles la verdad.

—¿Qué tal si olvidamos lo ocurrido? Por mi parte, lo que sucedió el otro día no ha pasado.

Las dos mujeres sonrieron contentas y más calmadas ante la certeza de que no les guardaba rencor.

—Por mi parte también.

—Y por la mía.

—¡Genial! —exclamó chocando a modo de brindis las tazas del café—. Y

para no perder la costumbre, ¿hay algún chisme jugoso que me haya perdido estos días?

Lesly sonrió con pillería y se echó un poco hacia delante para cotillear mejor.

—Se dice, se comenta, se rumorea... que el director de Contabilidad le está poniendo los cuernos a su mujer con una amante.

—¿Y se sabe quién es? —interrogó Nines con avidez.

—Todavía no, pero tiempo al tiempo...

Durante unos minutos, las tres se dedicaron a confabular sobre quién podría ser la candidata, pero sin llegar a ningún consenso, y bromearon entre ellas llegando, incluso, a hacer una porra.

—Por cierto, Adrián, ha llegado a mis oídos que hubo un pequeño escándalo en la fiesta de bienvenida del otro día —soltó Nines con el gesto de chismosa en modo *on* en su cara—. ¿Sabes algo?

Ella arrugó el entrecejo, confusa.

—Pues no, ¿a qué escándalo te refieres?

—Por lo visto, se dice que tu jefe dejó en ridículo a su prometida al salir corriendo detrás de otra mujer, ¿es cierto?

Adriana enmudeció por un momento, para recomponerse con rapidez y ensayar una cara de sorpresa que no supo si había sido lo suficientemente buena como para haber colado.

—*Hellooo!* —exclamó con exageración, llevándose las dos manos a la cara y copiando la muletilla que su amigo Ricky usaba con tanta frecuencia—. ¡Me dejas muerto!

—¿¡Hablas en serio, Nines?! —interrogó Lesly igual de asombrada—. ¡No puede ser!

—¡Ajá! —aseguró la secretaria, asintiendo con la cabeza—. Aunque no estoy segura de que sea cierto, creía que tú podrías saber más.

Las dos mujeres la miraron con expectación.

—¿Y yo por qué iba a saber eso?

—Que no te extrañe tanto, como ahora sois tan amigos... —se burló Lesly, guiñándole un ojo a la secretaria.

—Si hasta se dan masajes —respondió ésta antes de chocar los cinco con su compañera.

Adriana se cruzó de brazos fingiendo malestar y se echó hacia atrás en la

silla.

—Envidia que tenéis, ¡brujas!

—Eso es verdad —reconoció la recepcionista, echándose a reír.

—¡Ooooh, sí, no pares! —la imitó Nines para después carcajearse de ella—. ¡Qué gusto, Marc, tienes unas manos maravillosas! ¡Oooh, sigueeee! —Y puso los ojos en blanco, simulando éxtasis, para seguir mofándose.

—¡Qué boba eres! —susurró torciendo los labios en una sonrisa que no pudo evitar.

Pero su compañera no paró de hacer el tonto, hasta que la varilla de plástico de remover el café de Adriana chocó contra su cara.

—¡Ey, que casi me quitas un ojo!

—Te lo mereces, por mala.

—Ahora en serio —intervino Lesly—: No sé si es cierto o no, pero, de serlo, me hubiera encantado estar allí para ver la cara que se le quedó a la bruja de Roser.

—A mí también —admitió Nines—, hasta hubiese pagado por ello.

—¿Tan mal os cae? —inquirió Adriana al ver sus caras de satisfacción tan sólo de imaginarlo.

—¿A ti no?

Ella también asintió.

—Sí, en realidad me cae como el culo.

—A todo el mundo —confirmó la secretaria con repulsión—. Es la mujer más repelente, caprichosa y estúpida que he tenido la desgracia de conocer.

—Eso digo yo —soltó la recepcionista, por completo de acuerdo con ella—, pues no habrá mujeres mucho mejores que esa pija odiosa. Además, estoy segura de que no la quiere. No hay más que ver cómo la trata.

—Tienes razón, eso no lo hace un hombre enamorado —apuntilló la secretaria.

Adriana aprovechó ese momento para sonsacar información. Era la primera oportunidad que se le presentaba en semanas y no la iba a desperdiciar.

—¿Y por qué está con ella, si no la quiere? —preguntó sin demostrar excesivo interés—. Yo llevo poco tiempo aquí, pero pienso que Marc es un hombre atractivo, con una buena posición, inteligente, exitoso, de buena familia... Dispone de una empresa por la que pasan mujeres muy hermosas...

Oportunidades seguro que no le faltan.

Lesly se encogió de hombros, pues ella tampoco lo entendía.

—Como bien decís, puede estar con la mujer que se le antoje, algo tiene que haber para que estén prometidos y a punto de casarse.

Nines tamborileó con los dedos encima de la mesa, pensativa.

—Yo tampoco lo entiendo —admitió muy a su pesar—, pero algo cambió desde la muerte de sus padres. Lo conozco desde hace muchos años y Marc ya no es el mismo desde entonces.

—¿Qué ocurrió?

La secretaria dejó escapar un suspiro de tristeza.

—Yo trabajaba para su padre antes de hacerlo para él, y la vida de Marc era muy distinta a la que es ahora. Su pasión eran los coches y su mayor ilusión, ganar un mundial y ser el mejor piloto de carreras del mundo... pero todo se truncó hace poco más de diez meses, cuando sufrió un terrible accidente en una carrera.

—Creo que sus padres murieron en un desafortunado accidente de tráfico cuando iban a verlo al hospital, ¿no es así? —continuó Adriana cuando Nines se quedó callada recordando todo lo sucedido.

—Así es —confirmó con pesar—, y desde entonces ese muchacho no ha levantado cabeza. Quedó muy tocado con aquella desgracia, tanto que desde ese momento no ha sido capaz de volver a conducir ningún vehículo motorizado. Por eso necesita un chófer —le aclaró la mujer, sin saber que el propio Marc se lo había confesado estando borracho—. Al contrario que Pol, su futuro no lo veía ligado a la empresa familiar. Desde el momento en el que terminó la universidad, todo su mundo estaba enfocado a su verdadera pasión, las carreras de coches. Tuvo muchos enfrentamientos con su padre por ello, pues, al ser el primogénito, don Jordi siempre creyó que él se haría cargo de todo para cuando le tocase jubilarse.

—Y ahora dirige un gran negocio por el que nunca tuvo interés y está comprometido con una mujer por la que no siente nada —continuó Lesly—. Es como si quisiera redimirse y pagar una deuda, cumpliendo el sueño de su padre y abandonando todo por lo que él ha luchado y soñado.

—Yo también pienso lo mismo —corroboró Nines—. Tengo el firme convencimiento de que la culpa que siente por la muerte de sus padres la está

pagando siguiendo el legado familiar que era tan importante para don Jordi.

Adriana pensó en toda esa información y por segunda vez sintió pena por Marc, cada uno tenía sus propios demonios a los que hacer frente.

—De todas formas hay algo que no entiendo —cuestionó confusa—. Puedo llegar a entender el trauma que lo ha marcado y por el cual abandonó su sueño de ser campeón mundial de automovilismo, pero ¿por qué dirigir una compañía que lo hace infeliz si en realidad su hermano estaba destinado a ello? Y hay otra cuestión que tampoco tiene sentido: ¿en qué lo redimiría casarse con su prometida?

—Sobre tu primera pregunta, creo que yo puedo contestarla —declaró la recepcionista, después de tragarse su último sorbo de café—: Pol es un cabeza loca.

Adriana observó cómo Nines asentía con la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Don Jordi sabía perfectamente que su hijo pequeño sólo trabajaba en la empresa familiar por su interés desmedido por las mujeres bonitas. Es su coto de caza particular, donde llevarse a la modelo más guapa a la cama constituye su mayor trofeo. Todo lo demás, referente a la agencia, le trae sin cuidado.

—Entiendo —murmuró, asimilando y archivando en su memoria cada palabra pronunciada por esas dos mujeres.

—La fama que tiene de mujeriego es completamente cierta.

En ese instante, Adriana aprovechó el rato de confianzas para recabar más información con la cual descubrir al asesino de su hermana.

—He oído por ahí que salió con una modelo que después se suicidó.

—¡Ooh sí, pobre Tania! —declaró Nines, abatida al recordar a su hermana—. ¡Era una chica encantadora! Fue una auténtica tragedia que acabara así.

Adriana apretó con fuerza los dientes e inspiró aire profundamente para intentar tranquilizarse. Si le dolía sobremanera recordarla, que hablaran de ella en esos términos tan cariñosos le rompía el alma.

—Es verdad —confirmó la recepcionista—; además de ser muy guapa, era una mujer cercana y humilde..., nada que ver con otras que te miran por encima del hombro creyéndose muy importantes. —Terminó con un gesto de desprecio al recordar algún insulto o mala mirada recibida.

Después de echar el aire retenido en sus pulmones con lentitud, Adriana

consiguió encontrar las fuerzas necesarias para seguir interpretando su papel de simple y curioso observador.

—Entonces, ¿es cierto?

Las dos mujeres se miraron entre ellas con desconcierto.

—Bueno, en realidad yo nunca he oído nada de eso —confesó la secretaria, que de nuevo observó a su compañera para confirmar su creencia—. Tania era una chica maravillosa, pero jamás alardeó de tener una relación, ni con Pol ni con nadie de la empresa. Si hay algo de cierto en ese bulo, lo llevaban con mucha discreción.

—Pero teniendo en cuenta la fama de Pol, podría haber sucedido perfectamente, ¿no? —interrogó con la esperanza de no echar por tierra la única pista sólida con la que se había topado hasta el momento.

Ambas cruzaron sus miradas otra vez y el ánimo se le vino abajo cuando negaron con la cabeza al mismo tiempo.

—A ese muchacho le gusta demasiado alardear de sus conquistas como para que nadie sospechara nada.

Ella se hundió más en la silla al darse cuenta de que seguía sin tener nada consistente con lo que montar un caso. Quizá Ricky y sus superiores tenían razón y estaba por completo equivocada, buscando a un culpable de forma desesperada para sentirse mejor y encontrarle un sentido a la muerte de su hermana.

—¿Y no podría haber salido con Marc? A lo mejor me estoy confundiendo con el nombre del hermano en cuestión.

—¿Quién te contó ese cotilleo? Porque creo que va bastante mal encaminado.

—Se dice el pecado, pero no el pecador —respondió echando balones fuera.

—Yo lo dudo mucho —prosiguió Nines cuando su curiosidad no fue satisfecha—. Por aquel entonces Marc no estaba en la agencia, sino centrado en su carrera deportiva.

—Pero ¿podría ser? —repitió, empeñada en agarrarse a un clavo ardiendo—. Pudo haberla conocido en una fiesta.

—Por poder ser, claro que pudo ser —confirmó resuelta Lesly ante tanta insistencia—. No somos Diosito ni estamos en todos los lados para afirmar o desmentir nada, pero personalmente yo lo dudo mucho.

«¡Mierda!», pensó desilusionada.

Se le acababan las ideas y las posibles pistas. Era evidente que tenía que seguir investigando a todo el mundo y no centrar sus esfuerzos únicamente en los hermanos Montellà. Empeñada en su obstinada idea, ahora debía ampliar sus miras en todo hombre con tendencias heterosexuales que trabajara en la empresa. Aquella investigación iba a ser más larga y dura de lo que ella había creído en un primer momento.

Las tres se quedaron calladas durante unos instantes, rumiando lo hablado en esa conversación, hasta que la secretaria se levantó para lavar su taza y soltar una bomba.

—Y sobre su compromiso con esa mujer tan aborrecible... creo que hay algo turbio detrás de ello —sugirió con cautela.

Tanto Adriana como Lesly la miraron con asombro y esta última no pudo evitar preguntar.

—¿Qué me dices?

—Sé que don Jordi tenía muchos negocios con el padre de Roser, y alguna que otra vez también los vi discutir acaloradamente —aseguró dándoles la espalda.

—¿Y eso qué tiene que ver? Entra dentro de la normalidad en el mundo empresarial.

La mujer se calló durante unos segundos, indecisa acerca de seguir confesando las dudas que llevaba tiempo reteniendo dentro.

—¡Nines! —la apremió su compañera para que siguiera hablando—. ¡Ahora no puedes dejarnos así! ¡Habla!

Ésta suspiró y chasqueó la lengua, molesta por haber abierto la boca, y después de secarse las manos se volvió a sentar a la mesa.

—No sé... —comenzó indecisa con lo que iba a desvelar a continuación—, admito que Adrián tiene razón. En ocasiones, cuando los hombres de negocios se juntan, pueden llegar a momentos muy acalorados por una negociación... pero había algo distinto en esa relación. Mucho tiempo antes de que falleciera, la amistad entre don Jordi y el padre de Roser cambió por completo, y no sólo por las discusiones o discrepancias entre ellos... Era... era como si lo estuvieran chantajeando.

—¡Oh, virgencita mía! —exclamó Lesly, atónita, persignándose dos veces.

—¡Por favor, que esto no salga de aquí! —rogó la mujer, temerosa de haber metido la pata hasta el fondo por haberse dejado llevar, y por revelar información que no solamente no estaba contrastada, sino que, además, eran puras especulaciones suyas.

—Tranquila, somos unas tumbas —le aseguró Adriana.

—Quizá esté equivocada, en realidad sólo me baso en suposiciones que bien podría haberlas sacado de contexto. Lo que ocurriera entre los padres de ellos dos no tiene por qué influir en la relación que mantienen ahora. —La secretaria dejó escapar un profundo suspiro—. Tal vez estoy equivocada y veo fantasmas donde no los hay, o tal vez mi cariño personal por Marc no entiende qué puede ver en esa insufrible mujer y se invente excusas sin sentido. No lo sé, es todo muy complicado.

Las tres se quedaron calladas pensando en lo que acababan de compartir, cada una dándole vueltas a una teoría distinta, elucubrando situaciones y motivos distintos en su cabeza. Porque lo que seguía siendo cierto era que ninguna entendía qué hacía Marc con Roser Castellblanch.

—Sí que lo es —soltó Adriana después de suspirar.

* * *

A última hora de la tarde, después de tener esa reveladora y gratificante conversación con sus dos compañeras, Adriana se encontraba en el baño de hombres a punto de tirar de la cadena, cuando oyó a alguien entrar y susurrar con tono de enfado.

—¡Espera un momento! Déjame comprobar que no hay nadie en el baño.

Instintivamente, al escuchar esa frase, se subió al inodoro, intuyendo que la persona del exterior se estaba agachando para mirar debajo de las puertas de los habitáculos para asegurarse de que no había ningún pie ajeno.

Al hacerse pasar por hombre, a ella no le quedaba más remedio que usar los servicios masculinos, pero siempre se encerraba en los aseos que disponían de puerta para que su tapadera no fuera descubierta.

—¿Ahora qué es lo que quieres? —preguntó una voz masculina que no supo identificar—. Te he dicho mil veces que no me llames aquí.

Adriana dedujo que estaba hablando por el teléfono móvil, porque no oyó la

contestación.

—Estoy harto de todo esto, ¿me entiendes?

Hubo un silencio, seguido por una maldición.

—¿Crees que no lo sé? Me estoy jugando mi carrera y mi pellejo con toda esta mierda.

Otro silencio más largo.

—Por supuesto que lo entiendo, pero no es tan fácil. ¿Acaso quieres que Marc me pille?

Adriana abrió los ojos por la sorpresa de ser testigo de excepción de esa conversación tan incriminatoria. Intentó prestar más atención para identificar de quién era esa voz, pero fue incapaz de reconocerla.

Si el hombre hablara más alto y no hubiera ese eco que rebotaba en los azulejos y que la distorsionaba, estaba segura de que...

—¡Espera, creo que he oído algo!

Sin querer había hecho ruido al intentar mirar por encima de la pared de formica, así que se agachó de nuevo, consciente de que había metido la pata, cuando oyó claramente cómo el desconocido abría, una por una, las puertas de los baños.

Adriana estaba en el último de todos, básicamente por dos razones: la primera razón, porque es por todo el mundo conocido que los hombres no son los seres más limpios cuando se trata de hacer sus necesidades; por tanto, el último habitáculo solía ser el que estaba más limpio por su lejanía con la entrada. Y la segunda razón, porque, al estar más alejada, corría menos riesgos de que se la oyera al miccionar, y tendría que dar muchas explicaciones sobre los motivos que la llevaban a no sacar su inexistente pajarito delante de nadie en los inodoros exteriores.

Una gota de sudor frío corrió por su espalda, al saber que la siguiente puerta que comprobaría el traidor de la empresa sería la suya, pero un suspiro de enorme alivio salió de su pecho cuando el hombre le gritó al otro interlocutor mientras se alejaba caminando.

—¡No me jodas, ¿vale? Te crees que todo lo sabes, pero no tienes ni idea. — Y todavía molesto, bajó la voz de nuevo cuando se dio cuenta de que había gritado, siendo interrumpido en ese crucial instante y olvidándose de ese modo de revisar la última puerta—. Te he dicho mil veces que, cuando tenga

información relevante, serás la primera persona en saberlo.

Adriana respiró con normalidad cuando se dio cuenta de que le había faltado muy poco para ser pillada, y urdió un improvisado plan B para descubrir al traidor.

—¡No, escúchame tú! Nos veremos donde siempre y cuando siempre, no antes. Espero, durante este tiempo, poder recabar más información.

Los pasos nerviosos del tipo sonaban de un lado a otro mientras se hacía nuevamente el silencio.

—No, ése es tu problema... No voy a correr más riesgos porque...

De pronto, un furioso golpe seco sonó en una de las puertas, haciendo que batiera contra la pared y asustando a Adriana, que se tapó la boca con ambas manos.

—¡Está bien! —dijo el hombre unos segundos después de tranquilizarse—. Haré lo que pueda, pero ahora tengo que dejarte.

Dicho esto, Adriana oyó unos pasos que se alejaban directos hacia la puerta de acceso a los baños y cómo después ésta se volvía a cerrar. Contó hasta diez para asegurarse de que no había quedado nadie dentro, y salió de su aseo para dirigirse a toda prisa hacia la puerta y con mucha fortuna poder ver a la persona que se había ido... pero no tuvo suerte.

Al final, su jefe tenía razón sobre las sospechas que albergaba de tener un topo entre sus empleados y debía averiguar quién era, así que, caminando con premura, recorrió el pasillo observando las puertas a ambos lados para descubrir si alguna estaba abierta. Y así fue.

La puerta entreabierta era la de Alfonso Uribe, director de Tráfico en la agencia, y Adriana metió con cautela la nariz para comprobar que, en efecto, no había nadie dentro, para después colarse en su interior y cerrarla con suavidad.

Se dirigió al ordenador con la intención de encenderlo, sacó del bolsillo un *pendrive* y lo conectó a él, dispuesta a copiar todo archivo sospechoso que creyera de interés para detectar cualquier juego sucio que allí existiese. No sabía a ciencia cierta si ese hombre había sido el que acababa de escuchar a escondidas en el baño, pero ese momento le había venido de perlas para comenzar la Operación Topoyo y ayudar a Marc a desenmascarar al traidor.

Pero todavía no había podido abrir ningún archivo cuando su jefe entró como una tromba en el despacho y la agarró por la mano atrayéndola hacia él, justo en

el instante en el que la puerta se abría de nuevo, con el tiempo preciso para esconderse detrás de ella y un pequeño espacio en la pared.

Marc le hizo un gesto con el dedo para que mantuviera silencio, y ella asintió con la cabeza, agudizando el oído para saber qué estaba ocurriendo y rezar por no ser descubiertos.

—Sí, Lola, salgo ahora mismo para allá —comentó Alfonso a través de su teléfono móvil mientras abría un cajón de su escritorio y sacaba las llaves del coche—. No me atosigues, ¿vale? Sólo llevo cinco minutos de retraso.

Se oyó un silencio seguido por un suspiro de fastidio.

—Estoy trabajando, amor... No, no antepongo mi trabajo a ti... Sabes que eso no es cierto... Por supuesto que me importas... Lola... Lola, escucha...

Adriana elevó los ojos para encontrarse con los de Marc, y retuvo el aire en sus pulmones al advertir su mirada ardiente clavada en ella. En esos instantes fue consciente de su cuerpo apretado al suyo, de su respiración cosquilleándole en la sien, de su fragancia tan peculiar y tan distintiva que le aceleraba el pulso, de sus deseos por acariciarle el rostro, por seguir con sus yemas el camino de su mandíbula, por dibujar con ellas el contorno de sus labios llenos y sensuales, por atraparlos entre sus dientes y...

Cerró los ojos, asustada por la intensidad de sus sentimientos. ¿Acaso estaba loca? ¿Cómo podía ser posible que en un momento tan peligroso y delicado como ése ella sólo pensara en atacarlo como una loba en celo? ¡Era inaudito!

—¡Mierda, seré idiota! —se increpó a sí mismo Alfonso entre dientes—. Me he olvidado de apagar el ordenador.

Adriana también se maldijo mentalmente por haber perdido la cabeza de tal manera que ni cuenta se había dado de que el hombre había acabado de hablar con la que, supuso, era su mujer.

Oyó cómo apagaba el sistema informático y, poco tiempo después, cerraba la puerta tras de sí sin advertir en ningún momento que no era el único presente en su despacho.

Tanto Marc como Adriana se quedaron inmóviles durante unos segundos, perdidos en lo que se hacían sentir el uno al otro, hasta que ella lo tocó para apartarlo y un chispazo de corriente los alcanzó a ambos.

Él se separó de ella como si su mero contacto le quemara por dentro, recuperando nuevamente sus cinco sentidos.

—¿Qué demonios estabas haciendo tú aquí solo? —inquirió con más dureza de la propuesta.

—Creí que no había nadie y aproveché el momento para ponerme a investigar. He podido escuchar una...

—Pues menos mal que te vi colarte a hurtadillas en este despacho, sino en este instante estarías metido en un buen lío —la abroncó interrumpiendo su explicación—. Para la próxima vez que quieras jugar a James Bond, avísame, ¿de acuerdo?

Ella cerró la boca, atónita, sin entender a qué venía todo aquello.

—Discúlpeme usted —replicó cruzándose de brazos—, no creí necesitar un guardaespaldas.

—No me seas insolente, muchacho.

—Sólo estaba realizando mi trabajo —le recordó molesta—, ése por el que tú mismo me has contratado, pero si crees que no estoy cualificado para desempeñarlo quizá sea mejor que se lo encargues a otro.

Marc se apretó los ojos con una mano y soltó un suspiro de cansancio, pues sabía que tenía razón. Ese día había sido una decepción tras otra, y estaba deseando con ansia marcharse a su casa y desconectar de todo. Y el hecho de sentir esa extraña y enloquecedora atracción por su empleado lo estaba desquiciando, sin contar con el miedo que había abrigado al creer que iba a ser descubierto.

Se negó a ahondar en sus sentimientos. No quería hacerlo o, mejor dicho, no estaba preparado para hacerlo.

—Está bien, termina lo que estabas realizando antes de que seamos pillados *in fraganti* los dos.

Adriana así lo hizo y se dio la mayor prisa posible.

Minutos después, y con mucha cautela, ambos salieron del despacho sin llamar la atención y con la suerte de cara por no ser descubiertos.

Ninguno de los dos dijo nada, manteniendo, de mutuo acuerdo, un pacto de silencio para obviar lo que instantes antes habían sentido el uno por el otro. Por diferentes motivos, con diferentes explicaciones para poder vivir con ello, pero en definitiva, dispuestos a creerse sus propias mentiras. Era más fácil que vivir con las consecuencias.

Con todo lo acontecido, Adriana se olvidó de comentarle la interesante

conversación que había presenciado en los baños.

Capítulo 10

Cuando al día siguiente Marc se subió en el coche, solo gruñó un «buenos días» de forma apresurada y hosca. Como era habitual desde que lo había contratado, su chófer había llegado a primera hora de la mañana para recogerlo en la mansión familiar y llevarlo a la agencia, pero ese día no estaba de humor para charlas banales ni para que lo informara por el camino de los últimos avances de su investigación.

Todavía seguía rumiando la casi metedura de pata del día anterior. Había faltado muy poco, prácticamente un pelo, para dejarse llevar por un impulso loco, pero al mismo tiempo demasiado abrumador. Y en esa ocasión ni había sido un sueño ni estaba inducido por el alcohol.

Las irremediables ganas de besar a Adrián habían sido, muy a su pesar, demasiado reales para su bienestar mental. Y esa verdad todavía no era capaz de asumirla, golpeándole como un mazo en el estómago por todo lo que ello implicaba.

Por tanto, en ese momento se encontraba con la nariz metida en unos documentos, que patéticamente simulaba revisar, para no mirar a los ojos a su empleado y que descubriera la vergüenza reflejada en ellos, sin ser consciente en ningún momento ni del tiempo ni del camino que llevaban.

Pero ese día en concreto iba a ser una jornada distinta a las demás..., detalle por completo desconocido para él y que muy pronto iba a averiguar. Porque la decisión de Adriana de comenzar con la fase 2 de su plan la había tomado el día anterior, y ya había decidido que nada ni nadie la pararía hasta alcanzar su objetivo.

Así que, cuando advirtió que el vehículo paraba el motor, se quedó

sorprendido al darse cuenta de que no se hallaban en el lugar correcto.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

Adriana se giró en el asiento para mirar hacia atrás.

—¿Tú qué crees?

Dicho esto, salió del coche.

Marc tardó unos segundos en seguirla, pero, cuando lo hizo, continuaba igual de confuso.

—No tengo ni idea, Adrián, y, si esto es una broma, te aseguro que no tiene ni puñetera gracia.

—No molestaría a tanta gente por una simple broma.

Él apretó los dientes y se acercó a ella con evidente enfado.

—¿Qué has hecho?

Adriana retrocedió dos pasos.

—Tranquilo, sólo he pedido que me dejaran usar el circuito una hora.

—¡¿Que has hecho qué?!

Ella le plantó cara, cuadró los hombros y elevó el mentón con decisión.

—Basta ya de excusas, Marc. Es hora de que tomes las riendas de tu vida enfrentándote de una vez a tu absurdo trauma, y a un equivocado sentimiento de culpabilidad.

Él cerró los ojos mientras apretaba los dientes con fuerza, para abrirlos momentos después devolviendo una mirada cargada de ira.

—¡¿Quién cojones te crees que eres?! —siseó casi fuera de sí.

Adriana tragó saliva con esfuerzo, al mismo tiempo que su valentía sufría un pequeño revés.

—La persona que has contratado para decirte lo que no quieres oír.

—¡Tienes razón! Te contraté para que me asesoraras y me hicieras ver errores que podría cometer, pero no para que te inmiscuyeras en mis asuntos personales. Te estás tomando licencias que para nada te competen.

—Yo no lo veo así. Tus asuntos personales influyen en el plano profesional, y si nadie te ha dicho que diez meses, casi once, son más que suficientes para superar tu fobia a conducir un vehículo, ya es hora de que alguien lo haga.

Marc acercó su rostro al de ella peligrosamente.

—¡Estás despedido! —zanjó de cuajo—, pero antes llévame a Barcelona.

Ella negó con la cabeza, decidida a llegar hasta el final.

—No pienso hacerlo. Si quieres volver a Barcelona tendrás que regresar por ti mismo. —Y le enseñó las llaves del Mercedes.

Él observó primero lo que colgaba de sus dedos, y después giró la cabeza hacia el circuito de Montmeló, lugar del que guardaba recuerdos inigualables de victorias y luchas pasadas, pero también del peor error de su vida. No tenía ni idea de cómo lo había hecho, pero en esos momentos se hallaban dentro del circuito, justo en la salida del *pit lane*.

—¿Con quién hablaste? ¿Quién te ha dado el permiso para poder acceder al *paddock*?

Ella se apoyó en el Mercedes mientras metía una mano en el bolsillo del pantalón y con la otra jugueteaba con las llaves.

—Con tu antiguo *team manager*. Quería que subieras a uno de los coches del equipo, pero le dije que todavía era demasiado pronto para eso. Pasito a pasito, ¿no crees?

Él parpadeó, sorprendido por su osadía, y elevó la cara hacia el cielo pidiendo paciencia para no matarlo allí mismo.

—Tienes dos opciones —habló Adriana cuando él volvió a fijar los ojos en ella—: O agarras las llaves y te metes en el coche para volver de inmediato a Barcelona, o das unas vueltas por el circuito hasta acostumbrarte nuevamente a tener una máquina de tal potencia en tus manos.

Marc contó hasta cinco para intentar calmarse y no agarrarlo del cuello y apretarlo de lo lindo. Su paciencia estaba llegando al límite.

—No voy a ceder a tu chantaje, Adrián, y creo haberte dejado claro que estás despedido de forma inmediata.

Adriana se encogió de hombros, pues había contado con esa posibilidad. Sabía que, si Marc volvía a conducir, ella podría quedarse sin trabajo, pero estaba dispuesta a correr ese riesgo. Debía mantener la esperanza de que él todavía la necesitase para investigar y atrapar al hombre que lo estaba traicionando desde dentro, dándole el tiempo suficiente para descubrir al asesino de su hermana.

Comenzó a caminar hacia unos de los boxes.

—Entonces, tengo todo el día libre, ¡qué bien!

Pero fue detenida por la mano de él al sujetarla por el brazo.

—¿A dónde te crees que vas?

—A dar una vuelta —le informó mientras se deshacía de su agarre—. Ya que estoy despedido, voy a disfrutar del resto de mi día. Nunca he estado en un circuito de carreras y Chrys prometió enseñarme todo el recinto.

—¿Chrys Murphy está aquí?

Ella asintió.

—Por lo visto está casi el equipo al completo, pues están haciendo unos tests de pretemporada.

«¡Maldita sea!»

Marc, desesperado, se pasó una mano por la cara. Deseaba más que nada encontrarse de nuevo con todo su equipo, oler otra vez el aroma a gasolina y aceite de motor, y sentir la adrenalina correr por sus venas... pero no podía. Todavía no estaba preparado para enfrentarse a ellos. Era demasiado pronto, era...

—Tu antiguo jefe me dio un recado para ti —continuó ella al ver que flaqueaba—. Todos están esperando que vuelvas, Marc.

Él palideció al escuchar esas palabras.

Se dio la vuelta para darle la espalda en tanto apretaba los puños con fuerza. Lo único que deseaba era salir de allí, huir lo más lejos posible y no volver la vista atrás... pero ese pequeño desagradecido no le estaba dando tregua y se arrepintió de haberlo contratado.

La imagen de sus padres dentro de sus féretros, con sus rostros cenicientos y sin vida, le pegó en el cráneo con un ímpetu tal que tuvo que cerrar los ojos. Los fantasmas volvían una y otra vez para recordarle cuáles eran sus obligaciones actuales.

Su lucha interna era feroz y despiadada, pero su miedo más profundo a volver a defraudar reptaba como una alimaña por sus entrañas, devorándolo todo a su paso sin dejar nada atrás.

—Marc... —susurró Adriana al acercarse a él para posar la mano en su hombro.

—¡No me toques! —le advirtió entre dientes, con una rabia tan profunda e inusitada que la asustó.

Ella dio un paso atrás, sorprendida por su actitud, y decidió darle su espacio. Sabía que él estaba luchando consigo mismo y con sus miedos; necesitaba un tiempo de asimilación, de hacerse a la idea de que quizá había llegado el

momento. Y por un instante dudó de si sería lo acertado pedirle que volviera a ponerse a los mandos de un coche.

Con todo, había pasado demasiado tiempo desde la tragedia, y Marc debía enfrentarse al hecho de que la muerte de sus progenitores no era culpa suya; tenía que retomar las riendas de su vida otra vez. Cuanto más tiempo transcurriese, más difícil le resultaría superar sus temores, enquistándose de manera tenaz y permanente, hasta ser imposible luchar contra ellos.

—Escúchame, sé que ahora te parece difícil lo que te estoy pidiendo... — comenzó a hablar después de un tiempo prudencial al ver que él no reaccionaba —, pero te aseguro que a la larga me lo agradecerás.

Su jefe se volvió para hincar en ella una mirada llena de resentimiento.

—No tienes ni la más puñetera idea de lo que me estás haciendo.

Adriana se enfrentó a él convencida.

—Sí que lo sé, Marc. Si hay alguien en este maldito mundo que sabe de encararse a sus miedos y temores, soy yo, te lo aseguro.

Él hizo un gesto escéptico con los ojos.

—Permíteme que lo dude.

—Puedes hacerlo si te hace sentir bien, pero yo sé mejor que nadie lo que es el miedo. Vivir tan aterrorizado que rezas por no despertar al día siguiente, o sentir cómo el temor te paraliza hasta que no puedes hacerle frente y te orinas encima. Sé lo que es convivir con él día a día durante años, que se haga tu mejor amigo, tu compañero fiel, hasta que desees que todo acabe de una maldita vez y piensas en la muerte como un dulce alivio para tanto sufrimiento.

Marc no pudo rebatir esas palabras al ver tanta verdad en ellas y, apresado en la inmensa tristeza que reflejaban sus ojos, no fue consciente de la pregunta que salía de su boca y que rondaba en su cabeza.

—¿Qué te ocurrió para desear morir?

—Eso ahora no viene al caso —dijo, sabedora de que había desnudado parte de su alma al confesarle esos sentimientos—. Lo importante es que les hice frente, Marc. Fui más fuerte que ellos y los pude vencer. Pero no fue fácil y necesité... ayuda —confesó, sin contarle que su apoyo fundamental había sido la acuciante necesidad de salvar a su hermana pequeña de aquel infierno.

Él se pasó ambas manos por la cara y caminó de un lado a otro con manifiesto nerviosismo. De vez en cuando miraba a su empleado, y se dio cuenta

de que era por completo desconocedor de la vida que había llevado ese hombre, antes y después de que entrara en la suya. Había depositado su total confianza en un completo extraño, aunque su instinto en realidad no lo sintiera así, y se juró que tomaría medidas ante ese desliz.

Pero ¿cómo demonios iba a hacerlo? ¿Cómo iba a descubrir parte del pasado de su chófer si ni tan siquiera era capaz de coger las riendas de su propia vida?

Adrián tenía razón, su temor a conducir de nuevo lo supeditaba a tener que depender de los demás. No se había percatado de lo condicionado que estaba ante algo tan simple como ir a cenar a un restaurante, ir a trabajar... o salir detrás de la mujer que lo obsesionaba para no dejarla escapar.

Recordar eso fue suficiente aliciente como para mirar hacia el Mercedes aparcado cerca de él y plantearse seriamente el seguir su consejo, pero los rostros de sus padres nuevamente lo agobiaron, inflexibles a su dolor.

—Yo... yo no... no puedo hacerlo, no-no... estoy preparado... —farfulló alejándose de allí.

—Ni tan siquiera lo has intentado —le recordó Adriana yendo tras él.

Marc se giró hacia ella, enfadado por su insistencia.

—¡No me toques las narices, ¿quieres?! —estalló al fin—. ¿Qué demonios sabrás tú? No necesito tus consejos, no te los he pedido. Seré yo quien decida cuándo estoy preparado, no tú, ¿entendido? No necesito que venga nadie a psicoanalizarme, ni que me diga lo que tengo o no tengo que hacer. Yo decidiré cuándo es el momento...

De pronto Adriana comenzó a aplaudir, logrando que, asombrado por su actitud irónica, él finalizara su sermón lleno de excusas.

—¡Bravo! ¡Precioso discurso! —declaró con sarcasmo—. Si lo que dices es cierto, mi trabajo aquí se ha terminado. Qué pena que sólo te lo creas tú.

—¿Eso piensas?

Ella levantó una ceja y esbozó una sonrisa de medio lado.

—¡Ah!, ¿es que no lo sabes? No sólo lo pienso yo, es lo que piensa todo el mundo.

—¡Mientes!

Adriana se tocó el mentón, simulando recordar.

—Humm... ¿Cuáles fueron sus palabras exactas? «A raíz del desafortunado accidente de sus padres, ese muchacho no ha levantado cabeza. Quedó muy

tocado con aquella desgracia.» «Tiene un trauma que lo ha marcado y por el cual abandonó su sueño de ser campeón mundial de automovilismo. Y no sólo eso, sino que ahora dirige un gran negocio por el que nunca tuvo interés, y está comprometido con una mujer por la que no siente nada.»

—¡Cállate! —le espetó a punto de explotar.

—Todavía hay más —le informó sin compasión—. «La culpa que siente por la muerte de sus padres la está pagando siguiendo el legado familiar que era tan importante para don Jordi. Es como si quisiera redimirse y pagar una deuda, cumpliendo el sueño de su padre y abandonando todo por lo que él ha luchado y soñado.»

Marc la agarró por las solapas de la chaqueta, zarandeándola.

—¡¡Basta!!

—¿Por qué? ¿Acaso no soportas la verdad? ¿No es cierto que te has rendido? ¿Que eres tan cobarde que no puedes enfrentarte a tus fantasmas? ¡Venga, Marc, admítelo! ¡Admite que no tienes los redaños de enfrentarte a tu padre después de muerto! ¡Admite que eres un pelele en las manos de Roser! ¡Admite que el miedo te tiene paralizado!

Él respiraba con fuerza; sus ojos inyectados en sangre demostraban lo furioso que se sentía. Adriana lo estaba llevando al límite, buscando una reacción y esperando que no fuera la equivocada.

—¿Quieres pegarme? ¡Venga! —lo retó al advertir su deseo de hacerlo—. ¿Te vas a sentir mejor? Lo dudo. Después de ello seguirás viviendo la maldita pesadilla que tú mismo te has creado.

Marc la soltó para tomarla de inmediato por el brazo y llevarla casi a rastras hacia el coche. Le cogió las llaves de la mano y sin decir nada la empujó dentro, para a continuación subirse al asiento del piloto y arrancar el motor.

Ambos se miraron antes de que él metiera primera y salieran quemando ruedas hacia el asfalto del circuito de Montmeló.

Un rato después, el color del rostro de Adriana había desaparecido por completo y se agarraba con desesperación a los asideros de la puerta, mientras rezaba por que aquella locura acabase de una vez. Ese coche no estaba preparado para tomar las curvas y correr en el circuito a la velocidad que lo estaba llevando Marc, y si no se habían salido del trazado y volcado dando volteretas por los aires era, simple y llanamente, por un increíble milagro.

A punto estuvo de llorar de alivio cuando su jefe apretó el freno con el pie hasta dejar las marcas de los neumáticos en el pavimento. Pero sus penurias no acabarían allí, pues, cuando él se bajó del coche para vomitar todo el contenido de su estómago hasta la cena de Navidad, ella tuvo que mirar hacia otro lado, aguantando las arcadas que subían por su garganta, amenazando con vaciar su estómago también.

«¡Maldito hombre y su facilidad para vomitar!»

Su estupor fue evidente al ver cómo Marc conseguía detener por fin las náuseas y, sin pensarlo dos veces, rodeó el vehículo para abrir la puerta del copiloto y, a continuación, con mucha tranquilidad, soltarle:

—Ahora llévame a la oficina.

«¡La madre que lo parió!»

* * *

Durante todo el trayecto de vuelta, ninguno de los dos habló sobre lo ocurrido en el circuito, aunque Adriana no paraba de echar miradas furtivas a su jefe a través del espejo retrovisor, de las que él, absorto en sus pensamientos mientras observaba por la ventanilla el tráfico de la ciudad, no era consciente.

Después de apagar el motor dentro del aparcamiento en las oficinas de la compañía, Adriana salió del vehículo para abrirle la puerta a un, todavía, meditabundo Marc.

—¿Y ahora qué quieres? —gruñó éste cuando ella le ofreció de nuevo las llaves del Mercedes—. ¿No te han llegado las vueltas que te he dado en Montmeló? Por hoy no pienso volver a coger ese maldito coche.

—¿Qué si no me han llegado? —repitió incrédula, persiguiéndolo mientras él se dirigía hacia el ascensor—. Para tu información, durante los angustiosos treinta y siete minutos que ha durado esa horripilante demostración de conducción temeraria, he sufrido dos infartos de miocardio, tres ictus, he recordado todas las oraciones que me enseñaron en la catequesis de mi parroquia, y he visto toda mi vida pasar a cámara lenta por delante de mis ojos. Sin olvidar que he vislumbrado el túnel, me ha dado tiempo a cruzarlo, saludar a mis muertos, acordarme de los tuyos y volver.

—No seas exagerado —replicó inmutable mientras esperaba a que se abriera

la puerta del ascensor.

—¡Exagerado, dice! —bufó de forma melodramática.

Marc giró la cabeza para fijar su mirada en ella a la vez que elevaba una ceja, y Adriana hizo exactamente lo mismo.

—De igual forma —continuó enseñándole otra vez las llaves—, te devuelvo lo que es tuyo. Si tu memoria falla, te recuerdo que estoy despedido.

—No digas tonterías, aquí nadie está despedido —rebatí Marc entrando en el cubículo—. Puede que no me gusten tus métodos, los cuales, estarás de acuerdo conmigo, son por completo deplorables, pero al fin y al cabo cumplen su función. Por tanto, sería un despido improcedente si llegara a cumplir mi amenaza, la cual, estarás de acuerdo conmigo también, hice bajo mucha presión y en un momento de enajenación mental, inducido por tus lamentables e injustificadas artimañas.

Adriana no salía de su asombro.

—¿Lamentables e injustificadas?

—Así es —confirmó él, en tanto apretaba el botón del piso correcto—. ¿Vas a repetir todo lo que yo diga, Adrián?

—¡Por supuesto que no! ¿Qué te parece si hablamos del mal gusto que supone estar despidiendo continuamente a un empleado que lo único que hace es su trabajo?

—¿Has oído la parte de «enajenación mental»?

—Enajenación mental es lo que me va a dar a mí ahora —respondió enfadada, poniendo los brazos en jarras.

—¿Estoy escuchando una amenaza? —preguntó sin poder evitar que una sonrisa bailara en su rostro.

—¡Quizá! —dijo, recordando de pronto algo importante que se le había olvidado—. Hablando de escuchas y amenazas, tengo que contarte algo...

—Tus cambios bruscos de conversación son alucinantes.

—Está bien, pues entonces no te diré que tus sospechas sobre tener a un traidor en tu empresa eran ciertas.

—¿Cómo has dicho? —preguntó estupefacto.

Ella apoyó la espalda en la pared del ascensor, sabedora de tener su total atención.

—Lo que has oído.

—¿Y se puede saber por qué no me lo has contado antes?

—¿Cuándo? ¿Ayer mientras estuve a punto de ser descubierta robando información confidencial a unos de tus trabajadores, u hoy, mientras rezaba por no perder mi vida junto a un enajenado y desquiciado jefe?

Él se acercó a ella despacio al mismo tiempo que una vena en la frente comenzaba a hincharse de forma preocupante.

—¿No has tenido tiempo suficiente esta mañana para decírmelo?

—Discúlpame por tener la cabeza en otro sitio, pero estaba más ocupado pensando en tu reacción cuando supieras a dónde te llevaba.

—Ése es tu problema, Adrián, no pensar correctamente. —Y antes de que ella pudiera replicar, le preguntó—. ¿Qué has averiguado?

Adriana aparcó su malestar por un rato. Sabía que ese asunto era importante para él; por tanto, olvidó su ofensa para responderle con sinceridad.

—No mucho, la verdad. Sólo me dediqué a escuchar a alguien hablar por teléfono en el baño de caballeros mientras mantenía una conversación claramente comprometida.

—¿Sólo escuchaste, no lo viste? —planteó claramente decepcionado, pues necesitaba encontrar todas las pruebas incriminatorias posibles, no quedarse en meras sospechas e indicios.

Bajó la cabeza, avergonzada por no poder ofrecerle más.

—Pues no... estaba un poco ocupado... Tú ya me entiendes.

Él entrecerró los ojos, sospechando que la noticia no iba a ser tan buena como él pensaba.

—Pero ¿sabes quién es, cierto?

Ella no se atrevió a contestarle y se maldijo por no haber esperado a recabar más información.

—¿Adrián?

—No, lo siento —respondió elevando la cara para mirarlo directamente a los ojos—. No pude verlo y no reconocí su voz.

La vena de su jefe comenzó a latir de forma furiosa, casi a punto de estallar, y acercó tanto su cara a la de ella que apoyó las manos en la pared a la altura de su cabeza.

—¿Qué has dicho?

—Lo siento, pero hablaba en susurros y con el eco no le pude distinguir la

voz. Pero sí le oí decir que se estaba jugando su carrera con toda aquello y que, cuando tuviera más información relevante, sería la primera persona en saberlo. Por sus palabras deduje que lo estaban chantajeando, y que su temor era que tú lo descubrieras.

—¿Y de qué me sirve a mí eso?

—No lo sé, pero creí que te alegraría saber que estabas en lo cierto.

En ese instante se abrieron las puertas del ascensor, pillándolos de nuevo en una situación un tanto comprometida.

Roser, que se encontraba al otro lado de la puerta, lo único que vio fue a su prometido encima de su chófer, a punto de besarlo.

Capítulo 11

—¡Santo cielo...! ¡Otra vez no!

Al oír ese agudo chillido, Marc se separó rápidamente de su empleado para advertir cómo su futura esposa lo juzgaba, nuevamente, de manera equivocada. En ese instante, y por la impresión, a Adriana se le cayeron las llaves del coche al suelo. Se agachó a recogerlas y, cuando finalmente se incorporó, tuvo la mala suerte de que el pelo de la peluca se quedó enganchado en uno de los botones de la chaqueta del traje de Marc.

—Esto no es lo que parece... —se excusó su jefe intentando inútilmente separar la cabeza del chófer de sus partes menos nobles.

—¡Ay, que me vas a dejar calvo! —chilló, aterrada de que el postizo saliera volando.

—¡¿Qué demonios estás haciendo, Adrián?! —preguntó él, impaciente, mortificado por la lamentable escena que estaban ofreciendo delante de su prometida.

—Cubriendo un Sudoku, ¿no te fastidia! —replicó ella en tanto intentaba desenganchar el pelo atrapado—. ¡Quieres quedarte quieto de una vez!

Roser bufó, entornando los ojos y cruzándose de brazos mientras se acaloraba por momentos, llena de ira.

—Roser...

—¿Qué otra estúpida excusa me vas a inventar ahora, Marc? ¿Que mis ojos me mienten?

—Por supuesto que no; ya te he dicho que no es lo que parece —aclaró, acercándose después de quedar ambos liberados.

—Eso es lo que suelen decir todos aquellos que son pillados *in fraganti*, pero

fíjate que no te creo.

—¡Deja de chillar, estás montando un escándalo! —siseó entre dientes, al mismo tiempo que la agarraba por un brazo y la llevaba a su despacho.

—¡Suéltame! ¡No me toques! —gritó mientras era arrastrada contra su voluntad—. ¿Te crees que me importa que se entere todo el mundo de la clase de degenerado que eres?

Marc se paró justo delante de la mesa de Nines, para levantar a continuación una ceja y mirarla directamente a los ojos.

—¿En verdad quieres ser la comidilla de toda la ciudad?

Roser enmudeció unos segundos, hasta que, después de pensarlo fríamente, se soltó de forma brusca de su sujeción y elevó con altanería la cabeza para pasar al interior del despacho.

Cuando se cerró la puerta tras ellos, Nines desvió su atención hacia el muchacho que, impasible, apoyó el trasero en su mesa.

—¿Qué has hecho ahora?

Adriana se cruzó de brazos y bufó tras acabar de retocarse el pelo.

—A mí no me mires, esa mujer está loca.

* * *

Roser se paseaba, visiblemente alterada, de un lado a otro de la habitación. No podía dar crédito a lo que acababa de ver, y lo que la descomponía era el hecho de saber que podría haberlos descubierto cualquiera.

—¿Cómo te atreves a engañarme a tan poco tiempo de nuestra boda? —le recriminó mirándolo con furia—. ¡Y con un hombre, además!

Marc se dejó caer en el sillón soltando un profundo suspiro y se pasó las manos por el rostro con gesto de cansancio.

Después del tiovivo de emociones en el que se había montado esa mañana, lo que menos le apetecía era tener que lidiar con ella. Cada vez soportaba menos su presencia, y las palabras que le había dicho Adrián habían calado hondo dentro de él. No había hecho más que pensar en ellas durante el camino de regreso.

Con respecto a lo que sentía por su prometida, su chófer tenía razón, no la amaba. E imaginar el hecho de pasar el resto de su vida con ella lo atormentaba en lo más profundo de su ser. Pero ¿qué opciones tenía, si no? No podía ser tan

miserablemente egoísta y pensar exclusivamente en él. A pesar de lo que por lo visto todo el mundo pensaba, su padre y sus deseos nada tenían que ver con su sacrificio... ¿o sí?

—No te estoy engañando con nadie, Roser, y menos aún con un hombre.

—¡No me lo puedo creer! ¡No me lo puedo creer! —lloriqueó confusa por ese abrumador descubrimiento.

Descubrimiento que, por otro lado, le suponía un grave problema para sus planes.

Marc observó lo alterada que se encontraba, pero no sintió ninguna compasión por ella. Era cierto que no la estaba engañando... por el momento. Si tanto ella como su padre pretendían que, después de obligarlo a casarse contra su voluntad, se mantuviera fiel, iban muy desencaminados.

—Piensa lo que quieras, a mí me es por completo indiferente.

—¡Esto no te lo voy a perdonar jamás! ¡¿Me oyes?! ¡Jamás! —le espetó con rencor, sin tan siquiera haberlo oído—. Y cuando mi padre se entere de esta traición...

—¡¿Qué?! —bramó poniéndose de pie y clavando los puños en la mesa del escritorio—. ¿Anulará la boda? ¿En serio?

Echó la cabeza hacia atrás soltando una enorme carcajada, pillando desprevenida a la mujer, que lo miraba como si estuviera desquiciado.

—¡Por favor, llámalo! —le rogó, ofreciéndole el auricular del teléfono—. Cuéntale que soy gay y que me acuesto con todos los hombres de esta maldita ciudad. Estoy dispuesto a que sueltes esa estúpida mentira si con eso consigo que canceles la puñetera boda.

Roser lo miró aturdida. No había esperado el desprecio y el rencor que desprendían las palabras de Marc. Ella llevaba meses luchando por su relación, y la entristecía saber que él lo único que quería era deshacerse de ella como si no valiese nada.

—¿Por qué me estás haciendo esto?

Ahora al que le tocó mirarla como si hubiera perdido la razón fue a él.

—¡No me mires así! —le ordenó, dolida por su rechazo—. Sé que intentas por todos los medios alejarme de ti, pero no te lo voy a permitir, ¿me entiendes?

—¡Estás completamente loca!

Roser se acercó a él para echarse en sus brazos.

—Sí, estoy loca... ¡pero por ti! —le confesó, decidida a que la creyera—. Sé que todavía no me amas, pero lo harás, Marc, estoy segura de que al final conseguiré que lo hagas. Sólo dame tiempo...

—¡Suéltame! —le espetó con asco, alejándose de ella—. Tú no me quieres, nunca lo has hecho. Sólo estás enamorada de la posibilidad de cazar a uno de los hombres más influyentes e importantes de esta ciudad. Uno lo suficientemente joven como para que puedas presumir, y que no caiga fulminado de un ataque al corazón la noche de bobas.

—Eso no es cierto —señaló apenada, desesperada por lograr que la creyera.

A pesar de lo que él pudiera pensar, Roser realmente lo amaba. Desde que lo conocía había soñado con el momento en el que le declararía amor eterno. Eran la pareja más envidiada de todas sus amistades y sabía que había decenas de mujeres que matarían por estar en su lugar. Y no sólo por el dinero o su carrera de piloto de coches, esos dos pequeños detalles lo hacían parecer sumamente atractivo ante los ojos de las demás y de los suyos propios, sino que era demasiado guapo, sexy, varonil y perturbador para su desgraciado corazón. Esos ojos negros como la noche, penetrantes y misteriosos, le robaban el aliento cuando se posaban en ella. Su porte gallardo y elegante, su risa rica y profunda, su voz sensual e intensa... todo en ese hombre había sido creado para enamorar.

Se acercó nuevamente, pero él consiguió detenerla agarrándola por las manos.

—Estoy segura de que puedo hacerte feliz, Marc. Sólo dame una oportunidad para poder demostrártelo.

—No hay nada que puedas hacer, Roser... —Y acercándose a su oído, le soltó con toda la rabia y frustración contenida que llevaba dentro—: ¡Escúchame bien! No hay nada que puedas hacer ahora o en un futuro para hacerme feliz. ¡¡Nada!!

Luego la soltó, para alejarse de ella lo máximo posible.

Ella lo observó con detenimiento. Su padre creía que lo que sentía por Marc era una enfermiza obsesión y quizá no andaba muy desencaminado... pero él haría cualquier cosa por su dulce princesita, y si para ello tenía que utilizar métodos cuestionables y faltos de moralidad... bueno, resultaba evidente que por ella lo haría.

Roser se cruzó de brazos. Marc podría rechazarla todo lo que quisiera, pero

era un hombre y, como tal, caería en sus redes antes o después. Sólo debía ser paciente. Y si de algo se había dado cuenta en los últimos meses era de que, de paciencia, andaba sobrada.

Siempre había conseguido todo lo que había deseado y él no sería la excepción, y, si para ello tenía que deshacerse de ese maldito muchacho, lo haría sin dudar.

—¿Qué pensarían tus padres si se enteraran de tus peculiares gustos? — cuestionó, usando en su provecho el talón de Aquiles de Marc—. Se revolverían en sus tumbas, profundamente avergonzados por tus acciones.

Él se frotó la frente, deseando que se marchara y lo dejara en paz de una maldita vez, pero, visto que la suerte no estaba de su lado, se sentó otra vez en el sillón.

—Dudo mucho que creyeran semejante patraña, pero te aseguro que no me importaría si con ello consiguiese sacarte de mi vida.

Roser sonrió con ironía, sin creerse ni por un momento sus palabras.

—No estoy ciega, Marc, he visto cómo lo miras. Y sé que no eres tan indiferente como quieres aparentar ante el escándalo que supondría que saliesen a la luz tus preferencias sexuales.

El hombre clavó una intensa mirada sobre ella, temeroso de sus intenciones. Era imposible que supiera la fuerte atracción que sentía por Adrián, y sus ridículos celos estaban basados en meras tonterías.

—No sé de qué diablos me estás hablando. Y eres una necia si supones que alguien se podría creer tus estupideces.

—¿Eso piensas? —inquirió, disfrutando del placer de saber que de nuevo lo tenía en sus manos. Se felicitó secretamente por haber sabido darle la vuelta a la tortilla y, lo que en un principio había resultado ser un problema para ella, convertirlo en un as bajo la manga—. Me encantaría descubrir cuál sería la reacción de tus inversores y clientes más antiguos ante el supuesto encubrimiento durante todos estos años de tu verdadera personalidad. Sabes perfectamente que en estos momentos estás en una posición muy vulnerable para enfrentarte a un escándalo de esta envergadura.

Marc cruzó las manos, simulando una indiferencia y despreocupación que no sentía.

—Si sueltas esa falsedad, querida, no sólo me afectará a mí. ¿Qué crees que

pensarán los demás sobre el hecho de querer casarte con un homosexual? Serás el hazmerreír de todo el mundo en Barcelona. Cuchichearán a tus espaldas, despellejándote viva.

Ella se sentó delante de él y cruzó las piernas muy despacio para darle un toque de dramatismo a la situación.

—Por supuesto, nuestro compromiso se disolvería. Y con el tiempo las murmuraciones se olvidarían, quedando únicamente su compasión por una mujer enamorada y engañada de forma tan mezquina, con el único propósito de esconder un oscuro secreto... pero tu prestigio, Marc de Montellà Bau, y el de tu agencia quedarían por los suelos.

Éste enmudeció, consciente de que estaba en lo cierto. Y ella, al saberlo, desplegó una amplia sonrisa de satisfacción.

—En el fondo me necesitas... y lo sabes.

—Nadie te creerá, tengo una reputación de mujeriego labrada durante muchos años.

—Una reputación que jamás cuajó con ninguna mujer. La única que hasta el momento ha conseguido un compromiso serio he sido yo.

—Algo en nuestros días por completo normal, ¿no te parece?

—¿Tú crees? ¿No piensas que esa falta de compromiso con el género femenino suscitará las suficientes dudas sobre tus preferencias sexuales?

—No tienes pruebas de ello.

La sonrisa de la mujer se volvió ladina.

—Hoy en día no hacen falta, querido.

La vena en la frente de Marc comenzó a hincharse de nuevo, y rabioso con ella se echó hacia delante para preguntarle de forma directa y sin rodeos:

—¿Qué quieres, Roser?

Ésta acarició los brazos del sillón con evidente placer.

—Quiero que eches ahora mismo a esa basura de aquí. No quiero volver a ver a ese hombre nunca más.

Él tardó unos segundos en contestarle.

—¡No!

Roser parpadeó, asombrada por la respuesta.

—¿Perdona?

—No pienso despedirlo.

Ella apretó los dientes con fuerza, claramente molesta con su oposición.

—¿Tanto te importa que estás dispuesto a perderlo todo por él?

—No, lo que estoy es cansado de tus incesantes chantajes y no voy a someterme a otro más. He descubierto que Adrián no es sólo un excelente chófer, sino que además es intuitivo para los negocios, sagaz, honesto y leal, un valor en alza que no estoy dispuesto a perder por tus ridiculeces. Ante todo soy un hombre de negocios, que sabe cuándo ha encontrado una joya sin pulir para convertirlo en mi asesor personal. Y te lo advierto, Roser, en esto no pienso ceder.

Clavó su mirada en él y supo con certeza que no iba a capitular, así que, furiosa, se levantó del asiento para acercarse al ventanal y mirar la ciudad a través del cristal.

Si lo pensaba fríamente, ella tampoco se tragaba la mentira de que Marc se sintiera atraído por los hombres. No sabía exactamente qué era lo que se traían entre los dos, pero dudaba seriamente de que pudiera ser algo sexual. Si había reaccionado así cuando los había visto juntos era por los celos y la impotencia de saber que un completo extraño pudiera disponer de una cercanía y confianza con él que ella misma, durante todos esos años, jamás había podido alcanzar. Y eso la desquiciaba.

Lo había intentado todo con Marc, desde convencer a su padre para que hiciera negocios con el suyo y poder de ese modo comenzar una relación de amistad entre las familias, prosiguiendo con fingir indiferencia para que se fijara en ella, pasando por el acoso y derribo por completo infructuoso, hasta finalizar chantajeándolo para conseguir lo que quería a toda costa. Y nada de ello había servido para que sintiera por ella ni tan siquiera un poco de afecto.

Todos sus esfuerzos habían sido en vano, logrando únicamente que la rechazara una y otra vez. Sentía celos, sí. Unos celos irremediables y desmedidos ante cualquier persona que pudiera obtener el cariño y aprecio del hombre que tanto amaba y que ella no podía conseguir.

Pero no podía echar por tierra todo el esfuerzo que había invertido en lograr lo poco que por fin tenía. Sabía cuándo debía ceder en lo concerniente a Marc, y ése era uno de esos momentos.

—Está bien —aceptó, girándose hacia él para enfrentarlo decidida—, pero me niego a que sea tu chófer. Si hace falta contrato yo a uno y pago su sueldo

con mi propio dinero. Y tampoco quiero que trabaje aquí, junto a ti. Ofrécele su propio despacho si quieres, ponlo a contar lápices si hace falta, y si puede ser en otra planta, mejor, pero lo quiero lo más alejado posible de ti.

Marc la miró con exasperante detenimiento fingiendo estudiar su proposición. Porque lo que ella no sabía era que, justamente esa decisión, ya la había tomado esa misma mañana en beneficio de su propia salud mental.

Unos minutos después, a punto de hacer desesperar a esa mujer, asintió con la cabeza, ocultando la satisfacción que le propiciaba saber que ella creyera que había ganado.

—Pero necesito unos días, al menos, para volver a coger confianza con el coche y poder manejarlo yo solo.

Su prometida lo miró atónita.

—¿Has vuelto a conducir?

—He empezado esta mañana y por eso he llegado tan tarde.

Roser se quedó callada, asumiendo esa noticia.

—¡Ohh, no sabes cuánto me alegro de que por fin...!

Pero Marc hizo un gesto con la mano para que se detuviera.

No quería que lo tocara, ni tampoco quería su comprensión, ni preocupación, ni compasión... No quería nada de ella.

Roser se cruzó de brazos, molesta otra vez por su rechazo.

—Está bien —accedió tras unos segundos—, te concederé lo que queda de semana, pero a cambio me acompañarás a todos los eventos que yo te pida a partir de ahora. Ya me has hecho hacer el suficiente ridículo delante de nuestras amistades, ahora disfrutaré de un verdadero compromiso hasta el día de nuestra boda.

Él se levantó de su asiento enfadado.

—Si piensas que voy a hacer algo parecido es que estás más loca de lo que creía. No creas que...

—Yo tampoco voy a ceder en esto, Marc —lo interrumpió, con un gesto de terquedad en el rostro—. Quiero ver a todas mis amigas palidecer muertas de la envidia cuando aparezca enganchada de tu brazo. Y que se les borre la sonrisa de suficiencia a todos aquellos que dudaban de nuestro compromiso y futura boda. No, querido, en esto no pienso ceder ni un ápice.

Y a él no le quedó más remedio que volver a sentarse, derrotado por su

chantaje y tozudez. También la conocía lo suficiente como para saber hasta dónde llegaba su férrea obstinación en conseguir lo que quería.

Cuando Roser salió del despacho, con la cabeza bien alta y una radiante sonrisa de triunfo en los labios, se acercó a Adriana, que todavía esperaba sentada a la mesa de Nines.

—Tu jefe quiere hablar contigo.

Ésta arqueó una ceja en señal de desconcierto al ver la maldad reflejada en el rostro de esa horripilante mujer.

Buscó con la mirada a la secretaria, después de que la prometida de su jefe se encaminara hacia los ascensores, y su amiga sólo pudo encogerse de hombros, tan ignorante como ella de lo que había ocurrido allí dentro.

—¿Y ahora qué querrá? —preguntó Azucena, que se encontraba justo a su lado después de que Adriana le explicara el malentendido que había sucedido en el ascensor.

Inquieta y preocupada al imaginarse lo que podía significar ese gesto de victoria en el rostro de esa víbora, se palpó inconscientemente el lugar donde había quedado enganchada la peluca en la chaqueta de Marc, gesto que no le pasó desapercibido a Nines, que arrugó el ceño al ver cómo el postizo se había despegado y levantado un poquito en la sien... pero la secretaria enseguida disimuló mirando hacia sus papeles, cuando Adriana giró la cabeza hacia ella mientras intentaba volvérsela a pegar con pequeños toquecitos nerviosos de sus dedos.

* * *

Cuando entró en el despacho de su jefe, se encontró con un hombre abatido y hundido en su asiento, pero que de inmediato disimuló al verla entrar.

—Siéntate, por favor —le ordenó después de que cerrara la puerta tras de sí.

Ella así lo hizo y carraspeó con ansiedad al ver la cara seria y solemne de Marc.

—¿Ocurre algo? —preguntó angustiada.

Si por culpa de esa estúpida mujer su plan se iba al traste, Adriana juró vengarse de ella haciéndole la vida imposible cuando recuperara su puesto de policía.

—En realidad, sí. Quería anunciarte de que ya no serán necesarios tus servicios como chófer en esta empresa. Al final de la semana...

—Te lo ha exigido ella, ¿verdad? —lo interrumpió poniéndose de pie, evidentemente alterada por que sus dudas se hubieran materializado—. No entiendo por qué esa arpía me tiene tanta manía, pero no puedes dejarte manipular por ella tan fácilmente, Marc. En serio, no comprendo cómo puedes estar con esa mujer, es una pija soberbia y engreída con aires de grandeza y un palo metido en el culo. Te tiene sorbido el cerebro. Si es una celosa compulsiva ahora, no quiero ni pensar cuando estéis finalmente casados. Fíjate bien en lo que te digo: te va a hacer la vida imposible, la tendrás todo el día respirándote en la coronilla...

Enmudeció de golpe al verlo muy ufano reclinado en su asiento y sonriendo ampliamente. Sabía que cuando se ponía nerviosa hablaba muy deprisa y más de la cuenta, pero no creía merecerse tanta falta de respeto por su parte.

—¿Te hace gracia que me quede sin trabajo por culpa de esa bruja?

—En realidad, no —respondió, echándose hacia delante, apoyando la cabeza en la mano y sonriendo con pedantería mientras, divertido, tamborileaba con los dedos de la otra mano sobre la mesa—. Me entretiene pensar quién de los dos es más celoso, si tú o ella.

—¿Celoso, yo? ¡Por favor, no me hagas reír! —resopló ofendida por que pensara semejante tontería.

—¿Tú crees? —inquirió con un más que genuino y evidente placer, sólo con pensar que su empleado experimentara una mínima porción de la atracción que sentía él—. Tu discurso prueba todo lo contrario. Y déjame decirte que me halaga enormemente que sientas tanta «preocupación» por mí y por mi relación sentimental.

—La única preocupación que siento es haberme quedado sin trabajo.

—¡Ay, Adrián, Adrián, Adrián...! ¿A quién quieres engañar? Esa posibilidad ya la habías contemplado esta misma mañana cuando se te ha ocurrido la descabellada idea de obligarme a conducir.

Ella tuvo que admitir que tenía razón.

—Pero déjame terminar, ¿quieres? —continuó al ver que no seguía replicando, contento por saber que no era el único que sentía algo en esa extraña relación. No obstante, si lo pensaba mejor, lo de Adrián era normal, dada sus

preferencias sexuales, al contrario que lo suyo, al ser por completo diferentes... o eso creía hasta el momento. Marc cambió su tono jovial por otro más serio al darse cuenta de por dónde iban sus pensamientos—. Tus funciones como chófer terminarán a finales de esta semana, pero seguirás siendo mi asesor personal. Tenemos que descubrir todavía quién es el hombre que me está traicionando.

Adriana dejó escapar un suspiro de alivio y no pudo evitar que una sonrisa alegrara su rostro.

—Entonces, ¿no estoy despedido?

Su jefe negó con la cabeza y se reclinó en el sillón.

—A partir de ahora ocuparás un pequeño despacho al final del pasillo; en él obtendrás más privacidad para poder revisar los archivos que consigas extraer de los ordenadores de los demás empleados.

—De acuerdo.

—Pero te advierto una cosa, Adrián —habló posando una intensa y seria mirada en ella—: Quiero resultados lo antes posible. Preciso saber quién es ese maldito bastardo, ya.

Ella asintió con énfasis, sabiendo lo importante que era ese tema para él.

Cuando Marc supo que todo había quedado claro entre ellos, marcó la línea interna en su teléfono para llamar a su secretaria.

—Nines, necesito que vengas un momento.

Cuando su secretaria entró en el despacho, Adriana se mantuvo de pie, esperando por lo que él tuviera que decir y seguir, a continuación, sus indicaciones. Su jefe ordenó que se limpiara y habilitara el pequeño habitáculo situado al final del pasillo, trasladando todo lo que allí hubiera al almacén. También mandó que se le instalara una mesa, un equipo informático y el material de oficina necesario para que pudiera trabajar a gusto.

* * *

Horas después, Adriana se encontraba sentada en su nueva silla delante de su recién estrenada mesa de escritorio, contenta de cómo habían salido las cosas ese día.

—Mi nuevo despacho es pequeño, pero agradable, ¿no os parece? —preguntó tanto a Nines como a Lesly, que se encontraban allí después de haberla

ayudado a acomodar los muebles y enseres propios de una oficina.

—Bueno, quizá le falte algún toque femenino que lo haga un poco más acogedor —opinó la recepcionista, observándolo todo con ojo crítico—. Una nueva mano de pintura, una planta por aquí, un cuadro por allá...

—Dame un poco de tiempo, corazón —respondió sonriente mientras acariciaba la mesa con las yemas de los dedos.

—Dudo mucho que vayas a disfrutar de este lugar lo suficiente como para que dé tiempo a decorarlo —intervino Nines con gesto serio.

Adriana la miró sin entender qué quería decir.

—¿Por qué?

La secretaria se acercó a ella y, sin previo aviso, le tiró del pelo hasta arrancarle la peluca por completo.

—¡Por esto!

Capítulo 12

—¡Oh, mi Diosito querido! —exclamó Lesly persignándose varias veces seguidas.

Adriana, atónita, miraba a la recepcionista y a la secretaria alternativamente sin poder creer que, de repente, todo se hubiera ido al traste. Al mismo tiempo, sus compañeras la contemplaban asombradas, incapaces de quitarle los ojos de encima a su melena recogida en una redecilla sujeta con firmeza por decenas de pinzas.

Al rato recuperó la compostura y le arrebató el postizo de las manos con brusquedad.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿Y tienes la desfachatez de preguntármelo? —interrogó Nines, pasmada por su cinismo—. Aunque, más bien, las que deberíamos hacer las preguntas aquí somos nosotras, ¿no te parece?

—Escúchame, en realidad yo no quería que esto ocurriera...

—¿Qué no querías que ocurriera, Adrián? ¿Que te descubriéramos? —Y a continuación hizo un gesto sarcástico con la cara al advertir algo importante—. ¡Oh, perdona por llamarte así!, porque supongo que tu verdadero nombre no es ése, ¿correcto?

Adriana, desencajada, no sabía qué decir. La mujer estaba enfadada, y con razón, y la vergüenza en esos momentos era tan grande que no le hubiera importado esconderse en un agujero bien profundo.

—No, no lo es... —respondió agachando la cabeza—... al menos no del todo.

—¿Y cuál es tu nombre, entonces? —intervino Lesly con el rostro adusto, recuperada ya de la primera impresión.

—¿Y qué más da? ¿Acaso importa? —cuestionó la secretaria con decepción y dolor en su mirada—. Todo este tiempo nos ha estado mintiendo a la cara. Y yo, al menos, no pienso creerle ni una sola palabra.

—Por favor, Nines, escúchame... tú no lo entiendes... —le rogó Adriana levantándose de la silla para acercarse e intentar convencerla, pero la mujer se alejó de ella como si tuviera la peste.

—Por supuesto que no lo entiendo —masculló entre dientes, indignada—, suele pasarnos a las personas que no nos escondemos tras la mentira.

Adriana no pudo replicar ante una verdad como ésa. Todo lo que pudieran decirle, se lo tenía merecido, y ella lo sabía.

—¿Nos pides que te escuchemos después de lo que has hecho? —le recriminó la recepcionista con rabia contenida, al darse cuenta del verdadero calado de su traición—. Nosotras te recibimos con los brazos abiertos y tú lo único que has hecho ha sido mentirnos. Me hiciste creer que eras un hombre... un hombre del que me ilusioné como una estúpida.

Adriana sintió cómo las lágrimas, en la comisura de los ojos de su amiga, se le clavaban como estacas de hielo en el estómago.

—Lesly, por favor, te juro que yo no quería hacerte daño... yo sólo...

—No te gastes, no te vamos a creer —la interrumpió la secretaria al mismo tiempo que agarraba el pomo de la puerta—. No sabes cuánto me arrepiento de haberte pedido perdón ayer. Sabía que escondías algo, lo sabía. Y si no he ido directamente a decírselo al jefe es porque quería estar completamente segura de tu engaño.

La mano de Adriana le impidió abrir la puerta en el último momento.

—No irás a hablar con Marc, no te lo pienso permitir —le advirtió, obstaculizando su salida.

Nines le sostuvo la mirada con valentía y acercó su rostro al de ella.

—¿Y cómo me lo piensas impedir...? —interrogó elevando una ceja con desdén—, ¿matándome?

Ella negó con tristeza por haber llegado hasta esa situación, pero... ya no había vuelta atrás.

Debía reconocer su derrota y confiar en que ellas entendieran sus motivos. Había llegado el momento de contarles la verdad, de revelarles lo que estaba haciendo y por qué lo estaba haciendo... Sobre todo, porque no soportaba cómo

la miraban. Les había tomado cariño a ambas, y la culpa y el reproche hacían mella en su conciencia. Una conciencia que no estaba pasando por sus mejores momentos.

—No, Nines, sólo quiero contaros mi verdad. Os merecéis eso al menos. Y si después decidís que, a pesar de todo, debéis decírselo a Marc, no os lo impediré. Mi vida y mi carrera están en vuestras manos.

Ambas la miraron con escepticismo.

—¿Podéis sentaros y escucharme, por favor?

La secretaria se lo pensó unos segundos, pero al final la curiosidad pesó más que la rabia y la venganza y se sentó a regañadientes.

—Estoy impaciente por saber qué película nos vas a contar —refunfuñó cruzándose de brazos.

—Yo también.

Adriana se apoyó en la puerta, aliviada de haber conseguido, al menos, que la escucharan antes de tomar otras medidas menos favorables para ella. Esperaba poder convencerlas de que la ayudaran. Era una posibilidad remota, tal y como estaba de deteriorada su amistad en esos momentos, pero era su única salida.

Cogió aire por la nariz y lo mantuvo unos segundos retenido en su interior, el tiempo justo para pensar en cómo comenzar a contarles la verdad.

—Quizá os suene a una película —comenzó a hablar mirándolas directamente a los ojos, demostrándoles con ello que por primera vez no las estaba engañando—, pero en realidad me estoy jugando mi vida y mi carrera por descubrir la verdad. Mi nombre completo y real es Adriana Ayala Muñoz, y soy policía. Ahora mismo me encuentro inmersa en una operación encubierta, investigando una muerte sospechosa... La muerte de mi propia hermana... Tania Ayala Muñoz.

Las dos mujeres se miraron entre ellas completamente perplejas y sin entender nada.

—¿Tania, la chica modelo...? Esa Tania... ¿era tu hermana?

Ella asintió, en tanto el dolor trepaba por su pecho con la misma intensidad como si la pérdida hubiera ocurrido el día anterior.

—Sí, Nines, ella era mi hermana.

—¿Cómo es posible? —intervino la recepcionista, confusa—. Pero si dijeron que se había suicidado.

—Lo sé, pero yo la conocía mejor que nadie y sé que ella jamás se hubiese quitado la vida. No tenía ningún motivo para hacerlo, y nada en su muerte concuerda con su carácter y estado mental en ese momento, para decidir, de pronto, querer acabar con todo.

—¿Quieres decir que alguien la mató?

Ella asintió con rotundidad, y la mano de Nines voló hasta su rostro para taparse la boca, abierta por el asombro y la incredulidad.

—¿Y la policía sospecha que lo hizo alguien de la agencia?

Adriana cerró los ojos, pues había temido que le hicieran esa pregunta. No sabía qué le depararía cuando contara toda la verdad, pero sí que estaba decidida a no seguir engañándolas, a pesar de que eso le supusiera un grave problema. Si las dos mujeres decidían no creerla y acusarla ante Marc, ella tenía claro que todo se acabaría.

Lo que tantas veces le había advertido Ricky podría hacerse realidad, y acabar con sus huesos en la cárcel por suplantación de identidad, falsificación de documentación oficial, fraude y demás delitos asociados, pero no podía ni quería arrepentirse por haber seguido a su corazón. Todo lo que había hecho hasta entonces era para descubrir qué había tras la muerte de Tania. Estuviera o no en lo cierto, sólo quería estar segura de por qué había sufrido una pérdida tan crucial e importante en su vida. En eso, al menos, tenía la conciencia limpia.

Abrió los ojos para mirar a su compañera.

—No, Lesly, la policía no... Yo lo sospecho.

—Entonces, ¿esto no es una investigación oficial? —sondeó la secretaria.

—No.

Las dos mujeres volvieron a mirarse entre ellas, sin entender nada todavía.

—Yo estuve con ella esa noche, Nines, y te aseguro que mi hermana no tenía intención alguna de suicidarse. Mis superiores y compañeros no me creen, porque todos los indicios y pruebas aportadas apuntan a pensar lo contrario, pero yo la conocía mejor que nadie, mejor que ninguno de ellos... y mi corazón, mi mente y todas las fibras de mi ser saben que Tania no lo hizo por voluntad propia.

Tras esa confesión, procedió a contarles su asistencia a la fiesta de disfraces, y cómo al día siguiente su jefe la llamó para contarle la desgracia personalmente.

—Pero ¿entiendes acaso todo lo que eso implica?

—Sí.

—¿Quieres hacerme creer que alguien, con quien comparto momentos de mi vida aquí, es un asesino?

—Sólo quiero descubrir la verdad.

—¿Y si estás equivocada?

Adriana la miró con un brillo de súplica en sus ojos. Entendía sus dudas, su rechazo a la mera idea de convivir con alguien tan frío y despiadado como para quitarle la vida a otra persona, pero quería que la creyera, necesitaba que la creyera.

—Si estoy equivocada y todas mis sospechas son erróneas, me iré de aquí tal y como he venido. Recuperaré mi vida y mi trabajo, pero con la certeza de lo que ocurrió realmente. Comprende que no puedo vivir con esta incertidumbre que me reconcome por dentro. Quiero entender, necesito saber, si realmente alguien le hizo daño a mi hermana... o en qué pude fallar para no ver la tristeza y desesperación que la hizo tomar esa trágica y desdichada decisión.

Lesly, inquieta, se levantó de su asiento al no poder soportar por más tiempo permanecer en un mismo lugar.

—No puedo creerlo —gimió, mientras, alterada por toda esa historia, tiraba de su pequeña cruz de plata colgada a su cuello de forma compulsiva—. No puedo creer que alguien hiciera algo tan espantoso. Además, eso quiere decir que todos somos sospechosos, ¿no? Que... que cualquiera de nosotros pudo hacerlo.

—Mis sospechas caen, mayoritariamente, en los hombres.

—¿Por qué? —preguntó, algo más aliviada al saber que la policía no tenía sus miras puestas en ella.

—Porque esa noche la vi, por última vez, marcharse con un hombre.

—¿Y sospechas de Marc? —inquirió la secretaria, aparentemente más tranquila que su compañera, pero con una pequeña alarma sonando en su interior.

—Para ser honesta, sospecho de todo el mundo —aclaró con tristeza—, pero el azar quiso que la vacante para entrar a trabajar aquí fuera la del chófer de Marc.

—Entiendo.

—No, no creo que lo hagas, Nines. No sé si entendéis lo importante que es y lo mucho que significa para mí —reveló mirándolas a las dos a la vez, con una

expresión de impotencia y rabia en su rostro que puso de manifiesto la intensidad que la consumía por dentro—. La culpa mezclada con la venganza y sed de justicia no me deja vivir en paz. Tengo pesadillas por la noche con la cara de mi hermana llorando porque no puede descansar. No sabes lo difícil que es levantarse todos los días sabiendo que puedo estar mirando al rostro de la persona que me ha arrebatado lo más importante y querido de mi vida, o los remordimientos que me reconcomen por dentro al saber que no pude ayudar a Tania. Me digo que quizá estaba tan ocupada con mi carrera y mis propios problemas que no supe ver los de ella hasta que fue demasiado tarde... que tal vez, si la hubiera escuchado, si me hubiera interesado más por su vida, si...

Adriana no pudo seguir hablando porque las lágrimas y la rabia se le atascaron en la garganta.

Las dos mujeres se acercaron a ella cuando la vieron derrumbarse, conmovidas por su dolor.

—¡Ya... ya... chist...! —susurró la secretaria, dejando que se desahogara en sus brazos mientras la acariciaba con ternura—. No te preocupes más, mi niña... ¡chist... chist...!

—Siento mucho por lo que has pasado, cielo...

Después de sorberse la nariz, y secarse los ojos con el dorso de la mano, ella también les confesó:

—De verdad que lamento haberos mentido y engañado. No me resultaba fácil levantarme por las mañanas y representar un papel completamente distinto a mi forma de ser, disfrazada de esta caricatura —sollozó después de sentarse en su silla—. Soy policía, chicas, y si amo tanto mi trabajo es porque odio la falsedad y las mentiras. Pero ¿qué otra opción tenía, cuando ni mis superiores ni mis compañeros quisieron seguir escuchándome? Me encontraba sola, desgarrada por el dolor y la pérdida, sin apoyo alguno... y tuve que tomar una decisión.

—Yo hubiera hecho lo mismo —le confesó la secretaria, ofreciéndole un pañuelo de papel.

Y ambas sonrieron por primera vez desde que habían entrado en ese despacho.

—Lo sé —declaró, tomando la ofrenda de paz para sonarse los mocos.

Lesly se sentó agarrando con más fuerza el crucifijo colgado al cuello.

—¡Ay, mi virgencita de la paz! —exclamó, santiguándose de nuevo dos veces—. Yo no hubiera tenido valor.

—También lo sé —manifestó, enternecida por su honestidad.

Y tras unos momentos calladas, en el que las tres mujeres aprovecharon para asumir todo lo que había pasado, Nines se atrevió a preguntar.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

Adriana, con un brillo de esperanza en los ojos, las miró alternativamente, y se atrevió a decir:

—Todo depende de lo que decidáis vosotras. Tenéis dos opciones; o confesarle mi engaño a Marc, que me denuncie y acabar en la cárcel... o no decir nada y ayudarme a descubrir la verdad.

Las dos mujeres cruzaron sus miradas, cómplices, al mismo tiempo que sopesaban las opciones.

—Yo lo tengo claro —aseguró Nines con completo convencimiento de hacer lo correcto—. ¿Y tú?

Lesly tragó saliva con fuerza para después asentir con menos valentía que su compañera.

—¿A qué santo me tengo que encomendar?

Adriana, aliviada, soltó el aire retenido inconscientemente en su interior, y se echó hacia atrás en el asiento al vislumbrar, por primera vez, un pequeño rayo de esperanza.

—Gracias, chicas.

* * *

Después de haber aclarado todo entre ellas, la ayudaron a colocarse nuevamente la peluca y arreglar el desaguisado lo mejor posible. El resto de la tarde discurrió sin más contratiempos, hasta que llegó el momento de llevar de vuelta a la mansión a su jefe.

—¿Estás seguro? —preguntó, observando detenidamente la mano tendida de Marc pidiéndole las llaves del Mercedes.

—¿No es un poco tarde para hacer esa pregunta, después de la que me has montado esta mañana?

—Por eso mismo lo pregunto, no quiero volver a pasar por ese infierno si no

es absolutamente necesario.

Marc entrecerró los ojos para lanzarle una mirada hostil.

—Haberlo pensado antes —replicó, y le hizo un gesto con los dedos para que se diera prisa en pasarle el mando del coche.

Ella así lo hizo, y rodeó el vehículo para encaminarse hacia la puerta del copiloto mientras sonaba el característico «bip-bip» de la apertura automática.

Cuando se sentó en el asiento de cuero, y después de esperar pacientemente a que su jefe arrancara el motor, advirtió que algo no iba bien. Posó su mirada en Marc, y percibió cómo éste apretaba con fuerza las manos en el volante, al mismo tiempo que una gota de sudor frío resbalaba por su frente.

—No es necesario que lo hagas —comentó, compadeciéndose de él.

Su jefe tardó unos segundos en contestar.

—Sí que lo es —confesó después de tragar saliva, pero sin ser capaz de mirarle a la cara, reticente a mostrar su vulnerabilidad—. Negaré haber dicho esto si alguien me pregunta, pero... tenías razón. Necesito recuperar el control de mi vida y éste es un momento tan bueno como cualquier otro para comenzar a hacerlo.

Adriana sonrió secretamente, amparándose en la penumbra del aparcamiento.

—Me alegra oírtelo decir.

—Borra esa sonrisa de suficiencia si no quieres ser despedido de inmediato.

Ella bufó, ofendida, al mismo tiempo que dibujó un mohín burlón con la boca.

—No sé de qué me sorprende —refunfuñó molesta—, uno intenta ayudar, pero como siempre, sólo recibo palos. Podrías derrochar de vez en cuando un poco de amor, hijo mío. ¡Qué sieso eres!

Marc giró la cabeza para clavar sus intensos ojos negros en ella.

—¿Lo he dicho en alto? —soltó dibujando una mueca de disculpa.

—Algún día esa maldita boca que tienes te va a meter en un buen lío.

Adriana sonrió con picardía y le siguió el juego.

—¿Y cómo sabes que no lo ha hecho ya?

Él deslizó la mirada por su rostro hasta pararse en sus labios llenos y sensuales, pero la retiró con prisa al sentir una punzada de deseo entre sus piernas.

Era increíble cómo sus pensamientos podían distraerse tan fácilmente cuando

lo cogían con la guardia baja. Debía concentrarse en salir de allí y no en su descarado empleado. Marc fijó la mirada en el volante, al mismo tiempo que una gota de sudor frío bajaba por su espalda, y se sobresaltó ligeramente cuando notó la mano de Adrián cubriendo la suya.

—Estoy aquí, Marc, a tu lado.

—Es evidente, gracias por señalarme lo obvio.

Adriana apretó con rabia los dientes; evidentemente no se podía ser amable con alguien tan desagradecido. Se merecía responderle con una grosería similar a la suya, y eso iba a hacer, hasta que se dio cuenta de la palidez en su rostro y de los nudillos, agarrando con fuerza el volante del vehículo.

Entrecerró los ojos, sopesando la situación, y decidió cambiar de estrategia.

—Bien, pues ya que sabes que todavía sigo aquí, sería estupendo que saliéramos de una maldita vez del parking. Tengo más cosas que hacer que quedarme sentado perdiendo el tiempo de forma estúpida.

—¡¿Ah, sí?! Y, dime, ¿qué es eso tan importante que tienes que hacer, además de tocarme las narices?

—Aunque te cueste creerlo, hay vida más allá de estas paredes. Esta noche tengo una cita y se me está haciendo tarde.

Marc giró tan rápido la cabeza hacia ella que sintió un «crac» en el cuello.

—¿Y con quién has quedado? —interrogó molesto—. ¿Con tu novio Rocky?

—Se llama Ricky, y ya te he dicho repetidas veces que no es mi novio.

—¡Vaya, tan rápido has cambiado! ¿Quién es éste? ¿Lo conozco?

—No, no lo conoces.

—Sabía de la fama promiscua de los homosexuales, pero nunca creí que fuera tan rápida. Hoy con uno y mañana con otro... ¡pues sí que os lo montáis bien! A no ser que tengáis una relación abierta... ¿Es eso, Adrián?

—Lo que haga con mi vida íntima no es de tu incumbencia y mucho menos con mis relaciones personales —respondió comenzando a enfadarse ella también.

—En efecto, no lo es, simplemente me da pena el chaval.

—Pues que no te dé tanta pena.

Durante unos segundos él se quedó callado, pero al final no pudo evitar plantear una pregunta que le quemaba en los labios.

—¿Sabe Ricky que lo has cambiado por otro?

Adriana dejó escapar un largo suspiro.

—No sé cómo hacerte entender que Ricky y yo sólo somos amigos, nada más.

Marc no entendía por qué lo negaba y, cabreado, metió marcha atrás para salir de la plaza de aparcamiento reservada para él.

—Eso es lo que tú dices.

—Por supuesto —respondió confusa, pues no entendía por qué le daba tanta importancia a con quién salía o dejaba de salir. La intención de Adriana había sido molestarlo, cierto, pues esa mañana había funcionado en el circuito, y se dijo que, en cuanto lo picara, volvería a olvidarse de sus miedos y conduciría de forma instintiva. No se había imaginado que le fuera a molestar con quién pasaba su tiempo libre—. ¿Quién lo iba a decir, sino, el carnicero de mi barrio?

—Cuida el tono de tus palabras conmigo, Adrián, y no sigas por ese camino, porque estás acabando con mi paciencia —le advirtió muy serio, metiendo primera y derrapando en el asfalto para salir de allí a toda velocidad.

Ella no entendía nada... y su cabeza no paraba de darle vueltas al mismo tiempo que se aferraba al asidero del coche, asustada por la velocidad que estaba tomando. Los comportamientos, a veces delirantes, de su jefe la descolocaban por completo, y difícilmente les encontraba explicación. Cada vez tenía más claro que era muy peligroso hacerlo enfadar para que condujera; si en algo apreciaba su vida, tenía que buscar otra solución.

—Me gustaría llegar sano y salvo, gracias —soltó Adriana, cuando Marc frenó bruscamente delante de un semáforo en rojo que a punto estuvo de saltarse.

Marc la miró enfadado y abrió la boca para contestarle, pero al final se quedó callado. Sentía celos, sí, y era un hecho que, aunque lo sacaba de quicio, no podía evitar.

Cuando llegaron a su casa, se bajó del coche pegando un portazo y se alejó sin tan siquiera despedirse.

* * *

Adriana llegaba tarde al restaurante cuando descendió del vehículo. Le pagó la carrera al taxista, que todavía la miraba babeando, muerto de la envidia por no tener la suerte de conocer a una mujer tan despampanante, y se bajó la falda del

ajustado vestido, deslizándolo por sus largas piernas. Caminó unos metros subida en unos zapatos de plataforma con un tacón de vértigo, hasta que llegó a la puerta y la abrió para entrar.

Buscó con los ojos a la persona que la estaba esperando, haciendo tiempo tomando una copa en la barra, y, cuando éste la miró, una amplia sonrisa iluminó su rostro hasta llegar a sus ojos, brillantes por la emoción.

Ella hizo un gesto con la cabeza para echar hacia atrás su larga cabellera y, tomando aire profundamente por la nariz, se acercó a él.

—¡Por fin! —exclamó el hombre moreno, alto y guapo con el que había quedado esa noche—. Creía que ibas a darme plantón.

—Siento haber llegado tarde —se disculpó dibujando una sonrisa de pesar.

—No importa, Ana —declaró él, tomando su mano y depositando galantemente un leve roce de sus labios en el dorso de sus dedos—. El caso es que ya estás aquí.

A Adriana le recorrió un escalofrío de repugnancia cuando sintió el sutil toque en su piel, que escondió muy hábilmente con un gesto neutro en su rostro. Estaba acostumbrada a hacerlo. Era algo que sentía con frecuencia cada vez que un hombre la tocaba... a excepción de su mosquetero y, para su desgracia, también de su guapo y exasperante jefe.

—Gracias por ser tan comprensivo, Pol.

Capítulo 13

—No me las des —respondió cortés—. ¿Nos sentamos o prefieres tomar algo antes?

—Si no te importa, prefiero sentarme... —comentó, observando con envidia a los demás comensales—... La verdad es que me muero de hambre.

—Por supuesto.

Pol llamó al *maître*, quién los acompañó a la mesa dispuesta para ellos.

El restaurante, un espacio lujoso con un ambiente íntimo y agradable que recreaba los locales clandestinos de los años veinte en Chicago o Nueva York, azotados por la Ley seca, era uno de los más exclusivos de Barcelona.

Nada de lo que allí había era barato, ni ninguno de los comensales acomodados en las elegantes mesas era poco refinado, sino todo lo contrario, lo que provocó que Adriana se sintiera fuera de lugar en un espacio tan opulento como aquél.

—Para serte sincero, te diré que me alegré mucho de recibir tu llamada... —habló su acompañante después de pedir el vino y unos entrantes—... aunque debo confesar que también me sorprendió. Fuiste tan tajante en tu respuesta a mi oferta de trabajo que creí que no volvería a verte.

Ella desvió la mirada hacia su copa de vino para agarrarla y beber un sorbo.

—Así fue, pero fuiste tan convincente que me dejaste pensando en ello por un tiempo.

Pol sonrió con absoluta satisfacción.

—¿Puedo dar por sentado que has cambiado de opinión?

Adriana lo observó con detenimiento por encima del cristal antes de posar la copa de nuevo en la elegante mesa.

—Puede ser —comentó esbozando una coqueta sonrisa—, aunque todavía tengo mis dudas.

—¿Dudas? —inquirió él arrugando el entrecejo.

—O más bien diría condiciones.

En ese momento fue Pol el que cogió su copa de vino para izarla en alto a modo de brindis.

—Todo en esta vida se puede negociar, ¿no crees?

Ella no contestó. Su única respuesta fue una deslumbrante sonrisa que a él le hizo presagiar una velada entretenida.

—Espero descubrirlo muy pronto.

Después de unos pocos minutos de animada conversación, Adriana advirtió cómo una mujer sentada cerca de ellos se levantaba para salir del restaurante... y su sorpresa fue considerable cuando reconoció a Roser, quien salió apresuradamente después de agarrar con impaciencia su abrigo y su bolso para huir del establecimiento.

Tragó saliva con fuerza y buscó nerviosa a su acompañante en el local, esperando encontrarse con Marc y deseando con todas sus fuerzas que no la hubiera visto. Ya la había perseguido una vez en la fiesta de bienvenida de Pol y había conseguido escapar por los pelos. Sabía, sin ningún género de duda, que no le sería tan fácil hacerlo esa vez.

Su sorpresa fue enorme cuando al único que vio fue al contable de la empresa sentado solo y, evidentemente, haciendo tiempo para disimular que había ido allí con la prometida de su jefe.

Sus miradas se encontraron y, estupefacta, observó cómo bajaba la cabeza con vergüenza y se levantaba para abandonar, él también, el lugar a toda prisa.

—¡Ey!, ¿va todo bien? —preguntó Pol al ver su cara de desconcierto.

Ella a punto estuvo de comentarle lo que había visto, pero en el último momento decidió callar. Por los platos prácticamente sin tocar que los dos *fugados* habían dejado encima de la mesa, era obvio que los había pillado en un momento un tanto comprometido para ambos, y eso le hizo sospechar que esa reunión social no era algo inocente y frívolo, sino un encuentro programado y que querían mantener en secreto ante conocidos.

Además, tampoco podía evidenciar delante del hermano de Marc que conocía tanto a la prometida de éste como a miembros de su empresa, y eso la

hizo mantenerse en silencio. Con todo, no pudo evitar sonreír de forma sibilina al darse cuenta de que, tanto el director contable de su jefe como su prometida creían haberse salido con la suya porque Pol no los había visto juntos. Lo que ellos no sabían era que Adrián, el insignificante chófer, sí lo había hecho.

—¿Qué?! ¡Sí, sí... estoy bien!

Y siguieron cenando como si allí no hubiese pasado nada.

* * *

Adriana observaba la puerta mientras apretaba con fuerza las mantas entre sus pequeños puños cerrados. Debajo del pomo se encontraba una silla, atrancando la entrada tal y como había visto hacer una vez en una película, en tanto su respiración, trémula y agitada, sonaba en sus oídos como si atronase en toda la casa.

—¡Déjame entrar, pequeña puta!

Una voz masculina farfulló aquellas palabras, mientras el pomo volvía a moverse de arriba abajo, esta vez con más fuerza, pues intentaba acceder al interior.

Aterrorizada, desvió la vista hacia su hermanita, que dormía plácidamente en la cama de al lado, sin dar muestras de haber sido perturbado su sueño por la insistencia de aquel malnacido. Entretanto, lágrimas de miedo y angustia recorrían su joven rostro, al mismo tiempo que rezaba con todas sus fuerzas para que el nuevo novio de su madre se cansase y se fuera a dormir la borrachera a otra parte.

Pero su cuerpecillo pegó un sobresalto cuando, instantes después, el tipo forcejeó nuevamente con el endeble tirador de metal.

—¡Deja entrar a *papi*, pequeña!

Adriana se secó las lágrimas rápidamente, buscando el valor suficiente para bajar de la cama y acercarse con cautela a la puerta zarandeada con furiosa brusquedad. Con su raído camisón y su apariencia desvalida, aparentaba ser más pequeña de los siete años que tenía de vida.

—¡Vete! —susurró lo más alto posible pero sin despertar a Tania—. ¡Vete ahora mismo o llamo a mi madre!

Un silencio sepulcral ahogó la habitación durante unos eternos segundos,

hasta que un fuerte golpe en la endeble madera amenazó con echarla abajo.

—¡He dicho que me abras, zorra!! —Dicho esto, el bastardo lanzó una carcajada cargada de maldad—. ¡A la borracha de tu madre no le importa con quién me acueste esta noche!

Adriana corrió atemorizada hacia la cama para esconderse entre las mantas junto a su hermana, quien se había despertado por el ensordecedor golpe.

—Adri, ¿qué pasa? —preguntó la pequeña aún medio adormilada.

Sus ojos parpadearon con lentitud, todavía inconsciente del peligro que las acechaba a ambas. Adriana la observó con temor, maldiciendo a su madre por hacerlas pasar por ese maldito infierno.

—¡Chist... chist... No pasa nada..., duerme! —le susurró, sin ser capaz de evitar una nota de pánico en la voz, intentando a toda prisa tapar su cabecita con la ropa de cama.

Y Tania, asustada por los ruidos de los golpes que el tipo propinaba a la puerta, comenzó a sollozar con fuerza debajo de las sábanas, consciente, ya sí, de lo que estaba ocurriendo.

—¿Es él? —No hizo falta que Adriana le contestara, la maldición que soltó aquella mala bestia le confirmó lo que ya intuía—. ¡Tengo miedo, Adri! —gimió, temblando como una hoja y abrazándose a ella con todas sus fuerzas.

—¡Si no me abres ahora, pequeña zorra, después te irá mucho peor!

Adriana se tapó los oídos con ambas manos en un vano intento por no oír las viles amenazas, al mismo tiempo que observaba cómo crujía la madera por el maltrato propinado por ese ser deleznable, y temió que ésta cediera en cualquier momento.

—¡Chist... Ya está..., ya está... Chist...! —susurró débilmente, mientras se tragaba las lágrimas de impotencia y miedo, y acariciaba a su hermana por encima de la ropa, tratando de tranquilizarla.

—¡No me dejes sola! ¡No quiero estar sola con él...!

Ella tragó saliva con fuerza y, a pesar de lo aterrorizada que se sentía también, rebuscó el valor necesario en su interior para hablarle a su hermana con calma y dulzura.

—¡Nunca te dejaré, Tania! Jamás te dejaré sola, hermanita... ¡Lo juro!

Y cuando sintió que la puerta cedía bajo el brutal peso de Ramón, advirtió cómo el orín húmedo y caliente mojaba sus piernas, logrando que despertara de

aquella maldita y aterradora pesadilla.

La confusión la mantuvo aturdida durante unos segundos. Empapada en sudor y con la respiración agitada, Adriana poco a poco fue siendo consciente de que todo había sido un horrible sueño, y que se encontraba sola y a salvo en su casa.

Se bajó de la cama para dirigirse, tambaleante, hacia el cuarto de baño. Cuando llegó al lavabo, se agarró con fuerza a la pileta, al mismo tiempo que unas fuertes arcadas le subían por el esófago, quemándole la garganta. Alzó los ojos para verse en el espejo. Tanto el pelo húmedo y pegado a su rostro como su aspecto demacrado y ceniciento evidenciaban lo mal que se sentía tanto por dentro como por fuera. De súbito otra arcada le subió con fuerza, casi impidiéndole llegar a tiempo al inodoro y echar toda la cena. Cuando terminó, accionó la cisterna y cerró la tapa, quedándose unos segundos apoyada en ella, hasta que los sollozos hicieron temblar sus hombros y la angustia la desgarró por dentro.

Jamás creyó que el dolor por echar de menos a alguien fuera tan intenso... pero Adriana, esa noche, no sólo lloraba por extrañar terriblemente a su hermana, sino por haberle fallado y no cumplir su promesa de no dejarla nunca sola. La culpa la ahogaba, asfixiándola de forma brutal.

—¡Lo siento tanto, Tania! —sollozó con infinita tristeza—. ¡Perdóname, hermanita! ¡Perdóname por no estar contigo cuando más me necesitabas!

Y sintió como si la fría y desnuda piedra de la tumba de su melliza le congelara el corazón hasta llegar a su misma alma.

* * *

Horas más tarde, Adriana llegó a la mansión en busca de Marc, tal y como había hecho desde que empezara a trabajar en Montellà & Fills Publicitat. Su jefe se subió al coche gruñendo un «buenos días» y ella supo que no estaba de buen humor. Observó cómo metía las marchas de forma brusca y la impaciencia que demostraba en cada semáforo en rojo que se topaban.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó cuando su curiosidad ya no le permitió aguantar más.

Él le lanzó una breve mirada de soslayo que hizo que ella arqueara una ceja.

—Mi paraíso está perfecto —respondió entre dientes—, ¿y el tuyo?

Adriana arrugó el ceño sin entender a qué se refería, hasta que recordó la conversación de la noche anterior.

—¿Todavía estamos así?

—Así... ¿cómo?

—Molesto por algo que no es de tu incumbencia.

Marc boqueó varias veces, incrédulo por su osadía, a pesar de saber que tenía razón. Muy en contra de su buen juicio, había pasado una buena parte de la noche pensando en quién sería la cita de su empleado y, sobre todo, en qué estaría haciendo en ese momento. Y frustrado consigo mismo, por no conseguir entender qué demonios le ocurría con Adrián, se dedicó a jugar a la videoconsola, matando zombis como un poseso hasta que se hartó.

—¿Molesto, yo? ¡Por favor, no digas tonterías!

—Bien, me alegro de que reconozcas al fin que es una tontería.

—Yo no reconozco nada.

Ella lo miró con suspicacia entrecerrando los ojos.

—¿Estamos empeñados en llevar la contraria esta mañana?

—El único que lleva la contraria aquí eres tú y eso me saca de quicio —respondió disgustado—. Yo estaba muy tranquilito hasta que, como siempre, has abierto esa boca que tienes.

Ahora a la que le tocó boquear como un pez fue a ella.

—¡¡Ja!! —le soltó de repente, mordiéndose la lengua por no decirle lo que realmente pensaba.

Marc giró en la calle para dirigirse hacia el garaje del edificio donde se encontraban sus oficinas.

—¡¡Ja, ¿qué?!!

Ella se cruzó de brazos sin querer comenzar una disputa de nuevo e hizo un puchero de disconformidad.

—¡¡Ja, nada!!

—¡No, suéltalo! —la retó mientras pulsaba el botón del mando a distancia del garaje—. Di lo que tengas que decirme, para eso te pago.

—Noooo, amigo, no me pagas lo suficiente como para tener que aguantar esto —soltó impulsivamente—. Ya tengo suficiente con los sermones de Ricky como para tener que soportar los tuyos también.

—¡¡Ajá!! —saltó satisfecho de haberlo pillado al fin—. Entonces, reconoces que ponerle los cuernos a tu novio anoche no estuvo bien.

—Yo no he dicho eso —replicó cuando Marc apagó el motor después de estacionar el vehículo—. Y ya no sé cómo demonios explicarte que Ricky no es mi novio.

—Tú nunca quieres decir eso, pero, en resumidas cuentas, lo dices.

Ella salió furiosa del coche, cerrando, a continuación, la puerta de un golpe seco.

—¡¡Ey, más cuidado!

Adriana, cada vez más enfadada, ignoró esa reclamación mientras se dirigía al ascensor.

—¡¡Arrrrggg, tú sí que me sacas de quicio!! —le gritó exasperada por su terquedad—. Siempre tergiversando todo lo que digo.

—¿Yo, tergiversando? —cuestionó incrédulo, al mismo tiempo que pulsaba el botón para llamar al elevador.

—¡Sí, tú! —afirmó, convencida de tener razón—. Tienes la extraña habilidad de darle la vuelta a todo lo que digo.

Marc, estupefacto, elevó ambas cejas.

—¡Vaya! Resulta que ahora tengo una extraña habilidad para oír lo contrario de lo que quieres decir.

—Pues sí, así es.

—Ya... claro —bufó, mientras que, ofendido, se apoyaba en la pared después de marcar el piso y luego se cruzaba de brazos.

—¿Lo ves...? Lo estás haciendo de nuevo —le reprochó molesta, cruzándose de brazos ella también—. No sólo tergiversas todo lo que digo, sino que, además, no me crees cuando te lo digo.

—Quizá tenga motivos para no creerte, ¿no crees?

—No entiendo por qué dices eso... —Y Adriana tuvo que desviar la mirada al hacer la siguiente afirmación—... Nunca te he mentado.

—¡¡Ja!! —replicó asombrado por su desfachatez—. Y yo no entiendo por qué tu empeño en negarlo, cuando os vi besaros, ¿lo recuerdas?

—Estabas borracho —murmuró ella, arrugando el entrecejo, desconcertada al descubrir esa información.

—¡Pero no ciego!

—¿Y te acuerdas?

—Me acuerdo perfectamente.

Adriana puso los brazos en jarras al presentir que el que la había estado engañando durante todo ese tiempo había sido él, al fingir no recordar el beso entre ambos.

—¿De todo?

De pronto Marc enmudeció.

«¡¡Oh, mierda!!»

Se rascó la frente con el pulgar y bajó su arrogante mirada al suelo.

—No, de todo no —farfulló incómodo al tener que admitirlo.

—Disculpa, de pronto no te oigo bien.

Él alzó la cabeza y lo miró furioso.

—Tengo lagunas, ¿vale?!

—¡Oh, vaya! Y da la casualidad de que sólo te acuerdas de lo que te interesa. Qué conveniente, ¿no?

Marc se acercó peligrosamente, plantándose, furioso, delante de ella.

—¿Me estás llamando mentiroso?

Adriana le sostuvo la mirada sin dejarse intimidar, y apoyó su dedo índice en su pecho, señalándolo varias veces con él.

—¡¡¡¿No-me-lo-estás-llamando-tú-a-mí?!!!!

En ese instante la puerta del ascensor se abrió, dejando aparecer a una más que alegre Nines, que se dirigía a otra planta para recoger unos informes.

—¡Muy buenos días!

Los dos giraron la cabeza hacia ella, todavía con los ojos cargados de ira contenida, logrando que la secretaria enmudeciera en el acto.

—¿Va todo bien? —preguntó la mujer, después de tragar saliva con dificultad.

Ambos, al unísono, contestaron:

—¡No!

Y salieron del ascensor para dirigirse, cada uno, en direcciones opuestas hacia sus respectivos despachos.

* * *

El resto del día transcurrió con normalidad... si se puede llamar normalidad al hecho de tener dos compinches como Nines y Lesly trabajando para ella de incógnito.

En esos momentos se encontraban las tres en su pequeña oficina, poniéndose al día sobre los avances que habían hecho, pues ambas habían entrado en el resto de despachos de los directivos, con excusas perfectas por si eran pilladas, aprovechando momentos en los que no se hallaba nadie dentro, para hacer copias de seguridad de sus discos duros.

Adriana, terca como era, se valió de esa circunstancia para dejar atrás la pesadilla que había sufrido esa mañana, soñando con uno de los peores momentos de su niñez, para ignorar y esconder en lo más profundo de su ser las malas experiencias vividas. Y también intentó olvidar la discusión con su jefe, cosa que hubiese logrado a no ser por las continuas pullas que le echaba la secretaria para intentar sonsacarle información.

—¿Así que ahora ya no sois amiguitos?

—Nunca hemos sido amigos. Él es mi jefe, y yo, su empleado. Punto

—Sí, es cierto —confirmó la mujer con una sonrisa pretenciosa bailando en su rostro—, pero debes de ser el empleado del mes para que te dé masajes en el cuello. Yo ya he perdido la cuenta de los años que llevo trabajando aquí y como mucho sólo he recibido el aguinaldo de Navidad.

Adriana bufó con fuerza, dejando claro con esa actitud de desagrado que ya estaba cansada de la conversación.

—Piensa lo que quieras, Nines.

De súbito Lesly se llevó la mano a la boca al tener una idea esclarecedora.

—¿Y si Marc sospecha que no es un hombre?

—No lo sabe, Lesly, te lo aseguro —afirmó ella, convencida.

—Eso explicaría muchas cosas... —murmuró la secretaria por lo bajo, tocándose la barbilla simulando estar pensando en ello.

Adriana elevó los brazos al cielo pidiendo paciencia.

—¡No inventes, ¿quieres?! —rezongó molesta al considerar que la broma estaba llegando demasiado lejos—. Sabes perfectamente que, si Marc tan siquiera sospechara que lo he estado engañando durante todo este tiempo, ahora mismo tendría mi culo enterrado y olvidado en la cárcel.

—Sí, pero...

—¡Pero nada! —estalló al fin—. ¿Quieres saber por qué nos enfadamos esta mañana? ¡Muy bien! Tu jefe está cabreado conmigo porque el muy lumbreras cree que le estoy poniendo los cuernos a Ricky con otro hombre. ¿Estás contenta?

Dicho esto, recogió unos papeles que tenía encima de la mesa para simular estar ordenándolos, obviando que las dos mujeres la miraban con los ojos desorbitados y las bocas descolgadas a punto de desencajárseles.

—¿Quién es Ricky? —se atrevió a preguntar la recepcionista unos minutos después de asimilar la noticia.

—No es nadie —refunfuñó molesta consigo misma por dar más información de la que debía.

Adriana le echó una mirada furtiva a la secretaria, mosqueada porque estuviera tan callada, y se llevó la taza del café, que minutos antes le habían traído, a la boca... sin esperarse en ningún momento lo que ésta dijo a continuación.

—Si no fuera nadie... Marc no estaría tan celoso de ese tal Ricky.

De repente, el líquido amargo salió disparado de su boca como un aspersor, y la secretaria se echó hacia atrás en su asiento de forma instintiva para evitar que el café manchara su ropa, con la suerte de que la pantalla del ordenador paró el grueso del escupitajo, llevándose la peor parte.

—¡¡¿Estás loca?!!

La mujer achicó los ojos y la miró con enfado, al mismo tiempo que secaba diminutas manchas en el tejido de su traje con un pañuelo de papel.

—¿Podrías tener un poco más de cuidado?

Adriana exhaló aire con fuerza, atónita por su actitud displicente.

—Discúlpeme usted, no quería importunarla.

La secretaria cerró los ojos y negó con la cabeza, al mismo tiempo que dibujaba una sonrisa de regodeo.

—Y yo no sabía que no pudieras encajar las verdades.

Ella se sentó recta en su silla y colocó las manos unidas entre sí encima de la mesa después de soltar un suspiro de cansancio.

—¿Qué verdad, Nines? Lo que acabas de decir es un auténtico disparate.

—¿Tú crees? Yo no estaría tan segura.

—Estás hablando de Marc, tu jefe; lo sabes, ¿no?

Lesly intervino, creyendo al igual que Adriana que su compañera no lo había entendido bien.

—Sí, Nines, estamos hablando de Marc. Es imposible que se sienta atraído por un hombre.

—Sé perfectamente de quién estamos hablando.

Adriana apoyó la cabeza en una mano y después se frotó la frente, incrédula ante tanta necedad.

—Pues, si lo sabes, no entiendo a qué ha venido ese comentario... y menos si supieras quién es Ricky y las circunstancias en las que tu jefe lo conoció.

—¿Quién es Ricky? —preguntó de nuevo la recepcionista.

Adriana las miró a ambas, y fue retada a contestar cuando la secretaria hizo un gesto con la cara para que respondiera a la pregunta, pero ella quería mantenerlo al margen a toda costa.

—Habíamos quedado en que ya no habría más secretos entre nosotras, ¿no es así?

Ella le lanzó una mirada de desagrado a su amiga. Sabía que Nines tenía razón, pero le fastidiaba sobremanera romper su palabra sobre algo que ella misma había impuesto.

—Ricky es mi mejor amigo; durante la semana trabaja como guarda de seguridad en el supermercado que hay debajo de mi apartamento, pero los fines de semana...

—¿Sí...? —Lesly la instó a que siguiera hablando—. ¿Qué pasa los fines de semana?

A Adriana le costaba decir las siguientes palabras, y no por que sintiera vergüenza de lo que hacía su amigo por las noches en el Survive, sino porque Ricky era muy celoso de su intimidad y no quería que nadie que él no decidiera supiera de su doble identidad. Con todo, les había prometido a las chicas ser completamente sincera con ellas. No más engaños ni secretos ocultos.

—Los fines de semana trabaja como Rita la Conejita Divertida, en uno de los locales de moda de Barcelona.

—¡Madre mía! ¿En serio? —exclamó la recepcionista, asombrada.

Adriana asintió, y la boca de ésta volvió a descolgarse una vez más en pocos minutos, en tanto la secretaria las miraba de hito en hito sin entender nada.

—No comprendo...

Lesly se giró hacia su compañera para explicárselo.

—Rita la Conejita Divertida es una de las *drag queens* más conocidas de la ciudad.

—Y Marc conoció a Ricky disfrazado de Rita —aclaró Adriana de inmediato, para que la mujer entendiera que iba muy desencaminada con sus disparatadas suposiciones.

Nines abrió los ojos, único gesto que delató su sorpresa. Después de recuperarse de la impresión, cruzó las piernas, apoyó las manos en su regazo y dijo con extrema seriedad:

—Quiero conocerlo.

Capítulo 14

Marc conducía el coche camino a la mansión y a su lado, todavía enfurruñado y con los brazos cruzados, iba el hombre que lo estaba llevando a la locura. Porque... sí, tenía que admitirlo por el bien de su paz mental: se sentía fuertemente atraído por Adrián... para su desgracia.

Lo miró de reojo y se le escapó un suspiro de pesar. No habían hablado de la discusión mantenida en el ascensor esa mañana; en realidad, no habían cruzado apenas una palabra desde entonces. Y aunque no quería estar molesto con él, no sabía si estaba preparado para discutir nuevamente sobre lo ocurrido aquella noche.

Cuando su chófer le preguntó si se acordaba de todo, por su expresión creyó intuir que había sucedido algo más de lo que en un principio le había contado, dejándolo con la duda de si realmente aquel beso, que él creía parte de un sueño, había tenido lugar o no... y si su intuición era acertada, entonces...

«¡Dios santo!»

Marc se negaba tan siquiera a pensarlo e, incómodo, se rascó la frente con el pulgar.

Jamás en la vida se había planteado que pudiera ser... ¿Qué?, ¿bisexual? ¿Qué otro nombre tenía, sino, lo que sentía por él? Así se llamaba a las personas a quienes les gustaban ambos sexos, ¿no? Pero lo más curioso era que sólo se sentía atraído por un hombre en concreto: por Adrián.

Miraba a los demás congéneres de su alrededor con curiosidad y no sentía nada. Sólo él le aceleraba el corazón de esa forma tan intensa. Había algo en ese muchacho que lo hechizaba sin remedio, seduciéndolo como la luz de una bombilla a una polilla. No obstante, él luchaba con todas sus fuerzas contra esa

atípica atracción. Sin embargo, que combatiera contra ella no significaba que no la admitiera... también, muy a su pesar.

Lo miró de nuevo de soslayo, preguntándose qué tendría de especial para tenerlo tan fascinado. ¿Su inclinación por otros hombres quizá? No lo creía. Marc tenía amigos gays y nunca se había sentido atraído por ninguno de ellos; por tanto, esa posibilidad quedaba descartada. ¿Su físico? Tampoco. Aunque debía admitir que tenía un buen trasero, Adrián físicamente era desgarbado, no demasiado alto para ser hombre, con unas facciones tirando a femeninas, por no decir andróginas, y no era nada del otro mundo. Vamos, que no lo contrataría de modelo para alguna de sus campañas de publicidad. ¿Su carácter? En fin, sin comentarios al respecto. Entonces...

«¡¡Demonios, no tengo ni idea!!»

Y eso, definitivamente, era lo que lo estaba volviendo loco.

—¿Quieres dejar de echarme miraditas? —le sugirió su chófer, tal y como sospechaba, aún enfadado por la discusión de esa mañana—. Si tienes algo que decirme, hazlo ya.

Marc chasqueó la lengua con una mueca de desagrado por ser tan borde con él. Todavía no entendía por qué le permitía tomarse esas libertades, teniendo en cuenta que él era el jefe y que...

«¡¡Mierda!!»

Quizá tuviera que ver el hecho —poco importante, todo había que decirlo— de habérselo pedido expresamente, además de pagarle generosamente por ello, claro está. No obstante, una cosa era que fuera sincero con él y le dijera lo que pensara, y otra muy distinta que fuera un maleducado.

—Tú también podrías derrochar un poquito de amor, ¿no crees, Adrián? —le reprochó, usando sus mismas palabras en su contra—. ¿Quién es ahora el sieso aquí?

Adriana jadeó, atónita por la comparación.

—Muy poco amor puedo derrochar hacia ti cuando me has llamado mentiroso a la cara.

Marc paró el coche delante de un semáforo y, como no quería discutir sobre lo mismo, pues aún no estaba listo para hacerlo, tiró balones fuera.

—Tú siempre quejándote por nimiedades —alegó, mirando hacia el frente, pues no quería que viera el miedo reflejado en sus ojos. No sabía cómo actuar si

su empleado tuviera, tan siquiera, una ligera sospecha de que sentía algo por él. Continuó hablando después de aclararse la garganta—: No puedes seguir viviendo anclado en el pasado, Adrián. Tú mismo me lo has recordado hace poco.

Adriana abrió la boca e, incrédula, parpadeó repetidamente ante lo que oía.

—¿Nimiedades, dices?

—Exacto —respondió, metiendo primera y dejando el semáforo atrás.

—¿Anclado en el pasado?

—¡Ajá!

—¡Pero si ha sido esta misma mañana!

—Nimiedades, ¿ves?

Ella abrió la boca para decirle lo que realmente pensaba, pero al final lo meditó mejor.

—Qué puedo decir; estoy aprendiendo del mejor.

El rostro de Marc mudó a la sorpresa, pues en ningún caso esperaba ni esa reacción ni esa respuesta. Después de unos segundos, una sonrisa de respeto y admiración bailó en sus labios para, acto seguido, soltar una fuerte carcajada.

—Veo que lo haces. ¡Mi más sincera enhorabuena!

Ella lo miró con cierto recelo, para ser, finalmente, incapaz de callarse y soltarle lo primero que le vino a la mente.

—Una de dos: o el accidente te dejó secuelas o te falta un hervor.

Él no se enfadó, pues con ello evitaba el tenso ambiente habido antes entre los dos, y le lanzó una divertida y fugaz mirada.

—Y no sonrías así, mi intención no era piropoarte —le espetó, sin saber muy bien si seguir enfadada o no, pero no pudo evitar sonreír cuando él se volvió a carcajear. Esa deslumbrante y sexy sonrisa la desarmaba como ninguna antes, logrando que su corazón se saltara un latido y el vello de su nuca se erizara mandándole descargas placenteras.

Siempre estaba tan serio y tan tenso que ella se alegraba de verlo, aunque fuera sólo por un momento, relajado y feliz.

Ese instante fue interrumpido por un mensaje entrante en el móvil de Adriana.

—¿Es el querido reclamándote? —preguntó Marc de forma cortante, esfumado el momento de hilaridad que habían disfrutado tan sólo unos segundos

antes.

Los celos eran un sentimiento nuevo para él y todavía no sabía cómo gestionarlos.

—Y vuelta la burra al trigo —murmuró ella poniendo los ojos en blanco—. Dímelo tú, que dispones de más información que yo. Por lo visto tengo tantos amantes que ya he perdido la cuenta.

—No sé por qué te ofendes. Tampoco sería tan raro, ¿no?

—¿Me estás llamando vicioso?

—No, simplemente me remito a lo que dicen las estadísticas. Está comprobado que los homosexuales son más promiscuos que la media.

Adriana bufó atónita por sus palabras tan arcaicas y cerradas de mente.

—¡Oohh, por favor! No generalices, ¿quieres? Es una actitud tremendamente fea y muy injusta. Ni todos los homosexuales son promiscuos ni todos los heterosexuales les ponen los cuernos a sus mujeres.

—No generalizo, sólo transmito los análisis y datos aportados que han estudiado los organismos acreditados a lo largo de los años.

Ella, hastiada, se cruzó de brazos y chasqueó la lengua en un claro gesto de discrepancia.

—Tus palabras, además de pedantes, atufan completamente a machismo.

Él arrugó el ceño, desconcertado, al mismo tiempo que giraba en la calle.

—¿Pedante?

—Así es.

—¿Machista?

—Por completo, y tu simple pregunta lo demuestra —afirmó convencida.

Marc detuvo el coche un momento a un lado, para poder prestar toda su atención y entender a qué diablos se refería exactamente.

—¿Qué tiene que ver el machismo con lo que estamos hablando?

—Pues algo tan sencillo como la firme y antediluviana creencia que por desgracia se mantiene hoy en día sobre que, si una mujer sale con muchos hombres, es una puta; si un homosexual sale con muchos hombres, es un vicioso promiscuo... pero si un machito heterosexual sale con muchas mujeres, entonces es un campeón y hay que hacerle la ola.

Él arrugó el entrecejo, y por un fugaz momento le vino a la mente una discusión mantenida con otra persona en una fiesta de disfraces en su jardín

tiempo atrás.

—Yo no he dicho eso.

Adriana se puso a jugar con los pelitos de su perilla falsa mientras ponía cara de concentración.

—¡Uy, a mí esa frase me suena! Será que le estoy pillando el gusto, «yo también», a tergiversar las palabras.

Marc, irritado, se giró en su asiento para mirarlo de frente.

—Pues sí, lo estás haciendo... y a propósito, además. Y eso sólo hace que me cuestione si no estás tan a la defensiva porque te sientes culpable.

—¿Yo, a la defensiva?

—Sí, tú. Cada vez que te pregunto, te revuelves como un gato panza arriba.

—Puede ser porque no es de tu maldita incumbencia —respondió ella enfadándose también por momentos.

—Puedes verlo desde ese punto vista...

—¡Sólo hay ese maldito punto de vista!

—... o puede ser porque te sientes mal contigo mismo cada vez que te pregunto. Los remordimientos son un fastidio, Adrián, lo sé por experiencia.

—¡¡Oohh... Dios!! —exclamó ella haciendo un gesto de exasperación con las manos—. ¡Eres imposible!

—Vuelves a estar a la defensiva.

Adriana aspiró aire con fuerza por la nariz y después lo expulsó lentamente.

—Está bien, tienes razón —admitió a regañadientes, bajando la voz para intentar calmarse y no perder los nervios—. Quizá esté a la defensiva cada vez que me preguntas sobre mi vida personal y sentimental. Pero no puedes reprochármelo, pues, cada vez que te he contestado, no me has creído o has malinterpretado mis palabras.

—Te creería si me dijeras la verdad o no evadieras las preguntas.

—Te la he dicho.

Marc arqueó las cejas ante tamaño embuste. Estaba decidido a descubrir quién era su amante secreto costara lo que costase.

—No es cierto —terqueó sin dar su brazo a torcer—. No soy estúpido, ¿sabes? Sé reconocer una mentira a leguas, así como cuando alguien intenta ocultarme algo.

En ese instante le tocó a ella elevar ambas cejas por la ironía de esas

palabras.

—Tú no reconocerías una mentira ni aunque te diera de lleno en la cara.

Él apretó los dientes con fuerza y ella supo que su boca la había metido en problemas otra vez.

Adriana había sido demasiado optimista cuando semanas antes había decidido infiltrarse en la agencia para descubrir al asesino o asesina de su hermana. En aquel momento no tenía ni idea de lo duro y difícil que iba a ser mantener su tapadera y no involucrarse personalmente. Y sabía, sin ningún género de duda, lo furioso que se pondría Marc con ella si descubría toda la sarta de mentiras que le había dicho desde que lo vio la primera vez.

—¿Qué quieres decir con eso? —exigió saber él, amenazante.

—Nada —balbuceó, evitando a toda costa su mirada y buscando una salida rápida a su metedura de pata.

—¡Adrián...!

—¡Está bien, tú ganas! ¿Quieres saber con quién he quedado esta noche? — le preguntó retándolo con la mirada. En la policía le habían enseñado que a veces la mejor defensa es un buen ataque o, en su defecto, desviar la atención de lo que quieres ocultar a toda costa. Y, en ese instante, ésa era su mejor estrategia —. Pues bien, para que lo sepas, aunque no sea de tu maldita incumbencia, he quedado con las chicas en tomar algo esta noche... porque quieren, vete tú a saber por qué, conocer a Ricky en persona.

—¿Las chicas... ? —interrogó Marc, estupefacto al no esperarse esa respuesta tan absurda—. ¿Qué chicas?

—Nines y Lesly, por supuesto.

Durante unos tensos segundos, Marc clavó su penetrante y oscura mirada en ella, que pudo sentir cómo la taladraba intensamente por dentro, a pesar de la penumbra que los rodeaba en el interior del vehículo.

Adriana tragó saliva con fuerza al intuir que él no la había creído... cuando de pronto Marc arrancó el coche y maniobró, girando en redondo en la calle, para dirigirse de nuevo hacia el centro de la ciudad.

—¿Qué haces?

Su respuesta fue escueta y concisa, y para nada esperada.

—Eso tengo que verlo.

* * *

Veinte minutos después de sacarle, a regañadientes, la dirección del lugar de encuentro acordado, Adriana entraba en la cafetería cercana a su casa donde solía quedar con Ricky a cenar una hamburguesa de vez en cuando, seguida muy de cerca por el exasperante cabeza dura y toca narices de su jefe.

Era temprano, pues habían quedado un poco más tarde para darle tiempo suficiente a deshacerse de su disfraz de chófer, por lo que ni sus compañeras ni su amigo habían llegado todavía. El local era amplio, moderno y con mucha luz natural, aunque a esas horas lo que inundaba el espacio eran los potentes fluorescentes. En realidad, lo que le confería un halo especial y acogedor eran el personal y el propietario, que se desvivían por la clientela de siempre.

Cabreada por su mala suerte, se dejó caer en la silla de una de las mesas vacías del establecimiento y le lanzó una mirada cargada de hostilidad a Marc cuando éste se sentó justo enfrente de ella.

—¿Todavía sigues cabreado por que haya venido? —preguntó él, agarrando el menú y echándole un desinteresado vistazo.

—¿Tú qué crees? —gruñó sin dejar de mirarlo para dejar constancia de su irritación.

Marc desvió la mirada del panfleto plastificado para posarla alegremente en su empleado.

—Pues no entiendo por qué —adujo, evitando sonreír abiertamente ante la satisfacción de ver molesto a su acompañante—. A Lesly y a Ángeles las conozco sobradamente y dudo de que les parezca mal mi presencia esta noche.

—¡Ja! —soltó con sarcasmo—. Seguro que, después de aguantarte todo el día en la oficina, su mayor ilusión es verte fuera del trabajo.

Él depositó el impreso con suavidad en la mesa al mismo tiempo que su sonrisa se hacía más ancha.

—Deduzco que tu enfado no es por ellas, sino por el hecho de que se me pueda escapar, inocentemente claro, algo sobre ese secretito que tanto quieres ocultarle a tu novio.

Adriana entrecerró los ojos con rabia contenida.

—¿Tú no tienes una prometida en algún lugar esperándote? ¿O tu vida es tan aburrida que sólo te diviertes fastidiando a los demás?

—¿Estamos otra vez a la defensiva, Adrián?

Ella se echó hacia delante en la mesa para dejarle las cosas claras.

—Estoy deseando que llegue ese momento para ver la cara que se te queda cuando Ricky te diga que sólo somos amigos.

Marc le enseñó los dientes con prepotencia y ella lo amenazó furiosa.

—Tranquilo, el que ríe último, ríe mejor.

Justo en ese instante entró el mencionado por la puerta, quien, al percatarse de su presencia, se acercó inocente a la mesa sin saber la que le esperaba esa noche. Su rostro fue variando de la alegría a la extrañeza por verla vestida, todavía, con el disfraz de chófer.

—¿Qué haces todavía vestida así? —planteó al acercarse a la mesa—. ¿No has podido pasar por casa a cambiarte? Yo ya me he librado del uniforme de segurata.

Adriana se apresuró a interrumpirlo cuando se dio cuenta de que su amigo se había dirigido a ella en femenino.

—Ricky, ¿te acuerdas de mi jefe?

Éste, que no se había fijado en el hombre que estaba sentado de espaldas a él en la mesa, desvió su interés hacia Marc.

—*Hellooooo!* —saludó él moviendo la mano en un gesto muy femenino en cuanto obtuvo su atención.

Y cuando su vecino, desconcertado, giró la cabeza para mirarla de nuevo, ella, que se encogió de hombros, compuso una mueca entre avergonzada y compungida.

Capítulo 15

—No esperabas verme, ¿verdad? —le preguntó Marc, cuando el guarda de seguridad, confundido por la situación, se sentó a la mesa.

Éste miró con nerviosismo a Adriana para, acto seguido, contestar al hombre que tenía sentado de frente y que esbozaba una extraña sonrisa de deleite.

—La verdad es que no.

—Ya, me imagino... —afirmó, relamiéndose por dentro al ver el rostro de angustia de su empleado—. Hay tantas cosas que desconoces... ¿no es cierto, Adrián?

Ella lo observó lanzando dagas por los ojos y Ricky la miró sin entender a qué venía aquella indirecta.

—Por cierto... —continuó Marc obviando el enfado de su chófer—..., me alegro mucho de verte por fin el rostro.

—Gracias —balbuceó el guarda, sin saber muy bien cómo tomarse aquellas palabras—. Yo me alegro de verte esta vez sobrio.

Adriana se reclinó en el asiento, cruzándose de brazos y elevando las comisuras de los labios en un gesto de satisfacción, cuando vio la mueca de desagrado de su jefe. Ahora le tocaba a ella disfrutar.

—Ejem... —carraspeó Marc, incómodo—. Todos tenemos noches locas, ¿no?

—Por supuesto.

Dicho esto, un tenso silencio reinó en el lugar pues ninguno de los tres dijo nada.

—Cuéntame algo más sobre ti, Ricky —intervino Marc para aliviar la incomodidad—. ¿Desde cuándo te disfrazas de mujer? —Cuando se dio cuenta

de que ambos hombres enmudecían ante la pregunta tan ofensiva que había realizado, se apresuró a aclarar—. No me interpretes mal, no tengo nada en contra de las *drag queens*, al contrario... es sólo que esos disfraces y plataformas me parecen tan incómodos que me asalta la curiosidad de saber por qué alguien en su sano juicio quiere llevarlos a propósito.

—Es difícil de explicar —respondió éste después de unos tensos segundos, valorando la posibilidad de levantarse y marcharse de allí... pero no lo hizo por el miedo a las consecuencias que podría sufrir Adriana.

No entendía qué demonios estaba ocurriendo allí, ni por qué tenía que verse en la obligación de darle explicaciones a un extraño, pero sabía que jamás la dejaría sola ante el peligro.

—Me imagino.

Ricky lo observó durante un instante para saber si se estaba mofando de él y, cuando tuvo claro que no era así, prosiguió hablando.

—Disfrazarme, como tú lo llamas, es simplemente una faceta más de mi vida. No me define como persona, simplemente me gusta hacerlo... me divierte... Deja que una parte de mí se exprese libremente... de igual forma que se hace a través del cine, o la música, viajar, escribir o pintar.

—Humm... Estarás de acuerdo conmigo en que no es lo mismo.

—¿Por qué? ¿Por que no lo hace la mayoría? —protestó él ante su planteamiento—. A grandes genios que catalogaron de excéntricos en su época no los entendieron. Eran demasiado avanzados para su tiempo. Si no, fíjate en Picasso, Dalí, David Bowie y otros tantos como ellos.

—¿Quieres decir que te consideras un superdotado?

—No, en absoluto. Mi planteamiento es que, lo que hace años era algo impensable y considerado casi como una herejía, ahora es de lo más cotidiano y no se cuestiona.

—Comprendo.

—De igual modo, mi vida es muy normal y tranquila. Tengo un trabajo muy rutinario y vulgar como guarda de seguridad en un supermercado de barrio durante la semana. También disfruto de buenos amigos, salir a cenar de vez en cuando, el fútbol, etc. Como ves, caprichos muy simples.

Marc bufó, en desacuerdo con esa última parte.

—Tan simples no son.

Ricky arrugó el ceño al no entender a qué se refería.

—¿Qué quieres decir?

Él desvió la vista hacia su empleado.

—Pues que te gustan demasiado jovencitos, ¿no crees?... —respondió con un tono de reproche—... Podrías ser su padre. —Y volviendo su atención hacia él, remató—: Y disculpa mi impertinencia, pero no me extraña que se haya buscado a otro.

El guarda le lanzó una mirada de estupor a Adriana y ésta observó a su jefe con un brillo letal en los ojos. Si las miradas matasen, Marc estaría irremediabilmente fulminado.

—¿De qué habla? —interrogó, cada vez más desconcertado.

Marc se echó hacia atrás en la silla, acomodándose, para poder disfrutar mejor del espectáculo.

—Sí, Adrián, explícale de qué hablo.

Adriana, que tamborileaba cada vez más furiosa con los dedos encima de la mesa, sonrió con suficiencia. Iba a disfrutar de la cara de estúpido que se le iba a quedar en el momento en que comprendiera que andaba muy equivocado. Y le haría disculparse con ella de rodillas.

—Tranquilo, Ricky... aquí, mi jefe, está empeñado en que tú y yo somos pareja.

Y su amigo no fue consciente de la sonrisa abierta que dibujó el rostro de Adriana, al ver la mueca de sorpresa de Marc por ser ella misma quien lo admitiera de frente.

—¿¡Qué?! —exhaló el guarda, estupefacto—. ¿¡Está loco?!; ¡pero si podrías ser mi hermana! —Y en cuando advirtió el gesto de extrañeza en el hombre que tenía delante, se apresuró a corregir su metedura de pata—. Mi hermano... quería decir mi hermano.

—Entiendo —manifestó Marc, pensativo.

De pronto en la cabeza de Adriana saltaron todas las alarmas, al ser consciente de que quizá su amigo la hubiera desenmascarado.

—¿Qué entiendes, Marc? —planteó con prudencia—. ¿Qué es exactamente lo que entiendes?

Éste mantuvo su expresión inescrutable y ella se olvidó de respirar, esperando, expectante, su respuesta.

—Entiendo que te hayas buscado a otro si este patán se avergüenza de vuestra relación.

—¿Perdón?! —exclamó Ricky, todavía sin salir de su asombro.

—Discúlpame por hacer que te hayas enterado de esta forma... —alegó Marc pidiendo excusas por las formas—... pero sí, tienes que saber que el hombre que tienes a tu lado te es infiel. Pero no me extraña que se haya buscado a otro si no eres capaz de darle el lugar que se merece; algo, por cierto, muy reprochable por tu parte. Estas situaciones nunca acaban bien, te lo digo por experiencia.

—¡Eso no es cierto! —siseó rabiosa.

—¿Qué parte, Adrián? La de que eres como un hermano para él, la de que se avergüenza de ti por la diferencia de edad, la de que no tienes un amante...

—¡Todas y cada una de ellas!

—Pues dime con quién quedaste ayer —le exigió él en el mismo tono.

Adriana se echó hacia delante, fulminándolo con la mirada.

—¡Eres el hombre más terco, más cabezota y más necio que he tenido la desgracia de conocer en toda mi vida!

Marc también se inclinó hacia delante en su asiento, para acercar su rostro al de su empleado.

—¡Lo mismo digo!

—¡Eres imposible!

—Y tú, cuando mientes o evades la pregunta, te pones a la defensiva, *querido*.

Ricky, atónito, los observaba sin dar crédito. Si alguien le preguntara en ese momento, podría jurar, ante lo más sagrado, que el jefe de su mejor amiga estaba celoso... de *él*. ¿Cómo podía ser eso posible? ¿Acaso a Marc le gustaban los hombres? Adriana nunca le había comentado nada respecto a eso y, por lo que él sabía, estaba prometido y a punto de casarse con una mujer. Entonces... ¿a qué demonios venía todo aquello?

—¡Basta! —estalló para llamar la atención de ambos. Y, acto seguido, miró a su alrededor, avergonzado por ser partícipe de aquel escándalo—. No te está mintiendo, Marc. Adri significa mucho para mí, lo admito, pero únicamente como amigo. Es más, puedo decir con orgullo que lo considero como un hermano... la escasa familia que me ha aceptado después de saber a qué me dedico los fines de semana en el *Survive*. Es de las pocas personas que conozco

que no me juzga, que me acepta tal y como soy, pero jamás podría significar para mí nada más allá de un amor fraternal, eso es impensable. Y sobre mi edad, tengo cuarenta y dos años, tampoco soy tan mayor.

Marc se echó hacia atrás en la silla y se cruzó de brazos, al mismo tiempo que un brillo de desconfianza bailaba en su mirada.

—Permíteme que lo dude.

—Eres libre de hacerlo —resolvió el guarda con naturalidad—, pero eso no impide que te esté diciendo la verdad, sobre todo cuando mi orientación sexual no es la homosexual.

Esta vez el sorprendido fue Marc, quien, estupefacto, no podía creerse sus palabras.

—¿No eres gay?

Adriana saltó al ver que no se lo tragaba.

—¡No, cabeza dura, no es gay!

Ricky hizo un gesto con la mano para que se calmara.

—En realidad, es algo más complicado de explicar. No sé si tú podrías entenderlo.

—Inténtalo, soy todo oídos —lo retó, seguro de que sería otra patraña más.

—Hay un término para las personas con gustos similares a los míos que define mejor nuestras preferencias sexuales. La definición más exacta sería la de *bicurioso* o *heteroflexible*.

Marc no salía de su estupor. Impasible, tardó unos segundos en asimilar la información.

—Hetero... ¿¿qué?!

El guarda lo obsequió con una sonrisa entre divertida y socarrona.

—Heteroflexible.

—Perdona mi ignorancia, pero es evidente que no soy tan moderno como vosotros dos.

Adriana bufó con fuerza ante ese comentario, dejando claro que no podía estar más de acuerdo.

—Una persona heteroflexible no se identifica como bisexual u homosexual, pero siente o muestra curiosidad por mantener, ocasionalmente en mi caso, una relación física con el sexo opuesto. Para que lo entiendas: estoy abierto a mantener tríos sexuales con ambos sexos, o incluso relaciones íntimas con otro

hombre, siempre y cuando sea yo el que dé, pero nunca reciba.

Marc lo estudió con detenimiento, intentando descubrir si le estaba mintiendo.

—¿Estás de coña?!

Adriana resopló esta vez.

—¡Será retrógrado!

Al oír eso, él la fulminó con la mirada.

—No, no estoy bromeando —prosiguió el guarda—. Pero quiero dejar claro que mi preferencia ideal es mantener una relación, tanto física como sentimental, con mujeres.

Marc, con semblante inescrutable, estudió al *novio* de su empleado de forma exhaustiva.

¿Y si realmente era cierto lo que le estaba contando? Quizá ésa era la explicación que tanto tiempo llevaba buscando... A lo mejor él también era un bicurioso de éstos. Podría ser la razón perfecta que explicara lo que sentía por su empleado.

«¡*Nah*, imposible!»

—¡Te lo acabas de inventar! —terqueó, rechazando la idea por absurda—. ¡Eso no existe! O te gusta el pescado o te gusta la carne, pero las dos cosas no se pueden mezclar. Hablo de gustos sexuales, no de culinarios, obvio.

Adriana maldijo por lo bajo algo así como «No se puede ser más necio, aunque se entrene», y retándolo con la mirada le recordó con suficiencia:

—¿Y qué me dices de los bisexuales?, ¡listo, más que listo!

—Ésos sí que son unos viciosos de manual.

Ella abrió la boca sin salir de su asombro por la mentalidad tan cerrada de un hombre tan joven. Y aunque Marc sabía que estaba quedando como un troglodita delante de ellos, se negaba a admitir que no tenía razón y que había estado equivocado durante todo ese tiempo. A decir verdad, en esos momentos los trogloditas parecían más abiertos en ese campo de lo que, aparentemente, él podría llegar a soñar llegar jamás.

—¡Madre mía, pero ¿de qué planeta te has caído?!

—¡De uno en el que la gente es normal!

—¡Ni de coña! En comparación contigo, a los homínidos de Atapuerca se les puede considerar visionarios.

Mientras ambos se lanzaban puñales con la mirada, Ricky, que había advertido como dos mujeres se encaminaban directas hacia ellos, rompió su silencio.

—¿De verdad crees que te estoy mintiendo?

—¡Sí! —afirmó Marc con rotundidad.

—¿Qué te apuestas?

—Lo que quieras

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—¡Muy bien!

Y dicho esto, el guarda de seguridad se levantó para recibir como se merecía a una de las dos damas que acababan de llegar, reconociéndola por las explicaciones que le había ofrecido Adriana.

—¡Hola, mi amor! —la saludó con alegría.

A continuación, agarró a Nines por el cuello, para acercar a la sorprendida mujer y plantarle un apasionado beso en toda la boca.

Cuando Ricky terminó de hacer su demostración delante del jefe de su amiga y se separó de la secretaria, Nines se quedó, durante unos segundos, con los ojos cerrados, completamente extasiada. Hacía tiempo que nadie la besaba así, y por un momento no quiso que aquel húmedo contacto se acabara nunca. Abrió despacio el ojo derecho, saboreando lo máximo posible el excitante instante que acababa de vivir, para, acto seguido, abrir con mayor rapidez el ojo izquierdo, al advertir cómo los rostros de todos en aquella mesa, excepto el de quien la había besado, palidecían estupefactos.

El extraño se acercó a ella al notar su consternación, para susurrarle al oído mientras simulaba estar besando su cuello:

—Por el bien de Adriana, sígueme el juego.

La mandíbula de ésta colgaba tanto que le faltaba muy poco para ser arrastrada por el suelo. Lesly, creyendo que aquello era una cámara oculta, miraba expectante a su alrededor, esperando con ansias que otro hombretón como aquél saliera de algún escondite para darle una más que merecida sorpresa a ella también. Entretanto, Marc, bueno... la cara de Marc era todo un cuadro.

«¡¡Pero ¿qué diablos?!!»

Éste no daba crédito a lo que acababa de presenciar. No sólo se había

enterado de que sus ideas no eran ciertas en lo referente a la vida sentimental de Adrián, sino que también había averiguado, para su vergüenza, una importante información sobre la que debía meditar de forma intensa y exhaustiva, cuando dispusiera de un momento de circunspección para sí mismo: podía ser un bicurioso/heteroflexible de libro y él sin saberlo. Y no contento con todo ello, además descubría que su secretaria de toda la vida estaba liada con una *drag queen*, escondida dentro del cuerpo de un guarda de seguridad de un supermercado de barrio.

«¡¿Qué cojones estaba pasando allí?!!»

La cabeza de Marc le daba vueltas, y fijó la atención en su empleado, que ya había recogido la mandíbula antes de que él lo viera, al recordar algo importante.

—¿No habíais quedado esta noche para que las *chicas* conocieran a Ricky?

Adriana, que todavía estaba recuperándose de la impresión, en esa ocasión fue rápida para dar una explicación plausible.

—No tenía el permiso de Nines para hablarte de su relación con Ricky.

Él se tragó la mentira y se sintió un estúpido por ser el último en enterarse de las cosas. Era incapaz de pensar que la persona que durante tantos años había sido la mano derecha de su padre estuviera conchabada con su chófer en aquella delirante locura. Por tanto, debía admitir el hecho irrefutable de que, por muchos años que pasasen, nunca se llegaba a conocer a alguien del todo.

Si unos minutos antes alguien le hubiera preguntado si aquella mujer a la que admiraba y respetaba como profesional, y a la que tenía cierto cariño después de tantos años, sería capaz de mantener una relación tan atípica y abierta con otra persona, él se hubiera reído en su cara. Sin duda debía comerse sus prejuicios y arrogancia con patatas.

* * *

Tiempo después, tanto Marc como su empleado volvían juntos y meditabundos en el coche de regreso a la mansión. Adriana tenía que ir a buscar su propio vehículo para poder regresar al día siguiente a recogerlo a él de nuevo. Ambos, sumidos en sus propios pensamientos, no habían abierto la boca en todo el camino.

—Jamás hubiera creído que Nines...

—Nines, ¿qué? —preguntó ella cuando él no siguió hablando.

—Bueno... ¿ya sabes? —carraspeó Marc, incómodo.

—No, no lo sé.

Éste desvió la atención de la calzada para fijarla en su persona.

—En fin... que pudiera estar con alguien como...

—¿Como Ricky?

Marc asintió y Adriana comenzó a indignarse por segundos.

—¿Por qué? ¿Acaso es peor que ella? ¿Es un delincuente... un maltratador... un borracho canalla?

—¡No, claro que no! ¡Yo no he dicho eso! —se defendió él, horrorizado de que pudiera creer que pensaba algo así.

—¡Ya, por supuesto! —declaró Adriana con gesto serio.

Él arrugó el ceño, sin entender su enfado.

—¿Y ahora qué te ocurre? ¿De qué me acusas esta vez?

Ella clavó su mirada en él para defender a muerte a su mejor amigo.

—De lo que llevas presumiendo toda la noche: de pijo clasista.

Marc abrió la boca, incrédulo.

—¿De dónde demonios sacas eso?

—De tus caras horrorizadas de sorpresa esta noche al ver las carantoñas entre tu secretaria y mi mejor amigo. ¿Qué pasa, no es lo suficientemente bueno para ella?

—Yo no he dicho eso.

—No ha hecho falta. —Y con un gesto, señaló con el índice su semblante para continuar—: Esto lo ha dicho todo.

Molesto, apretó los dientes con fuerza.

—¿Por qué piensas algo tan horrible de mí?

Ella se mordió el labio y no dijo nada durante unos eternos segundos, mientras su mirada perdida en la calle reflejaba una infinita tristeza.

—Porque te conozco y sé que no has creído ni una sola palabra de lo que te ha dicho Ricky esta noche. Y prefiero pensar eso y no que eres un homófobo.

De pronto, Marc pegó un volantazo que hizo derrapar el coche hasta arrimarlo a la derecha y subirlo posteriormente a la acera, tiró del freno de mano, se giró hacia su empleado, agarró con ambas manos su sobresaltado rostro y dijo:

—¿Un homófobo haría algo así?

Y lo besó.

Marc asaltó los labios exuberantes de su chófer con pasión y un anhelo guardado y reprimido durante demasiado tiempo. Se perdió en el sabor de su boca, en el deseo acuciante que rugía en su sangre como un furioso león, dejándose llevar por primera vez desde que lo conocía. Uno y otro respondían a los embates de sus lenguas con igual frenesí, dejando escapar trémulos gemidos que los hacían estremecer. Sumidos en la bruma de su fogosidad, eran ajenos a los viandantes que caminaban por la calle sorteando el vehículo mal estacionado, quienes, entre divertidos y escandalizados, ocultaban la envidia tras una sonrisa mal disimulada al pasar cerca de ellos y ver lo que ocurría al otro lado de los cristales.

Sus lenguas suaves y ávidas, dulces y agresivas, curiosas y enloquecedoras, luchaban con igual ímpetu en un juego embriagador. Atrapados por el ardor y la fuerte atracción que sentían el uno por el otro, no se pararon a pensar ni por un segundo en las consecuencias que les traería ese loco y ciego arrebató.

Ninguno de los dos quería pensar. En aquel instante únicamente deseaban sentir. Sentir cómo sus alientos se estremecían con cada caricia, con cada beso, con cada alocado latido de su corazón. Sentir la presión de sus cuerpos al abrazarse, el olor de su piel, la suavidad de sus labios... Sentir. Sentir por primera vez más allá de lo inimaginable.

La primera en romper aquel mágico momento fue Adriana, quien, asustada, se separó de Marc temerosa de que se diera cuenta de la prominencia de sus pequeños pechos apretados y embutidos tras la faja que los mantenía sujetos. A cierta distancia se ocultaban perfectamente bajo la camisa y la chaqueta del uniforme, pero, con tanta cercanía, corría el riesgo de que él los percibiera.

Después de unos escasos minutos, que utilizaron para apaciguar sus erráticos corazones, recomponer la ropa y ocultar patéticamente el bochorno que les hacía arder el rostro por lo ocurrido, ambos, tácitamente, decidieron no comentar nada por el camino.

Ninguno de los dos estaba orgulloso de lo que había sucedido. Si minutos antes no habían pensado en las consecuencias de sus actos, en ese momento no hacían más que darle vueltas a la salvaje locura que les había nublado el raciocinio.

Tanto uno como el otro tenían demasiado que perder. Adriana se arriesgaba a que descubriera quién era ella en realidad. Y él tenía que pensar en su próximo casamiento, en el escándalo que sacudiría la empresa si alguien descubría que se había besado de forma tan entusiasta con otro hombre, por no hablar del impacto que supondría ese descubrimiento entre sus amistades y, lo más importante, su propia cordura mental.

Así que ninguno de los dos se atrevió a hacer comentario alguno, hasta que llegaron a la casa de Marc.

—Lo que acaba de ocurrir en este coche ha sido simplemente para demostrarte lo equivocado que estás —dijo éste, con una estudiada y fingida frialdad tras bajar del Mercedes—. Si hay alguien en este mundo que no es homófobo, soy yo.

Tras estas palabras, se alejó, dejando a Adriana más confundida de lo que había estado en toda su maldita vida.

Capítulo 16

Marc se encontraba boca arriba en su revuelta cama, semidesnudo, con un brazo flexionado debajo de la cabeza y con la vista perdida en el techo, sin poder dormir. En poco más de tres horas amanecería y todavía le daba vueltas a lo ocurrido esa noche, sin tener muy claro si se lamentaba por lo ocurrido entre él y Adrián o no.

Llevaba deseando besarlo desde hacía mucho tiempo, si bien siempre había conseguido reprimirse, pero en el coche no pudo contenerse y el loco impulso lo venció. Y en ese momento... bueno, en ese momento estaba más confundido que antes, si eso era posible.

Debía reconocerlo, al menos ante sí mismo, y admitir que le había gustado. Sí, le había gustado besar a otro hombre. Había creído que, si algún día se rendía a la fuerte atracción que sentía por él, se daría cuenta de que le resultaba repulsivo; no obstante, ése no había sido el caso.

Tal vez la conversación mantenida con Ricky lo había inducido a probarse a sí mismo que todo estaba en su cabeza; que, quizá, su inminente boda con Roser lo había impulsado a buscar una especie de vía de escape, o una loca excusa para cancelar ese matrimonio. Pero en ese instante debía aceptar que no era así, que ese pretexto se había vuelto real y que obviamente sentía algo por su empleado.

Antes de acostarse, buscó información en Internet de lo que realmente significaba ser bicurioso o heteroflexible, y se sorprendió al encontrar que existían, al menos, diez tipos de orientación sexual distintas. Le pareció una completa locura, pues él siempre había creído que había dos: la heterosexual y la homosexual de toda la vida de Dios.

Bien, pues indagando con esmero y la mente abierta, llegó a la sorprendente

conclusión de no saber exactamente a qué tipo de esos diez pertenecía. Se inclinaba más entre la heterosexualidad con una pequeña dosis de pansexualidad.

Y esa pequeña dosis, en concreto, se llamaba Adrián.

No obstante, se preguntaba qué iba a hacer... ¿Lo dejaría todo por estar con él, en el supuesto caso de que Adrián sintiera lo mismo? ¿O miraría hacia otro lado y seguiría con su vida? ¿Podrían trabajar mano a mano sin caer de nuevo en la oscura tentación? ¿Sería capaz de amarrar con fuerza los celos que lo devoraban cada vez que se lo imaginaba con otro hombre?

Durante esas horas, en la penumbra de su habitación, había barajado varias posibilidades, y quizá la más sensata era despedirlo y simular que nada de todo aquello había ocurrido jamás.

Era una difícil decisión, pero, si había podido intercambiar la obsesión que sentía por su vampiresa por Adrián, bien podría volver a hacerlo por otra mujer que no fuera, en este caso, un absoluto misterio para él.

Debía pensar en todos los pros y todos los contras, y hasta el momento los contras superaban con creces los pros. Pensó en la promesa que le había hecho a su padre, la misma que lo obligaba a casarse con una mujer a la que no amaba... Ese juramento que lo mantenía en un puesto que odiaba, luchando por mantener a flote la empresa familiar, y por el cual había renunciado a su propia vida. No podía echar por tierra todo su futuro ni el de la compañía por una simple atracción..., una atracción que tal vez desapareciera en unos meses, olvidada la novedad.

Marc debía convencerse de ello. Necesitaba con desesperación convencerse de ello.

* * *

La otra persona que no había dormido prácticamente nada esa noche había sido Adriana, quien, al igual que su jefe, no había dejado de darle vueltas al tórrido beso surgido entre ambos.

Con unas profundas ojeras tapadas por el maquillaje, se presentó en la casa de Marc para recogerlo, siendo ése su penúltimo día como chófer a su servicio.

Ninguno de los dos habló sobre lo sucedido entre ellos. Al igual que la noche anterior, implícitamente decidieron no comentar nada sobre el asunto, en un

inútil intento de desear que no hubiera ocurrido y darle la menor trascendencia posible... obviamente, sin conseguirlo.

De camino a las oficinas, Adriana observó a hurtadillas tras las gafas de sol a su jefe, y se sorprendió al descubrir que era el hombre más enigmático y contradictorio que había conocido jamás. A pesar de todos sus esfuerzos por desentrañar su forma de pensar y actuar, seguía siendo un misterio para ella después de todo el tiempo que llevaba a sus órdenes. Eso era algo que nunca antes le había ocurrido. Como él mismo había admitido, solía calar a la gente muy pronto y por algo era tan buena policía, pero con Marc era distinto. Él constituía la excepción... una excepción que la descolocaba por completo.

Subieron en silencio en el ascensor, evitando en todo momento cruzar las miradas en tanto la tensión era palpable entre ambos. Los dos sabían que aquél era un punto de inflexión en su breve relación; eran conscientes de que ya nada volvería a ser igual. Todo había cambiado.

Cuando se abrieron las puertas respiraron con alivio, y cada uno se dirigió veloz a su despacho, poniendo la máxima distancia posible entre ellos. Cuando Adriana aún no se había dejado caer en la silla, entraron por la puerta de su oficina, como dos huracanes, tanto Nines como Lesly.

—*Hellooooo!!* —vociferó la recepcionista sentándose enfrente de Adriana, al mismo tiempo que su compañera se colocaba en la silla contigua, ruborizada hasta las cejas—. ¿Me vas a contar algo más del *papasito* de ayer? ¿Está casado, tiene novia, le gustan las mujeres...?

Adriana sonrió con alegría y agradecimiento, al menos podría olvidarse de sus propios problemas por un rato.

—No, no está casado, tampoco tiene novia... y sí, le gustan las mujeres.

—¿Has oído eso, Nines?

—Perfectamente —le contestó, con la actitud de señorita Rottenmeier que a veces ponía—. Yo y medio edificio.

—¡Bah, qué exagerada eres! —replicó la chica con un gesto de manos, y se inclinó ligeramente hacia delante para cuchichear a gusto con Adriana—. Después del magreo que le dieron ayer, debería andar toda contenta... y mírala hoy, como dicen por acá, parece un pepinillo amargo.

—Te estoy oyendo, Lesly.

Adriana examinó a su compañera con ojo crítico y se reclinó en su silla.

—Pero tiene razón, ¿por qué esa cara de mal humor? Sé que no te lo esperabas, pero tampoco fue para tanto, ¿no?

La secretaria se removió, incómoda, en su asiento al recordar lo acontecido en la cafetería.

—No me gusta mentir y lo sabes.

Ella clavó su intensa mirada en su compañera y supo que ésa no era toda la verdad.

—Como dice alguien que yo conozco... nimiedades, Nines. —E interrumpiendo la contestación airada de su amiga, prosiguió—. ¿Acaso no te gustó que te besara Ricky?

—¡No!... ¡Sí!... Bueno... eso da igual... —balbuceó avergonzada—. Lo que realmente importa es que le he mentado a mi jefe y no sé si podré mirarlo a los ojos sin que me delate la culpa.

Adriana no supo qué responderle, pues sabía que estaba en lo cierto. En su loca cruzada personal, había arrastrado con ella a personas honestas que no se merecían tener que actuar de forma tan ruin, y ese hecho era tan sólo una muestra de que no estaba haciendo las cosas como debería.

—Piensa que lo estás engañando por una buena causa —le recordó la recepcionista.

—Una buena causa es ayudarla a descubrir al asesino de su hermana —replicó adusta—, pero no embaucar a Marc haciéndome pasar por la novia de un hombre al que ni siquiera conozco.

Lesly agachó la cabeza al darse cuenta de que tenía razón. Deslumbrada como estaba por el amigo de Adriana, no se había parado a pensar en lo que aquella farsa significaba.

—Lo siento, Nines —se disculpó la policía, arrepentida por no haber sabido parar todo aquel embrollo en el que se había visto envuelta.

La necedad de su comportamiento debida a su obsesión por descubrir qué había detrás de la muerte de Tania quizá estaba sobrepasando los límites.

—No pasa nada, sólo que no me gusta esta sensación.

—Te prometo que no volverá a ocurrir.

La mujer asintió entre aliviada y triste, y las tres enmudecieron durante unos segundos, cariacontecidas.

—Con lo guapo que es... —murmuró la recepcionista, decepcionada.

—Sí que lo es —corroboró Nines.

Adriana arrugó el ceño. En realidad jamás había visto con ojos de mujer a su amigo y se extrañó de que otras sí pudieran hacerlo.

—¡Y menudo cuerpazo!

—¡A mí me lo vas a decir! —señaló la secretaria con entusiasmo—. ¡Aquellos hombros eran puro músculo!

—¿Y viste qué sonrisa?

—¡¡Oohh, síiiii!!

—¿Y besa tan bien como parece?

—¡Muuucho mejor!!

—¡Nines! —exclamó asombrada Adriana.

—¡¿Qué?! Tu amigo Ricky está cañón y, ya que estaba en el meollo, disfruté un poco del momento.

Las tres amigas se echaron a reír.

—Pues tienes que verlo vestido de guarda de seguridad... —comentó Adriana con una sonrisa pervertida—... con su pantalón granate, camisa blanca marcando bíceps, jersey azul marino... además de la porra y las esposas; tiene a todas las del barrio loquitas por él.

—¡¿Ah, sí?! ¿Y cómo tiene la porra, entonces?

—¡Nines! —protestó nuevamente escandalizada y ruborizándose hasta las cejas.

La secretaria se encogió de hombros.

—Curiosidad, hija mía, curiosidad.

—No lo sé, no se la he visto.

—¿Y saben allí a qué se dedica los fines de semana? —preguntó Lesly.

—No, sólo un par de compañeras con las que se lleva muy bien. Al resto del mundo prefiere ocultárselo.

—¿Por qué?

—Porque lo mirarían diferente.

—Entiendo —murmuró la secretaria con tristeza.

—Pero si no hace nada malo —protestó Lesly, ofendida.

—Tú y yo lo sabemos, pero la mayoría de la gente no está preparada para entenderlo. Tuvo otro trabajo antes que éste, y lo echaron en cuanto el jefe se enteró de a qué se dedicaba, no sin antes recibir burlas por parte de sus

compañeros, así que prefiere mantenerlo dentro de su intimidad.

—¡Oh, virgencita mía!

Las tres mujeres enmudecieron de nuevo, asombradas todavía por la manera de actuar, sin sentido, de la supuesta sociedad liberal en la que vivían.

—No pasa nada, me quedo yo con él —intervino la recepcionista con un brillo malicioso en los ojos.

Tanto Adriana como Nines la observaron sin entender de qué hablaba.

—¿A qué te refieres?

—Pues es muy sencillo: Nines no quiere seguir mintiéndole al jefe y a mí no me importa, así que, si vuelve a preguntar, le diremos que ahora estoy yo con él.

La secretaria abrió la boca exageradamente al mismo tiempo que su rostro se tornaba sombrío.

—¡De eso nada! —se opuso más efusivamente de lo que pretendía.

—¿Por qué?

—¿Por qué?... ¿Por qué?... Pues porque no.

—Ésa no es una respuesta, Nines, y a ti te vendría de perlas *pa'* lo tuyo.

Ésta se levantó del asiento, molesta por la propuesta, y comenzó a caminar de un lado a otro taconeando con furia.

—No es una cuestión de si a mí me vendría mejor o peor *pa'* lo mío —respondió airada—. Es una cuestión de dignidad.

—¿De dignidad? —interrogó Adriana, extrañada por la respuesta y el comportamiento de su compañera—. ¿Qué tiene que ver la dignidad en todo esto?

La secretaria se paró delante de ellas y levantó el mentón con orgullo.

—¿Qué crees que pensaría Marc si se entera de que a los dos días me ha dejado por otra?

Lesly ocultó la sonrisa que amenazaba con manifestarse para mirar con seriedad a su amiga.

—Cariño, sabes que vuestra relación es mentira, ¿verdad?

Ella achicó los ojos para fulminarla con la mirada.

—No soy idiota, Lesly. Sé perfectamente que lo de ayer fue todo falso.

La recepcionista giró la cabeza hacia Adriana y le guiñó un ojo.

—Entonces, ¿qué más te da lo que piense Marc?

La mujer cuadró los hombros y estiró la chaqueta de su traje color gris

marengo con pundonor.

—A mí sí me importa lo que piense. Y que te entre en esa cabezota que tienes: Ricky seguirá siendo mi novio hasta que yo lo diga.

Y, con éstas, se marchó muy ofendida del despacho.

Las dos mujeres restantes en la habitación se miraron asombradas para, a continuación, estallar en carcajadas.

—¡Uy, uy, uy...! Creo que alguien se ha quedado pillada por un guapo guarda de seguridad —señaló Lesly con regocijo.

* * *

El resto del día transcurrió con normalidad, excepto por la cara de perro que le puso la prometida de Marc cuando entró en su despacho a última hora de la tarde, para llevarle un informe y hablar con él sobre algo que había descubierto hacía poco.

Obviamente tuvo que posponerlo, pues la mujer se negó a marcharse y dejarlos solos para que pudieran hablar. Por desgracia, tampoco pudo informarlo de nada de camino a casa, pues la muy bruja se empeñó en ver los progresos que había hecho su prometido con respecto a su trauma, acompañándolos en el viaje de vuelta y relegándola al asiento de atrás.

Durante todo el trayecto, Roser parloteó y parloteó sin cesar sobre su próxima boda y los preparativos que tanto estrés le causaban, elogiando una sola vez a su novio, por sus grandes progresos en mantener bajo control su miedo a conducir un coche otra vez.

Resultaba evidente que ni Adriana ni Marc le estaban haciendo mucho caso, sobre todo cuando ésta pilló a su jefe mirándola a través del espejo retrovisor, por lo que, al final, tuvo que centrar toda su atención en observar la ciudad a través de la ventanilla trasera de su lado, pues el corazón se le salía del pecho cada vez que se encontraba con sus penetrantes ojos negros.

No entendía cómo un gesto tan sencillo como aquél podía hacer que su corazón dejara de latir para después bombear de forma errática y desbocada. En cambio, en ese momento, en el interior de otro coche y en compañía de otro hombre, la leve caricia que le había prodigado Pol furtivamente le provocó un rechazo absoluto.

—¿Te encuentras bien? —preguntó éste, camino a un exclusivo cóctel en una fiesta promocionada por una importante compañía de cosméticos francesa.

Adriana posó una suave mirada en él y después sonrió ligeramente.

—Un poco cansada, quizá. No he dormido mucho esta noche.

—¿Sigues albergando dudas sobre mi propuesta de trabajo?

Ella desvió la mirada para fijarla en el parpadeo naranja de un semáforo a punto de cambiar a rojo y suspiró con pesar.

—Es complicado, Pol.

Él se mantuvo callado hasta que al fin soltó lo que pasaba por su mente.

—Creo que hay algo más que miedo por saber si serás capaz de amoldarte al mundo de la publicidad. Hay algo más que te preocupa, Ana, y no puedo ayudarte si no me dices lo que es.

Ella no respondió de inmediato. Y la tristeza en sus ojos, junto al cansancio acumulado, hizo desistir a Pol.

—Está bien, cuéntamelo cuando creas estar preparada.

Su comprensión hizo que le volviera a sonreír, esa vez con evidente alivio, pero su desánimo se acentuó al darse cuenta de que ese hermano tampoco era tan desalmado como ella lo había imaginado. Por ello, las dudas sobre su misión retornaron con fuerza para atormentarla.

Dos horas después de llegar a la exclusiva reunión, de que Pol la presentara a un montón de personas muy importantes del gremio, de escuchar hablar sobre negocios y gente afín a su círculo social y de destapar algún que otro gran secreto de alcoba, Adriana y su acompañante bailaban una canción muy cerca de la piscina, en la que minutos antes había caído una modelo pasada de copas.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Pol se separó un poco de ella para mirarla a los ojos.

—Claro.

—¿Este mundo tan superficial te hace feliz?

Él parpadeó varias veces, pillado por sorpresa, y le dedicó una amplia sonrisa que únicamente fue creada para ocultar lo que sentía.

—Todo lo feliz que uno puede ser —respondió acercándose a ella de nuevo.

Esta vez le tocó a Adriana separarse un poco para que él no le ocultara el rostro.

—Ésa no es una respuesta convincente.

—No sé qué esperas que te responda.

—¿La verdad?

Pol dejó escapar un largo suspiro.

—La verdad a veces tiene muchas aristas, Ana, y es complicada de descifrar.

Ella advirtió un brillo de desilusión en sus ojos y supo que no era tan feliz como quería aparentar ante los demás.

—¿Este trabajo te llena?

Él se rio nerviosamente.

—¿A qué viene este interrogatorio?

Adriana le habló con seriedad.

—Me dijiste que cuando estuviera preparada para contarte lo que me tenía preocupada lo hiciera... pues bien, ahora ha llegado el momento. Y si quieres que confíe en ti, creo que es justo que seas sincero conmigo.

Pol la observó con detenimiento. No lograba comprender por qué se le hacía tan necesario contratarla. En realidad, si lo pensaba fríamente, se estaba tomando demasiadas molestias por una cara a la que le quedaban dos telediarios.

Ana era muy hermosa, cierto, y tenía una elegancia natural por la que muchas mujeres matarían, era verdad, pero sus años de gloria acabarían muy pronto y chicas más jóvenes e igual de bellas que ella venían pisando fuerte. Entonces, ¿por qué tanto empeño?

Ciertamente había algo en esa mujer que lo atraía como un imán. No podía comprenderlo y tampoco sabía explicarlo, pero algo en ella le resultaba familiar... Apreciaba tenerla a su lado, le gustaba su compañía, pero lo más importante y raro de todo era que le hacía sentir una extraña... paz.

—¿Y tú, eres feliz, Ana?

—No.

La sinceridad de esa respuesta lo impactó. Había mucha verdad en esa simple palabra y mucho dolor detrás de ella.

—Muy bien, si es tan importante para ti, responderé a lo que quieras.

—Gracias.

—Si lo que deseas saber es si este trabajo me gusta, mi respuesta es sí. Me encanta conocer gente nueva, viajar a lugares espectaculares y estar rodeado de mujeres hermosas, ¿a quién no le gustaría algo así?

—Pero ¿te hace feliz?

Él dejó de bailar y se pasó la mano por el pelo, incómodo ante la pregunta.

—No sé muy bien cómo responder a eso —contestó blandiendo una triste sonrisa y eludiendo su mirada.

—Es muy fácil, Pol, siendo sincero. He oído muchas cosas sobre ti, pero prefiero saber la verdad de tus labios.

Arrugó el ceño ante esas palabras y la curiosidad pudo con él.

—¿Y qué has oído de mí?

Adriana no se anduvo con paños calientes, necesitaba descubrir si ese hombre ocultaba algo antes de seguir con toda aquella locura. Si algo le había hecho abrir los ojos en los últimos días, era la certeza de que involucrar a terceros en su propio beneficio no le estaba reportando nada bueno. La culpa la machacaba sin compasión y los sentimientos que Marc estaba despertando en ella no mejoraban en absoluto su desazón.

—He escuchado que eres un despiadado mujeriego, que utilizas a las mujeres a tu antojo hasta que te aburres y pasas a otra; que eres un egoísta malcriado que usa su posición y trabajo en la empresa para darse la buena vida, asistiendo a eventos y fiestas con disipada devoción.

El rostro de asombro de Pol por su absoluta franqueza demostraba que lo había pillado, nuevamente, con la guardia baja. Carraspeó aturdido y, sin saber muy bien qué contestar, guardó las manos en los bolsillos de su pantalón y bajó la cabeza.

—Quiero que sepas que no te estoy juzgando —añadió al advertir su embarazo—, pero, si estás pensando en jugar conmigo de esa manera, te digo, aquí y ahora, que no pierdas tu tiempo ni el mío.

Pol elevó la cabeza para posar su avergonzada mirada en ella y la volvió a bajar, repitiendo ese mismo proceso varias veces hasta que tuvo el valor de enfrentarla.

—Penosamente para mí, tengo que admitir que lo que has escuchado por ahí es cierto. No obstante, también es verdad que desde hace unos meses he cambiado... y mucho. Pero no puedo hacer nada por corregir mi pasado ni tampoco puedo obligarte a creerme.

—Pero puedes darme una razón para intentarlo.

Él se rascó la frente con el pulgar, el mismo tic que demostraba su hermano cuando algo lo ponía nervioso o lo preocupaba, y buscó valor muy dentro de sí

mismo para confesarle a una desconocida una parte tan dolorosa de su vida.

—La razón, Ana, fue sufrir un golpe tan devastador en mi vida que me hundió por completo. Todavía no he sido capaz de asumirlo. Finjo que estoy bien, sobre todo delante de mi hermano, pero en realidad no es cierto.

Adriana se lamió los labios con lentitud. La agonía en el rostro de él hizo que la boca se le secase, y recordó la muerte de los padres en el fatal accidente de tráfico. Los dos hermanos sufrían mucho por esa tragedia, pero, estúpidamente, se lo ocultaban el uno al otro.

—Siento mucho la muerte de tus padres.

Pol negó repetidamente con la cabeza al darse cuenta de que ella no podía saber toda la verdad, y se tapó la cara con ambas manos, pues no quería que viera su sufrimiento cuando el dolor fue demasiado intenso para soportarlo.

—Tú no lo entiendes —dijo mirándola directamente a los ojos, cuando ya no pudo detener la angustia que escalaba por su pecho—. Esa maldita noche no sólo perdí a mis padres y creí que perdería a mi hermano... Tan sólo una semana antes había perdido a la mujer de mi vida.

Impactada ante esa confesión, abrió la boca, pero ningún sonido salió de su garganta. Tragó saliva con fuerza, buscando el valor de hacer la pregunta que le quemaba en el pecho.

—¿La mujer de tu vida?

—Sí, la única mujer de la que me he enamorado. La única por la que lo hubiera dejado todo —confesó, en tanto una desesperada angustia se reflejaba en su rostro.

Adriana lo miraba con los ojos espantados, incapaz de realizar la siguiente pregunta. No sabía cómo actuaría ante la respuesta de él. Tenía miedo... mucho miedo por su reacción.

—¿Y...? ¿Y... qué... pasó?

Pol la miró directamente. Clavó los ojos en ella mientras lágrimas de dolor resbalaban por su mejilla.

—Se suicidó.

Capítulo 17

Adriana se quedó impactada tras esa revelación. El color abandonó su rostro, las piernas empezaron a temblarle, y la cabeza, a darle vueltas mientras comenzaba a verlo todo borroso. Creía estar preparada para saber la identidad del asesino de su hermana... pero no era cierto.

—¡Ana! ¡Ana, ¿te encuentras bien?! —le preguntó Pol, asustado al ver cambiar su semblante en tanto la sujetaba con firmeza.

Por unos segundos ella oyó cómo una voz le hablaba en la lejanía, sintió que la llevaban en volandas y la posaban en algún lugar mullido. Completamente mareada, tardó unos instantes en recobrar la compostura.

Cuando abrió los ojos y enfocó la vista, se dio cuenta de que estaba rodeada de un montón de personas desconocidas que la miraban con diferentes expresiones: desde la preocupación al reproche, la curiosidad, el bochorno, la diversión e incluso el desprecio.

Se levantó deprisa, deseando huir de aquel lugar, y tambaleante se apoyó en el último hombre del que quería recibir ayuda.

—Tranquila, con cuidado —susurró Pol con inquietud, al mismo tiempo que la sujetaba con mucha delicadeza por la cintura, temeroso de que volviera a perder el conocimiento.

—¡Quiero irme de aquí! —farfulló todavía aturdida.

—Está bien, yo te llevo a casa.

—¡No!

La negativa salió con más ímpetu de lo que Pol habría esperado dado su estado, e hizo que retrocediera un paso. Sin embargo, enseguida se recuperó de la sorpresa y se acercó a ella mientras apartaba a la gente que se había acercado a

curiosear.

—No pienso dejar que te vayas sola en estas condiciones. Has venido conmigo y yo te llevo a casa.

Ella apoyó una mano en la frente para ahuyentar el vahído que amenazaba con hacerla caer redonda otra vez.

—No hace falta, estoy bien —rebató con terquedad.

—No admito discusiones, Ana.

Y ella no pudo seguir oponiéndose. Él tenía razón, en esos instantes no se encontraba con las suficientes fuerzas como para enfrentarse a nadie, así que se dejó llevar hasta el coche.

Durante el camino de regreso a casa prácticamente no hablaron, excepto por un par de veces que él le preguntó si estaba bien. Ella apaciguó su preocupación diciéndole que se encontraba mejor, al mismo tiempo que, con los ojos cerrados y asumiendo como buenamente pudo la nueva situación, valoraba cuál sería su siguiente paso.

Cuando llegaron a su barrio, Adriana aceptó la sugerencia de él de acompañarla hasta su apartamento, contaba con ello para poner en marcha su siguiente plan, y fingió sentirse todavía demasiado débil para subir sola. Cuando entraron en el pequeño inmueble, lo primero que hizo fue deshacerse de sus zapatos de tacón y ofrecerle tomar una copa de vino, invitación que Pol aceptó con gusto tras cerciorarse de que se encontraba mucho mejor.

Con la excusa de ponerse algo más cómodo, Adriana se dirigió a su habitación y abrió la mesilla de noche para coger su arma y unas esposas. Podría haber usado la pequeña pistola que portaba en su bolso, pero no quería correr riesgos innecesarios con un arma de tan pequeño calibre. Cuando llegó al salón, apuntó a la espalda del hombre con ella, pillándolo con la guardia baja mientras él miraba unas fotos antiguas expuestas en la estantería de un mueble.

—Esta chica me suena un montón —manifestó en voz alta para que ella pudiera oírlo desde la otra habitación, en tanto paseaba la mirada con curiosidad por las demás fotografías, ajeno al hecho de que Adriana estaba muy cerca, apuntándolo directamente.

Pol paseó, despacio, la vista por varios retratos. En uno de ellos, dos niñas pequeñas muy parecidas se agarraban por la cintura mientras posaban con miradas tristes para la cámara. En otra imagen, que le robó una sonrisa, una de

las adolescentes besaba en la mejilla a la otra, al mismo tiempo que le colocaba por detrás de la cabeza unos cuernos formados por dos dedos de la mano.

—¿Tienes una hermana? —preguntó guiado por la curiosidad, sin ser consciente del peligro que lo amenazaba a sus espaldas.

Al no recibir respuesta, siguió observando las imágenes, hasta que, extrañado, arrugó el ceño y tomó entre sus manos una instantánea, en la cual Adriana aparecía con su uniforme de graduación, recién licenciada en la Escuela Nacional de Policía, al lado de una orgullosa Tania—. Pero ¿qué demonios...?

Cuando, atónito, se giró con el marco todavía entre las manos, se paralizó de miedo al encontrarse con una mirada llena de odio en el rostro de una mujer que lo apuntaba directamente al corazón.

—¡Ana! —exhaló cuando pudo recuperar la voz.

—¡Deja eso en su sitio muy despacio y levanta las manos!

Pol, por completo desconcertado, depositó la foto en su lugar atendiendo a su orden.

—¿Qué significa esto?!

—¡Significa que estás arrestado! —siseó ella entre dientes, atenta a cualquier movimiento extraño que pudiera hacer.

El hombre, perplejo, no salía de su asombro.

—¿Arrestado...? —Y acercándose a ella, continuó—: Esto es una broma, ¿no?

Adriana le quitó el seguro a su arma en cuanto él dio el primer paso.

—Dame un motivo para dispararte, por favor...

Pol, asustado, se detuvo en el acto. No entendía qué estaba ocurriendo allí, pero resultaba evidente que se había topado con una loca y que aquello no era ninguna broma.

Adriana chasqueó la lengua, decepcionada, al ver que se detenía; no obstante, con un ligero movimiento del arma le ordenó que se girara.

—Date la vuelta muy despacio y con las manos en alto.

—¿Quién demonios eres? —cuestionó él siguiendo sus directrices.

Ella se acercó con cautela, accionó el seguro nuevamente en su pistola y luego le agarró un brazo para llevarlo hacia atrás y proceder a esposarlo.

—Evidentemente no quien tú creías —le susurró con una voz carente de emoción muy cerca del oído.

Pol tragó saliva con fuerza.

—¿Eres la hermana de Tania?

Ella apretó con más fuerzas las esposas con el fin de hacerle el mayor daño posible.

—No te atrevas a pronunciar su nombre.

Él siseó de dolor al mismo tiempo que Adriana lo obligaba a sentarse en uno de los sillones. Confuso, la miró sin entender nada.

—No sé por qué estás actuando de esta manera, pero podemos sentarnos y hablar.

Ella clavó una intensa mirada llena de rabia y rencor en él y lo apuntó con su arma.

—Yo no tengo nada de que hablar con un asesino —siseó entre dientes.

Pol la miró horrorizado.

—¿Asesino...? ¿De qué cojones estás hablando? ¡Yo no he matado a nadie en mi vida!

—¡Cállate!

—¡Estás completamente chiflada! ¡Suéltame ahora mismo!

—¡¡He dicho que te calles!!

Y él así lo hizo, al observar cómo sus manos temblorosas sujetaban con fuerza el arma, en un esfuerzo sobrehumano por no disparar allí mismo. Pol percibió cómo el dolor y una inmensa agonía deformaban el bello rostro de aquella mujer, mientras que, de sus ojos cristalizados, dos lágrimas resbalaban, humedeciendo la piel a su paso.

Transcurrieron unos segundos en los que, en completo silencio, advirtió cómo ella realizaba grandes inspiraciones por la nariz, en una lucha por serenarse y no cometer una locura. Cuando se limpió la cara con el dorso de la mano, un poco más tranquila, él decidió arriesgarse a mantener un diálogo sosegado en un intento por hacerla entrar en razón.

—Ana, escúchame... —le rogó comenzando a hablar con mucha cautela—, no sé de dónde...

—No vuelvas a llamarme Ana —le advirtió con una serenidad que le heló la sangre—. Sólo ella me llamaba así.

—Está bien... lo que tú digas... ¿Cómo te llamo, entonces?

—Mi nombre es Adriana... Adriana Muñoz Ayala... y soy inspectora en la

Policía Nacional.

Para sorpresa de Pol, desapareció del salón para regresar instantes después con una peluca y un traje negro.

—También me conoces como Adrián Ayala, el chófer de tu hermano en la empresa Montellà & Fills Publicitat. Y soy la hermana de Tania Muñoz... tu novia muerta.

Dicho esto, arrojó a sus pies ambas prendas, seguidas de unos guantes blancos, la gorra del uniforme y una placa de policía.

Él no salía de su asombro.

Saber que aquella desquiciada había burlado todas las medidas de seguridad de la agencia y que, además, había estado infiltrada durante meses ante las narices de todos disfrazada de hombre, le hizo entender que estaba ante alguien dispuesto a hacer lo que fuera necesario para sus fines... y un miedo profundo comenzó a escalar por su columna vertebral hasta que pasó de la médula a su cerebro.

Pero descubrir, además, que era la hermana de la mujer a la que había amado y perdido tan sólo unos meses atrás, y que, de forma delirante, ésta creía que él la había asesinado... lo impactó profundamente.

—¡No puede ser! —balbuceó estupefacto.

—No me importa si lo crees o no —respondió ella, al mismo tiempo que agarraba una silla y se sentaba justo delante de él, todavía portando el arma en su mano derecha—. Lo único que me interesa es saber por qué lo hiciste.

—Estás completamente loca si crees que yo maté a tu hermana —sentenció, comenzando a enfadarse por ocurrírsele semejante estupidez.

—No te creo —replicó, decidida a sacarle la verdad—. Prueba de nuevo.

—No tenía ningún motivo para hacerlo... Yo la amaba.

—¡Por supuesto! ¡Como amabas a todas las que pasaron por tu cama antes que ella!

—¡No, escúchame! ¡Tania se suicidó, ella...!

—¡No es cierto! —lo interrumpió fuera de sí—. ¡Mi hermana jamás se hubiese suicidado! ¡Ella no tenía motivos para hacerlo!

Pol enmudeció por un instante y empezó a negar con la cabeza al mismo tiempo que procesaba esa información.

—No... no... La policía dijo...

—¡La policía se equivoca! Yo la conocía mejor que nadie y sé que ella no se quitó la vida.

—¡No puede ser...!

Por un segundo Adriana dudó ante su muestra de consternación. Parecía sincera. Sin embargo, la descartó al momento, negándose a dejarse obnubilar por el encanto Montellà.

—¡Qué bien se te da mentir! —señaló a punto de aplaudirle—. Casi me trago tu numerito.

Él, que se había quedado abatido tras esa información, fijó su atención en ella de nuevo y se preguntó hasta qué punto esa mujer tendría razón.

Devastado por la muerte de Tania, no podía creerse el suicidio cuando la policía se lo comunicó. Era demasiado para él. Asimilar la muerte de las personas a las que más quería en tan breve espacio de tiempo resultaba excesivo para cualquiera.

En un primer momento, y creyendo perder por completo la razón, tampoco se tragó la historia de su muerte... pero no le quedó más remedio que cambiar de opinión cuando la policía, después de una exhaustiva investigación, declaró no haber hallado indicios de violencia que los hicieran sospechar de una muerte provocada. Cierto era que no habían encontrado una nota de suicidio, pero sí suficientes sustancias químicas en el cuerpo de Tania, tras la autopsia, que apoyaban la teoría de un desgraciado accidente por sobredosis de drogas o, en su defecto, que se había quitado voluntariamente la vida.

—¡No estoy mintiendo, joder! —exclamó, harto de que no le creyera—. Te digo que la amaba. La quería de verdad. Tania era diferente a las demás. Ella... ella...

Adriana, furiosa por sus mentiras, se levantó del asiento tirando la silla a su paso.

—¡Maldito seas, ¿te crees que no lo sé?! ¡Era mi hermana!

Pol también se irguió, desesperado por hacerla entrar en razón.

—¡Escúchame, Adriana...!

—¡Siéntate! —Lo amenazó con la pistola—. ¡Siéntate ahora mismo!

Ambos se sobresaltaron cuando, de repente, sonó el timbre. Adriana valoró si ir a abrir o no la puerta, pero resolvió que lo más acertado, dada la situación, era ver quién llamaba.

—¡Cómo muevas un solo músculo, te pego un tiro! —lo advirtió con expresión grave—. ¡He dicho que te sientes!

Él obedeció, en tanto rezaba con todas sus fuerzas porque fuera la policía la que estaba al otro lado del umbral, alertada por algún vecino, para rescatarlo de esa perturbada, y no un compinche que acudiera para ayudarla a rematar el trabajo. Supo que sus oraciones no habían sido escuchadas cuando quien entró fue un hombre desconocido.

—He oído gritos y he venido a ver si va todo bien —dijo Ricky mientras pasaba al interior del apartamento sin ser invitado; se quedó mudo de asombro cuando vio a un extraño esposado en el salón de su amiga—. Pero ¿qué cojones está pasando aquí?

Pol volvió a incorporarse para pedirle ayuda.

—¡Por favor, ayúdame! ¡Esta mujer está loca! ¡Me tiene retenido aquí contra mi voluntad!

Ella se acercó rápidamente a él y le pegó el cañón de su arma a la sien.

—Vuelve a abrir esa boca y será lo último que hagas —siseó al mismo tiempo que apoyaba la otra mano en su hombro para obligarlo a sentarse.

Cuando Pol obedeció, Ricky, airado, la agarró por el brazo para alejarla de él e increparla.

—¿Qué demonios estás haciendo?! ¡¿Has perdido la razón?!

—¡Suéltame, Ricky!

—¡¿Que te suelte?! ¡Maldita sea, Adriana, tienes a un hombre esposado y amenazado de muerte en tu propia casa!

Ella se liberó de su agarre con furia.

—¿Y qué? No es un hombre cualquiera, es el asesino de Tania.

Su amigo parpadeó varias veces, sorprendido, y giró la cabeza para dirigirla hacia Pol.

—¡No es cierto! ¡Yo no he matado a nadie! —exclamó aquél, pero enmudeció de golpe cuando la mirada asesina de Adriana se posó de nuevo en él.

Ricky observó al hombre con curiosidad, advirtiendo el miedo y la desesperación en su rostro, y volvió su atención hacia ella sin saber muy bien qué creer.

—¿Estás segura?

Adriana ni pestañeó cuando le respondió, todavía con los ojos clavados en el hombre sentado en su sillón.

—¡Sí!

—¿Completamente segura?

Por el rostro de ella pasó, fugaz, un gesto de duda.

—Él mismo lo admitió.

—¡No! ¡No es cierto! —chilló Pol—. ¡Yo no he dicho nada de eso! ¡Está loca! ¡Te digo que está completamente loca!

—¿Qué admitió exactamente? —preguntó su amigo, ignorando las protestas del otro y agarrando a Adriana por el brazo, bloqueando su intento de acercarse nuevamente al rehén.

Ella lo miró fuera de sí.

—¡Este maldito bastardo admitió que era su novio, Ricky!

—¡Eso no demuestra nada!

De pronto Adriana se acercó a Pol, apuntándolo directamente y en posición de disparo.

—¡Adri! —gritó Ricky, alarmado, pero ella lo ignoró.

—En la fiesta de disfraces, ¿cómo ibas vestido?

Pol, asustado, se echó hacia atrás en la silla.

—¡¿Qué?! ¿De qué hablas?

—El mismo día de su muerte organizaste una fiesta de disfraces en tu casa. Mi hermana y yo asistimos a ella. Y ahora te pregunto: ¿de qué ibas disfrazado?

—¿Tú eras la vampiresa?

Ella apretó los dientes con fuerza y un músculo de la mandíbula comenzó a temblarle.

—Responde a la pregunta —siseó entre dientes, mientras quitaba el seguro de su arma.

—¡Por el amor de Dios, Adriana! —exclamó su amigo, totalmente horrorizado—. ¡¿Qué estás haciendo?!

Pero ella lo mandó callar con un gesto de la mano.

—¡Vamos... responde!

—¡Está bien... está bien...! —balbuceó Pol, agachando la cabeza, aterrado ante la posibilidad de perder la vida en las manos de aquella pirada—. ¡Iba vestido de general romano!

Adriana dio un paso atrás, mientras dejaba escapar un jadeo ante la fuerza de aquellas palabras que la golpearon como un mazo.

Bajó el arma despacio y se giró hacia su amigo con los ojos anegados en lágrimas, al mismo tiempo que el dolor lacerante por la pérdida de la persona más importante de su vida la golpeaba sin compasión. Ya no había dudas. Sabía que él era el asesino de Tania

—Ahí tienes la respuesta —pronunció esas palabras sin un atisbo de alegría por tener razón—. La vi marcharse con él. Ese hijo de perra fue el último en ver con vida a mi hermana.

Capítulo 18

Ricky se acercó a ella despacio y le quitó, con mucho cuidado, el arma de la mano. La compasión en su mirada lo decía todo. Sabía por el calvario que estaba pasando su amiga, pero, si ese dolor era necesario para que ella viviera en paz, pues... ¡bienvenido fuera! Lo único que deseaba era que todo aquello se acabara de una endiablada vez.

Entretanto, Pol no podía creerse lo que le estaba sucediendo. Aquella locura tenía que ser una maldita pesadilla, pero no sabía cómo detenerla o despertarse de ella. Proclamar su inocencia no estaba sirviendo de nada; no obstante, ¿qué otra opción le quedaba?

—¡No es cierto! ¡Maldita sea, yo no le hice nada malo a tu hermana! —Y como ella no respondía, Pol se dirigió al recién llegado—. ¡Escúchame tú, por favor! ¡Te juro por lo más sagrado que yo no maté a Tania!

—¡No mientas! —siseó ella.

—No estoy mintiendo. Es... es cierto que yo estuve con ella esa noche en la fiesta, pero más tarde, cuando Tania te buscó y no te encontró, me pidió que la llevara a su casa. Se sentía culpable por haberte dejado sola. Te llamó varias veces por teléfono, pero no le contestabas, y creyó que estabas furiosa con ella por haber roto su promesa.

Adriana se giró con el rostro desencajado para clavar su mirada llena de odio en él, y Pol se apiadó de la mujer que lo retenía en contra de su voluntad.

—¡Lo siento! —se disculpó al ver el mismo dolor que lo había despedazado meses atrás—. Siento si te estoy haciendo daño con esto, pero... ¡yo no la maté! ¡Créeme!

Inclinó la cabeza hacia un lado mientras ordenaba las piezas del puzle. Si esa

rata pensaba que la iba a descolocar haciéndola sentir culpable, le demostraría lo equivocado que estaba. No podía dejar que utilizara su dolor contra ella. No se lo iba a permitir.

—Lo que creo es que esa noche discutisteis.

—¡No!

—La pelea se te fue de las manos y la mataste sin querer. —Pol, desesperado, negaba con la cabeza una y otra vez mientras ella seguía hablando—. Y para borrar tus huellas, le inyectaste algún tipo de droga que le provocó la sobredosis.

—Yo no tomo drogas y tu hermana tampoco.

—Lo sé... —concluyó ella con una sonrisa letal en la boca—... y ése fue tu error, Pol. Porque... dime una cosa: si tú fuiste el último en verla con vida, y como muy bien has dicho mi hermana no tomaba drogas... ¿cómo es posible que se suicidara con una sobredosis?

—No lo sé.

—Sí lo sabes —concluyó, convencida de tener razón—. Soy policía, ¿entiendes? Y como policía sé que generalmente la explicación más sencilla es la acertada. A veces los hombres se ciegan y cometen actos estúpidos inducidos por el alcohol, los celos, las drogas...

Pol se sentía acorralado. Esa chica estaba tergiversando los hechos para que cuadraran a su conveniencia. Dijera lo que dijese, lo retorcería todo hasta que lo hicieran a él culpable de un asesinato que no había cometido. Y el rostro del hombre que la acompañaba era una fría e inmutable máscara, que no ayudaba a saber si en caso necesario estaría de su lado para socorrerlo.

—¡No, no es cierto! ¡Yo no he hecho nada!

—Todos los culpables dicen lo mismo.

—¡Por el amor de Dios!, ¿crees que lo echaría todo por la borda por una simple discusión?

—Lo admites, entonces.

—¡No, no lo admito! Jamás le hubiese hecho daño a tu hermana, Adriana. Te lo vuelvo a repetir... ¡yo la amaba! Ella se sentía mal y yo la traje a casa. Nos despedimos con un beso, como tantas otras veces, y ya no la volví a ver más.

Su dolor y angustia eran tan sinceros que traspasaban su cara sin dejar duda alguna. Si bien Adriana no era capaz de ver más allá, Ricky sí fue consciente de

ello... y a pesar de que se mantenía apartado, en un segundo plano, lo observaba todo con extrema atención.

—¡No mientas! —estalló ella fuera de sí.

—¡No lo hago, maldita sea! Y si no me crees, llama a la policía. No dices que eres una de ellos, pues llámalos y que me detengan.

Ella soltó una carcajada desprovista de alegría.

—¿Crees que soy idiota? Tú y tu familia estáis podridos de dinero y, en cuanto levantases un teléfono para pedir un abogado, un regimiento de ellos crearía tal barrera que no se os podría ni toser.

—¿Y cómo hago para que me creas? —preguntó angustiado—. ¿Qué tengo que hacer para demostrarte mi inocencia?

—¡Decirme la verdad!

El hombre apretó los dientes con fuerza, en un rictus de completa impotencia. Atado de manos, era el único gesto que se podía permitir.

—Es lo que hago.

—¡Pero yo no te creo! —declaró encarándose de nuevo a él—. ¡Si tanto la amabas, ¿por qué nunca lo hicisteis público?! ¡¿Por qué la escondías?! ¡¿Por qué fanfarroneabas de las demás mujeres y de ella no?! —Sin dejarlo responder, prosiguió—. Yo te lo diré: porque te avergonzabas de ella, ¿no es cierto?, porque no era una mujer de tu misma clase social, porque no...

—¡Porque tu hermana no quería, maldita sea! —confesó desesperado por que lo creyera—. No deseaba que las demás modelos la vieran como una aprovechada, no quería que la vieran como la típica buscona que se acuesta con el jefe para conseguir más privilegios. Tania no comerciaba con la carne. Todo lo que había conseguido en la vida había sido por méritos propios y estaba muy orgullosa de ello, y eso era una de las muchas cosas que me enamoraron de ella. Tu hermana era hermosa, talentosa, inteligente, dulce, alegre, comprensiva... Era la mujer perfecta.

Se quedó sin palabras ante esos argumentos... y toda su ira se derrumbó al ver lágrimas en los ojos del hombre que tenía delante, en tanto su rostro se desfiguraba por el dolor y caía de rodillas al suelo.

—No tienes ni idea del infierno por el que pasé, Adriana. Tú perdiste a tu hermana, pero yo perdí a mis padres y a la mujer que amaba en escasos días de diferencia. Todavía no lo he superado. No he estado con ninguna mujer desde

que ella... desde que... —Sus hombros comenzaron a sacudirse por el desconsuelo que ya no pudo retener—. Daría todo lo que tengo por tenerla a mi lado de nuevo. Ofrecería todo lo que soy porque volviera conmigo otra vez. Me despierto por las noches oliendo su pelo, escuchando su risa...

—Cállate... —le rogó al mismo tiempo que se mesaba el pelo y comenzaba a caminar de un lado a otro.

Viéndolo en ese estado, Adriana reconocía la misma angustia que la carcomía por dentro devorándolo todo a su paso.

—... a veces creo verla en una valla publicitaria, u oír su voz en la televisión...

—¡Cállate!

Ricky se acercó a ella, consciente de que estaba a punto de derrumbarse.

—Cariño... —musitó su amigo, acogiéndola entre sus brazos.

—No quiero que hable... No quiero que siga hablando... —susurró aferrándose a él, destrozada.

—Lo sé, cielo...

—Me duele, Ricky... ¡Dios, cómo me duele!... —balbuceó abatida y exhausta por cargar con tanto dolor.

Y sin poder soportarlo más, los sollozos desgarradores de Adriana salieron desde el fondo de su alma sin control, uniéndose con los de su rehén.

Su amigo la cargó en brazos y la llevó a su habitación. La posó con extrema delicadeza en la cama y dejó que se desahogara hasta vaciarse. Estaba cansado de verla así. No sabía cómo ayudarla, y ser su paño de lágrimas no calmaba su impotencia por no poder aliviar su aflicción.

Minutos más tarde, Ricky dejó a Adriana descansando en su dormitorio y se acercó al hombre, quien, con la mirada perdida, seguía arrodillado y maniatado en el mismo lugar donde lo habían dejado, para liberarlo finalmente de las esposas que lo retenían.

Pol lo miró con desconcierto, sin entender por qué lo hacía.

—Vete.

—¿Por qué? —Dicho esto, tragó saliva con esfuerzo, mientras se masajeaba las muñecas para que fluyera la sangre por ellas otra vez, mientras se ponía en pie—. Me refiero a por qué lo haces...

—Porque te creo.

—¿De verdad?

—Sí —respondió Ricky, asintiendo—. Eres libre de irte, si quieres.

Pol giró la cabeza hacia la salida para, a continuación, volverla a centrar en él.

—¿Y ella?

El guarda de seguridad bajó los ojos, ocultando su pena.

—Ahora está bien, yo me ocupo. —Y se alejó unos pasos para dirigirse al dormitorio de nuevo, cuando, de súbito, se detuvo en seco—. Sé que no tengo derecho a pedirte nada después de lo que ha ocurrido aquí, pero... si de verdad amaste tanto a Tania como dices, te rogaría que, en su memoria, no fueras a la policía a denunciar a su hermana. Adriana no es así, ella... ella sólo necesita respuestas para asumir esa tragedia. Perder a Tania significó perderlo todo. Era la única familia que le quedaba, ¿entiendes? —Y como el hombre no contestó a su ruego, lanzó un suspiro de pesar para finalizar diciendo—: Te prometo que no volverá a molestarte, ni a ti ni a tu familia.

Después de decir eso, Ricky se marchó de la estancia para ir a hacer compañía a su mejor amiga y velar por su estado anímico y mental. Suspiró nuevamente desolado, pues, en realidad, no sabía cómo iba a enfrentarse a Adriana tras confesarle que había dejado escapar al hombre que ella creía que era el culpable de la muerte de su hermana. Le había mentado a Pol, con la esperanza de que se apiadara de ella y que aquella locura no tuviera mayores consecuencias, pero... tenía claro que ese milagro sería muy difícil de cumplir.

—¿Ricky...? —musitó Adriana, abriendo los ojos al percibir que entraba en su habitación.

—¡Chist...! Tranquila, ya estoy aquí —susurró sentándose a su vera para acariciarle con ternura el cabello.

Después de un breve instante, giró la cabeza siguiendo la mirada de asombro de Adriana, fijada tras él. El guarda no esperaba encontrarse con la figura del hombre que había sido maltratado, injuriado y retenido en contra de su voluntad, parado allí, en la entrada de la habitación.

—¿Qué haces aquí todavía? ¿Por qué no te has ido?

Pol lo miró con tal determinación que le hizo arrugar el ceño.

—Porque yo también quiero descubrir al asesino de Tania.

* * *

Al día siguiente, Adriana llamó a la empresa para decir que estaba enferma y que no podría asistir al trabajo. En cierta forma no mentía, pues anímicamente estaba tan destrozada que no se hallaba con fuerzas ni tan siquiera para levantarse de la cama.

Se sentía tan avergonzada por lo que le había hecho pasar al pobre Pol que no sólo no sabía si él sería capaz de perdonárselo alguna vez, sino tampoco si ella podría mirarlo a la cara algún día sin tener la necesidad de querer morir.

Los tres hablaron hasta altas horas de la madrugada, intercambiaron datos y opiniones sobre aquella noche y los motivos que podría haber tenido Tania para acabar con su vida y, para desgracia de Ricky, ambos llegaron a la misma conclusión: no había ninguno. Por tanto, acordaron seguir con el plan inicial de Adriana, incluyendo una copia de seguridad de toda la información recabada hasta el momento que Adriana le entregó a Pol.

Tras la marcha de los dos hombres, Adriana se volvió a la cama, pues ese día no era capaz de aparecer por la empresa y simular que todo iba bien, por lo que ahuecó la almohada, la colocó debajo de su cabeza y cerró los ojos para intentar descansar un poco... pero el reposo le duró más bien nada.

—¡Diga! —respondió al teléfono con la voz ronca por todas las lágrimas vertidas pocas horas antes.

—¿Qué te ocurre? ¿Te encuentras mal? ¿Estás enfermo?

Ella abrió los ojos como platos para, instantes después, dejar escapar un gemido de agotamiento y meter la cabeza bajo el edredón.

—¡Adrián, ¿me oyes?! ¡¡Adrián!!

—Sí, Marc, te oigo —contestó poniendo los ojos en blanco.

—¿Estás solo?

—Sí.

—¿Has ido al médico? —interrogó éste, preocupado.

—No, no he ido.

—Pues deberías ir —rezongó, molesto por su dejadez—, con esa voz de camionero que tienes seguro que estás pillando una infección de caballo.

Adriana resopló enérgicamente.

Jamás había conocido a un hombre tan controlador como él. No sólo tenía

que opinar sobre sus amistades o relaciones personales, sino que, además, debía controlar el estado de salud de sus trabajadores y las medidas que debían tomar.

«¡¡Es desesperante!!»

—Estoy bien, no te preocupes; sólo necesito descansar.

—Pues yo no estoy de acuerdo —contradijo sin tener en cuenta lo que ella le estaba asegurando—. ¿Tienes fiebre? ¿Dolores musculares...?

—Marc...

—¿Dolor de cabeza, presión en el pecho...?

—¡Marc, para...!

—¿Sientes náuseas, mareos...?

Sin pensárselo dos veces, Adriana colgó el teléfono.

Soltó un largo respiro de alivio, seguido de una sonrisa maligna al imaginarse la cara que se le habría quedado... pero el alivio le duró poco, cuando el aparato volvió a sonar.

—He dicho que estoy bien.

—¡Ni se te ocurra volver a colgarme! —le gritó encrespado.

—No lo haré si tú dejas de controlarme.

—¡Lo que yo haga o deje de hacer es cuestión sólo mía!

Y volvió a colgarle.

Adriana se masajeó la frente mientras el móvil sonaba de forma furiosa una y otra vez.

—¿Qué quieres, Marc?

Percibió una respiración pesada y supo que estaba intentando controlar su furia.

—Quiero que me des la dirección de tu casa. —Intuyendo que le iba a colgar otra vez, Marc se apresuró a añadir—: Si no lo haces, llamaré a la policía, a los bomberos y a la guardia civil si hace falta.

Ella enmudeció, atónita.

—¡¿Estás loco?! —le espetó incorporándose en la cama—. ¿Les montas este pollo a todos tus trabajadores cuando se ponen enfermos? ¡Por el amor de Dios, lo tuyo no tiene nombre!

—Sólo a los necios que se niegan a ir al médico.

En ese momento le tocó a Adriana inspirar y espirar aire con fuerza. Cuando de nuevo fue capaz de hablar sin proferir toda clase de insultos, respondió.

—Es un farol.

—Ponme a prueba, si quieres.

Tuvo claro que, con lo terco que era, no le costaría nada llevar a cabo su amenaza.

—No pienso ir al médico porque a ti te dé la gana.

—Pues déjame comprobar por mí mismo que estás lo suficientemente bien como para quedarme tranquilo.

—¿No te fías de mi palabra?

—No.

Adriana observó el teléfono en su mano, decidiendo si lo estrellaba o no contra la pared. Tomó aire profundamente por la nariz y lo expulsó lentamente.

—Mi dirección viene incluida en el contrato.

—Según me ha explicado Nines, esa dirección es antigua e incorrecta, nuevamente otro error que debes colgarte como medalla. Por tanto, necesito que me facilites la nueva.

«¡¡Maldita sea, Nines!!»

No debería haberle confesado a su amiga que los datos en su currículum eran falsos, aunque se imaginó que ella jamás deduciría que la intención de Marc era aparecer por su casa, así que debía pensar rápidamente en una excusa plausible que...

—¡Adrián! —gritó Marc llamando su atención al no oírle responder—. Uno de los mejores amigos de mi padre es un teniente coronel de la Guardia Civil que estará más...

—¡¡Oh, por el amor de Dios!! ¡¡Apunta!! —ladró furiosa con él y su mala suerte, y procedió a darle los datos correctos.

—En treinta minutos estoy ahí.

Y dicho esto, Marc colgó.

Adriana abandonó con rapidez la cama, al mismo tiempo que maldecía e insultaba a su exasperante jefe de todas las formas que conocía. Sólo tenía treinta minutos para preparar su disfraz de chófer y debía darse prisa.

—¡En buena hora ha superado su trauma a conducir! —refunfuñó al mismo tiempo que se colocaba las lentillas.

Se acomodó la peluca, se maquilló con celeridad, intensificando unas profundas ojeras bajo los ojos, se vistió un viejo pantalón de chándal color negro

de andar por casa, junto con una amplia sudadera gris, que ponía en letras negras «I'm a cat» y tenía una capucha con dos divertidas orejas de gato.

Treinta y cinco minutos después, estaba lista y preparada para recibir al insufrible Marc de Montellà Bau.

Cuando el susodicho entró por la puerta y la vio con aquellas pintas, le dijo muy serio:

—¡Cámbiate ahora mismo de ropa, te llevo al hospital!

El bufido que soltó Adriana resonó en todo el rellano.

—No estoy en la oficina y aquí no me das órdenes. Ya has visto que estoy vivo y entero, así que... ¡adiós muy buenas! —Y empujó la puerta para cerrarla en sus narices mientras se giraba y se dirigía al salón.

Marc la detuvo con la mano, para seguirla por el pequeño apartamento después de cerrarla tras de sí. Examinó la estancia con ojo crítico, y no pudo sacarle ningún «pero». Estaba limpio y decentemente ordenado para ser el hogar de un soltero. Su propia habitación sería una leonera después de que él pasara por ella, de no ser por el servicio de limpieza que tenía contratado y a su disposición en la mansión.

—¿Por qué no está Ricky cuidándote?

Ella se dejó caer en el sofá, subió los pies, cubiertos con unos gruesos calcetines, y se tapó hasta la nariz con una amorosa manta.

—Porque tiene que trabajar, no es mi niñera.

—¿Has comido algo?

—¿No tienes trabajo o alguna reunión en la que perderte?

Marc clavó en ella una mirada de reproche y Adriana elevó una ceja en contestación.

—Responde a mi pregunta.

Involuntariamente abrió la boca, dejando escapar un sonoro bostezo.

—No, no tengo hambre.

Marc sacó su teléfono móvil del bolsillo interior de la chaqueta.

—Voy a llamar a Luisa para que prepare un poco de sopa.

—¿Quién es Luisa?

—Mi cocinera.

Adriana lo miró mientras marcaba los números, sin dar crédito.

—¡Ah!

Sacudió la cabeza en franco asombro por lo obsesivamente controlador que era, hasta que se encogió de hombros, derrotada por su terquedad, y se estiró en el sofá.

—Dale recuerdos de mi parte.

—¿Qué haces?

—Dormir un poco —respondió tapándose con la manta—. He pasado muy mala noche y no tengo el cuerpo para aguantar tonterías. Total, no escuchas. Y, como hablar contigo es como hacerlo con una pared, haz lo que te venga en gana mientras yo intento descansar un poco.

Marc, ofendido, exhaló un jadeo.

—¿Preocuparme por ti es una tontería?

—Sí, cuando no tienes motivos.

Dicho esto, cerró los ojos con la intención de que pillara la indirecta y se marchara, pero no iba a tener tanta suerte, pues el muy cabezota se sentó en el sillón mientras manipulaba su teléfono móvil, y ella lo supo cuando abrió un poco el ojo derecho para espiar lo que estaba haciendo. Suponía que estaría revisando su correo electrónico, y lo oyó levantarse minutos después para hacer una llamada desde el baño.

Adriana suspiró exhausta. Ese hombre era, literalmente, imposible.

Al poco tiempo se quedó dormida.

* * *

Horas más tarde, Adriana se despertó sobresaltada por unos golpes en la puerta. Cuando fue a abrir, se encontró con un Pol cargado con dos cajas grandes de pizzas, y a Ricky saliendo del ascensor todavía con su uniforme de guarda de seguridad.

—¿Vengo en mal momento? —preguntó el hermano de Marc, sorprendido al verla disfrazada de chico.

—No, claro que no. —Se llevó la mano a la peluca al darse cuenta de por qué lo decía—. Tu hermano ha estado aquí y he tenido que disfrazarme de Adrián.

Pol hizo un gesto de extrañeza, que enseguida desechó, al advertir que Ricky estaba detrás de él introduciendo la llave en la puerta de su apartamento.

—¡Hola, colega! —saludó alegre.

—¿Qué hay?

—¿Vienes de trabajar?

—Pues sí, ¿no se me nota? —contestó señalando su uniforme.

—Un poco sí —respondió Pol observando con atención las esposas que llevaba colgadas del cinturón.

Tanto Ricky como Adriana se dieron cuenta de ese pequeño gesto y un pesado silencio cargó el ambiente.

Pol reparó en el momento incómodo y esbozó una amplia sonrisa.

—¿Os apetece cenar unas pizzas conmigo? —preguntó con efusividad—. He estado pensando en lo que hablamos esta mañana y me gustaría comentar con vosotros una idea que no deja de rondarme por la cabeza.

Adriana olisqueó el delicioso aroma que salía de los cartones y su estómago comenzó a rugir.

—Por mí, encantada; me muero de hambre —confesó relamiéndose por dentro—. ¿Te animas, Ricky? Aquí hay de sobra para los tres.

Él tardó unos segundos en responder. No estaba en absoluto de acuerdo sobre que ella volviera de nuevo a las andadas en busca de un asesino, que seguramente no tendría ningún escrúpulo en acabar con su vida tal y como hizo con la de su hermana... pero, a pesar de que se había opuesto enérgicamente esa mañana, cuando se dio cuenta de que Pol también estaba dispuesto a encontrar respuestas, no obtuvo ningún resultado a la petición de que lo dejaran en manos de la policía. Se encontraba en clara desventaja de dos a uno en esa batalla perdida.

—De acuerdo —respondió encogiéndose de hombros—. Dadme unos minutos para cambiarme y enseguida voy.

—¡Perfecto!

Adriana dejó entrar al improvisado repartidor de pizzas y le señaló la cocina para que dejara allí las cajas.

—¿Y este cargamento de comida? —interrogó Pol, confuso al ver una cantidad exagerada de tápers con comida dentro de la nevera.

Cuando ella asomó la cabeza, se quedó estupefacta y elevó ambas cejas en señal de desconcierto cuando vio a Pol desplegar una brillante y socarrona sonrisa después de leer una nota.

—Así que mi hermano ahora se dedica a ejercer de enfermera —se burló, al mismo tiempo que la entregaba la nota y apoyaba despreocupadamente la cadera en la encimera de granito.

Adriana leyó la escueta misiva.

Escoge lo que quieras, pero COME algo.

MARC

—Tu hermano es un manipulador, narcisista y controlador nato, con unos grandes rasgos de acosador en potencia.

Pol se cruzó de brazos, intentando no reírse a carcajadas. Le resultaba particularmente divertido saber que su hermanito andaba preocupado por un simple y humilde chófer.

—¿Estás segura de que no sabe quién eres?

—¡Ni de coña! Me mataría si supiera que lo he estado engañando durante todo este tiempo. Espero no estar delante de él cuando eso ocurra.

—¿Y cómo vas a hacer para ocultárselo? Si descubrimos al asesino de Tania, tu identidad saldrá a la luz.

—Cuando eso suceda —se señaló así misma con su disfraz de chico—, Adrián desaparecerá sin dejar rastro.

Capítulo 19

Adriana le dio un sorbo a su delicioso cóctel de cava rosado con granadina y fresas, mientras mantenía una conversación muy amena con un conocido presentador de televisión. Se encontraban en una fiesta organizada por una conocida discoteca a la que habían llegado una hora y media antes. Tanto Pol como ella habían decidido sacarle el mayor partido posible a su papel de Ana, para buscar otras vías de investigación paralelas a la que estaban llevando a cabo hasta ese momento.

Él creía, con auténtico convencimiento, que quizá habría que darle otro tipo de enfoque a la búsqueda del asesino o asesina de Tania. El trabajo como modelo de su hermana solía conllevar muchos celos y envidias, y no sería por completo descabellado pensar que, quizá, alguna compañera, inducida por esos horribles sentimientos, llegara más lejos de lo normal.

Por tanto, fingirían mantener una relación más íntima y personal de la que realmente tenían, haciendo correr el falso rumor para ver si suscitaban algún tipo de resquemor o acción que les facilitara otra clase de pista.

Lo que ella desconocía era el segundo plan que tenía en mente Pol y que pretendía llevar a cabo fuera como fuese.

—¡Hola, hermano!

Adriana se quedó helada cuando oyó, a sus espaldas, la voz de su jefe.

—¡Marc!, ¡qué alegría verte por aquí! —exclamó Pol con sincero entusiasmo, acercándose a él para palmearle la espalda.

Éste no le contestó, pues estaba demasiado concentrado en la mujer que tenía justo delante, la cual se había girado muy despacio después de tragar saliva con fuerza.

—¿Y a mí no me dices nada? —le reprochó Roser, para llamar la atención y tener su pequeña cuota de protagonismo—. Si no fuera por mí, tu hermano no saldría nunca de casa.

A Pol, que había ignorado su presencia a propósito, no le quedó más remedio que saludarla.

—Hola, Roser. —Con un rictus frío, acercó su rostro para ofrecerle un beso en cada mejilla.

—¡Oh, vaya... pero si está aquí mi amigo Jorge! —exclamó con demasiada efusividad, relegando a un segundo plano a su futuro cuñado, en un desplante deliberado, y acercándose para saludar al conocido presentador televisivo.

Éste, que se dio cuenta de su ruin hazaña, sonrió para sus adentros, saboreando una venganza que estaba muy próxima a ejecutarse. Si sus planes no fallaban, esa odiosa mujer estaría muy pronto fuera de la vida de su hermano y, por ende, de la suya también.

—Marc, creo que ya conoces a mi acompañante, ¿no es cierto? —le preguntó, sabiendo perfectamente cuál sería su respuesta y aprovechando no tener al incordio que suponía su prometida de por medio.

Éste, que no había despegado la vista de Adriana, sólo pudo asentir. Y ella, incapaz de mirarlo directamente a la cara, agarró con más fuerza su copa en un inútil intento de que no se notara el temblor de sus manos.

—Así es —confirmó él poco después.

Adriana, que no entendía exactamente lo que estaba haciendo Pol, arrugó el ceño con desconcierto. No alcanzaba a comprender por qué los dos afirmaban que tanto ella como Marc se conocían, pues su jefe sólo la había visto bajo la apariencia de Adrián. Por tanto, era imposible que supiera de su otra identidad, a pesar de su pequeña persecución el día que conoció a Pol en su fiesta de bienvenida. Estaba completamente segura de que esa vez no la había reconocido ni, por supuesto, descubierto su engaño. Además, que Pol llamara su atención sobre ella no les beneficiaba en absoluto, pues podría originar que Marc atara cabos y la relacionara con el disfraz de chófer.

—Ana, mi amor, quizá no recuerdes a mi hermano Marc, pero me gustaría presentaros formalmente —solicitó Pol, ocultando su enorme satisfacción tras una inescrutable expresión en su rostro.

Marc elevó la barbilla y envaró el cuerpo, tensionándolo al oír las palabras

«mi amor» en boca de su hermano pequeño.

—Creo que te equivocas —habló por primera vez Adriana, para aclarar el malentendido—. Por desgracia, no tengo el placer de conocer a tu hermano personalmente.

Éste, que todavía no se creía la suerte que había tenido de encontrarla de esa forma tan fortuita, apretó los dientes con furia al ver a su propio hermano agarrarla de la cintura de una manera, para su gusto, demasiado cercana y cariñosa.

—Vaya, es una pena averiguar el poco impacto que ha tenido en tu vida conocerme —respondió cortante, sin apartar la vista de la mano de su cintura. Y alzando la mirada se cruzó con la de ella, quien, confusa, no entendía a qué demonios se estaba refiriendo—. Todavía me debato en saber qué opción escoger: no sé si sentirme ofendido o molesto.

El color abandonó el rostro de ella, que giró la cabeza para mirar, muy asustada, a Pol.

—Hermano, no se lo tengas en cuenta. Ana me ha contado que, en la fiesta de disfraces, acudió acompañando a una persona y no tenía ni idea de quiénes éramos los anfitriones... y que fueras disfrazado de mosquetero esa noche no ayuda especialmente a que ella te haya podido reconocer, ¿no crees?

Adriana dejó escapar un jadeo al oír esa noticia. El impacto de saber que su mosquetero era al mismo tiempo su jefe hizo que la cabeza comenzara a darle vueltas. Pero, gracias a Dios, fue interrumpida por la prometida de Marc, que escogió ese instante para llamar su atención.

—Cariño, ¿por qué no me traes una copa? El cóctel que está tomando la nueva novia de tu hermano tiene una pinta deliciosa.

Él ni tan siquiera la miró. Sus penetrantes y oscuros ojos estaban fijos en Adriana, quien, ruborizada hasta las raíces del cabello, no sabía dónde meterse, ganándose con ello la completa atención de Roser.

—Si me disculpan un momento... —farfulló turbada, y se giró para alejarse lo máximo posible de allí.

—¿A dónde vas? —inquirió Pol, abortando su huida al agarrarla con suavidad por el brazo.

—Necesito ir al baño.

Él asintió, dejándola ir... pero no llegó muy lejos cuando, de pronto, Marc le

cortó el paso.

—¿Huyendo de nuevo, Ana?

Ella miró a su alrededor, buscando algo en concreto.

—No estoy huyendo —mintió, incómoda por su escrutinio—, buscaba los baños de mujeres.

Él enseñó los dientes en una sonrisa depredadora, dejando claro que no se había tragado su embuste, y apoyó el hombro con dejadez en la pared mientras se cruzaba de brazos.

—¿Los mismos que te acabas de pasar de largo a propósito? —señaló haciendo un gesto de cabeza hacia una zona situada detrás de ella.

Adriana siguió su mirada y se maldijo por no haber sido más inteligente. Si tan siquiera hubiera sospechado que él podría asistir a aquella fiesta, habría buscado y previsto todas las vías de escape de aquel lugar para no encontrarse, como en ese momento, completamente perdida.

—Yo... ehh... —balbuceó confusa.

—Estoy empezando a pensar que tu afición a las huidas precipitadas se ha perfeccionado a base de muchos intentos. —Y le advirtió, acercándose a ella peligrosamente y agachándose para susurrándole al oído—: Las dos primeras veces me cogiste desprevenido, pero no habrá una tercera ocasión.

«¡¡Santo cielo!!»

A Adriana se le secó la garganta al sentirlo tan cerca. Su presencia, fuera del ámbito profesional, resultaba demasiado intimidante para ella. Aspiró su perfume, que tuvo la facultad de embotarle la cabeza, e, inconscientemente, abrió un poco la boca, deseosa de que él posara sus labios contra los suyos, que estaban a tan escasos centímetros. Su vello se erizó al percibir el cosquilleo de su aliento acariciando suavemente su oreja, y tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no dejar escapar un débil gemido de placer.

Si le costaba reprimir sus deseos cuando iba disfrazado de hombre, el no tener aquella barrera psicológica que la protegía de sucumbir a la fuerte atracción que sentía por él la estaba matando. Marc era una bomba de relojería para sus sentidos, y esa verdad le hacía experimentar verdadero pánico en su interior.

—No tengo ni idea de lo que me hablas —mintió sin pudor cuando pudo recuperar el habla—, pero... si me disculpas... —Dicho esto, se giró para

encaminarse hacia los aseos y esconderse hasta encontrar una manera de escapar de él.

No obstante, Marc, que se esperaba una reacción así, fue más rápido que ella y abrió la puerta que tenía justo a su lado para, con mucha determinación, apoyar su mano en la parte baja de su espalda y empujarla dentro.

Adriana pegó un pequeño respingo de sorpresa, advirtiéndolo, muy a su pesar, que ya era demasiado tarde para reaccionar. En esos instantes se encontraba a solas en una habitación en penumbras, con el hombre que le robaba el aliento y al que debía mantener lo más lejos posible de ella.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo? —cuestionó airada.

Él cerró la puerta tras de sí y encendió el interruptor de la luz que tenía a su derecha.

—Intentar mantener una conversación contigo.

Ella puso los brazos en jarras.

—No creo que tengamos nada de lo que hablar, tú y yo.

Marc chasqueó la lengua, decepcionado.

—Disiento por completo —replicó acercándose de nuevo, mientras se la comía con los ojos—. Tengo muchas preguntas sin respuesta que requiero satisfacer.

Adriana, que necesitaba mantener las distancias para poder pensar, se apartó de él y examinó con atención el lugar.

Se encontraban en un pequeño despacho que, evidentemente, él ya frecuentara con anterioridad, suponía que por conocer al dueño de la discoteca, y que, para su infortunio, no disponía de ninguna otra salida a la vista. Constaba de un pequeño escritorio con un cajón y archivador, un portátil y dos sillas, además de algunas cajas de botellas de alcohol y cervezas de importación apiladas en el suelo. Y para su absoluta desolación, estaba vacío de cualquier alma humana que pudiera restar privacidad a la encerrona.

«¡Oh, mierda, mierda...!»

Bajó la mirada, inspiró aire por la nariz y después lo expulsó con fuerza. A continuación elevó el rostro y se enfrentó a él.

—¿Qué quieres saber? —lo retó, pretendiendo llevar la batuta de aquella conversación.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —interrogó, dando un paso hacia ella

despacio.

Ella lo miró sin tan siquiera pestañear.

—Ana Muñoz.

—¿Cómo te colaste en la fiesta de disfraces?

—No me colé, fui acompañando a otra persona.

—¿A quién?

—Una modelo amiga mía llamada Tania.

Marc, que se había acercado tanto a ella que sus cuerpos se rozaban, clavó su intensa mirada en esos ojos verdes turquesa que lo habían hechizado desde el mismo momento en que la había conocido, para realizar la pregunta que lo llevaba carcomiendo por dentro desde hacía meses.

—¿Por qué huiste de mí después de besarte?

Adriana se perdió en esos ojos negros como la noche, en tanto su corazón comenzó a latir descompasado dentro de su pecho. La punta de su lengua mojó sus labios reseco, acción que no pasó desapercibida a los ojos de él. El hombre, sediento de esos labios sensuales y carnosos, se moría por beber de ellos hasta morir de placer... así que comenzó a bajar la cabeza con lentitud, disfrutando al ver cómo las pupilas se le dilataban ante la expectación de ser besada.

Ella, que había retrocedido ante su avance hasta tocar su trasero contra la mesa del escritorio, apoyó la palma de la mano en su pecho en un débil intento por detenerlo.

—No... —musitó de forma imperceptible, en un vano intento de luchar contra lo que era inevitable.

Él aprovechó ese momento de flaqueza para apretarse más contra ella y arrinconarla contra la tabla de madera.

—¿Por qué, Ana? —susurró rozando sus labios—. ¿Por qué huiste de mí?

Cuando ella oyó el nombre que en realidad no le pertenecía, encontró las suficientes fuerzas para romper en añicos el hechizo que tan hábilmente había tejido, y lo empujó para separarse de él.

Se giró sobre sí misma para darle la espalda y recuperar un poco de resuello y la cordura que tanta falta le hacía.

—Es eso lo único que te preocupa, ¿verdad? Saber por qué herí tu orgullo cuando no caí rendida a tus pies.

Marc elevó las comisuras de sus labios en una sonrisa socarrona, acercó la

nariz a su cabello e inspiró profundamente para disfrutar del delicado perfume. A continuación, apartó con delicadeza el largo mechón ondulado que caía sobre su hombro para dejar al descubierto la parte de atrás de su sexy cuello, y unas leves arrugas marcaron su ceño al fruncirlo después de advertir un pequeño tatuaje detrás de la oreja. Creía haberlo visto recientemente, pero eso era algo por completo imposible.

—Veo que no hemos cambiado nada y seguimos pensando lo peor de los hombres —musitó muy cerca de su oído, obviando esa débil alarma que saltó dentro de su cabeza.

—Quizá porque tengo motivos para hacerlo —respondió, cerrando los ojos por el exquisito estremecimiento que había sentido cuando él le habló.

—Pues no lo hagas, Ana... —le rogó con la voz ronca por el deseo después de besar la pequeña porción de piel expuesta—... al menos no de mí.

Adriana tuvo que apoyar las manos encima de la mesa, pues las piernas comenzaron a fallarle. Lo que ese hombre le hacía sentir no podía ser bueno para su corazón. Conseguía anularle la voluntad con su rica y profunda voz. Y con tan sólo un mínimo roce de su cuerpo, lograba que el suyo se estremeciera de pies a cabeza. Era tan fuerte el deseo que sentía por él que le resultaba casi insoportable, y su lucha interna se desmoronaba con facilidad tal cual lo haría un castillo de naipes entre sus varoniles y elegantes manos.

No obstante, tenía que resistir. No sabía cómo, pero de alguna forma tenía que buscar las fuerzas necesarias para no sucumbir.

—Ana...

Marc gimió su nombre con desespero, al mismo tiempo que la tomaba por la cintura y la obligaba a girarse para quedar frente a él. Sus ojos, brillantes por el deseo, recorrieron su rostro para detenerse en su boca entreabierta. Acunó su rostro con ambas manos y comenzó a bajar la cabeza para atrapar entre sus labios los de ella, cuando unas palabras lo detuvieron en el acto.

—Me pides que confíe en ti, que no piense mal... ¿Cómo puedo hacerlo cuando estás a punto de besar a otra mujer estando prometido?

Esa verdad lo apartó de ella como si hubiera recibido una bofetada en plena cara. Y el anhelo y la felicidad que había sentido por tenerla entre sus brazos se convirtió en frustración, vergüenza e ira por no poder rebatir esa realidad.

Marc se mesó el pelo con rabia y le dio la espalda.

Ella tenía razón. Lo que había estado a punto de hacer... lo que deseaba hacer más que nada en el mundo, no era lo correcto. Pero... ¿cómo podía luchar contra la fuerte y profunda atracción que albergaba por esa mujer? Era una misión imposible.

Lo que sentía por ella era una completa locura y una batalla perdida desde el principio. Y aun sabiendo que Roser no tenía derecho alguno a obtener su lealtad ni fidelidad, Ana tampoco merecía esa situación y podía reprochárselo tal y como había hecho.

Pero, de súbito, la imagen de Pol agarrándola por la cintura y llamándola «mi amor» hizo que la ira lo poseyera. Llevaba tanto tiempo buscándola sin ningún resultado... y que otro se hubiera adelantado a él, en concreto su propio hermano, hizo que soltara sin filtro alguno y con furia contenida las primeras palabras que cruzaron por su cabeza.

—¿Estás segura de que es por eso? —cuestionó, y los celos volvieron de lleno, golpeándolo con furia—. O quizá es porque hiciste bien los deberes y, de los dos ricos herederos, ya te conseguiste al que estaba libre de compromisos.

Adriana jadeó, incrédula. Y, decidida a no permitir que le diera la vuelta a la situación en su beneficio, elevó el mentón con orgullo para encararlo resuelta.

—La relación que yo mantenga con tu hermano sólo nos atañe a él y a mí, pero lo que sí tengo claro es que no tengo por qué darte ningún tipo de explicación sobre ello.

Dicho esto, decidida, se encaminó hacia la salida.

—¿A dónde vas?

—No estoy obligada a soportar esto.

Pero una mano apoyada en la puerta le impidió abrirla.

—¡Déjame salir! —le exigió, furiosa, girándose sobre sí misma para enfrentarlo.

—Todavía no hemos terminado.

Para su total asombro, Marc la agarró con firmeza y la besó.

El choque de sus bocas fue brutal para sus sentidos, y ambos, hambrientos y anhelando con toda su alma ese instante, se dejaron llevar por el momento de pasión... hasta que, por un pequeño resquicio, la cordura se coló en la mente de Adriana, haciendo que empujara a Marc y después le propinara una sonora y fuerte bofetada que lo pilló por completo desprevenido.

Ella aprovechó el instante de estupor y salió corriendo para huir lo más lejos posible. Muy cerca de allí, justo enfrente de los baños de mujeres, se encontró con Pol, quien esperaba en vano a que por fin saliera.

—Por favor, llévame a casa —le rogó cuando llegó a su lado.

—¿Dónde has estado? —la interrogó, molesto, al verla—. Me estaba empezando a preocupar... —Enmudeció al observar lo alterada que estaba.

Cuando advirtió que su hermano salía del pequeño despacho que poseía el dueño de la discoteca, intuyó que ambos habían estado juntos.

Sin alarmarse, todavía, percibió con cierta inquietud lo nerviosa que se encontraba.

—¿Estás bien?

—Sí.

La mirada asesina de Marc no presagiaba nada bueno mientras se acercaba a ambos.

—¿Te ha descubierto?

Ella negó con la cabeza.

—Te lo suplico: llévame ahora mismo a casa.

Él asintió. Desconocía por completo lo ocurrido entre aquellas cuatro paredes, pero Pol no podía obviar el miedo reflejado en sus ojos.

—Ana no se encuentra bien, así que la voy a llevar a casa —informó a su hermano cuando se acercó a ellos.

Marc enarcó una ceja con ironía.

—Estaría encantado de llevarla yo.

Pol meditó la propuesta. Conociendo a su hermano, y consciente de lo muy interesado que estuvo buscando a Adriana como un loco el día de la fiesta de bienvenida, sabía a ciencia cierta lo extremadamente atraído que se sentía por ella. En realidad, su plan no era otro que hacerle ver lo equivocado que estaba con su estúpido compromiso con aquella zorra de Roser, poniéndole en bandeja de plata a la mujer que lo obsesionaba... pero quizá se había equivocado al presumir que Adriana estaba igual de interesada que Marc. Cuando ella le comentó su incidente con el mosquetero en la fiesta de disfraces la noche que lo retuvo a la fuerza, supo sin lugar a dudas que estaba hablando de su propio hermano, y creyó intuir que tal vez podría tener un cierto interés por la forma en la que habló de él, aún sin saber realmente su identidad. Sin embargo, en ese

instante se planteaba seriamente si no habría estado por completo equivocado.

—¡No! —soltó ella, ansiosa, al ver que se lo pensaba—. Si no me llevas tú, prefiero llamar a un taxi.

—No seas terca —protestó Marc, molesto—, para mí sería un alivio tener una excusa para poder abandonar este...

—¿No tienes una prometida a la que atender? —lo interrumpió ella, recordándole cuáles eran sus obligaciones.

Él apretó los dientes con fuerza.

—Ana tiene razón —intervino Pol al fin, aliviado por dentro al entender lo que estaba sucediendo. Entre esos dos había más química que la que se cocinaba en el laboratorio de metanfetaminas de «Breaking Bad», pero quizá ése no era el momento o el lugar adecuados—, Roser lleva un buen rato preguntando por ti.

—¡Menuda novedad! —refunfuñó con una mueca de disgusto.

El hermano pequeño se acercó a él.

—¿Y de quien es la culpa? —lo chinchó.

Marc apretó los puños enérgicamente. Sabía que Pol estaba en lo cierto y que no le quedaba otra alternativa que dejarla ir, pero... ¡¡maldita la gracia que le hacía!!

Sin mediar palabra, se alejó de ellos antes de que su puño quedara estampado en la cara de su hermano.

* * *

Hora y media más tarde, Marc se encontraba apretando con fuerza el volante de su coche delante de un edificio, decidiendo qué hacer a continuación. Sus nudillos, blancos por la tensión que ejercían sus manos, evidenciaban la furia que lo consumía por dentro, e intentó calmarse antes de tomar una decisión.

Se maldijo con rabia, reprochándose el no haber hecho caso de las alarmas que habían saltado en su interior durante los últimos meses, pues... en verdad no sabía si podría soportar la verdad que estaba a punto de descubrir. Completamente ciego, había depositado su total confianza en la persona que jamás creyó que podría traicionarlo, para darse cuenta en ese momento de lo malditamente estúpido que había sido.

Contrariamente a lo que Pol y Ana habían supuesto cuando se alejó de ellos,

no fue en busca de Roser tal y como esperaban, sino que salió al exterior para dirigirse directamente hacia su coche, y esperar a que ambos se subieran al de su hermano para seguirlos con precaución después. Y allí se encontraba entonces, a escasos metros de descubrir una traición que podría devastarlo.

Elevó la mirada hacia la luz que salía de la ventana, perteneciente al piso en el que había estado escasas horas antes, preocupado por la salud de su inquilino, y apretó los dientes con fuerza, determinado a poner fin a su incertidumbre.

Salió del vehículo con decisión y, minutos después, se las había ingeniado para encontrarse delante del piso de Adrián sin que éste lo supiera. Aflojó los dedos varias veces para desentumecerlos y, tras soltar un largo suspiro, tocó con los nudillos en la puerta.

Había llegado el momento de la verdad.

Capítulo 20

Cuando Adriana se acercó a la puerta y miró por la mirilla, se quedó petrificada al ver al otro lado a Marc. Apoyó la espalda contra la fría madera, rezando con todas sus fuerzas para que él no la hubiera oído acercarse, pero pegó un respingo cuando sonó el timbre seguido de unos golpes secos.

—¡Sé que estás ahí! ¡Abre ahora mismo!

Maldijo internamente por su mala suerte.

Estaba a punto de meterse en la cama, después de haber salido relativamente ilesa de su encuentro en la fiesta, por lo que no llevaba su disfraz de chófer con el que hacerle frente. Y no entendía qué demonios hacía él allí a esas horas.

Tuvo que pensar con rapidez, pues en esos instantes le era materialmente imposible ocultarse bajo la falsa apariencia de Adrián, cuando de pronto se le ocurrió una idea que quizá podría funcionar.

—¡Un momento! —gritó corriendo hacia el baño.

Cuando un minuto más tarde abrió la puerta, Marc, sorprendido por sus pintas, elevó ambas cejas a la vez.

—¿Tú no tienes vida social? —cuestionó molesta, al mismo tiempo que se cercioraba de que su albornoz estuviera completamente cerrado.

—¿Y tú? ¿Se puede saber qué diablos te has puesto en la cara? —interrogó él obviando la pregunta a propósito y entrando en el interior del pequeño apartamento sin ser invitado.

Adriana se tocó con mucho tiento la mascarilla depurativa y de color verde que le ocultaba el rostro de la escrutadora mirada de su jefe, tras lo cual, apretó un poco más la toalla enrollada en lo alto de la cabeza que escondía su largo y ondulado cabello.

—No sé de qué te sorprendes, en los días que corren es de lo más normal que los hombres también se cuiden.

Marc la miró de arriba abajo con una expresión fría y desprovista de toda emoción, caminando a su alrededor como un gato cuando juega con un ratón.

—Lo que realmente me sorprende es que te dediques a acicalarte a las dos de la madrugada.

Ella se cruzó de brazos e hizo un pequeño mohín de disgusto con la boca.

—Por si no te has dado cuenta, te diré que es fin de semana, y en mi tiempo libre hago lo que me da la gana. Aunque seas mi jefe, no tengo por qué ofrecerte ninguna clase de explicación sobre...

Enmudeció de golpe cuando Marc se acercó a ella y pegó su cara muy cerca de la suya.

—¡Oh, cariño, ten por seguro que tienes que darme muchas explicaciones!

Adriana abrió los ojos, sorprendida por esa súbita reacción y, sobre todo, por la exorbitante rabia que expresaban los de Marc.

—No sé qué quieres decir.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una amarga carcajada. Luego se puso a caminar al mismo tiempo que la miraba de hito en hito con una profunda furia, en tanto intentaba no agarrarla con fuerza y zarandearla para que dejara de mentirle.

—No hace falta que sigas fingiendo, querida, te has olvidado de colocarte las lentillas. —Y Marc observó cómo ella, instintivamente, se echaba las manos a la cara—. Si alguna duda me quedaba cuando te he visto el tatuaje detrás de la oreja esta noche, ese color de ojos, único y especial, la ha disipado por completo.

Adriana, estupefacta, no encontraba las palabras. Y tampoco protestó cuando él le arrebató la toalla de la cabeza, haciendo que su cabello cayera suavemente a sus espaldas.

—No quiero ni imaginarme lo mucho que te habrás reído de mí durante todo este tiempo —espetó conteniéndose con esfuerzo.

—Marc... yo...

—He sido un verdadero estúpido por confiar en alguien tan despreciable como tú.

Ella cerró los ojos al escuchar esas palabras cargadas de repulsión y que le dolieron como golpes certeros al corazón. Llegado el momento que más había

temido, no sabía cómo afrontarlo.

—Por favor, escúchame...

—¿Qué tengo que escuchar? ¿Más mentiras? ¿No te han bastado todas las que me has soltado?

Y, de pronto, se agachó para recoger la toalla del suelo y acercarse a ella para, con movimientos bruscos, quitarle los restos de la mascarilla del rostro.

—Si de verdad crees que voy a creer algo de lo que salga por esa traicionera boca, entonces es que no me conoces en absoluto. Al menos ten el valor de dar la cara y no ocultarte debajo de esa porquería.

Adriana entendía su enfado y decepción. Era consciente del dolor que sentía al considerarse engañado y estafado de esa manera... y sabía que jamás se lo perdonaría.

—Yo no quería que...

Los profundos e intimidantes ojos de Marc se posaron con furia sobre ella y la hicieron enmudecer.

—¿En serio, Ana? —Y calló abruptamente al darse cuenta de algo—. Si es que ése es tu verdadero nombre, claro.

Y cuando ella bajó la mirada avergonzada, él se llevó ambas manos a la cabeza, completamente desbordado.

—¡No me lo puedo creer! ¡Yo confié en ti! —Adriana, devastada, advirtió el asco tan profundo que sentía por ella en esos instantes—. No logro imaginarme cómo puede existir una persona tan mentirosa, tan falsa, tan... tan despreciable como tú.

—Marc... —susurró acercándose a él.

Éste la agarró por los hombros y le escupió las palabras con todo el rechazo y desprecio que sentía por ella en esos momentos.

—No quiero escucharte. No quiero saber nada más de ti. Y no quiero volver a verte en lo que me resta de vida.

Dicho esto, se marchó de allí pegando un portazo.

Adriana observó la puerta cerrada con auténtica desolación, en tanto que sus ojos se inundaban de lágrimas. La barbilla comenzó a temblarle, y pegó la espalda a la pared para ir deslizándose poco a poco por ella hasta llegar al suelo. Encogió las rodillas, agarrándolas con ambos brazos, y hundió la cara entre ellas mientras los sollozos escapaban a su control.

No podía quitarse de la cabeza la expresión de intenso asco y desprecio en el rostro de Marc. Sería un gesto al que no le daría ni la más mínima importancia, sino fuera por el hecho de estar profundamente enamorada de él.

Porque sí, ¿qué sentido tenía negarlo más? Marc de Montellà Bau era el único hombre en su vida que la había hecho temblar entre sus brazos de una forma que nunca habría creído posible. Y esa verdad era inapelable e inamovible, aunque le pesase.

Pero ahora... ahora que era conocedor de todos sus engaños y mentiras, Adriana sabía que jamás la perdonaría. Ahora que había conocido al único hombre que quizá podría llegar a hacerla feliz... Ahora... ahora lo había estropeado todo por culpa de una oscura y necia obsesión.

Y lo peor de todo era no poder explicarse, ser incapaz de hacerle entender los motivos que la habían llevado a usarlo y traicionarlo de esa manera tan ruin. Pero Marc no había querido escucharla. Se había negado en redondo a oír las inútiles y vacuas excusas que creía que le iba a ofrecer.

«Y con razón», pensó devastada.

Si ella hubiese estado en su lugar, tampoco lo habría hecho.

* * *

Cuando sonó el teléfono a las cinco y media de la tarde, Adriana se encontraba hecha un ovillo en su cama, completamente despierta y con los ojos enrojecidos de tanto llorar.

Observó cómo vibraba el aparato, mientras la pantalla, parpadeante, le mostraba el nombre de Pol como la persona que se quería poner en contacto con ella. En un principio ignoró el sonido apagado e insistente de la vibración del móvil, lo único que quería era que todo el mundo la dejara en paz, pero tras varios y persistentes intentos omitidos, al final se dio por vencida y descolgó la llamada.

—Lo siento, Pol, pero hoy no tengo...

—¿Está mi hermano contigo?

La urgencia y el tono de pánico en la voz del hombre lograron que olvidara por un instante sus propias lamentaciones.

—No, ¿por qué?

El silencio que siguió a continuación hizo que Adriana se incorporara en la cama con inquietud.

—¿Qué ocurre, Pol?

—No sabemos dónde está —confesó al fin—. Esta noche no ha vuelto a casa y tanto Roser como yo hemos estado llamándolo al teléfono móvil, pero no contesta.

La culpa la golpeó con tanta fuerza que se llevó una mano a la boca para tapar un gemido de angustia.

—¿Qué pasa, Adriana? ¿Sabes algo? —inquirió el hombre al percibir ese leve sonido y sospechar que algo había ocurrido.

Por un instante ella se quedó sin voz. La garganta, dolorida y reseca de tanto llorar, no le respondía.

—¡Adriana!!

—Tu hermano me descubrió, Pol. Esta madrugada se presentó aquí sabiendo que mi identidad era todo un engaño.

Otro silencio, más largo que el anterior, cayó como una losa sobre su conciencia.

—¿Crees que le ha pasado algo? —preguntó ella con la voz estrangulada.

Un suspiro de pesar sonó al otro lado de la línea, y un sentimiento de zozobra y ansiedad subió por su pecho, oprimiéndolo con fuerza.

—¡Oh, Dios mío, es culpa mía! —sollozó comenzando a atormentarse—. Si le ha pasado algo a tu hermano, no podré perdonármelo nunca.

—No te flageles antes de tiempo —le advirtió Pol con voz autoritaria—. No quiero ni tengo intención alguna de pensar en esa posibilidad todavía.

Pero como los sollozos iban en aumento, él decidió cortarlos de raíz.

—Adriana, ahora necesito que me ayudes. Preciso contar contigo y que te lamentes sin sentido alguno no me sirve de nada. El que Marc haya descubierto tu secreto es un gran inconveniente, pero ahora debemos pensar en dónde puede estar o en qué le ha ocurrido exactamente.

Ella se tragó las lágrimas, pues sabía que tenía razón. Se secó las húmedas mejillas con impaciencia y carraspeó para deshacer el nudo que tenía atascado en la garganta.

—Dime en qué puedo ayudar.

El hombre al otro lado volvió a suspirar, pero esta vez de alivio.

—Mi hermano dispone de una villa a pie de playa en Sitges, lugar donde va a refugiarse a veces. Te rogaría que fueras a comprobar si está allí mientras Roser y yo llamamos a los hospitales para preguntar si han ingresado a algún paciente por accidente.

Escuchar que Marc pudiera estar herido por su culpa no hizo más que acrecentar la angustia y los remordimientos que la corroían por dentro, pero no podía recrearse en las lamentaciones. Si en verdad se encontraba en apuros, esa actitud no lo ayudaría en absoluto.

—Ahora mismo voy. Mándame la dirección al teléfono.

—Gracias.

—No me las des, Pol. No hasta que sepamos que tu hermano está bien.

En cuanto cortó la llamada, se fue directamente a darse una ducha y prepararse para un corto viaje de una hora en coche. Jamás creyó que pudiera sentir tanta congoja por alguien que no fuera cercano a ella, y tampoco le importó desconocer lo que haría si lo encontraba vivo y a salvo llegado el momento. En lo único que pensaba era en que no podría soportar perder a alguien más. No sería capaz de sobreponerse a un golpe tan duro como perder al hombre que amaba.

* * *

Cuando Adriana apagó la aplicación del teléfono móvil que la había guiado con exactitud hasta la dirección que le había proporcionado Pol, sintió cómo el miedo escalaba por su espalda hasta asentarse en la base de la nuca.

Salió despacio del coche y el salitre del mar inundó sus fosas nasales con fuerza, obviando el hermoso paisaje que la rodeaba, sólo siendo consciente del muro de piedra que se erguía, frío y desolador, frente a sus ojos.

Realmente no sabía qué haría si Marc estaba dentro de aquella casa y no la recibía. Durante el camino había contado con algo de tiempo para ensayar un breve discurso. En su cabeza había enumerado todas las razones válidas que la llevaron a traicionar su confianza, a mentirle mirándole a los ojos... pero que en ese instante, delante de aquel lugar, se habían esfumado como cenizas al viento, dejándola desarmada para enfrentarse a su dolor y enorme rabia.

Lo que realmente le causaba terror era averiguar que él no se encontraba allí.

Si por su culpa le había ocurrido algún tipo de desgracia..., jamás... jamás se lo perdonaría.

Obligó a sus piernas a acercarse al portal de la vivienda, y con la mano temblorosa apretó el botón del intercomunicador para avisar de su llegada.

Esperó. Tocó de nuevo y volvió a esperar. Y ese mismo miedo que antes había escalado por su espalda, de pronto bajaba por el pecho hasta la boca del estómago, creándole un gran agujero de angustia y ansiedad.

Tragó las lágrimas de angustia que amenazaban con hacerle perder el poco control del que disponía y examinó con atención el lugar. El muro de piedra, alto e inexpugnable, no dejaba ver el interior, ni vislumbrar un atisbo de movimiento en la vivienda, ni siquiera si algún coche estaba aparcado dentro. Parpadeó con empeño para evitar la humedad en sus ojos y, apretando los dientes con fuerza, se acercó a uno de los árboles que custodiaban la entrada del garaje. Decidida, Adriana trepó a él con esfuerzo, lo suficiente hasta alcanzar a ver el perímetro de la casa. Con gran alivio, descubrió el Mercedes-Benz E300 color negro obsidiana de Marc, aparcado, de forma descuidada, en el jardín de la entrada.

Con inmenso alivio bajó con cuidado de su poste de vigilancia improvisado para, seguidamente, apretar de nuevo y con insistencia el intercomunicador. Fueron varios los intentos hasta que tuvo claro que él la estaba ignorando a propósito; por tanto, determinada a que no la diera de lado, pegó su rostro a la cámara de vigilancia para amenazarlo.

—Sé que estás ahí, Marc; acabo de ver tu coche aparcado dentro. Si no quieres que llame inmediatamente a tu prometida para decirle dónde estás, será mejor que me dejes entrar ahora mismo.

De pronto una voz metálica habló, sobresaltándola.

—Lárgate de aquí.

—No pienso hacerlo.

Esperó unos minutos, y cuando se dio cuenta de que la estaba tanteando, seguro de que no lo haría, sacó el móvil y lo desbloqueó para enviar un mensaje instantáneo. Un mensaje, aunque él no lo sabía, para avisar a Pol de que su hermano estaba bien.

—¡Espera!

Y, de repente, el sonido de un cierre metálico sonó para avisarla de que, a regañadientes, Marc había accedido a su chantaje.

Caminó por el sendero de gravilla, franqueado por metros y metros de césped muy bien cuidado, salpicado, aquí y allá, por unas imponentes palmeras. La casa contaba con un diseño increíblemente contemporáneo con acabados suaves y toques minimalistas. Además, el diseño no sólo era innovador en términos de estética, sino también en cuanto a ahorro de energía y sostenibilidad. Sus paredes disponían de grandes ventanales, que daban una sensación de amplitud al interior, regado de mucha luz natural por el día y conformando un espacio romántico y elegante por la noche, al mismo tiempo que contaban con unas suaves y exquisitas cortinas que proporcionaban esa intimidad que de alguna manera exigía tanta exposición.

La casa constaba de cuatro dormitorios, tal y como pudo comprobar Adriana tiempo después, así como una oficina que también se podía utilizar como un quinto dormitorio. Construida y decorada con gusto exquisito, desde ella se podía disfrutar de unas impresionantes vistas al mar, campo de golf y vegetación circundante. Al frente de la casa había un área cubierta de hierba rodeada de bambú y olivos, iluminación led y estatuas decorativas. Lo que más llamaba la atención era una piscina ecológica con una cascada y una zona de relax estilo ibicenco junto a ella, que invitaba a desconectar y festejar pequeñas fiestas privadas con las que disfrutar de las noches mágicas del lugar, aparte de un pequeño *jacuzzi* en una esquina que, suponía, sería un lugar muy adecuado para que un soltero empedernido como él llevara a sus citas.

Cuando se acercó a la puerta de entrada, advirtió que estaba abierta y, con cierto recelo, entró sin ser invitada al interior. Caminó durante unos metros hasta llegar a una moderna cocina equipada con todo lujo de detalles y electrodomésticos de última generación. Apoyado contra una isla central, y mirando hacia el infinito del mar, Adriana se encontró con Marc, que portaba un vaso de whisky que se llevó, en ese instante, a la boca.

Suspiró con alivio al verlo allí, tan guapo y sexy como siempre, descalzo en la fría baldosa y vestido únicamente con unos simples vaqueros y una camiseta gris oscura que resaltaba su fuerte torso. El agujero de preocupación y ansiedad desapareció casi por completo.

Ya no le importaba nada más. Saber que él estaba bien era el único consuelo que necesitaba para su atormentado corazón.

No obstante, el arrojo que había llevado a Adriana hasta ese momento y

lugar se esfumó con la misma rapidez que se esfuma el agua sucia por el sumidero, cuando Marc se giró para posar sobre ella esos oscuros y penetrantes ojos negros.

Capítulo 21

—Creí haberte dejado claro que no quería volver a verte nunca más.

Adriana chasqueó la lengua y se acercó lentamente hacia él.

—No es la primera vez que me amenazas con eso.

Marc depositó despacio el vaso en la encimera después de darle un último trago.

—Quizá deberías empezar a hacerme caso de una maldita vez.

Sin previo aviso, se acercó a Adriana para agarrarla del brazo con fuerza y arrastrarla por la casa hasta llegar a la puerta de salida.

—¡Largo!

—¡No hasta que me escuches! —le advirtió soltándose de su agarre.

Él se pasó las manos por la cara con absoluta desesperación. Incapaz de sacarla de su cabeza, se había pasado las últimas horas repasando todos los momentos vividos con esa desleal mentirosa. Se recriminó duramente por haber estado tan ciego ante sus manipulaciones; no obstante, si algo bueno podía sacar de todo aquello era saber que no le gustaban los hombres. Si alguna duda había tenido sobre si era bicurioso, heteroflexible o pansexual, ya le había quedado meridianamente claro que era simple y llanamente un aburrido heterosexual.

Ese día también se dio cuenta de algo bochornosamente importante... y es que siempre había sido ella. Advirtió con absoluto pesar que sentía algo muy fuerte e intenso por la mayor farsante que había conocido jamás en su vida. Se disfrazase como se disfrazase, esa mujer se le había metido debajo de la piel, y la poderosa atracción que sentía por ella lo avergonzaba más allá de lo que podía imaginar.

—¡¿Que te escuche?! —gritó, apretando los puños con fuerza—. ¡No

entiendes que no quiero oír ninguna mentira más! ¡Que no voy a creer nada de lo que sueltes por esa sucia y embustera boca!

Adriana se masajó la zona donde todavía estaban impresos los dedos de Marc y él se giró, arrepentido por haberle hecho daño.

—¡Vete! —masculló entre dientes—. ¡Ana, Adrián o como diablos te hagas llamar, lárgate de una vez antes de que llame a la policía!

Ella cerró los ojos ante su rechazo, pero volvió a abrirlos decidida a que la escuchara sí o sí.

—Mi nombre real es Adriana Muñoz Ayala, soy inspectora en la Unidad Central de Atención a la Familia y la Mujer de la Policía Nacional, y sólo hice lo que tú hubieras hecho en mi lugar.

Él se giró despacio, con la mandíbula descolgada por el asombro.

—¿Cómo dices?!

—Lo que oyes —lo retó, resuelta a afrontar de una vez por todas esa situación—. De la misma forma que tú me has contratado para que me infiltrara en tu empresa y descubriera al que te está traicionando, yo tuve que hacer lo mismo para descubrir al asesino de mi hermana.

Marc, aturdido por el alcohol y las locuras que estaba escuchando, sacudió la cabeza. Esa mujer estaba más loca de lo que él creía.

—¿Asesino...? ¿Tu hermana...? ¿De qué demonios estás hablando?

—¿Recuerdas a Tania Muñoz?

Parpadeó varias veces al mismo tiempo que fruncía el ceño con desconcierto.

—¿Debería?

Ella suspiró con inmenso alivio al reparar en la sinceridad de la pregunta. Si desconocía quién era su hermana, podía descartarlo por completo de la lista de sospechosos.

—Tania era mi hermana y trabajaba para ti como modelo en la agencia.

Él siguió sin responder. En la compañía trabajaban muchos modelos para diferentes campañas y no las conocía a todas por su nombre. Esa parte se la dejaba a Pol.

—Se suicidó hace unos meses —aclaró Adriana con una punzada de dolor.

De pronto, Marc abrió mucho los ojos por la sorpresa de aquella revelación. Se rascó la barbilla y se dio media vuelta para encaminarse de nuevo hacia la cocina.

Agarró el vaso que había dejado vacío para verter nuevamente una cantidad considerable del mejor whisky de importación del que disponía en su bodega y, después, vaciarlo de un solo trago en su gaznate. Apoyó los codos en la encimera de mármol y hundió la cabeza entre las manos, en tanto asimilaba toda aquella información.

—¿Esa chica era tu hermana? —interrogó cuando la sintió acercarse.

—Sí.

Le siguieron unos segundos de silencio sepulcral, hasta que dijo:

—Lo siento.

Y sus palabras dejaron sin aliento a Adriana al percibir, otra vez, la sinceridad en ellas. Sus ojos comenzaron a empañarse y los desvió hacia el paisaje exterior que se vislumbraba por la ventana, donde el manto de oscuridad de la noche amenazaba con cubrirlo, incapaz de soportar la compasión en los de él.

—Pero tú lo has dicho... —continuó Marc, después de unos segundos en los que su cabeza no paró de pensar, valorando si podía creer lo que decía o no—, fue un suicidio, no un asesinato.

—Eso es lo que dictaminó la policía después de una breve investigación —aclaró concisa—, pero era mi hermana y estoy completamente segura de que no lo hizo.

—¡Mientes! —estalló él de nuevo, al darse cuenta de que lo estaba manipulando otra vez—. Acabas de decir que eres policía. Si fuera cierto... si tuvieras tan sólo una mínima duda de que lo que dices es verdad, tus compañeros no habrían dejado la investigación, habrían removido cielo y tierra hasta encontrar al culpable.

—No, cuando no tenían ninguna pista que seguir; no, cuando ellos no la conocían como yo, Marc. —Se acercó un poco más a él—. Tania no tenía ningún motivo para suicidarse, créeme.

Él la miró directamente a los ojos durante unos instantes para, a continuación, sonreír con desdén.

—¿Que te crea? Después de todo lo que me has hecho, ¿pretendes que te crea?

—Tenía mis motivos.

—Tus motivos —susurró para sí.

Ella no respondió al ver el dolor reflejado en sus oscuros ojos.

—Y pensaste que, disfrazándote y engañándome, podrías descubrir que yo era el asesino, ¿no es cierto?

Desvió la cara para que no viera la culpabilidad que la estaba destrozando por dentro.

—¡Oohh, Dios! —exclamó, atónito por que hubiera tan siquiera pensado en ello.

Adriana cerró los ojos otra vez.

La avergonzaban sus actos de una forma difícil de explicar, pero... ¿qué otra opción había tenido?

—Marc, tienes que entenderlo...

—¿Entenderlo?! —cuestionó, asombrado por su desfachatez.

Y volvió a verter el líquido ámbar en su vaso para vaciarlo de nuevo con un golpe seco de cabeza.

—¡Sí, maldita sea! Tienes que entender que no me quedó otra opción. No estoy orgullosa de lo que hice, pero no disponía de otra salida. Había perdido a la persona que más me importaba en este mundo. Me había quedado sin la única familia que tenía y... y de algún modo debía averiguar por qué. No podía quedarme sentada sabiendo que no había hecho todo lo posible por descubrir la verdad. Si mis compañeros no me creían, yo debía demostrarles que estaban equivocados. Ya le había fallado una vez... no podía hacerlo de nuevo.

De súbito el vaso se estrelló contra uno de los muebles de la cocina, haciendo que ella soltara un chillido de sobresalto y los cristales se esparcieran por el suelo.

—¡Sospechando de mí!! —le reprochó dolido.

Adriana se tomó un segundo para responder. No tenía miedo de Marc, si de algún hombre estaba segura que no le haría daño ése era él, pero quería escoger bien las palabras que diría a continuación.

—Sospechando de todo el mundo, Marc.

Él se acercó a ella con los dientes apretados y una vena latiendo con furia en su frente. Colocó ambas manos alrededor de su cuello y apretó despacio, consiguiendo que Adriana retrocediera unos pasos hasta chocar con el borde de la encimera de mármol.

—¡No te creo! —masculló furioso.

Y notó cómo la saliva bajaba por su tráquea, al mismo tiempo que abría los labios para poder respirar sin un asomo de miedo en su rostro. Hipnotizado, se perdió en el verde esmeralda de sus brillantes y cautivadores ojos, y se descubrió observando con atención esos jugosos labios que lo tentaban más allá de su cordura.

—Cuando tomé la decisión de infiltrarme en tu vida, no te conocía. Ignoraba todo de ti, Marc. Las pruebas apuntaban a que alguien de tu agencia había matado a mi hermana y debía seguirlas. —Dicho esto, muy despacio, con cautela, Adriana apoyó las manos en su pecho, notando, a través de la camiseta y de las yemas de sus dedos, cómo el corazón de él latía desbocado—. La noche en la que murió Tania fue la noche en la que te conocí en la fiesta de disfraces. Recuerda que me viste llegar con alguien, y ese alguien era ella. Sabía que tenía pareja, pero nunca me desveló su nombre, sólo que era alguien importante en la compañía en la que trabajaba. Cuando me dejó tirada en la fiesta, la vi irse con un hombre vestido de general romano, pero en aquel entonces desconocía quién era en realidad. En ese momento no sabía que tú eras mi mosquetero.

«Mi mosquetero.»

Esas dos palabras resonaron en la cabeza de Marc, logrando que su corazón pegara un pequeño brinco dentro de su pecho.

¿Cómo podía ser posible? Después de tanta mentira, tanto engaño, tanta decepción y rabia... ¿Cómo era posible que se sintiera tan malditamente atraído por esa bruja? El mismo hechizo que había usado para seducirlo en la fiesta unos meses atrás estaba surtiendo idéntico efecto en él en ese mismo instante.

—¿Mi hermano era su amante? —interrogó confuso, recordando vagamente que había sido el único en vestir ese disfraz aquella noche.

—Sí.

Y sus manos, como si tuvieran vida propia, dejaron de presionar su cuello para ascender lentamente por él hasta acunar su fascinante rostro entre ellas.

Adriana abrió un poco más la boca cuando él le acarició, sutilmente, los labios con las yemas de los pulgares, y dejó escapar un débil gemido cuando se perdió en su oscura y lasciva mirada, que la comía con los ojos hambrientos y deseosos por devorarla.

Se mojó los labios con la punta de la lengua, nerviosa por lo que intuía que iba a suceder.

—¡Marc! —jadeó, en el instante en el que él inclinó su cara para besarla.

Cerró los ojos esperando ese instante. Deseaba con todas sus fuerzas que él atacara su boca para poder responder sin ningún tipo de cortapisas, dejándose arrastrar por ese fuerte e intenso sentimiento que la abrasaba por dentro.

Y cuando eso ocurrió, ambos perdieron el poco dominio del que disponían.

Sus labios se fusionaron encajando perfectamente, en tanto un gruñido bajo y ronco subió por el pecho de Marc. Había ansiado tanto ese momento que no podía controlar la intensa pasión que lo desbordaba. Todo el tiempo que había estado reprimiendo el impulso de besarla, tanto en su disfraz de Adrián como en el de Ana, se desbocaba por fin, en ese mismo instante, con la imperiosa necesidad de hacerla suya... de sentirla, de tocarla, de olerla, de saborearla, de comerle la boca hasta perder la respiración. Nada importaba más allá de lo que ansiaba con total desesperación... y lo que deseaba con todas sus fuerzas era a ella.

Esa verdad era lo más certero e intenso que había sentido nunca. Nada había deseado tanto en toda su vida como estrechar a esa mujer entre sus brazos y hacerle gritar su nombre mientras se enterraba en ella una y otra vez.

Pero esa ardiente pasión fue interrumpida por los sollozos de Adriana, al mismo tiempo que intentaba apartarlo golpeándole en el pecho desesperadamente.

Aturdido, Marc se separó unos centímetros para saber qué le estaba ocurriendo exactamente. Se había dejado llevar de una forma tan desenfrenada que quizá le estaba haciendo daño sin pretenderlo.

—¿Qué...?! ¿Qué ocurre?!

Ella se separó de él en cuanto tuvo oportunidad y le dio la espalda.

—¡Lo siento...! ¡Yo no...! ¡No puedo!

El cuerpo de Marc se tensó como una vara al sentir el rechazo, y apretó los dientes y los puños tan fuerte que le dolieron.

—¡Es cierto! —masculló, escupiendo las palabras una a una con rencor—. Gracias por recordarme que ya elegiste al hermano correcto.

—¡No, escúchame! —le rogó deteniéndolo por el brazo cuando pasó a su lado—. No es lo que tú piensas. No es culpa tuya... Soy yo... yo no...

Pero Adriana enmudeció al advertir el profundo aborrecimiento que vio en los ojos de Marc en ese momento.

—Eso ya lo sé.

Y se giró para alejarse de ella lo máximo posible.

* * *

Minutos más tarde, Marc se encontraba debajo del chorro de la ducha del baño del que disponía su habitación, para intentar despejar su confusa mente. Apoyadas las manos en la pared de baldosas, dejaba resbalar el agua por su cabeza, mientras contenía a duras penas las irremediables ganas de gritar y desahogarse, en tanto el rostro de aquella chica de fascinantes ojos verdes no dejaba de taladrarlo una y otra vez.

Su estupidez era de tal envergadura que se merecía la agonía por la que estaba pasando en ese momento, pues, a pesar de haber sido rechazado de forma tan degradante, él seguía duro y anhelante por una mujer que no lo merecía.

Levantó una vez más la cabeza para llenar con agua tibia la boca y después dejar que resbalara por su pecho, deseando con ello eliminar el sabor de esa maldita zorra y que dejara de volverlo loco.

Tenía que detener esa absurda obsesión como fuera, pues estaba tomando unos tintes extremadamente peligrosos para su salud mental y comenzaba a pensar que, si seguía por ese camino, perdería la razón. En esos instantes sus sentimientos eran tan intensos y abrumadores que le daban vértigo.

—Marc.

Se tensó nuevamente al oír su nombre y, creyendo que era una ilusión, se giró con cautela para descubrir, con total perplejidad, a una Adriana completamente desnuda frente a él.

Jadeó con fuerza, atónito ante su presencia allí. Que no la hubiera oído entrar era lógico, considerando el gran tamaño de aquel majestuoso habitáculo donde cabían, perfectamente holgadas, siete personas. Decorado con refinado lujo en colores ocre, tierra y ceniza, con mármoles y griferías de excelente calidad, daba la sensación de estar en un lujoso spa.

—Esto tiene que ser una puñetera broma.

Ella acortó, decidida, el espacio que había entre ambos al mismo tiempo que el agua comenzaba a mojar su apetitoso cuerpo.

—¿Acaso me ves reír?

No, precisamente en eso no se estaba fijando Marc, pues sus ojos no podían despegarse de esa sensual y perfecta figura.

Dejó escapar un débil gemido al examinar con extremada atención cómo las gotas resbalaban por su tersa y nacarada piel, o cómo el pelo, húmedo y ondulado, rozaba con una delicada caricia sus pequeñas y oscuras aureolas, que coronaban unos perfectos y turgentes pechos. Se mordió con fuerza el labio, a la vez que recorría cada sinuosa y elegante curva, cada recoveco, cada porción de su maravillosa piel, o sus infinitas piernas, hasta llegar al suave y depilado valle que descansaba entre ellas y que le hizo la boca agua.

«¡Virgen santa!»

—¿Qué es lo que quieres, Adriana...? ¿Matarme? —farfulló cuando pudo recuperar débilmente la voz.

—No, sólo quiero que me escuches.

Alertado por su débil tono de voz, alzó la mirada para advertir cómo Adriana observaba con intensa y suma atención su miembro semierecto, y se giró precipitadamente cuando éste comenzó a cobrar vida delante de ella sin previo aviso y sin control alguno.

Marc no se dio la vuelta por pudor, sino por el bochorno de que ella descubriera que la deseaba con ansia a pesar de su traición.

—¿Qué parte de no quiero volver a verte no te ha quedado clara?

—¡Cállate, Marc! —le ordenó de forma autoritaria, recuperando el control de sí misma. Dicho esto, agarró una esponja para verter una generosa porción de gel y comenzar a frotarla contra su ancha espalda—. Ya te lo he dicho antes, me vas a escuchar sí o sí. Quiero que entiendas los motivos que me llevaron a mentirte. No estoy orgullosa de ellos, pero necesito que me prestes atención para que comprendas por qué lo hice.

Él parpadeó repetidamente sin salir de su asombro. Esa mujer era la más desconcertante que había conocido jamás. No alcanzaba a discernir cómo, en un momento, le respondía con una desbordante pasión y al siguiente lo rechazaba cruelmente, ni cómo instantes después se le aparecía completamente desnuda. No dejaba de sorprenderlo. Ésa era una inquietante, a la vez que impresionante, cualidad que no había descubierto en nadie con anterioridad a ella.

—Estoy harta, ¿entiendes? —comenzó a hablar, mientras frotaba suavemente y de forma circular la esponja en su cuerpo, dejando un rastro de espuma tras de

sí—. Estoy cansada de vivir con miedo, de sufrir desde que era una niña, de hacerme la valiente delante de los demás cuando en realidad me siento aterrorizada. Estoy agotada por tener que demostrar mi valía en un mundo de hombres, de poner buena cara cuando en verdad estoy hundida, de despertar por las noches bañada en sudor por revivir en sueños la pesadilla de mi niñez. Pero lo que soporto cada vez menos es a la mujer en la que me he convertido. Una mujer llena de una oscura rabia que me devora por dentro, con un odio que se entierra en mi alma como un puñal envenenado, incapaz de perdonar, de olvidar, de seguir respirando...

Él se giró cuando Adriana dejó de frotar su piel. Descubrir esa vulnerabilidad lo impactó sobremanera.

—Tania no sólo era mi melliza, era el motor que me impulsaba cada día, el motivo para levantarme todas las mañanas. Le había hecho una promesa y tenía que cumplirla. Ella era mi única familia. Lo era todo para mí. —Hizo un gesto con la boca, y prosiguió a continuar pasando la esponja con suavidad, esta vez por su musculoso pecho—. Tú has tenido unos padres que te adoraban. Un lugar al que llamar hogar. Has tenido amor, protección, seguridad... Nosotras no tuvimos tanta suerte. A pesar de haber nacido casi a la vez, sólo por haberlo hecho unos minutos antes, yo me consideraba la hermana mayor, y desde que tengo uso de razón siempre he considerado que mi deber era protegerla... sobre todo de la mujer que nos dio la vida.

Marc se percató de cómo las manos de ella comenzaban a temblar y, al no poder continuar sin hacer nada, las agarró con ternura, para, seguidamente, apoyarlas contra su pecho, donde su corazón palpitaba con intensidad.

Ya no le importaba que viera su vergonzosa erección. Algo en su interior le decía que aquel instante era sumamente importante, que Adriana no sólo había desnudado su cuerpo al presentarse allí, sino que estaba exponiendo su alma al hacerle aquella confesión. Deseaba acogerla entre sus brazos, besar cada centímetro de su rostro para borrar los surcos de dolor que veía en él... pero no se atrevió. Lo único que hizo fue permanecer callado para escuchar aquello que tuviera que decirle.

—Nuestra madre era una vulgar prostituta —continuó explicando, fijando su vista en un punto indeterminado de su pecho, incapaz de mirarlo a los ojos—, que se traía el trabajo a casa para conseguir su siguiente chute o una botella de

vodka barato con el que olvidar su patética vida. Nosotras no le importábamos, simplemente éramos una carga, un error del que sacar provecho dando pena a sus clientes para que le pagaran un poco más por cada servicio.

Marc la sintió temblar, y no de frío. El agua caliente todavía caía sobre ellos como un manto de protección, como un bálsamo que se llevaba los fantasmas del pasado por el desagüe. La abrazó con ternura en un impulso irrefrenable por ser él, y no ella, quien sintiera esas sacudidas de dolor.

—No hace falta que sigas —susurró contra su húmedo pelo, sorprendido de igual manera por verla tan entera—. No quiero que recuerdes ese infierno otra vez.

Adriana apoyó la mejilla contra su pecho y soltó un débil suspiro. Se abrazó a él sin importarle que ambos estuvieran desnudos y bajo el agua en la ducha de su casa. Eso era irónico, porque jamás se había sentido tan segura y protegida como en aquel momento. Nunca se imaginó que ese instante en el que se sentía tan frágil y vulnerable, y en esa situación tan extraña y peculiar, pudiera llegar a ser tan jodidamente perfecto.

Elevó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Quiero seguir, Marc. Quiero que entiendas por qué hice lo que hice, por qué te rechacé hace un rato en la cocina.

Y cuando observó la preocupación en los de él, supo sin lugar a dudas que estaba haciendo lo correcto. Tomó aire por la nariz y apoyó nuevamente la mejilla en su torso, obviando deliberadamente la negativa silenciosa de Marc, que sacudía la cabeza en un inútil intento por hacerle entender que era innecesario que siguiera.

—De vez en cuando se echaba novio y lo traía a casa. La mayoría de éstos eran unos pobres desgraciados como ella; otros, unos malnacidos que se aprovechaban por un tiempo hasta que le robaban lo que no tenía. Era un desastre como mujer, un desastre como madre y un desastre como persona. — Adriana enmudeció por unos instantes. Los recuerdos, largo tiempo reprimidos, se agolpaban en su cabeza, peleándose por salir a la luz. ¡Y dolían, maldita sea, cómo dolían! Carraspeó para deshacer el nudo agónico que se le estaba formado en la garganta y cerró los ojos con fuerza—. Pero al menos Tania y yo nos teníamos la una a la otra, nuestro único consuelo entre tanta miseria. Y a pesar de ser tan sólo una niña, era consciente de que mi misión en la vida era proteger

y cuidar a mi hermana pequeña... hasta que un día mi madre trajo a casa a un hijo de perra... que no se contentaba con molerla a palos todos los días, ni con hacerla trabajar día y noche para quedarse con su dinero... Era una mala bestia al que le gustaba abusar de niñas indefensas...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Marc, sobrecogido ante esa revelación.

Sin saber muy bien qué hacer o cómo actuar, agarró con extremada delicadeza el mentón de la mujer que tenía en sus brazos, para mirarla directamente a los ojos.

¡Jesús, no se atrevía a preguntarle!

Controlar la furia desmedida que sentía subir por su pecho era más difícil de lo que pensaba, y desconocía cuál sería su reacción ante la respuesta de ella, pues sólo imaginarlo le provocaba unas irremediables ganas de matar a ese hijo de puta.

—¿Esa cabrón te...? ¿Él te llegó a...?

Adriana se mordió el labio con fuerza mientras su mentón comenzó a temblar y asintió débilmente.

Y Marc se separó de ella cuando una cólera asesina le subió por la garganta haciéndole gritar de rabia y frustración. Se llevó las manos a la cabeza mientras inspiraba y espiraba aire como un caballo desbocado.

—Marc...

—¡¿Quién es?! —le exigió saber cuándo ella se acercó para calmarlo—. ¡¿Quién es esa maldita basura?! ¡Dímelo, Adriana, porque lo voy a matar con mis propias manos!

—No es necesario, ya está muerto.

Cuando Marc pudo controlar su arrebato de violencia, la agarró por los hombros para estrecharla con fuerza entre sus brazos.

—¡Lo siento...! —susurró contra su pelo—. ¡Lo siento mucho!

Se quedaron abrazados durante unos minutos, asimilando cada uno los intensos sentimientos que los desbordaban. Y Adriana, incapaz de soportarlo más, se desmoronó por completo.

Lloró, vaciándose por dentro, exorcizando con cada sollozo la pena, la soledad, la rabia, el dolor acumulado. La ternura y calidez en ese abrazo la desarmó por completo, dejando a la vista la fragilidad que intentaba ocultar obsesivamente y que casi nadie había visto.

Unos minutos después, cuando ella se recuperó un poco, se separó unos centímetros para apoyar la frente en su torso y seguir contándole.

—No lo sientas, Marc. Después de mucho tiempo supe que era lo mejor que me pudo pasar. La vecina oyó mis gritos y llamó a la policía, y cuando los servicios sociales nos encontraron en un estado tan lamentable, se hicieron cargo de nosotras, separándonos de la mujer que nos destrozó la vida. A él lo metieron en la cárcel, y cuando sus compañeros de prisión supieron por qué había entrado, no dejaron que saliera con vida.

Oírla hablar de esa forma le rompía el corazón, pero sintió un enorme alivio al saber la suerte que había corrido aquel cabrón malnacido. Jamás podría comprender la mente enferma de alguien que abusaba de forma tan vil de un niño inocente. Esa clase de personas no merecían existir.

—Pero esos años de mi vida me crearon traumas —confesó con tristeza—. Desde entonces no me fío de los hombres, a excepción de Ricky, al que no considero una amenaza, sino un hermano mayor. Ni tampoco puedo soportar el contacto con ellos, ni imaginarme llegar a mantener alguna relación íntima... excepto contigo.

Llegado ese momento, el corazón de Marc dejó de latir.

—No entiendo qué es lo que me pasa exactamente cuando me miras de esa manera, o por qué siento lo que siento cuando estoy cerca de ti... pero... créeme cuando te digo que eres el único hombre que no me produce un rechazo instintivo. —Adriana elevó el rostro para mirarlo directamente—. Tanto tú como «mi mosquetero» habéis sido los únicos que han despertado algo en mí que jamás había sentido.

Él tragó saliva enérgicamente.

Quería creerla. Quería poder confiar en ella más que nada en el mundo.

—Pero antes...

—Siento mucho lo de antes, Marc. Cuando me besaste en la cocina, tu aliento a alcohol hizo que todos mis fantasmas volvieran con fuerza. Recordé el fétido aliento de ese miserable y no pude soportarlo —le confesó, comenzando a romperse de nuevo.

—¡Chist, está bien! —le susurró con ternura, acunando su bello rostro entre sus manos.

Lo entendía y no podía culparla por ello.

—Pero he venido para pedirte perdón —continuó Adriana, queriendo decirle por fin todo lo que llevaba dentro—. Quería que comprendieras los motivos que me llevaron a mentirte y a engañarte. Sé que no tengo derecho a pedirte que me perdones y olvides todo el daño que te he hecho, pero necesito hacerte entender que no tuve elección.

Y Marc lo entendía.

No sólo lo entendía, sino que, además, sabía perfectamente que él hubiera hecho lo mismo. Aprovechando lo cerca que estaban, y tras saber que él era el único hombre que despertaba algo en ella, decidió no seguir reprimiendo lo que llevaba deseando desde que la había visto aparecer. Arriesgándose a ser rechazado de nuevo, Marc acercó su rostro para besarla otra vez.

Capítulo 22

Al principio, Marc rozó con suavidad su boca, reprimiendo sus ardientes ganas por ella, temeroso de asustarla y de que volviera a rechazarlo... pero Adriana no tenía la misma intención. Ella sacó la lengua para lamer sus labios, al mismo tiempo que sus cuerpos se rozaban buscándose con desespero, y él se rindió, abriendo la suya para profundizar más aquel beso con pasión irrefrenable.

Sus lenguas jugaron entre sí, atrapando gemidos y suspiros de placer, en tanto sus manos acariciaban cada porción de piel expuesta y húmeda, realizando un mapa de cada centímetro, cada ángulo, cada curva, cada línea de sus cuerpos que se estremecían allí donde se tocaban.

Marc abandonó la dulce y exquisita boca de Adriana para seguir un camino tortuoso de pequeños mordiscos por su cuello, por su hombro, por su tórax, hasta llegar a un pequeño y vibrante pezón, que atrapó entre sus labios para mimarlo como se merecía. Entretanto ella se aferró a sus fuertes hombros al mismo tiempo que arqueaba la espalda y dejaba escapar de su garganta gemidos de un gozo jamás soñado.

Pocos minutos después, Adriana se separó, abandonándolo un instante para recoger el bote de gel tirado en el suelo. Y no hizo falta que él articulara ninguna palabra, la pregunta muda y agónica en su mirada fue suficiente para que ella le respondiera.

—Siempre me ha gustado acabar lo que empiezo.

Así que derramó un poco de jabón líquido en su mano derecha y lo rodeó para frotar su ancha y poderosa espalda con ella.

Y Marc, que iba a protestar con energía por su falta de compromiso con lo que estaban haciendo, enmudeció de inmediato cuando los dedos de ella

agarraron la carne de sus glúteos.

—¿Sabes que nunca había visto antes el cuerpo de un hombre desnudo? —preguntó con una voz ronca y sensual como quién no quiere la cosa.

«¡Quizá no fuera tan mala idea que se tomara su tiempo!»

—No, no lo sabía —respondió con la suya estrangulada.

Y se le escapó un jadeo cuando ella fue aún más abajo y profundo, rozando sus testículos con los dedos.

—Nunca entendí por qué a las mujeres les volvía loca... —Y lo rodeó de nuevo hasta quedar frente a él y mirarlo directamente a los ojos—... hasta ahora.

—¡Adriana...! —la reclamó con impaciencia, intentando agarrarla para estrecharla entre sus brazos.

—¡Chist, chist, no tengas tanta prisa! —lo reprendió juguetona, para a continuación lamerse los labios de forma sexy—. Déjame disfrutar de las vistas.

Y Marc no pudo evitar soltar un gemido de frustrado deseo.

—Estás acabando conmigo, ¿lo sabías?

Ella vertió un poco más de gel en la palma y sonrió con perversa maldad.

—Pero si todavía no he empezado.

Deslizó con suavidad ambas manos jabonosas por el torso fuerte y definido de Marc, apreciando y acariciando sus poderosos pectorales cubiertos por un poco de vello, que bajaba en una fina línea recta hacia sus trabajados abdominales hasta unirse con la zona púbica.

Llegado a ese punto, Adriana dudó solamente un segundo, hasta que tomó con ambas manos el duro e hinchado miembro, que se estremeció bajo sus manos cuando lo acarició de arriba abajo. Sus dedos resbalaron por el turgente mástil hasta llegar al aterciopelado y carnoso glande, camino que repitió un par de veces mientras lo oía sisear de placer... pero su curiosidad fue interrumpida cuando Marc la agarró con decisión para darle la vuelta.

—Ahora me toca a mí —le susurró al oído, provocándole estremecimientos que recorrieron su columna vertebral—, a no ser que quieras que esto termine antes de empezar.

Tras lo cual, cogió el bote de gel para hacerle pasar por el mismo tormento que había pasado él.

—Eres un aguafiestas —rezongó divertida.

Pero la diversión se le borró de un plumazo cuando Marc pegó su cuerpo al

de ella rozándole con su pene el trasero.

—Últimamente suelen decírmelo muy a menudo —le confesó, después de mordisquearle el lóbulo de la oreja mientras le frotaba el cuello con las manos resbaladizas por el jabón—. Y ahora que lo recuerdo, tú y yo tenemos un masaje pendiente.

—Humm... —ronroneó, cuando él abandonó su oreja para seguir depositando pequeños besos por su clavícula, al mismo tiempo que dejaba resbalar suavemente las manos a lo largo de sus brazos—. No pienso protestar por ello.

Y Marc sonrió ante la respuesta.

Continuó lavando su tersa piel con el líquido jabonoso, frotando suavemente sus pechos, pellizcando con delicadeza ambos botones, duros y turgentes, serpenteando con sus manos por el estómago, consiguiendo que su piel se estremeciera allí por donde pasaba mientras el agua caliente de la ducha caía sobre su espalda. Acarició y admiró cada centímetro del cuerpo de Adriana con absoluta devoción, grabándolo en su memoria, llegando incluso a ponerse de rodillas y mordisquear con suavidad su perfecto trasero.

Quería ir despacio con ella.

Bien sabía Dios que estaba haciendo un esfuerzo enorme por no tomarla allí mismo, por ir poco a poco, paso a paso. Su cuerpo pedía alivio a gritos, ansiando enterrarse en ella, devorarla con los ojos, con la boca, con las manos... Pero Marc quería, ante todo, que ese momento fuera especial para Adriana. Borrar esos terribles recuerdos del pasado que la habían traumatizado. Y si para ello tenía que morir de agonía en el intento, lo haría con sumo gusto.

No obstante, el sonido de sus jadeos y suspiros, a pesar de que era una dulce sinfonía para sus oídos, al mismo tiempo eran una tortura sofocante. Nunca había sido tan salvajemente sexy escuchar los gemidos de placer de una mujer, y los de Adriana le resultaban tan provocadores y excitantes que sus testículos, dolorosamente tensos, estaban a punto de reventar.

Se incorporó para darle la vuelta y mirarla a los ojos. Esos ojos verdes y chispeantes, oscurecidos por la pasión, que se clavaron más hondo en su alma si algo así era posible, le devolvieron una mirada cargada de deseo y confianza en él que casi hizo que Marc perdiera el poco dominio que tenía sobre sí mismo.

—¿Estás segura de esto?

—Sí, completamente segura.

Y él aferró con tal ímpetu su rostro, para devorar esa boca que por tanto tiempo había llenado sus sueños y pensamientos, que hizo retroceder unos pasos a Adriana hasta tropezar con la pared. Mientras la degustaba con apetito voraz, le agarró una pierna para izarla y posarla en su cadera, al mismo tiempo que su miembro, hinchado y rígido, rozaba la entrada del suave y completamente depilado sexo de Adriana, arrancando un profundo y gutural siseo de placer de lo más hondo de su pecho.

Ella tuvo que cortar ese beso tan intenso, pues le faltaba la respiración, y se aferró a los hombros de él clavando las uñas y buscando poder llevar oxígeno a los pulmones, momento que Marc aprovechó para atrapar con sus labios un duro e inhiesto pezón, al mismo tiempo que agarraba su pene y abría con él los suaves pliegues del sexo de Adriana, rozando con el glande su pequeño botón de placer.

—¡¡Oh, Dios mío!! —gimió, sobrepasada por el gozo tan intenso que la estaba atravesando desde los pies a la cabeza.

Marc sonrió satisfecho, pues notaba perfectamente lo húmeda y preparada que estaba para él. Sin embargo, a pesar de sentir unas irremediables ganas de empujar, de hundirse en el dulce y ardiente interior de Adriana, decidió no hacerlo, pues sabía que no duraría mucho si eso ocurría, así que se arrodilló nuevamente a sus pies, separó con sus manos las piernas de ella y, ayudado por un poco más de jabón, lavó con agónica lentitud el sexo húmedo y tembloroso, rozando suavemente con los dedos su pequeño y rosado botón, logrando que se arqueara y suplicara porque acabara de una vez.

—¡Por favor, Marc! —le imploró Adriana agarrándolo del pelo.

Para él, verla disfrutar de esa manera era lo más fascinante que había sentido jamás y, decidido a que llegara al clímax, acercó la cara a su centro de placer. Cuando ella sintió su cálido aliento, jadeó retorciéndose por el calor que la abrasaba, y sus piernas temblaron al sentir cómo la lengua de él recorría el interior de los labios vaginales hasta llegar a su clítoris para lamerlo y succionarlo con fruición.

—¡¡Marc!!

Un grito escapó de su garganta para después quedarse sin respiración, cuando miles de estremecimientos la recorrieron haciéndola enloquecer, mientras él se recreaba gozando de su exquisito sabor.

A pesar de tener la espalda apoyada contra la pared, Adriana tuvo que agarrarse con las manos a la columna de la ducha, cuando Marc le agarró una de las piernas para poder apoyar el pie en su hombro, dejando más expuesto su trémulo y mojado sexo y dar buena cuenta de él. Ella no sabía a ciencia cierta cómo demonios conseguía mantenerse en pie, pues lo que le estaba haciendo sentir ese hombre era completamente enloquecedor, y sus piernas, temblorosas como la gelatina, amenazaban con fallarle en cualquier momento.

Jamás creyó posible poder disfrutar de algo tan intenso como lo que estaba sintiendo en ese instante. La estaba sometiendo a una deliciosa tortura que al mismo tiempo temía que acabara. Eran sentimientos encontrados difíciles de asimilar.

Por un lado quería seguir disfrutando de aquella embriagadora excitación, pero al mismo tiempo una urgencia interior necesitaba ser satisfecha... hasta que, de pronto, unos dedos se deslizaron dentro de su vagina, llenándola, estimulándola y consiguiendo que el colapso llegara de forma devastadora, haciendo que Adriana vibrara, se retorciera, se arqueara, convulsionara y dejara de respirar durante los segundos que duró aquel impactante orgasmo.

Todavía no había terminado cuando Marc levantó en el aire su debilitado cuerpo, agarrándola por el trasero y consiguiendo que entrelazara con las piernas su cintura. Cuando sus miradas se encontraron, palmo a palmo, y dándole el tiempo necesario para que se adaptara a él, hundió su pene dentro de ella y comenzó a empujar.

—¡Oohh, Dios santo, Adriana, eres perfecta!

Y ella no tuvo palabras.

Con la espalda apoyada en la pared, se agarró con fuerza a sus hombros, asombrada de que pudiera sostenerla con tanta facilidad, en tanto Marc seguía marcando el ritmo de penetración. En ningún momento dejaron de mirarse, creando un vínculo íntimo y especial muy difícil de conseguir, obviando las palabras y diciéndose con los ojos lo que en ese momento sentían.

Primero despacio, con extrema lentitud, él se retiraba y entraba en ella con mucha suavidad, temeroso de hacerle daño... hasta que, seguro de que estaba disfrutando de la misma urgencia que él, comenzó a incrementar el ritmo de las acometidas, notando cómo se amoldaba a su tamaño, recibiendo cada embestida y deseando cada vez más... hundiéndose en su cuerpo hasta el fondo, con golpes

de cadera secos y más profundos, arrancando gruñidos y jadeos de placer.

Marc advirtió, con orgullo masculino, cómo la respiración de ella iba en aumento al igual que la suya, cómo sus caderas acrecentaban el ritmo para recibirlo de forma entusiasta, cómo sus jadeos eran cada vez más intensos y entrecortados y cómo le susurraba al oído «no pares». Y si esos pequeños detalles no le eran señales suficientes para demostrarle que, a pesar de haber disfrutado recientemente de un orgasmo, iba camino de otro, sí lo fue que gritara por segunda vez su nombre cuando ella alcanzó el clímax, logrando que él explotara al mismo tiempo también.

Minutos después, Marc llevó en brazos a una exhausta Adriana hasta su propia cama y, abrazados, se quedaron dormidos saboreando los últimos coletazos del encuentro sexual más impresionante que habían vivido los dos.

* * *

Quedaban pocas horas para el amanecer cuando Adriana se despertó y se encontró con un Marc profundamente dormido a su lado. La luz de la luna bañaba la estancia y le dejó observar con detalle su rostro relajado, la incipiente barba que asomaba en su mandíbula, su nariz recta y encantadora, sus labios llenos y carnosos, y una arrebatadora media sonrisa que lo hacía parecer más joven y feliz.

Que tuviera una pierna encima de ella le decía que se encontraba cómodo con aquella situación, y eso le arrancó un suspiro de pesar. No se arrepentía de lo que había sucedido entre los dos, pero temía lo que las luces del nuevo día traerían a su nueva y extraña relación.

No era ninguna ingenua: que hubieran disfrutado de un excitante y enloquecedor sexo horas antes no significaba que Marc la hubiera perdonado. Y de eso ella era consciente.

Con cuidado, se levantó de la cama para ir a beber un poco de agua a la cocina, y recogió la ropa que había abandonado cuando decidió arriesgarlo todo para que él la escuchara. Del bolsillo trasero del pantalón cayó su teléfono móvil y, después de recogerlo, se dispuso a revisar los mensajes por si había recibido alguno de Pol.

Para su sorpresa, tenía varias llamadas perdidas de Ricky y unos cuantos

wasaps pidiéndole que lo llamara. Miró el reloj de la cocina para confirmar la hora que era, y decidió que era buen momento para llamarlo, porque seguramente estaba saliendo del Survive. Marcó el número de teléfono y esperó a que descolgara.

—¿Dónde has estado metida?

—Hola, yo también me alegro de oírte.

—No me hables en ese tono, señorita —la reprendió su amigo—. No me cogías el teléfono y estaba preocupado.

Adriana suspiró mientras buscaba un vaso en las alacenas.

—Sabes que soy policía, ¿verdad?, y que sé cuidarme solita.

—Últimamente no te reconozco, y menos cuando te dedicas a retener a punta de pistola a hombres inocentes en tu propia casa.

Fastidiada, porque tenía razón, dejó la búsqueda para frotarse la frente.

—¿Vas a dejar de reprochármelo alguna vez?

—Todavía falta mucho para eso.

—Está bien, Ricky, ¿qué quieres? ¿Qué es eso tan urgente?

El pesado silencio que vino a continuación erizó los pelos de la nuca de Adriana, y un funesto presentimiento le encogió el estómago.

—¿Ricky...?

—Cariño... —y su amigo carraspeó, buscando las palabras adecuadas—... han llamado del hospital.

El corazón de ella comenzó a bombear muy deprisa. Y observó, desprovista de toda emoción, el paisaje exterior bañado por la luna.

—Adriana... ¿sigues ahí?

—Sí, estoy aquí —confirmó con una voz fría e impersonal.

—Sé lo que estás pensando, pero...

—No quiero escucharlo.

—Es importante Adriana; necesitan hablar contigo. Eres la única...

—No pienso ir.

Y dicho esto, colgó la llamada mientras una lágrima solitaria resbalaba por su mejilla.

Capítulo 23

Marc estiró el brazo en busca del calor del sexy y atrayente cuerpo de Adriana, pero, para su disgusto, el lugar se encontraba vacío. Abrió los ojos y se desmereció lánguidamente, al mismo tiempo que una sonrisa de satisfacción asomaba a su rostro. Recordó el mágico encuentro sexual mantenido con la mujer más fascinante que había conocido jamás, y la amplitud de su sonrisa se hizo más patente.

Con cierta desgana, se levantó de la cama para ir en su busca y pasar el resto del día descubriendo sus más oscuros y eróticos secretos. Tenía un hambre feroz, y no sólo de ella, sino también de algo sustancioso que llevarse al estómago. Por ello, se vistió los pantalones vaqueros del día anterior y, sin acabar de abrochárselos y todavía descalzo, recorrió las estancias de su casa en busca de Adriana. Tenía pensado preparar un abundante desayuno que los proveyera de la suficiente energía como para seguir con lo que tenía en mente, pero... no la encontró.

Desconcertado, se mesó el pelo, y cuando reparó en que no había ni una nota, nada suyo en la casa que dejara entrever que había estado allí esa noche, y que su coche aparcado en el exterior también había desaparecido junto con su presencia, una ira ciega comenzó a subirle por el pecho.

«¡¡Maldita bruja!!»

Lo había vuelto a hacer. Lo había engañado y manipulado de nuevo y como un tonto había caído en sus redes. ¿Cuándo aprendería? ¿Cuándo dejaría de ser un completo imbécil con ella, dejándose seducir por su embrujo? Si creía que por haberse acostado con él olvidaría todas sus mentiras y lo tendría comiendo de su mano, estaba muy equivocada.

Hacía falta algo más que unas increíbles horas del mejor sexo que jamás había tenido para mantenerlo contento. Quizá había esperado que, teniéndolo satisfecho, se olvidaría de todos sus embustes y no tomaría medidas en su contra... ¡Pues iba apañada!

A su mente comenzaron a regresar las dudas y la terrible frustración experimentada la noche anterior. Se la imaginó con su amigo Ricky riéndose de él y de lo tonto e ingenuo que era por haberse creído todas sus patrañas. O tejiendo su red de embustes con su propio hermano, abduciéndolo como había hecho con él. Inevitablemente, los celos comenzaron a escalar por su pecho, clavando su veneno mortal.

Y se maldijo amargamente.

«¡¡Ni hablar!! —pensó rabioso—. ¡No se saldrá con la suya!»

Treinta minutos después, determinado a acabar con todo aquello, iba camino a su oficina deseando encontrarse con su farsante chófer para ponerlo en evidencia delante de todo el mundo.

Y después... después llamaría a la verdadera policía.

Cuando Marc salió del ascensor, avanzó decidido hacia su despacho e, indeciso, le preguntó a su secretaria por la pequeña traidora cuando no la vio esperándolo como era su deber.

—Nines, ¿Adrián está en su oficina? —preguntó, suponiendo que al ser tan tarde, pues había tenido que conducir desde Sitges y no había llegado a su hora habitual, estaría en su pequeño habitáculo.

La mujer le entregó unos papeles con las llamadas perdidas hasta el momento.

—No, señor; todavía no ha llegado.

Arrugó el ceño ante esa respuesta inesperada. La muy zorra creía que podría tomarse el día libre después de haber hecho horas extras... ¡¡¡Ja!!!

—Llámalo de inmediato y dile que mueva su culo hacia aquí ahora mismo.

—Don Marc...

—¡¡¿Qué?!! —ladró casi fuera de sí.

La secretaria tragó saliva con dificultad, y le echó una mirada de soslayo a su compañera Azucena, que tampoco entendía el monumental cabreo que traía.

—Qui-quizá todavía esté en-enfermo, señor.

Marc apoyó ambas manos encima de la mesa y se inclinó hacia la ingenua

mujer.

«O quizá no tan ingenua», pensó de pronto, arrugando el ceño.

—¡Haz lo que te he ordenado, ¿entendido?!

Ella asintió y descolgó con celeridad el teléfono. Luego, girándose en redondo, Marc centró su atención en la mujer apostada delante de la oficina de su hermano.

—¿Y tu jefe está o tampoco se le espera hoy?

Azucena abrió los ojos, sorprendida por el tono empleado. En todos los años que llevaba trabajando en la empresa, era la primera vez que se dirigía a ella tan bruscamente.

—Don Pol sí que ha venido hoy —le informó, aliviada de no darle malas noticias. Antes de que pudiera seguir hablando, Marc se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta del despacho de su jefe—, pero en estos momentos está ocupa...

Las dos secretarias, atónitas, observaron cómo él la ignoraba y abría la puerta del despacho de su hermano. Y cuando Marc cerró tras de sí, se quedó impactado al ver a Adriana sentada tan tranquila ante la mesa de su hermano sin su disfraz de chófer.

—¡¡¿Qué haces tú aquí?!! —bramó furioso.

Ella, que en un principio había girado la cabeza para ver al intruso que había entrado sin llamar, volvió su atención hacia Pol después de emitir un fuerte suspiro y cruzar las manos sobre su regazo.

La certeza de que Marc no la había perdonado, a pesar de lo ocurrido entre ellos unas horas antes, era correcta y esperada.

—¿Puedes hacer el favor de no gritarme?

Él abrió la boca, asombrado por su desfachatez.

—¡¿Que no te grite?! —rugió colérico.

—¡¡Marc!! —le advirtió su hermano levantándose de su asiento. Cuando obtuvo su atención, le preguntó—. ¿A qué viene todo esto?

Él cerró los ojos y apretó los dedos de las manos con fuerza formando un puño. Respiró hondo y le dirigió una feroz mirada a Pol.

—Quiero a esta mujer fuera de aquí ahora mismo. Está despedida y lo sabe.

—Marc...

—¡¡Ahora!!

Dicho esto, se giró para abrir la puerta y encaminarse, furibundo, hacia su despacho.

De pronto, las dos secretarias vieron cómo Marc salía del despacho echando pestes, perseguido, segundos después, por Pol.

—Yo también tengo algo que decir sobre esto, ¿no crees? —se enfrentó éste cerrando con un portazo tras de sí la puerta del despacho de su hermano.

Marc intentó tranquilizarse, inspiró y espiró varias veces para normalizar su agitada respiración.

—Esa mujer te está utilizando, Pol, créeme. No tienes ni idea...

—Sí tengo idea, Marc —lo interrumpió cortante—. Sé todo lo que necesito saber.

Él dejó escapar un jadeo de genuina sorpresa.

—¿En serio? ¿Acaso sabes quién es o lo que hace aquí?

Pol se cruzó de brazos con mucha tranquilidad.

—Sí.

—¡No te puedo creer, estás de broma!

—¿Qué te resulta tan difícil de aceptar, exactamente? —cuestionó con dureza—. ¿Que se haya colado en nuestra empresa de forma tan eficaz? ¿Que te haya engañado delante de tus propias narices? ¿Que haya un asesino entre nuestro personal? ¿O que...

—¡Que te hayas creído todas y cada una de sus mentiras!

Pol pegó con la mano un fuerte golpe en la mesa.

—¡Pues porque no lo son, maldita sea! ¿De verdad piensas que soy tan estúpido? ¿Supones que al ser mujer me voy a tragar todo lo que diga porque sí, sin haberlo comprobado antes? —Y chasqueó la lengua, expresando gran dolor con ese pequeño gesto—. Sabía que no me tenías en alta consideración, pero jamás creí que pensaras que soy tan inútil.

—¡Eso no es cierto! —protestó mientras lo veía dirigirse a la salida—. ¡Pol!

Su hermano, con la mano en el pomo, se giró para hablarle con una seriedad y determinación que no había visto antes.

—Yo también soy dueño de esta empresa, Marc, y también tomo decisiones. Adriana no se irá a ningún lado hasta descubrir la verdad.

Y salió del despacho.

Lo que no se esperaban, tanto Nines como Azucena, fue ver por segunda vez

consecutiva a un Marc entrando pocos segundos después, nuevamente, en el despacho de su hermano.

Ambas se miraron sin entender nada de lo que pasaba allí.

—Lo que acabas de decir es muy injusto y lo sabes —señaló, molesto por que pensara algo parecido—. Nunca te he considerado un estúpido ni menospreciado tu desempeño en esta compañía.

Adriana, que se encontraba de pie al lado del ventanal, observó cómo Pol se sentaba mientras soltaba un largo suspiro. Odiaba ver cómo ambos hermanos se peleaban, y aún más por su culpa, pero en este caso Marc no estaba teniendo un comportamiento razonable.

—Sé perfectamente que tanto papá como tú nunca me habéis tomado muy en serio en lo referente a las cuestiones de la empresa familiar.

—Tampoco es que no hayas dado motivos.

—Dejé de intentarlo hace muchos años —se defendió—, cuando me di cuenta de que él sólo valoraba tu opinión.

—Eso no es verdad.

Su hermano sonrió con tristeza y cruzó ambas manos, apoyándolas encima de la mesa.

—Ahora eso ya no importa, ¿no crees?

—Pol...

—No voy a cambiar de opinión, Marc.

—Pero...

—Confía en mí, ¿vale?, sé lo que estoy haciendo.

Marc agarró con fuerza el respaldo de la silla que estaba justo delante de la mesa de su hermano, y habló otorgándole mucho énfasis a las palabras que salieron de su boca.

—Y lo hago, en quien no confío es en esa impostora mentirosa.

Y la miró con tanta hostilidad que Adriana se encrespó, ofendida.

—Creí que ayer te había aclarado mis motivos.

—Hiciste más que eso... y lo sabes, pero si crees que me he tragado alguno de tus embustes es que no me conoces tanto como creías.

Ella apretó los dientes con fuerza, inclinó un poco la cabeza y lo estudió con detenimiento, sopesando la situación con muchas reservas, pero su naturaleza impulsiva la traicionó una vez más.

—Sabes, estoy empezando a cansarme de tus reproches cuando no eres el más indicado para hacerlos, ¿no crees?

—¿En serio? ¿Acaso te estás escuchando?

—Perfectamente —respondió acercándose despacio a él.

—Marc...

—No, Pol, no pienso pasar por esto —lo interrumpió éste—. Su desfachatez es inaudita, te lo aseguro, pero al menos sabrás de lo que es capaz esta manipuladora y mentirosa consumada.

—¡Oohh, sí, Pol! —respondió Adriana con retintín—. Te lo dice don intachable, el distinguido y honorable Marc de Montellà Bau que jamás ha engañado a nadie. ¿Pensaría lo mismo tu querida prometida?, ¿o tu propio hermano?

—¿De verdad quieres hablar de esto delante de él?

—Yo no tengo nada que ocultarle, ¿y tú?

—¿De qué estáis hablando? —interrogó éste, pero ambos lo ignoraron, y Marc se cruzó de brazos, arqueando una ceja.

—¿Nada de nada?, ¿ni tan siquiera de lo que pasó ayer entre nosotros?

—Lo que pasó ayer entre tú y yo no tiene nada que... —Y de pronto se interrumpió al ocurrírsele una idea descabellada—. ¡Oh, espera!, ¿que tú crees que entre tu hermano y yo hay algo?

—¿Acaso no es así?

Adriana comenzó a reír y, desconcertado, Marc posó su atención en Pol, quien también sonreía abiertamente.

—Tienes la mente más sucia de lo que yo pensaba —señaló con un brillo de decepción en sus ojos—, pero no me extraña, cree el ladrón que todos son de su condición.

—Nada que ver con la tuya, querida.

—Supongo que Roser no pensaría lo mismo, ¿verdad? O tus propios empleados si supieran lo que has hecho a sus espaldas. Yo al menos tengo una razón de peso para mentir, en cambio tú...

Marc la fulminó con los ojos.

—¡¡Cállate!! —le advirtió antes de que siguiera hablando.

Y ella elevó el mentón, retándolo a que la desmintiera.

—¿O qué?

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó su hermano.

—¡Nada!

—¡Vaya!, ¿así que le ocultas cosas? —Y arqueó una ceja, sabedora de que lo estaba poniendo en un compromiso—. Y después soy yo la manipuladora mentirosa.

Los dos se quedaron desafiándose con la mirada.

—Adriana, ¿de qué demonios estás hablando? —interrogó Pol al no recibir respuesta de su hermano.

—No sé, pregúntale a don sincero.

—¿Marc?

Éste, que luchaba contra las ganas irrefrenables que sentía de matarla allí mismo con sus propias manos, siseó:

—¡Se acabó, ahora mismo termino con todo esto!

Y provisto de una decisión determinante, salió del despacho de su hermano nuevamente para dirigirse al suyo propio; cuando Pol se levantó para ir tras él, Adriana le hizo un gesto con la mano, deteniendo su acción.

—Déjame a mí.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

Esta vez, ni Nines ni Azucena se sorprendieron de ver salir a Marc, una vez más iracundo, de aquella habitación, pero sí de que lo siguiera tan tranquilamente, como si estuviera dando un paseo por el parque, la mujer con la que estaba reunido Pol.

Y ambas se quedaron con cara de pasmo cuando la desconocida las saludó con complicidad, sobre todo a Nines, la cual, se encogió de hombros ante la pregunta muda de su compañera.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Adriana después de cerrar la puerta con mucha tranquilidad, para disponer de algo de privacidad entre ellos a pesar de sus gritos.

Él dejó de buscar un número de teléfono en su archivador de tarjetas de visita para fijar su intensa mirada en ella.

—Buscar el teléfono de mi contacto en la policía.

Adriana sacó su móvil y lo desbloqueó para activar la pantalla.

—¿Quieres que te dé el número de mi jefe? —lo provocó, echándose un farol

en toda regla.

Marc se acercó a ella decidido a quitarle el teléfono de la mano, y entrecerró los ojos con ira cuando lo escondió detrás de su espalda.

—No juegues conmigo, Adriana.

Ella lo miró directamente sin dejarse intimidar.

—Nunca lo he hecho.

Él observó su rostro y averiguó, con mucho pesar, que se moría por besarla a pesar de todo lo que le había hecho. Sin el disfraz de chófer le era considerablemente más difícil resistirse a las fuertes reacciones que, en contra de su voluntad, ella le provocaba. Y se odiaba por ser tan débil. Y la odiaba a ella mucho más por hacerlo sentir así. Detestaba no tener el control y con Adriana comprobaba que siempre era así.

—¡Mientes! —siseó entre dientes—. No me creas tan estúpido o ingenuo, yo no soy Pol.

Adriana lo miró sin comprender del todo su actitud. Entendía que no la perdonara por haberle mentido y traicionado, pero toda esa inquina era desmedida. Pensaba que, después de haberle abierto su corazón, al menos la creería.

—Me sigues tachando de mentirosa cuando ayer te conté toda mi verdad — le reprochó dolida.

—¡Exacto! Tú verdad, pero por lo poco que te conozco eso no significa que sea cierto, ¿no es así, querida?

Herida por sus palabras, elevó el mentón con orgullo.

—Yo no tengo la culpa de que seas un paranoico que se cree que todo el mundo lo engaña o le miente, y que además retuerce o se imagina las cosas según su conveniencia.

—¿Qué yo me invento o imagino las cosas? —cuestionó incrédulo—. ¡Esto es el colmo!

Se alejó unos pasos revolviéndose el pelo con impaciencia, al mismo tiempo que frenaba las irremediables ganas de zarandearla que sentía.

—Sí, por supuesto. Te recuerdo que me has acusado de mantener una relación con mi amigo Ricky sin prueba alguna. Y si con eso no te llegaba, ahora te imaginas que tengo algo con tu propio hermano, suponiendo una relación donde no la hay. Te lo he dicho antes, Marc: tú no eres la persona más indicada

para hacerme reproches. Has mentido y has manipulado como el que más.

—Te llenas la boca diciendo que yo también he mentido. Y sí, por supuesto que lo he hecho, pero siempre ha sido con la única intención de descubrir la verdad, tomando la decisión de mantener a mi hermano ajeno a esta traición hasta disponer de pruebas concluyentes.

Adriana se cruzó de brazos, resoplando con fuerza.

—¿Y qué crees que he estado haciendo yo?

Él se paró un momento, analizando lo que había dicho, y reconoció para sí mismo que quizá tuviera razón, pero no iba a dar su brazo a torcer, eso sería reconocer que estaba equivocado y por ahí no iba a pasar.

—No es comparable.

Ella descruzó los brazos en un gesto de impotencia.

—¿Que no es comparable? —cuestionó incrédula—. ¿Dónde has comprado tu vara de medir? ¿En un bazar chino? ¿O es porque lo dices tú y ya está?

Marc sabía que estaba perdiendo esa batalla. No entendía cómo puñetas hacía para darle la vuelta a las cosas y salir victoriosa y sin tacha de sus embustes. Había conseguido equiparar su vil traición y las mentiras ejecutadas con maestría con su búsqueda del traidor de la empresa, poniéndolos al mismo nivel sin tan siquiera despeinarse. Y su incapacidad para desenmascararla por completo y hacer que se sintiera humillada por su engaño le estaba creando una inmensa frustración.

Posó una mirada cargada de rabia en ella, y en dos grandes zancadas se acercó, la agarró por el cuello y le plantó un beso que la pilló desprevenida. No fue un contacto tierno y suave, nada que ver con los prodigados unas pocas horas antes. En esa ocasión, el despecho y la furia explicaban bien lo que Marc sentía por dentro.

No obstante, a pesar del rencor instalado en su corazón, no pudo resistirse a la suavidad y el dulzor embriagador de esa boca. Era superior a sus fuerzas y, pese a que su mente luchaba contra sus sentimientos, se dejó arrastrar por la pasión... hasta que recordó cómo se había ido de forma furtiva esa noche, dejándolo con una sensación de abandono y de haberse aprovechado de él y de lo que le hacía sentir. Por ello, dejó salir toda la ira enquistada dentro cuando se separó unos centímetros y escupió las siguientes palabras:

—Al menos yo no utilizo mi cuerpo en beneficio propio, creyendo que con

tus patéticas artes de seducción me tendrías comiendo de tu mano para no delatarte. Todavía tienes mucho que aprender, querida. Ya te lo he dicho, yo no soy mi hermano.

De pronto, el pequeño placer que sintió al ver un ramalazo de agonía en el rostro de Adriana se esfumó como el humo al sentir la fuerte bofetada que le asestó.

Y se sintió como un cerdo miserable.

—¡Toma! —le dijo ella, estampándole su móvil contra el pecho después de desbloquear la pantalla otra vez—. Ahí tienes el número de mi jefe, llámalo y habla con él. Y cuando termines, haz el favor de dejarle el teléfono a Nines, porque ahora soy yo la que no quiere volver a verte en mi vida. —Y aguantando estoicamente las ganas de llorar, se dirigió hacia la puerta sin mirar atrás. Antes de abrirla, tomó aire, rezando con todas sus fuerzas para que la voz no le temblara—. No obstante, antes de irme sí quiero decirte algo, y es que tienes razón en algo, gracias a Dios no te pareces a tu hermano en nada.

Y cuando abrió la puerta para salir de allí antes de derrumbarse por completo, tuvo la mala suerte de encontrarse con la prometida de Marc a punto de entrar en el despacho.

La rubia, atónita, la miraba sin poder creerse su presencia en el despacho de su prometido. Y antes de escuchar cualquier barbaridad que saliera por esa boca, le soltó:

—Disfrútalo, es todo tuyo.

Capítulo 24

Roser entró en la oficina con cara de pocos amigos, y Marc, con la mano todavía pegada a la mejilla que había recibido el bofetón, puso los ojos en blanco al verla llegar.

—¿Qué hacías con la novia de tu hermano encerrado en el despacho?

Él se dirigió a su mesa para abrir un cajón y guardar el móvil de Adriana dentro, al mismo tiempo que apretaba los dientes con fuerza. Lo que menos le apetecía en aquel momento era lidiar con esa insufrible mujer, pero pareciera que todo estaba en su contra ese día.

—Me la estaba tirando —respondió seco, mientras se quitaba la chaqueta del traje y la colgaba en el respaldo de su asiento—. Y no sabes lo que he disfrutado.

—¿Es necesario que me contestes de forma tan grosera?

—Sí, cuando las preguntas que haces son tan estúpidas.

—¡No te consiento que me hables así! —le reclamó acercándose a la mesa.

Marc, que se acababa de sentar, la miró con mucha dureza.

—¡¿Que no me consientes?! —siseó con frialdad—. ¿En qué mundo paralelo vives tú, Roser? Si piensas que voy a tratarte con respeto después de obligarme a seguir con toda esta farsa es que estás peor de lo que pensaba. Y no esperes que después de la boda las cosas varíen, porque no será así. Me produces un hondo rechazo, ¿lo entiendes? No te soporto y ese sentimiento no se invertirá después de la ceremonia.

—Creo que el que no entiende las cosas aquí eres tú, mi amor —respondió entrecerrando los ojos y cruzándose de brazos después de sentarse ella también—. Porque, o cambias tu actitud conmigo, o no me dejarás otra opción que hablar con mi padre.

Él se reclinó en su asiento y esbozó una mueca despiadada con la boca.

—En estos momentos, *querida*, te aseguro que me importan una mierda tus amenazas. ¿Quieres hablar con tu padre?, ¡hazlo!, pero recuerda que, si lo haces, vuestro chantaje no servirá de nada y a mí me perderás para siempre.

La mujer se quedó callada durante unos segundos, calibrando la veracidad de sus palabras.

—No te creo. La empresa es demasiado importante para ti y no dejarás que eso suceda.

Marc se inclinó hacia delante, apoyando los brazos encima de la mesa y clavando su intensa y oscura mirada en ella.

—No te confundas, la empresa era importante para mi padre, no para mí. Desaparecido él, lo único primordial es su legado y su buen nombre, nada más. No obstante, pruébame, Roser, te aseguro que lo estoy deseando. Estoy tan harto de ti que sería un enorme alivio poder deshacerme de tu persona para siempre.

—Mientes.

—¿Estás segura? —cuestionó, reclinándose de nuevo hacia atrás, decepcionado al ver el miedo en sus ojos—. No te veo coger el teléfono.

—No me tientes, Marc.

Él, cansado de no llegar a ningún sitio, se frotó la frente con frustración e impaciencia.

—¿A qué has venido?

—Ya ves lo tonta que soy —le reprochó dolida—. Estaba preocupada por ti después de que desaparecieras el sábado en la fiesta.

—Pues, como has comprobado estoy perfectamente, así que, si no te importa... —añadió, con una invitación de la mano para que se marchara del despacho—... tengo mucho trabajo atrasado.

Pero ella no pensaba hacerlo, al menos hasta encontrar respuestas a sus preguntas.

—¿Por qué te fuiste de improviso dejándome sola allí?

Marc lanzó un suspiro de profundo hartazgo en tanto encendía el ordenador.

—Porque no me encontraba bien —manifestó, deseando con todas sus fuerzas que se fuera después de responder a sus ridículas preguntas.

—¿Y por qué no me avisaste?

—Porque no quería aguarle la fiesta.

—Pues pudiste hacerlo —le reprochó molesta—. ¿Sabes lo terriblemente embarazoso que fue para mí no saber qué decirle a la gente cuando me preguntaba por ti?

—Ni lo sé, ni me importa —respondió sin apartar la vista de la pantalla.

—¡Arrgg, eres odioso! —exclamó Roser levantándose del asiento.

—Acostúmbrate. —Y con un leve brillo de esperanza en sus ojos, la miró para preguntarle—:¿Vas a llamar a tu padre ahora?

Ella boqueó varias veces, atónita ante su grosería. Muy ofendida, se giró para marcharse de allí dando un fuerte portazo.

Marc miró la puerta cerrada con inmenso alivio y rápidamente abrió el cajón de su escritorio para sacar el teléfono móvil de Adriana. En ese momento la pantalla estaba bloqueada, pero, asombrado ante su golpe de suerte, se acordó con absoluta claridad del código de desbloqueo que ella misma había usado ante sus narices, cuando por segunda vez ese día le ofreciera la oportunidad de que llamara a su jefe.

En esos instantes, con el aparato en la mano, recordó el velo de dolor en los ojos de Adriana después de sus vergonzosas palabras, y se sintió como un auténtico cabrón. No estaba orgulloso de lo que había hecho, ni tampoco de lo que iba a hacer en ese momento, pues indagar en su vida privada a través de su teléfono no era lo más honesto, más bien todo lo contrario, pero necesitaba saber. Tenía que despejar los miedos que lo atormentaban por dentro, conocer si realmente podía volver a confiar en ella, si lo que le había dicho era cierto... Sobre todo, después de ver a su hermano tan convencido de ello.

A pesar de todas sus dudas y reservas, descubrir que le había producido tanto daño que ahora fuera ella la que no quería volver a verlo le hizo entender que realmente no era lo que deseaba, pero él también estaba profundamente dolido por sus continuas mentiras y engaños.

Los escrúpulos que sentía por el acto inmoral que iba a cometer eran minúsculos ante la necesidad de averiguar la verdad. Por tanto, los desechó a un lado, autoconvenciéndose de que era mucho mejor vulnerar su privacidad que llamar a su supuesto jefe en la policía y meterla en un problema mayor. En realidad, lo único que necesitaba eran pruebas concluyentes para demostrarle, tanto a ella como a su hermano, que no era tan tonto como ellos pensaban, pues, muy a su pesar, y a los fuertes sentimientos que ella le hacía sentir, estaba

completamente convencido de que era una mentirosa compulsiva.

Por todo ello, más nervioso de lo que quería admitir, decidió que el riesgo bien merecía la pena y desbloqueó con facilidad la pantalla para husmear con avidez... pero todo su mundo se vino abajo cuando descubrió varias fotos personales que dejaban claro que Adriana no mentía.

En una de ellas abrazaba con evidente cariño a la que ahora reconocía como su hermana Tania. Recordaba a esa chica de varios trabajos de publicidad realizados para la agencia. En otras imágenes pudo distinguir perfectamente a una Adriana mucho más joven, vestida con el traje oficial de Policía Nacional al lado de varios compañeros en una ceremonia de graduación, o besando jocosamente en la mejilla a una mujer desconocida en una oficina, en tanto se podía ver con perfecta claridad las placas y armas reglamentarias sujetas a sus cuerpos. Y si eso no eran pruebas suficientes, pudo comprobar varios mensajes de condolencia por la pérdida de su melliza, que unos cuantos amigos y compañeros le habían enviado por mensajes privados.

Profundamente avergonzado, dejó el móvil encima de la mesa y hundió con desolación la cabeza entre las manos. Se maldijo una y otra vez por haber sido tan estúpido, por haber estado tan ciego, y se arrepintió amargamente por todas y cada una de las palabras vertidas con tanta rabia en su presencia.

Con razón estaba tan dolida con él.

Había sido un completo necio y entendía perfectamente que no quisiera volver a verlo. Adriana le había abierto su corazón al confesarle los abusos que había sufrido de niña, y él, como un maldito bastardo, se había burlado de ella, acusándola de usar su cuerpo para su propio beneficio.

—¡¡Aaahhh, joder!! —exclamó rabioso consigo mismo, mientras se levantaba de golpe de su asiento, empujando el sillón con el cuerpo. Se acercó a la ventana y miró al vacío exterior a la vez que recordaba la expresión dolida de su rostro—. ¡¡Joder!! ¡¡Joder!!

No tenía ni idea de cómo empezar a pedirle perdón.

* * *

Cuando Adriana salió del despacho de Marc no reparó en las sonrisas maliciosas de las dos secretarias, que ocultaron rápidamente ante su presencia.

Sólo les faltaba una ración de palomitas para disfrutar del espectáculo de verlos salir y entrar en los despachos como auténticas furias. Estaba siendo una mañana de lo más entretenida, y la película se había vuelto más interesante con la llegada de la novia del jefe. El espectáculo prometía, y mucho.

Sin embargo, ella no advirtió nada de aquello. Sin darle opción a Roser de contestarle, se fue directa a su antigua oficina en busca de un poco de soledad para poder llorar a gusto. Sabía que allí no habría nadie y no quería que la vieran en ese estado tan vulnerable, pero su privacidad duró muy poco cuando vio entrar a Nines por la puerta.

—Si te envía a devolverme el teléfono, puedes dejarlo encima de la mesa — comentó girándose en la silla y dándole espalda.

La secretaria observó su retaguardia durante unos segundos, sin entender todavía qué le pasaba y de qué la conocía para hablarle con tanta familiaridad. En realidad, la había perseguido hasta saber dónde se escondía únicamente porque la curiosidad había podido con ella al ver su rostro desencajado al salir del despacho de su jefe.

—No sé de qué me está hablando —reconoció Nines cada vez más intrigada.

—¿Vienes a advertirme de que la policía está de camino? —preguntó con un hilillo de voz, sin ser consciente de la cara de extrañeza de su amiga—. Si es así, no me importa. Ya nada me importa.

La mujer, turbada, comenzó a retorcerse las manos con nerviosismo.

—No, no, en absoluto. Sólo he venido por si necesitaba algo.

Adriana se giró con los ojos arrasados por las lágrimas y el rostro congestionado.

—¿En serio, Nines, ahora me tratas de usted?

Ella arrugó el ceño con desconcierto, pero de súbito abrió mucho los ojos al reconocerla por fin.

—¡Oh, Dios mío, eres tú! —exclamó agarrando la otra silla y acercándose a su amiga—. Perdóname, no te había reconocido. —Y de pronto se calló, al darse cuenta de algo—. ¡¿La policía?! ¡¿Cómo que la policía?! ¿Marc te ha descubierto? ¿Él sabe...? —. Y tragó saliva con fuerza antes de continuar—. ¿Que tú eras...?

Adriana asintió mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas y a Nines se le desencajó el rostro.

—¡Oh, cariño, cuánto lo siento! —le dijo agarrándole las manos con preocupación.

Ella, que retorció un pañuelo de papel entre los dedos, se encogió de hombros, pero éstos comenzaron a temblar por los sollozos que le rasgaban el alma.

—Cielo, ¿quieres contarme lo que ha pasado?

Adriana se abrazó a ella completamente derrotada. En esos momentos necesitaba a una amiga, y la ternura de Nines la desarmó por completo. La soledad y la falta de su hermana pesaban como una losa en ella. Necesitaba desahogarse y sabía que con Ricky, en ese caso en concreto, sería imposible. En esos instantes no disponía de las fuerzas necesarias para soportar sus reproches y reprimendas por algo que ya le había advertido. No, lo que precisaba era de una mano amiga, alguien que la escuchara sin juzgarla.

Cuando terminó de purgar y calmar el dolor que llevaba dentro, tranquilizándose lo suficiente como para poder hablar, le relató todo lo que había sucedido ese fin de semana.

A la secretaria no la pilló por sorpresa. Era evidente la fuerte atracción que se respiraba entre ellos, a pesar de la insólita relación entre ambos. En todo momento tuvo claro que Marc no era gay, y que de alguna extraña forma él se sentía atraído por la Adriana de debajo del disfraz. Y sabía que ésta, a pesar de lo que despotricaba en su presencia, también sentía esa corriente entre ellos que le aceleraba el corazón. Pero que acabaran en la cama y ella enamorada hasta las trancas, pues... no, la verdad es que no se lo esperaba.

—Estoy convencida de que no piensa eso tan horrible que te ha dicho —opinó la mujer, secando dulcemente sus lágrimas con un pañuelo de papel cuando Adriana terminó de contarle lo sucedido—. Ya sabes cómo es, tiene un carácter muy fuerte y explosivo, pero en el fondo Marc es un buen hombre.

—Sé que lo opina, lo he visto en sus ojos Nines.

—Adriana, cariño...

—Entiendo que esté enfadado conmigo por mis mentiras —la interrumpió, levantándose del asiento y poniéndose a caminar de un lado a otro—, pero me duele enormemente que piense eso de mí, no después de todo lo que le conté. Me hizo sentir como una basura, ¿entiendes?

—Lo entiendo.

—Yo nunca había estado con un hombre antes. Creía... creía que él era diferente.

—Lo sé.

—¡Qué equivocada estaba! —soltó con una expresión de profunda decepción—. Sé que se lo puse en bandeja de plata, lo sé. Jamás debí meterme con él en la ducha, ahora lo entiendo, pero necesitaba contarle mi verdad. Solo quería que me escuchara.

Su amiga guardó silencio mientras la miraba caminar alterada.

—¿Cómo ha podido, Nines? —dijo sentándose nuevamente con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo ha podido decirme algo así? Nunca hubiera imaginado que podía tomarme por una mujer fría y calculadora dispuesta a todo por salirme con la mía. Me ha tratado como si fuera una cualquiera, cuando yo lo único que hice fue abrirle mi corazón.

—Dale tiempo, cielo.

—¿Tiempo? ¿Qué tiempo? —replicó enfadada—. No, Nines, me ha hecho mucho daño, demasiado para poder perdonarlo.

Su amiga sólo acertó a abrazarla cuando se derrumbó de nuevo, ofreciéndole su apoyo como único consuelo.

Un rato después, Adriana recuperó la compostura y recompuso su maltrecho maquillaje, pues a pesar de haber aparcado su disfraz de chófer definitivamente, debía dar la talla con su estrenado personaje de elegante y sofisticada modelo contratada por la empresa, y por ello tener un aspecto perfecto e impecable. Después de eso, ambas salieron de la pequeña oficina ubicada al final del pasillo como si no hubiera pasado nada, para dirigirse una a su zona de trabajo y la otra, a la oficina de su supuesto nuevo novio/jefe.

En esto estaban cuando, de repente, vieron salir del despacho de Ricard Roca, el contable de la empresa, a la prometida de Marc. Roser, sin advertir que ambas mujeres la habían visto, se dirigió presurosa a los ascensores para marcharse de las instalaciones.

—¿Has visto eso? —preguntó la secretaria con desconcierto.

—Pues sí —respondió Adriana sin darle mayor importancia, aliviada en gran medida de que la horrenda mujer no se hubiera percatado de su presencia.

—¿Y no te ha parecido extraño?

—En realidad, no —confesó sin entender tanto misterio—. No es la primera

vez que los veo juntos.

—¿En serio? —planteó la secretaria, y la agarró del brazo para captar toda su atención—. ¿Dónde? No sería a la salida de un hotel, ¿verdad?

Adriana la miró asombrada por su insinuación.

—No, claro que no —bufó sorprendida ante la chocante asociación—. Me los encontré de casualidad en un restaurante.

Nines dirigió entonces la vista hacia las puertas cerradas del ascensor mientras en su mente comenzaba a formarse una idea.

—Ajá...

—No sé qué le encuentras de especial. Si son amigos es lógico que de vez en cuando queden para cenar.

—¿Amigos?! —replicó la mujer, riéndose de ella por lo absurda que era la idea—. ¡Que van a ser esos dos amigos!

En ese momento le tocó el turno a Adriana de dirigir su interés hacia las puertas cerradas mientras arrugaba el ceño, confundida. Recordó la misteriosa manera en que ambos dejaron el restaurante, y las dudas de que estaban escondiendo algo regresaron con fuerza.

—¿En qué estás pensando, entonces?

Su amiga la miró en tanto una sonrisa ladina asomaba a su rostro.

—¿Y si Roser es la amante secreta del director de Contabilidad de la que todo el mundo habla?

Adriana abrió la boca para boquear repetidamente mientras esa idea calaba en ella.

—¡Nooo..., imposible!

Capítulo 25

—¡Adriana! —la llamó Pol acercándose inquieto por el pasillo—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —aclaró confusa cuando llegó a su altura—. ¿Por qué iba a estar mal?

—Porque te fuiste con Marc hace bastante rato y comenzaba a preocuparme por ti al no dar contigo.

Ella hizo un gesto de comprensión.

—Puedes estar tranquilo, Pol; ya ves que me encuentro perfectamente.

—Perfecto —respondió aliviado.

—¿Ha llegado ya la policía?

Arrugó el ceño, desconcertado, pues su pregunta lo pilló por completo desprevenido.

—No, claro que no. ¿Por qué iba a venir...? —Y de súbito guardó silencio, incómodo ante la presencia de la secretaria.

—Puedes hablar con confianza, Nines está enterada de todos los pormenores.

—¿Lo sabe?

—Así es —confirmó después de que la mujer bajara la mirada al suelo, temerosa de su reacción—. Me descubrió hace tiempo y, después de contarle mi misión aquí, decidió ayudarme.

—Entiendo —respondió inmutable.

Cuando Adriana sospechó que quizá estaba metiendo a su amiga en un lío con esa confesión, se apresuró a defenderla.

—Te ruego que no tomes ningún tipo de represalia contra ella, Pol, en ningún momento fue su intención ser desleal. En cierta forma yo la obligué. Ella no tuvo ningún...

—Tranquilas —la interrumpió dedicándoles una dulce sonrisa a ambas—, confío plenamente en la lealtad e integridad de ambas. Y, a decir verdad, no me sorprende —continuó dirigiéndose a su empleada—: Siempre he sabido de tu sagacidad e inteligencia, Nines. Si alguien podía descubrir el engaño de Adriana, eras tú.

—Gracias, señor —respondió elevando el rostro con gesto de alivio.

—No tienes por qué —prosiguió hablando, y tomó la mano de Adriana para que lo agarrara del brazo, impulsándola a caminar—. Si no te importa, me gustaría que volviéramos a mi despacho para seguir con la conversación que nos había quedado pendiente.

Ella suspiró con pesar.

—¡Está bien! —comentó rascándose la frente con impaciencia.

—¿Te aburre mi compañía? —cuestionó simulando ofenderse.

—No es eso, simplemente estoy cansada.

Pol sondeó su rostro con curiosidad, pues en verdad se la veía agotada y ojerosa. Comenzaba a sospechar que su plan de enviarla a buscar a su hermano la noche anterior no había tenido el desenlace que él había esperado.

Él no era estúpido. Desde que se enteró de la especie de obsesiva atracción que Marc había comenzado a sentir por aquella extraña «Ana», intuyó que quizá en esa mujer podría hallar la salvación para Marc. Jamás llegó a imaginar que ella era la melliza de la mujer a la que tanto había amado y perdido en tan dolorosas circunstancias, y pensó que aquel insólito hecho le había llegado como caído del cielo, pudiendo matar dos pájaros de un tiro. Si podía descubrir al culpable de su muerte y, de paso, ayudar a Marc en el proceso, lo haría sin dudar.

No soportaba a Roser, pero menos toleraba la tristeza en los ojos de su hermano desde la muerte de sus padres. Al principio lo achacaba a un estúpido sentimiento de culpabilidad por parte de ese cabezota, pero, después de verlos juntos en la fiesta anterior, donde se había asegurado de que él asistiera, descubrió que el problema era la insoportable rubia que quería llevarlo al altar fuera como fuese.

No entendía qué influencia poseía esa aborrecible mujer sobre su hermano que a él se le escapaba de todas todas, pero debía averiguar cuál era y por qué se dejaba manipular así.

Sabía que Marc podía ser un tanto insufrible cuando quería, y era

completamente experto en lo terco que podía llegar a ser, por ello había engañado a Adriana la noche anterior cuando mintió al decirle que desconocía dónde estaba. Era cierto que no conocía la exactitud de su paradero, pero sabía perfectamente que ése era su refugio cuando necesitaba pensar y desconectar del mundo real. Era el lugar más lógico donde comenzar a buscar.

Sin embargo, parecía que los planes no estaban saliendo tal y como él esperaba, y debía hallar la manera de darles solución y deshacerse de Roser al mismo tiempo.

—¿Te apetece un café para despejarte un poco?

Adriana asintió, agradecida por el detalle.

—Azucena, tráenos un par de cafés —ordenó con la mano en el pomo de la puerta de su despacho

—Sí, don Pol.

Cuando cerró la puerta tras de sí, él se sentó en su asiento e hizo que Adriana se colocara encima de sus piernas.

—¿A qué viene esto? —interrogó incómoda.

No soportaba su cercanía y estaba haciendo verdaderos esfuerzos por reprimir los escalofríos de repulsión que le recorrían todo el cuerpo.

—Si quieres que se divulgue la noticia de que eres mi nueva conquista, no hay manera más eficaz de lograrlo que hacer que la secretaria del jefe lo vea con sus propios ojos. Ella dará veracidad a este engaño, créeme.

—De acuerdo.

—¿De verdad estás bien? —insistió agarrando con suavidad su mentón al advertir una tensa expresión en su rostro.

—De verdad.

—Mientes fatal, lo sabes, ¿no?

Ella no respondió, pues unos toques en la puerta, seguidos de Azucena entrando con los cafés, la interrumpieron. Pol aprovechó ese instante para hundir la cara en su pelo, simulando estar besando su cuello, y Adriana advirtió el brillo de reprobación en los ojos de la mujer cuando depositó la bandeja encima del escritorio.

No le extrañó en absoluto ese gesto de censura en el rostro de la secretaria; si ella estuviera en su lugar, haría exactamente lo mismo. Y entendía que debía estar acostumbrada a ese tipo de escenas, teniendo en cuenta la fama de

mujeriego de Pol, ya que no expresó ningún otro gesto de sorpresa ante lo que veía.

Sin abrir la boca en ningún momento, sabiendo perfectamente cuál era su lugar y habiéndolo hecho anteriormente, Azucena se retiró con discreción.

En cuanto la puerta se cerró, Adriana se levantó como un resorte para alejarse lo máximo posible de él. Intentó disimular su huida despavorida, pero el hombre no era idiota y se dio perfecta cuenta.

—Sabes que no me atraes como mujer, ¿verdad?

Ella rehuyó su mirada directa y dedicó su interés a servirse el caliente café en una taza. Era muy curiosa y reveladora la imposibilidad real que sentía de tolerar el roce de cualquier hombre, a excepción del de Ricky y del mismo Marc... y no pudo evitar una mueca de fastidio al pensar en este último.

—No me entiendas mal —intentó aclarar él al malinterpretar su gesto—. Confieso que eres una mujer muy atractiva, pero yo no te puedo mirar con otros ojos que no sean los de ser la hermana de Tania. Prácticamente te considero como una cuñada. He creído conveniente darle un poco de realismo al asunto para engañar a mi secretaria, disculpa mi torpeza por no haberte avisado.

Adriana lo miró con ternura.

—Tranquilo, lo comprendo. Yo tampoco podría verte con otros ojos que no fueran el de ser el novio de mi hermana, y no te preocupes, lo de antes no ha sido por ti.

Pol, aliviado, asintió y tomó la taza que ella le ofrecía después de servirse la suya.

—¿Con azúcar?, ¿leche?

—Sí, por favor.

Cuando ella se sentó para saborear y disfrutar del vigorizante brebaje, él aprovechó para preguntarle:

—Ahora me vas a contar qué ha pasado con mi hermano y por qué has creído que la policía estaba aquí.

Ella dejó escapar un suspiro de abatimiento.

—Tu hermano sigue sin creerme y ha amenazado con llamar a la policía, así que le he ofrecido yo misma mi teléfono para que llamara a mi jefe y lo aclarara de una vez. Creía que a estas horas ya estarían aquí.

A pesar de las irreprimibles ganas de levantarse de su asiento e ir en busca de

su necio hermano para hacerlo entrar en razón, Pol se quedó sentado donde estaba, simulando una impasibilidad que no sentía.

—¿Y por qué has hecho semejante estupidez?

Adriana cerró los ojos, cansada de todo aquello.

—No quiero hablar de ello.

—De acuerdo —concedió a regañadientes—, pero es evidente que Marc no ha llamado a tu jefe pues, como bien has dicho, ya estaría aquí para pedir explicaciones. Por tanto, algo lo ha hecho cambiar de opinión, ¿sabes qué ha sido?

—Lo ignoro —dijo después de darle un sorbo a su taza y encogerse de hombros.

—También es evidente que algo ha pasado entre vosotros desde que ayer te pedí que lo fueras a buscar a su casa de Sitges. ¿Puedo saber qué ha ocurrido?

Adriana lo miró fijamente.

—No.

—¿Por qué?

—Porque eso es algo entre él y yo.

Pol se apoyó en la mesa y se frotó la frente con la palma de la mano. No había que ser un genio para imaginar qué había ocurrido entre ellos exactamente, pero que Adriana no se abriera a él le hacía más difícil averiguar qué sentía por Marc, aunque el tono triste que usó cuando confesó que su hermano seguía sin creerla le dio una buena pista.

—No obstante, sí podrás aclararme qué has querido decir con que mi hermano me oculta cosas.

Ella alzó ligeramente el mentón cuando le respondió.

—Tampoco.

Fastidiado, se reclinó hacia atrás en su asiento.

—No me lo estás poniendo nada fácil, Adriana. Creía que el único terco y hermético al que conocía era a Marc, pero tú no le vas a la zaga.

—Siento mucho no poder aclararte este asunto tal y como requieres, pero, a pesar de que tu hermano me cree una falsa mentirosa, en su momento le prometí no decir nada y yo cumplo mis promesas. Mi consejo es que os sentéis los dos para mantener una seria conversación, Pol.

—Acaso crees que no lo he intentado —replicó molesto—, pero se cierra en

banda y no responde a ninguna de mis preguntas.

—Demuéstrale que ya eres lo suficientemente adulto como para tomar decisiones importantes en lo que a la empresa se refiere.

El hombre hizo un gesto socarrón.

—Parece como si no lo conocieras.

Adriana lo entendía perfectamente. Sabía lo testarudo que podía llegar a ser Marc, ella misma lo estaba viviendo en sus propias carnes.

Ambos se quedaron unos minutos en silencio, mientras recapacitaban sobre sus propios problemas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —intervino Adriana.

Pol elevó una ceja con ironía.

—Tú hazla, otra cosa es que yo conteste.

Ella lo miró abatida.

—Ya te he dicho que lo siento.

El hombre le dedicó una sonrisa para demostrarle que no se lo tenía en cuenta, y Adriana supo en ese mismo instante por qué su hermana se había enamorado de él. Era indudable que el irresistible encanto Montellà Bau era heredado y compartido por los dos hermanos, recordando cómo la simple sonrisa de Marc le hacía temblar las piernas... y se maldijo por haberle entregado su corazón al hombre equivocado.

—Está bien, dispara.

Ella dejó suavemente su taza con los restos del café encima de la mesa.

—¿Qué tipo de relación mantienen Roser y Ricard Roca?

Pol elevó ambas cejas al mismo tiempo en un claro gesto de sorpresa por la pregunta.

—Que yo sepa, ninguna. ¿Por qué?

—Por nada —respondió de pasada, intentando restar importancia a la pregunta para que él no sospechara—. Creía que tu futura cuñada sostenía algún tipo de relación amistosa con los altos cargos de la agencia. Sería de lo más natural, ya que se mueven en los mismos círculos, ¿no?

—En realidad, lo que hace o deja de hacer esa mujer me tiene por completo sin cuidado... pero, conociéndola como la conozco, dudo mucho que se quite ese palo que tiene metido en el culo para alternar con los empleaduchos de su flamante prometido.

—Veo que no te cae bien.

—Ves bien —afirmó rotundo—, ¡no la soporto!

Los dos sonrieron con complicidad y ambos guardaron silencio durante unos segundos. Ninguno entendía qué diablos podía ver Marc en esa mujer que lo tuviera tan ciego a su aborrecible forma de ser. Un brillo de admiración refulgió en la mirada de Adriana cuando Pol al fin dijo:

—¿Crees que lo está chantajeando de alguna manera?

—No lo sé —respondió prudente—. No conozco tan bien a tu hermano como tú para poder opinar, pero a veces los hombres no ven más allá de sus narices en lo que a mujeres se refiere.

—Mi hermano no es tan estúpido, te lo aseguro.

—Permíteme que lo dude.

—Está bien —respondió con una sonrisa canalla—, por regla general, al menos, no.

—¿Y Ricard? ¿Qué tipo de relación tiene él con los demás empleados?

Pol se reclinó en su asiento, mirándola de forma suspicaz al mismo tiempo que unía las yemas de los dedos.

—¿A qué viene ese interés por el contable de la compañía?

—Bueno, se dice, se rumorea, se comenta por los pasillos que tiene o tenía una amante...

De súbito, el cuerpo de Pol se puso en tensión.

—¿Acaso crees que él y Tania...?

—¡Noooo! —se apresuró a aclarar Adriana—. ¡Por supuesto que no, ¿cómo se te ocurre?! Ella nunca te hubiera engañado con otro. Mi hermana no era así.

Él suspiró aliviado al percibir la sinceridad en sus palabras.

—¿Entonces?

—No lo sé, Pol, no lo sé —respondió indecisa de todo y de todos en ese momento—. Quizá mi hermana pudo ver algo o enterarse de algo que no convenía.

* * *

Tras esperar inútilmente a que la policía llegara, y después de comprobar que Marc tampoco aparecía para devolverle el móvil, Adriana le pidió a Pol que le

presentara a las personas que a partir de aquel momento serían sus compañeros. Gustoso, la acompañó hasta otra planta distinta del edificio, donde conoció el departamento de Arte y Montaje al completo. Allí trabajarían tanto los empleados de vestuario como el de maquillaje, atrezzo, fotografía y vídeo, en la realización de los *spots* o campañas publicitarias que tuvieran contratadas. Posteriormente, hablaron del nuevo proyecto en el que estaban embarcados y del cual Adriana sería partícipe desde ese mismo momento, por lo que, sin darse cuenta, llegó la hora de la comida.

Siguiendo con su plan, Pol la invitó a almorzar, mostrándose con ella en todo momento cariñoso y solícito. Después de la comida y advirtiéndole el cansancio que Adriana no podía disimular, desoyó por completo sus protestas y la llevó a su apartamento para que descansara, tras lo cual, cuando estuvo seguro de que la dejaba cómodamente instalada en su pequeña vivienda, Pol se dirigió al despacho de su hermano para mantener esa conversación que tan sabiamente ella le había aconsejado.

—Bien, veo que estás solo —dijo entrando como una tromba y tomando a Marc por sorpresa.

Éste, que estaba de pie y meditabundo, con las manos en los bolsillos del pantalón de su elegante traje, delante del enorme ventanal que daba a la gran metrópoli de Barcelona, se llevó un pequeño sobresalto.

—¿Cuál es la urgencia?

Pol se dejó caer en el asiento que estaba delante de la mesa del escritorio y cruzó las piernas, poniéndose cómodo.

—Tenemos que hablar.

Marc enarcó una ceja con estupefacción.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti —respondió haciéndole un gesto con la cabeza para que se sentara.

Él suspiró con cansancio.

—Pol, te aseguro que no estoy de humor para tus tonterías.

—¡Siéntate, Marc! —exigió serio. Cuando su hermano hizo lo demandado, cruzó las manos sobre sus muslos con tranquilidad—. Quiero que me expliques ahora mismo qué puñetas está pasando.

—¿A qué te refieres, exactamente? —preguntó con cautela.

—No te hagas el tonto, sabes perfectamente a qué me estoy refiriendo.

—¿Qué te ha dicho ella? —interrogó de nuevo, con un brillo de ansiedad en la mirada.

—¿Vas a seguir con las evasivas? —cuestionó sabiendo perfectamente lo que intentaba hacer—. Adriana no me ha dicho nada; en caso contrario, no estaría aquí, ¿no crees?

Mac se cruzó de brazos con un gesto terco en el rostro que le hizo entender a su hermano que él también mantendría ese muro de silencio.

—Yo tampoco tengo nada que decir al respecto.

—¡Por el amor de Dios! —estalló Pol, pegando un golpe encima de la mesa con la mano—. ¡Quieres dejar de ser un estúpido cabezota de una vez! ¿No ves que estoy intentando ayudarte?

—¿Qué quieres que te diga?! —gritó él también, dejando salir toda la frustración y rabia retenida dentro—. ¡¿Que soy un imbécil?! ¡Pues sí, soy un maldito imbécil! —confesó, mesándose el pelo al levantarse de su asiento—. ¡La he cagado con ella, Pol! ¡La he cagado pero bien!

—¡Pues arréglalo, joder! ¡Vete a su casa y dile lo que sientes!

La mirada desgarrada que Marc le dirigió hizo que se callara de golpe.

—Tú no lo entiendes. No es tan fácil —susurró, desviando el rostro hacia las impresionantes vistas de la ciudad de las que disponía desde esa altura—. Ojalá pudiera mandarlo todo al demonio. Ojalá mi vida fuera más fácil de lo que es para hacer lo que realmente deseo.

Pol se levantó para acercarse a él y posó la mano en su hombro.

—Yo estoy aquí, hermano... Por favor, déjame ayudarte.

Marc lo miró con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

Estaba tan cansado... tan harto de soportar él solo esa pesada carga sobre sus hombros... pero negó con la cabeza, consciente de que no era justo que su hermano también cargara con ella. Sabía con seguridad que, si Pol se enteraba de su sacrificio, haría lo imposible por impedirlo, y con que uno de ellos arruinara su vida era más que suficiente.

—No confías en mí, ¿es eso verdad? —le recriminó Pol, sintiéndose dolido.

—No, no es eso.

Su hermano se alejó de él para acercarse a la pecera empotrada en la pared y observar, con la mente muy lejos de allí, cómo los peces nadaban en el agua,

escondiéndose entre las plantas acuáticas.

—No tienes por qué seguir mintiéndome, Marc. Sé desde hace tiempo que tú eras el favorito de papá y que ambos siempre me habéis considerado un cero a la izquierda.

—No digas tonterías, eso no es cierto —replicó con firmeza.

Pol dibujó una triste sonrisa.

—No te preocupes, hace años que lo asumí y ya no me duele —confesó abatido—. En realidad, no lo culpo, ¿sabes? Tú siempre has sido mucho mejor que yo en todo.

De pronto Marc lanzó una amarga carcajada.

—¡Qué equivocado estás! Lo único que yo fui para papá y mamá fue una continua decepción. Él quería que ambos siguiéramos dirigiendo el imperio que levantó con sus propias manos. Su máxima ilusión era ver continuado su legado. ¿Y yo qué hice, eh? Oponerme, llamarlo egoísta por no querer seguir sus dictados, por no dejarme realizar mis propios sueños. No, Pol, yo nunca fui el favorito de papá. En cambio, tú...

—En cambio yo era el pelele que no poseía los arrestos para hacerme valer en el mundo empresarial, el inmaduro de sus hijos que no tenía madera de tiburón de los negocios. Cuando comprendí eso, dejé de intentar impresionarlo, Marc. Sabía que no podía luchar contra tu larga sombra. Jamás podría llegar a ser el hombre que tú eras.

Esa vez fue él quien se acercó a su hermano para posar la mano en su hombro.

—Papá tenía puestas todas sus esperanzas en ti, Pol, te lo aseguro. Estaba enormemente orgulloso de tu trabajo aquí.

Su hermano chistó con la lengua en un gesto suspicaz.

—Claro, por eso te nombró a ti director general antes de morir —replicó mordaz—. Ésa era la confianza que tenía depositada en mí.

Marc se debatía entre contarle la verdad o traicionar el último deseo de su progenitor. No quería que su hermano pensara de forma tan equivocada sobre su padre y sus últimas intenciones, pero había hecho una promesa y no sabía si era lo más acertado romperla. Sorprendido por las confesiones de ambos, advirtió con pesar que los dos estaban muy equivocados sobre lo que cada uno creía que pensaba del otro. Era evidente la falta de comunicación en esa familia.

Malinterpretando su silencio, Pol se envaró y elevó el mentón con altivez para señalar:

—La misma que la que tienes tú en mí, es evidente.

Marc lo sujetó con firmeza por los hombros para que lo mirara directamente a los ojos.

—Te equivocas, hermano. Si me nombró director general a mí fue porque papá no soportaba que tú pudieras sentirte avergonzado de él. Antes de morir me confesó que había llevado a la empresa a la bancarrota, Pol, y no quería morir con la pena de haberte decepcionado. Me hizo prometer que no te diría nada y yo, con mucho gusto, acepté. Mi intención era intentar arreglarlo y evitar a toda costa que nadie lo supiera... y si fracasaba en mi intento, le haría creer a todo el mundo que la culpa había sido sólo mía.

Pol, atónito, abrió los ojos incrédulo a lo que estaba escuchando. Esa confesión lo había cogido por completo desprevenido, incapaz, por un momento, de reaccionar de alguna forma ante ello.

—¿En la bancarrota? —musitó abrumado—. ¿Cómo es posible?

Marc se alejó unos pasos, al mismo tiempo que se encogía de hombros.

—Parece ser que hace un par de años, aconsejado por Diego Montalbo, papá invirtió una cantidad de dinero importante en unos negocios que después se fueron a pique. Si a eso le sumamos una inexplicable pérdida de clientes, que se marcharon a la competencia, tuvo que rendirse a la desesperación de no poder hacer frente a los pagos. Gracias a Dios, sólo había arriesgado su propio patrimonio en esas nefastas transacciones, sin tocar el dinero de los inversores y evitando así un gran escándalo por ello. Pero, a cambio, vendió sus acciones a Jaime Castellblanch, con el firme compromiso de que él seguiría en la presidencia hasta recuperar el capital perdido y poder recomprárselas de nuevo.

—¿Se las vendió al padre de Roser? —preguntó Pol, pasmado por la sorpresa.

—Sí.

Pol se llevó las manos a la cabeza y comenzó a caminar de un lado a otro mientras digería la información.

—¡Joder! —soltó cuando se dio de bruces con una idea—. ¡Por eso te vas a casar con ella! ¡Te están chantajeando, ¿no es cierto?!

Marc, abatido, asintió.

—Según Jaume, muerto nuestro padre, el trato de caballeros existente entre ellos quedaba disuelto. Por tanto, si no me caso con su hija, aceptando la palabra dada por nuestro padre cuando ambos soñaban con la posibilidad de poder unir ambas familias algún día, tomará la presidencia de la empresa y el escándalo que se formará al salir la verdad dejará el buen nombre de papá por los suelos.

—¡Hijos de puta!! —estalló fuera de sí.

Marc dejó que su hermano expulsara la rabia y asimilara la estupefacción. Su reacción era lógica. Era la misma que sintió el cuándo se enteró de todo. Lo peor iba a llegar luego, cuando la impotencia y la frustración hicieran mella en él.

—¡Tenemos que hacer algo! —bramó Pol— ¡No podemos dejar que se salgan con la suya!

Él sacudió la cabeza, negando con pesar.

—Lo consulté con los mejores abogados —confesó derrotado—. Estudiamos y analizamos cada detalle de aquellos papeles con la esperanza de encontrar un solo resquicio al que poder aferrarnos... pero todo era legal. No he podido encontrar juego sucio por ningún lado.

—¡No puede ser! —musitó Pol sin darse por vencido—. De alguna manera ese bastardo engañó a papá. Siempre había deseado el éxito y prestigio de Montellà & Fills Publicitat y lo sabes.

—Lo sé, Pol, pero ése no es un motivo suficiente para llevarlo a juicio. Además, habiendo una fuga tan importante de clientes, tanto nuevos como antiguos, a él esta compañía no le compensa económicamente. Por eso, cuando Adrián —y rectificó en el último momento—, perdón... Adriana, ya trabajaba para mí como mi chófer, lo contraté para otro asunto. Estoy firmemente convencido de que tenemos a un traidor en la agencia que está vendiendo información a nuestros competidores. Quería que él... ejem, ella, investigara a los altos directivos que tienen acceso a información relevante sobre nuestros proyectos. Buscaba desesperadamente alguna manera de hallar una solución para no tener que casarme con Roser... pero todo ha sido en vano, pues todavía no hemos recabado nada que pueda arrojar luz sobre este enigma. Y ahora, tal y como están las cosas entre nosotros, dudo mucho que quiera seguir prestándome su ayuda para salvar la empresa y, de paso, a mí de ese maldito matrimonio, aunque ella no sepa nada de esto último.

Su hermano observó cómo se hundía en su asiento, con el rostro demudado

por la culpa y la tristeza.

—La hallaremos, Marc. Sea como sea y donde sea, encontraremos esa solución.

Él, completamente abatido, volvió a negar con la cabeza.

—Ya no queda tiempo, Pol. En unas semanas me casaré con Roser para salvar la reputación y el legado de nuestro padre.

Capítulo 26

Marc se encontraba en esos momentos delante del apartamento de Adriana. Nervioso como un adolescente, acercó la mano al timbre para llamar, pero la retiró enseguida, acobardado por la respuesta de ella cuando abriera la puerta y lo viera allí.

Sabía con certeza que el recibimiento no sería agradable, y estaba decidido a pedirle perdón aunque fuera de rodillas, pero tenía miedo de que Adriana no llegara a perdonarlo..., miedo de haber perdido algo tan hermoso y a la vez tan efímero por culpa de su estupidez. Sin embargo, ¿qué otra cosa podía esperar después de cómo se había comportado? La bofetada que le había propinado antes de marcharse había sido poco castigo para lo que realmente se merecía. Había sido un cabrón al insinuar que se había acostado con él sólo para conseguir lo que quería. Y llamarlo «cabrón» era una nimiedad teniendo en cuenta que sabía por el infierno que ella había pasado.

No obstante, el móvil que tenía sujeto en la mano le quemaba como si fuera un rescoldo abrasador del tormento que vivía en ese instante. Tenía que devolvérselo. Debía devolvérselo.

—¿Quieres que te ayude?

Marc pegó un respingo. Tan concentrado estaba decidiendo qué hacer que no vio a Ricky llegar ni pararse a su lado.

—No, gracias —farfulló molesto.

—Es que... como veo que no te decides...

—Puedo yo solo.

—¿De verdad? —preguntó el hombre con una media sonrisa divertida dibujada en el rostro—. Yo no estaría tan seguro.

Marc entrecerró los ojos para mirarlo con inquina, al mismo tiempo que Ricky se cruzaba de brazos apoyando la espalda en la pared, aguantando el airado escrutinio. Observó con interés al amigo de Adriana, que iba vestido con el uniforme de guarda de seguridad y que portaba unas bolsas alimentarias de una conocida cadena de supermercados, que había depositado en el suelo muy cerca de él. Concluyó, con lógica, que volvía de trabajar.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—*Helloooo...! Nop.*

Marc dejó escapar un suspiro de fastidio.

—Pues si no te importa... —insinuó para que se marchara y lo dejara a solas, pero giró la cabeza, instantes después, al advertir que el guarda no se había movido del sitio.

—¡Oh, lo decías por mí! —señaló con un brillo jocoso en la mirada, e hizo un gesto con la mano, alentándolo a seguir—. ¡Claro que no me importa, hombre! Tú a lo tuyo, por supuesto.

Empero, no se quedó de brazos cruzados esperando la respuesta cortante de Marc, por lo que tocó él mismo el timbre de la puerta de su mejor amiga como efectiva distracción.

—¿Qué cojones te crees que estás haciendo?! —masculló Marc por lo bajo con una expresión de auténtico pavor.

Ricky examinó con mucho detenimiento la limpieza impoluta de las uñas de su mano derecha.

—Ayudándote un poquito —soltó, y le guiñó un ojo, gozando por dentro al ver la rabia contenida del empresario para, a continuación, tirar un beso al aire—. ¡De nada!

—¡Eres un hijo de la gran...! —Enmudeció al instante, en cuanto la puerta se abrió.

Adriana se encontraba en el umbral de su vivienda vestida con su ya conocido pantalón de chándal negro y la sudadera con capucha de orejas de gato... más hermosa de lo que podía recordar.

No obstante, la expresión de su cara demudó a la frialdad más intimidante que jamás había visto cuando lo vio parado allí, e hizo que la nuez de Marc subiera y bajara al tragar.

—¿Qué quieres? —inquirió con brusquedad al percatarse que se trataba de

él.

—Hola.

Ella no respondió y supo que la batalla estaba perdida incluso antes de comenzar, pero no la culpaba.

Adriana elevó una ceja e inclinó la cabeza hacia un lado, en un claro gesto de disgusto e impaciencia.

—¿A qué has venido, Marc? —cuestionó dirigiéndose únicamente a él, ya que desde su posición no podía ver a su amigo Ricky.

—So-sólo quería devolverte esto. —Y le ofreció el móvil, que todavía le quemaba en la mano.

Ella lo agarró con curiosidad y le echó un breve vistazo.

—¿Por qué no ha venido el comisario contigo?

Marc se metió las manos en los bolsillos del pantalón, después de desviar la mirada hacia el suelo y posteriormente a ella, de forma alternativa.

—Porque no lo he llamado.

El silencio que acompañó a esas palabras lo puso realmente nervioso.

—¿Y puedo preguntar por qué?

—No ha sido necesario —confesó, tras albergar una diminuta llama de esperanza en su corazón al advertir un cambio en el tono de su voz—. En realidad, no sólo vengo a devolverte el teléfono, sino que también quiero pedirte perdón. Me he equivocado por completo contigo, Adriana, y realmente me siento un estúpido miserable por todo lo que te he dicho. No tienes ni idea de lo mucho que me arrepiento.

—¿Has hablado con tu hermano?

—Sí.

—¿Y te ha convencido de que decía la verdad?

—No ha hecho falta. Tanto las fotos que tienes con tu hermana como los mensajes de condolencia por su muerte han sido suficientes para abrirme los ojos.

Atónita, abrió tanto la boca que Marc temió que se le desencajara.

—¿Me has estado espionando el teléfono...? ¿Sin mi permiso?

En ese instante, él se dio cuenta de que había vuelto a meter la pata hasta el fondo.

—S-sí, pero no-no lo hice por...

Y la respuesta de ella fue un portazo en las narices.

—¡Adriana! ¡Adriana, escúchame! ¡Por favor...! ¡Adriana!

Marc tocó varias veces el timbre y aporreó la puerta hasta que se dio por vencido.

—¡Joder!! —exclamó al reconocer que la había cagado otra vez.

No obstante, su cuerpo se envaró al advertir detrás de él cómo alguien se reía por lo bajo, sacándolo de sus casillas.

—¡Madre mía, ya hay que ser torpe!

—¡A mí no me hace ni puta gracia! —bramó acercándose peligrosamente a Ricky.

—A mí, sí —respondió sinceramente el guarda.

Marc inspiró y espiró aire profundamente varias veces. Las manos le picaban, deseando estampar sus puños en la cara de ese idiota, pero sabía que, si cometía ese error, sería uno más a la larga lista de cagadas con Adriana. Tampoco le perdonaría que se liara a golpes con su mejor amigo y lo sabía, así que acercó su rostro, amenazador, al del otro hasta casi rozarle la nariz.

—¡Me caes muy mal! —siseó entre dientes.

—Y tú a mí —respondió éste sin achicarse en ningún momento.

Ambos se midieron durante unos segundos para ver cuál de los dos sería el primero en recular... y finalmente le tocó a Marc alejarse unos pasos, en tanto se mesaba el pelo con airada frustración.

Ricky, divertido, sacudió la cabeza al mismo tiempo que esbozaba una sonrisa torcida.

—Eso no significa que no pueda ayudarte —dijo agarrando las bolsas con una mano y con la otra sacando las llaves de su piso al ver que se calmaba—. ¿Te apetece una cerveza?

Marc, perplejo, parpadeó varias veces.

—Vale.

Y lo siguió hasta el interior de su vivienda.

Al entrar, observó que era muy parecida en metros y distribución a la que poseía Adriana, pero con un toque mucho más masculino de lo que Marc quería admitir. No tenía muy claro qué era lo que se esperaba encontrar al entrar en los dominios de un hombre soltero con una vida tan peculiar, pero estaba claro que no se imaginaba encontrarse con un apartamento impoluto y ordenado como

aquél. Al contrario, sería mucho más razonable creer que tendría las pelucas, los tacones, el maquillaje y las mallas tiradas por doquier.

—¿Cómo se te ocurre decirle que has revisado su móvil? —questionó el guarda desde la cocina, mientras almacenaba la compra.

Marc, más molesto consigo mismo que con la pregunta, se frotó la frente exasperado.

—¿Porque soy un imbécil?! —farfulló, al mismo tiempo que se quitaba la chaqueta, tiraba de la corbata deshaciéndola un poco y se sentaba en el sofá.

—Ésa es una buena razón, pero no creo que sea la única —comentó Ricky acercándose para ofrecerle la bebida fría.

—¿Y tú? —preguntó para desviar la atención, incapaz de darle una respuesta acertada al mismo tiempo que aceptaba la cerveza—. ¿Por qué te escondías de ella?

El guarda se sentó frente a él.

—No me escondía de ella.

Marc, escéptico, arqueó una ceja.

—¿Vamos a ser sinceros el uno con el otro, Ricky? Porque si tú me quieres echar un capote es por algo, admítelo.

Éste lo miró por encima de la botella mientras le daba un trago.

—¡Está bien! —concedió a regañadientes—. Adriana lleva dos días evitándome y creía que tú podrías ayudarme.

—¿Por qué te evita?

—Porque quiero que haga algo que ella no quiere hacer.

Marc suspiró y se echó hacia atrás en el sofá. Pensativo, se acarició la mandíbula y, a continuación, probó la cerveza.

—Lo siento mucho, pero te aseguro que no puedo ayudarte. En estos momentos soy la última persona en el mundo que puede convencerla de hacer algo que no quiere hacer. En realidad, no creo que exista nadie que pueda lograr semejante cometido.

—Ya me he fijado en que las cosas están algo... tensas entre vosotros.

—En este caso, *tensas* sería un eufemismo.

—También me he fijado en que sabes cuál es su verdadera identidad.

—Eres un hacha, ¿eh?! ¡No se te escapa una! —señaló con ironía, elevando la botella para llevársela a los labios.

Ricky le lanzó una dura mirada.

—Vamos a llevarnos bien, ¿de acuerdo?

Marc se atragantó ante la expresión ruda y ceñuda del guarda de seguridad.

—Lo siento.

En verdad lo sentía. Si alguien podía ayudarlo con Adriana, ése era su mejor amigo. Y a pesar de que no le caía extremadamente bien, tenía que admitir que el hombre no había hecho nada, salvo provocarle unos malditos e incontrolables celos cuando creyó que era la pareja de Adrián. Desde que tenía la certeza de que sólo eran amigos, el tipo no le caía tan mal, a pesar de lo expresado anteriormente en un momento de ofuscación.

—Está bien —prosiguió Ricky aceptando sus disculpas—. Deduzco, pues, que no la vas a denunciar a la policía.

—Así es.

—¿Y puedes decirme por qué?

Miró al hombre sin comprender su pregunta.

—No te entiendo. ¿Acaso querías que la denunciara?

—¡Por supuesto que no!, pero tiene que haber un motivo muy poderoso para que no lo hayas hecho, teniendo en cuenta que te ha mentido y engañado de forma tan evidente. Si yo estuviera en tu lugar, estaría tan cabreado que llamaría a la policía sin dudarle. Ésa, al menos, sería la reacción más lógica.

Marc, pensativo, lo miró fijamente con sus oscuros ojos.

En realidad, el hombre tenía razón. Cualquier otra persona en su sano juicio habría hecho lo más evidente, denunciarla ante la policía por fraude, suplantación de identidad, espionaje industrial y seguro que algún delito más. Sin embargo, allí estaba, desolado porque le había cerrado la puerta en las narices y no lo perdonaba.

Incómodo, dio un trago apresurado, dejó la botella encima de la mesa y se levantó de su asiento para acercarse a la ventana. Apartó con los dedos la cortina y observó a la gente caminar en la oscuridad de la noche de aquí para allá, como si supieran con seguridad cuál era su rumbo en la vida.

Los envidiaba. Los envidiaba por tener tan claro cuál era su camino, por seguir su corazón sin detenerse a pensar en nada ni en nadie que no fueran ellos mismos, por ser libres ante sus decisiones sin rendir cuentas a nadie, sin ser chantajeados por una caprichosa mujer que jugaba con sus vidas sin pararse a

pensar en nadie más que en ella misma y sus deseos egoístas.

—*Hellooo?* —Ricky lo instó a contestar tras su silencio.

Él apretó los puños con fuerza, sintiéndose presionado y acorralado.

Quizá aquél no era el mejor momento para pensar seriamente en los motivos que guardaba en su corazón. Tal vez era demasiado pronto para aceptar los sentimientos que Adriana le provocaba. Incluso podría ser una locura admitirlos ante un completo extraño para él... pero... sobre todo... sobre todo tenía un absoluto terror a hacerlo y darse cuenta de que jamás conseguiría estar con la persona que tanto amaba. Deseaba ser sincero de una maldita vez consigo mismo, dejar de marear la perdiz y admitir que no era justo para ella pretender que mantuviera una relación amorosa con él cuando estaba a punto de casarse con otra. Porque, en el hipotético caso de que Adriana sintiera algo por él más allá de una simple atracción, ¿qué podría ofrecerle a cambio? ¿Ser su amante?

¡No! ¡No podía hacerle eso!

No podía prometerle una relación entre ellos sin un futuro cierto. Preferiría dejarla marchar, aunque eso lo hundiera en el hoyo más profundo de la desesperación.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque, dependiendo de tu respuesta, decidiré si te ayudo o no.

Marc se giró para mirarlo.

—Quizá no estés preparado para escuchar lo que pueda decirte... quizá ni yo mismo esté preparado para reconocer la verdad. Tal vez no merezca tu ayuda — se lamentó apesadumbrado—. Además, de poco serviría, en realidad.

Ricky apoyó su cerveza en el brazo del sillón y lo miró de frente, sin sutilezas ni segundas intenciones.

—Quiero a esa mujer como si fuera mi propia hermana y jamás permitiría a nadie que le hiciera daño. Estoy casi seguro de lo que pasó entre vosotros la otra noche, y es lo mismo que ella me quiere ocultar a toda costa, evitando hablar conmigo para que lo descubra. No soy tonto, Marc, he visto cómo la mirabas a pesar de creer que era un hombre. He visto los celos brillar en tus ojos cuando desconfiabas y creías que tenía algo conmigo. Sólo necesito saber si no estoy equivocado, si lo que sientes por ella es realmente sincero.

Él se mesó el pelo, desesperado. Quería creer que tenía alguna posibilidad, que tal vez podría conseguir la felicidad junto a Adriana, pero aquello era un

imposible y era consciente de ello. Tan sólo se conformaba con saber que no lo odiaba. Por eso había ido esa noche. Se había armado de valor únicamente para pedirle perdón y obtener al menos ese consuelo.

—Me creas o no, yo tampoco quiero hacerle daño —confesó apoyando las manos en el respaldo del sofá—, pero el caso es que no importa lo que yo quiera. Ni tampoco importa lo que sienta por ella. No soy libre para ofrecerle lo que de verdad deseo.

El guarda achicó los ojos, escudriñando en los del hombre que tenía enfrente.

—No me has contestado aún.

Marc se llevó las manos a la cara, ocultando el dolor de su rostro tras ellas, y finalmente las dejó caer en un gesto de derrota.

—¿Quieres saber la verdad? La verdad es que sí, estoy enamorado de ella hasta las trancas, pero le he hecho tanto daño que no merezco que me perdone.

De pronto, un súbito y pesado silencio surgió entre los dos y Marc abrió los ojos como único gesto de sorpresa ante su confesión. Las palabras habían surgido de forma espontánea, sin poder ni querer evitarlas, hasta llegar a pillarlo a él mismo desprevenido por la intensidad y verdad que las acompañaba.

Al fin lo había admitido. Incluso lo había expresado en voz alta y clara. Y se giró para darle la espalda a su anfitrión y asimilar las implicaciones que aquella confesión tenían. Jamás se había enamorado antes y eso le causó una sensación extraña. Un cóctel de sentimientos encontrados lo sacudió desde lo más hondo de su alma, haciendo que se le secase la boca y el corazón palpitar a mil por hora.

Ricky se convenció de que sus palabras eran sinceras. Esa desesperación reflejada en su semblante era la prueba que andaba buscando. No se podía fingir. El padecimiento que percibía en él era genuino, así que se levantó de su asiento para ir a la cocina y coger de la nevera otro par de cervezas frías.

—¡Siéntate! —le ordenó mientras le ofrecía una—. Y cuéntamelo todo desde el principio.

Y Marc así lo hizo.

No supo muy bien por qué, pero al final acabó por explicárselo todo. Ese hombre sabía escuchar. Lo hacía sin interrumpir, sin juzgar, como un amigo íntimo que te conoce y sabe cuáles son tus demonios más profundos. O quizá simplemente él necesitaba desahogarse con alguien. El caso es que, después de

hacerlo, se sintió mucho mejor, como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

—La cosa está complicada —dijo Ricky al fin, después de estar unos pocos minutos callado digiriendo lo que había oído.

—Lo sé —respondió aceptando sus palabras como una gran verdad.

Los dos volvieron a sumirse en el silencio.

—¿Crees que me perdonará alguna vez? —le preguntó indeciso mientras, nervioso, rascaba con la uña la pegatina de su botella.

El guarda se echó hacia delante en su asiento.

—Para ser sincero, si esta pregunta me la hubieras hecho hace unos meses te hubiera dicho rotundamente que no... pero ahora...

Marc lo miró fijamente, reteniendo el aire en su interior a la espera de sus palabras, al mismo tiempo que en sus ojos brillaba una minúscula gota de esperanza.

—Pero ¿ahora...?

—No quiero crearte falsas expectativas, pero... si Adriana se entregó a ti es que siente algo muy fuerte y especial. Nunca antes lo había hecho con nadie. Difícilmente soporta el contacto físico con los hombres como para llegar a sostener ese tipo de intimidad. Por eso creo que en este caso tú eres diferente.

La expresión en el rostro de Marc pasó del desconsuelo a la expectación, siguiendo por una felicidad sublime, hasta terminar en la más absoluta desolación.

—Es un consuelo saber que pueda perdonarme en un futuro. —Y dejando escarpar un suspiro de derrota continuó—: De todas formas, ya no importa. Como te he contado, no depende de mí ni de ella que podamos estar juntos.

Ricky se limitó a guardar silencio, pues en esos instantes no se le ocurría nada que pudiera decir para animarlo.

—Por cierto, ¿qué tal lo llevas con mi secretaria? —interrogó Marc con una sonrisa socarrona—. ¿Todavía seguís juntos o lo vuestro sólo duró aquella noche?

El guarda se reclinó en su asiento y, con un gesto muy presuntuoso, se llevó la botella a la boca para darle un largo trago.

—Para gran sorpresa de todos, la verdad es que nos va muy bien.

Esa vez fue Marc quien se inclinó hacia delante en su asiento con

estupefacción.

—¿En serio?! ¿Tú y mi Nines?!

—Ajá.

—¡Pero si sois las personas más opuestas que he visto en mi vida!

—Como dice el dicho, los polos opuestos se atraen. Ángeles es una mujer en extremo inteligente, madura emocionalmente, cariñosa, dulce, amable, audaz, hermosa, sexy, fogosa...

—Vale, vale, no sigas... —lo interrumpió él, sonrojado—... que mañana tengo que verla y no quiero estar imaginándome cosas.

Ricky alzó una ceja al darse cuenta de por dónde iban los tiros.

—Como te imagines cosas guarras con mi novia, te rompo las piernas.

—¡Quita, quita, ni de coña, vamos!

—¡Humm... eso espero!

Los dos se miraron de forma distinta y sonrieron ampliamente. Un respeto mutuo había crecido tras esa charla de hombre a hombre que habían mantenido, uniéndolos en una extraña amistad forjada por las circunstancias.

—Me alegro de que al menos a alguien a quien quiero le vaya bien. Nines se lo merece. Y si tú eres la persona que la hace feliz, ¡enhorabuena! ¡Os deseo lo mejor!

—Gracias.

Tras esas palabras sensibleras, vino un momento incómodo.

—¡Ejem...! ¿Y ahora me vas a contar en qué podría ayudarte con Adriana? —preguntó para cambiar de tema tras recordar la petición de Ricky—. La intriga me está matando, ¿qué quieres obligarla a hacer, exactamente?

El guarda se levantó de su asiento y le preguntó, mientras iba hacia la nevera:

—¿Otra cerveza?

* * *

Adriana cerró la pantalla de su portátil con más ímpetu del necesario. Incapaz de concentrarse, después de la visita inesperada de Marc, desconocía por completo que lo tenía a muy pocos metros de distancia, manteniendo una conversación de hombre a hombre con su mejor amigo. Molesta, se levantó del

sofá para ir a la cocina y prepararse una infusión bien caliente de melisa para calmar su enfado.

Su cabreo en esos momentos estaba en nivel Hulk, y si tuviera delante a ese estúpido hombre le diría todo lo que pensaba de él en su cara con sumo gusto. No dejaba de darle vueltas a lo que había hecho ese memo, preguntándose al mismo tiempo qué demonios tenía Marc en la cabeza para hacer lo que hizo. ¿Acaso no sabía que era incorrecto vulnerar la intimidad de las personas? ¿Cómo había sido capaz de espiarle el teléfono? Y, lo que era peor, ¿cómo había sido tan tonto de confesárselo a la cara?

Por un instante, por tan sólo un efímero instante, creyó que realmente sus disculpas eran sinceras. Craso error.

Disgustada, se dirigió al salón y se sentó nuevamente delante del portátil mientras esperaba a que la tetera hirviera. Observó la pantalla con los archivos que había conseguido sacar furtivamente del ordenador personal de Ricard Roca, director de Contabilidad de la compañía, para revisarlos por enésima vez. Deslizó el *scroll* del ratón por la pantalla de arriba abajo, pero era inútil, no conseguía encontrar nada fuera de lo normal.

Desde que había visto salir a Roser de su despacho, su instinto le decía que ese suceso casual, y en apariencia insignificante, era más importante y crucial de lo que aparentaba. Además, recordó también la noche que los había visto juntos en el restaurante, incluyendo el patético intento de disimulo perpetrado por ambos. Por todo ello, asociado a lo hablado con Pol y Nines esa misma mañana, llegó a la conclusión de que esos dos ocultaban y tramaban algo juntos.

Suspiró contrariada, pues la imagen de Marc volvió a surgir en su mente, distrayéndola del trabajo que la ocupaba. Se levantó para dirigirse nuevamente a la cocina y retirar la tetera que silbaba en el fuego.

A pesar de lo ocurrido entre ellos, seguía decidida a investigar el asunto del topo en la agencia. Se autoconvenció de que no lo hacía por Marc, a pesar de saber lo importante que era para él; además, si realmente tenía razón y alguien estaba cometiendo un delito en la empresa, era su deber como policía averiguar quién era y detenerlo. Tal vez, incluso, fuera un suceso clave para averiguar el asesinato de su hermana, si ambos casos estaban ligados, claro.

Llenó la taza con el agua hirviendo, añadió las bolsas de hierbas y tapó la taza con un platillo para llevarla al salón y depositarla sobre la mesa. Dejó

reposar unos minutos la infusión, al mismo tiempo que no podía apartar la mirada de su móvil mientras una idea germinaba en su cabeza.

Adriana resopló con fuerza y, decidida, agarró el aparato y marcó un número de teléfono; esperó a que sonara y descolgaran del otro lado.

—¿Diga?

—Hola, Ainara.

—¡Adriana, cuánto me alegro de oírte! ¿Va todo bien?

—Sí, tranquila, pero necesito que me hagas otro favor.

Un pesado silencio siguió a esa petición, y ella pudo imaginarse cómo su compañera ponía los ojos en blanco, al mismo tiempo que tapaba el micrófono del teléfono mientras mascullaba una maldición.

La conocía demasiado bien.

—¿Todavía no te has dado por vencida?

—No.

—¡Eres una terca cabezota, ¿lo sabías?!

—¿Y me lo dices tú?

—Sí, te lo digo yo, sobre todo cuando estás poniendo en peligro tu carrera por esta locura.

Adriana dejó escapar un suspiro de arrepentimiento cuando recordó que no sólo estaba poniendo su carrera en peligro, sino también la de su compañera, al implicarla todavía más.

—Tienes razón, ya te he pedido demasiado. Soy una egoísta y no es justo que te involucre más sabiendo lo mucho que te juegas...

—¡Ey, espera! Ahora no me dejes así.

—¡No, en serio, no quiero que...!

—¿Qué necesitas? —la interrumpió Ainara, sabedora de que comenzaría a disculparse y flagelarse por no haberlo pensado mejor antes de llamarla—. Sabes que por ti haría cualquier cosa, así que... ¡pide por esa boquita!

—No te lo pediría si no creyera que es importante.

—Lo sé. —Y rezongó impaciente cuando ella no siguió hablando—. ¡Escúpelo, Adriana!

—Necesito que investigues unas cuentas bancarias. No tengo causa de delito evidente que justifique solicitar una orden cautelar al juez, por eso preciso que lo hagas por otros cauces menos... oficiales.

—¿Estás detrás de algo?

—Sí, y necesito tu ayuda.

Otro pesado silencio se hizo al otro lado de la línea. Sabía lo que le estaba pidiendo y, si la pillaban, era un delito tan grave que podría acabar en la cárcel. Intuyó la lucha interna que su compañera debía de estar teniendo en ese momento, y no la culparía si se negaba a hacerlo.

—Está bien, dame nombres.

Adriana, aliviada, dejó escapar el aire que había retenido.

—Gracias, cielo.

—Deja de hacerme la pelota y dime qué demonios está ocurriendo. Al menos me debes eso.

Capítulo 27

Al día siguiente, ya era casi mediodía cuando Adriana subió a la oficina de Pol. Desmoralizada, se dejó caer en el asiento que estaba enfrente de su mesa.

—¿Ocurre algo? —inquirió preocupado al ver su rostro desencajado.

—Tenemos que hablar. —Cuando él dejó lo que estaba haciendo para prestarle toda su atención, lloriqueó—: No puedo seguir haciendo de modelo, no es lo mío. ¡Lo odio!

—¿Por qué? —preguntó más tranquilo al ver que no era nada grave.

—¡¿Por qué?! Porque todo el mundo me detesta. No sé moverme bien con los tacones. Desconozco de qué me habla Jean Paul cuando me pide que muestre mi alma, o que enseñe mi lado sexy, o cualquiera de las poses extrañas que me pide que adopte para sacarme una foto... por no mencionar la luz de los flashes o de las lámparas, que me dejan ciega. Casi destrozo un diseño superexclusivo cuando trastabillé al pisarlo. Gritan sin parar unos y otros. No paran de tocarme para arreglar el maquillaje o el pelo... ¡y no lo soporto!

—¿Alguien te ha hablado mal? ¿Es eso?

—¡No, no es eso! —concluyó con un mohín de malestar—. Es que parezco estúpida, Pol. No doy una y todo cristo me mira por encima del hombro.

—Está bien, no te preocupes, es normal. Nadie nace sabiendo y tú tienes que aprender. Además, eres la nueva y por eso intentan fastidiarte.

—Pero se supone que ya sé —replicó dolida—. Y oigo cómo todos murmuran: «Ésa está aquí por ser la novia de quien es y por acostarse con quien ya sabes».

De pronto Pol empezó a reírse.

—Eso es lo más normal del mundo, querida. Hay mucha envidia en esta

profesión.

—Por eso a mí no me gustaba nada que Tania se dedicara a ella. Nunca lo entendí.

—Lo sé.

Adriana enmudeció por un instante.

—¿Cómo?

—Ella me hablaba mucho de ti... —respondió recordándola con cariño—... de lo mucho que te quería, de lo inteligente y valiente que eras, de lo orgullosa que estaba de ti y de tu trabajo. —Pol sonrió con ternura al revivir en su mente los momentos con la mujer que tanto amó—. Pensaba que eras una gran policía y estaba segura de que en el futuro llegarías muy lejos en tu profesión.

—¡Oh, santo Dios...! ¡No lo sabía! —murmuró Adriana, acongojada. Se llevó una mano a la boca para ocultar un sollozo cuando recordó lo dura que había sido con ella—. Y yo lo único que le decía era que estaba perdiendo el tiempo con el suyo.

—También lo sé —reconoció con tranquilidad, sin reproche alguno en sus palabras—. Tanía no comprendía por qué infravalorabas tanto su profesión. Ella decía que le encantaba ser modelo para poder vivir las vidas de otras personas por un día; dejar de ser quien era para imaginarse ser una persona completamente distinta; verse a sí misma como una mujer valiente, sexy, audaz, exitosa, capaz, e incluso hasta hermosa, sin sentir vergüenza de su procedencia. Quería estudiar arte dramático para dedicarse a la interpretación. Según sus propias palabras, era una vía de escape. —Y en ese punto Pol esbozó una triste mueca—. Nunca me lo confesó abiertamente, pero siempre creí que utilizaba el modelaje y la interpretación como una especie de terapia para sobrellevar sus tormentosos recuerdos.

De pronto, el hombre advirtió los estremecimientos que sacudían los hombros de Adriana al dejar salir su dolor. Se levantó para abrazarla mientras los sollozos de ella le desgarraban el corazón.

—Lo siento mucho; no quería ponerte triste.

Ella se aferró al él mientras dejaba salir toda su congoja.

—No tenía ni idea de lo que en verdad sentía, Pol, y me siento horrible por ser tan mala hermana.

—¡Chist... Eso no es cierto!

—¡Sí que lo es! —musitó abatida—. Yo no quería que ella desperdiciara su vida en una profesión tan vacía y frívola. Sabía lo inteligente que era y deseaba que usara esa inteligencia para hacer algo más provechoso... pero desconocía por completo lo que mi hermana sentía realmente. Si lo hubiera sabido... si tan siquiera me hubiera hablado de ello... —Pero no pudo terminar de hablar, por el nudo que se le quedaba atorado en la garganta—. ¡Nunca la apoyé, Pol! ¡Nunca me tuvo a su lado cuando más me necesitó! ¡Oohh, Dios mío!

El hombre tragó saliva con esfuerzo, conteniendo la emoción.

—No te flageles, Adriana; ella sabía lo mucho que la querías.

—¡La echo tanto de menos!

—Yo también.

—¡Me dejé tantas cosas por decirle! —se lamentó amargamente.

Pol enmudeció, incapaz de articular palabra o también se derrumbaría.

—¡Me duele tanto no tenerla conmigo y poder decirle lo orgullosa que estaba de ella! Apoyarla en todas sus decisiones. Pasar más tiempo juntas compartiendo risas, sueños, alegrías, tristezas, luchas, logros... Acariciar nuevamente su rostro, tocar su suave pelo, oler su perfume, oír su voz...

Adriana ya no pudo seguir hablando al notar cómo Pol aumentaba la presión de su abrazo, demostrándole con ese simple gesto que sentía exactamente lo mismo que ella, y los sollozos se incrementaron para aliviar el sufrimiento que amenazaba con romperla en mil pedazos.

Por unos largos minutos ambos lloraron tan dolorosa pérdida en unión. De una extraña forma también se sentían aliviados, pues saber que se tenían el uno al otro les daba fuerzas para poder sobrellevar el luto de una manera que nadie más podía comprender. Sólo alguien que ha amado tan profundamente a la misma persona sabe el padecimiento tan desgarrador que sientes al recordarla y no tenerla, y de algún modo ese sentimiento los consolaba.

—¿Estás mejor? —preguntó Pol cuando ella se separó de su abrazo.

Adriana asintió y le dedicó una tímida sonrisa.

—¿Y tú?

—Sí —confesó más sereno—, la verdad es que lo necesitaba.

—Y yo.

Él se incorporó con energía y dio una palmada.

—¿Qué te parece si te invito a comer?

Ella sonrió, agradecida por su gesto.

—Me parece una idea maravillosa —señaló mientras se hacía con un pañuelo de papel y sacaba la polvera de su bolso para arreglarse el maquillaje estropeado.

—¡Estupendo! —celebró agarrando la chaqueta del traje para ponérsela—. Por cierto, ayer hice caso a tu consejo y mantuve la conversación que tenía pendiente con mi hermano.

—Lo sé, anoche vino a verme.

—¡Vaaaaale! —exclamó Pol parándose en seco para mirarla con asombro—. Eso vas a tener que contármelo con pelos y señales.

—No hay mucho que decir —dijo con tranquilidad, sin dejar de repasarse mirándose en el pequeño espejo—. Vino, se disculpó y yo le cerré la puerta en las narices.

Pol, desconcertado, elevó ambas cejas.

—¿Y puedo saber por qué?

—Porque tu hermano es un estúpido redomado.

—Eso ya lo sé, querida —señaló sentándose de nuevo tras el escritorio—, tendrás que darme más pistas.

Adriana le contó todo lo que le había dicho Marc y, cuando terminó, Pol se inclinó encima de la mesa con la cabeza enterrada entre las manos.

—Tienes razón, lo que hizo es muy estúpido —confirmó rascándose la mandíbula y maldiciéndolo mentalmente.

—Lo sé —afirmó con mucha tranquilidad, guardando el maquillaje en el bolso al mismo tiempo que impedía salir su mal genio—. Y no entiendo qué diablos tiene ese hombre en la cabeza para hacer algo así. ¡Es imperdonable!

Pol hizo un mohín de descontento.

—Por desgracia, yo sí creo saber lo que tiene en la cabeza.

Adriana expresó indiferencia con la cara. No estaba dispuesta a que nadie supiera lo mucho que le dolía Marc todavía.

—En realidad, me da exactamente igual.

No advirtió la mueca irónica que Pol expresó con la cara, dejando claro que no se tragaba ni por un momento su frialdad.

—Pues la conversación que mantuve ayer con mi hermano me aclaró muchas incógnitas que yo desconocía hasta ahora, y explica muchas cosas sobre su

comportamiento últimamente —informó él, escudriñando con atención sus gestos—. Para empezar, que teníamos razón sobre su relación con Roser.

Ella retiró, con meticulosidad, una minúscula e imaginaria pelusa de su falda, intentando disimular su interés.

—¡Vaya, qué novedad!

—Esa mujer lo está chantajeando, Adriana, y conseguirá su propósito si no hacemos nada por remediarlo.

Alzó la cabeza con rapidez tras captar toda su atención.

—¡Explícate!

Y Pol comenzó a narrarle todo lo que Marc le había contado el día anterior. Cuando terminó, Adriana se levantó y caminó hasta el gran ventanal para mirar hacia el exterior.

—¡Maldita zorra manipuladora! —musitó para sí misma, mientras asimilaba la información recibida e intentaba encajar todas las piezas.

—No tienes ni idea —confirmó, fastidiado por no poder hallar una solución—. Y nadie me quita de la cabeza que su padre y Diego Montalbo están detrás de todo esto.

—No creo que sean los únicos —comentó pensativa.

Él, confuso, arrugó el ceño.

—¿A qué te refieres?

Adriana se giró para mirarlo directamente.

—¿Recuerdas que ayer te pregunté por la relación que tenía Roser con el director de Contabilidad?

Pol asintió y ella le contó lo que sospechaba, incluido su encuentro fortuito con ambos, del cual él no se percató, en el restaurante la primera vez que la invitó a cenar con su falsa personalidad de Ana Muñoz.

—Pero lo que estás insinuando es muy grave. Y si es cierto lo que dices, mi hermano tiene razón y tenemos a un traidor entre nosotros. Puede incluso que sea el mismo Ricard.

—Lo sé, por eso mismo ayer le pedí a mi compañera en la unidad que investigara las cuentas de los dos.

—¿Puede hacer eso?

Adriana se encogió de hombros.

—Legalmente, no.

—¿Y por qué accedió a hacerlo?

—Porque yo se lo pedí.

Él dibujó una media sonrisa socarrona.

—¿De qué te ríes?

Ahora fue a Pol al que le tocó encogerse de hombros.

—Para no querer saber nada de mi hermano y tenerle tanta inquina como dices, te estás tomando muchas molestias por él, ¿no crees?

Ella abrió la boca boqueando como un pez.

—¡No te confundas! —replicó, molesta por su velada insinuación—. Esto no tiene nada que ver con él o con lo que yo sienta. Ante todo soy policía y lo único que me motiva es descubrir la verdad.

—¡Ya!

Adriana puso los brazos en jarras, fastidiada por su actitud presuntuosa.

—¡No te imagines cosas que no hay, Pol!

—Lo siento mucho, querida, pero lo que yo me imagine o deje de imaginar, por desgracia, no puedes evitarlo.

Ella se cruzó de brazos, enfadada por su conducta tan infantil.

—¿Lo que me acabas de contar lo sabe Marc?

—No —farfulló entre dientes.

Dicho esto, abrió los ojos como platos cuando Pol apretó el intercomunicador para hablar con su secretaria.

—Azucena, haz el favor de avisar a mi hermano y dile que necesito verlo ahora mismo. ¡Es urgente!

—Sí, señor —respondió la mujer desde el otro lado.

—¡Ah!, y de paso encarga que nos traigan comida... ¡para tres!

Adriana no salía de su asombro.

—¿Se puede saber qué haces? —cuestionó irritándose más por momentos.

—Marc tiene que saber lo que está ocurriendo exactamente. Lo que me acabas de contar es demasiado importante como para que él lo ignore —respondió cambiando la sonrisa socarrona por otra esperanzadora—. Y, además, creo que se me acaba de ocurrir una gran idea.

—¡Muy bien! —respondió resuelta—. Pues os dejo a ti y a tu hermano discutir lo que tengáis que discutir a solas.

Agarró el bolso y se levantó de su asiento para marcharse de allí antes de que

Marc llegara.

—¿Por qué vas a hacer eso? —cuestionó Pol, levantándose él también.

—Porque no quiero encontrarme con tu hermano o no respondo de mis actos. Él se acercó para sujetarla por los hombros e impedirle que se marchara.

—¿No crees que estás siendo un poco cobarde al huir de esta forma?

—No soy ninguna cobarde y no estoy huyendo —siseó, rabiosa por que insinuara algo parecido.

Pol, irónico, arqueó una ceja. Y ella, molesta, bufó cruzándose de brazos.

—Sé que mi hermano tiene muchos defectos —dijo serio, desconocedor de lo que pasaba exactamente por la mente de la joven en esos instantes—, y quizá no ha sabido mantener la cabeza fría, cometiendo por tanto muchas torpezas, sobre todo contigo. Pero en este caso lo guía la desesperación, Adriana, y me gustaría pedirte que no fueras tan dura con él.

Ella lo miró con una expresión fría e inescrutable.

—Te lo pido como un favor personal —le rogó.

Sabía que la estaba chantajeando emocionalmente. Después de lo vivido minutos antes, se sentían cercanos el uno al otro, pero eso no era excusa para hacerle esa petición.

—Eso no es justo y lo sabes.

—Lo sé, pero es mi hermano —adujo encogiéndose de hombros—. No me gusta veros mal.

A Adriana no le dio tiempo a replicar, pues justo en ese instante tocaron dos veces a la puerta y, a continuación, Marc entró en el despacho. Se detuvo en seco, examinando con suspicacia la escena que tenía delante.

—¡Hermano, entra! —lo invitó a pasar y, cuando éste así lo hizo, continuó—: ¡Siéntate, por favor! Adriana y yo tenemos que contarte algo de suma importancia.

Marc observó a la mujer caminar hacia los enormes ventanales dándole la espalda y un nudo se le formó en el estómago.

«¡Es tan condenadamente hermosa!»

Pero una pequeña alarma sonó en su cabeza cuando las palabras de su hermano calaron en su mente, unidas a la imagen de verlos juntos y casi abrazados.

«¡Qué diablos era eso tan importante que tenían que compartir ambos con

él?»

Los celos comenzaron a escalar por su pecho sin atender a razones. Era algo superior a sus fuerzas. Y la indiferencia con la cual ella lo trataba le dolía profundamente, más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Adriana —saludó con más dureza de la necesaria.

Ella se erizó aún más al escuchar su tono y le respondió con la misma frialdad sin tan siquiera mirarlo.

—Marc.

Pol puso los ojos en blanco y le hizo un gesto con la cara para que dejara de ser tan imbécil, pero él lo ignoró por completo. No entendía por qué se comportaba de esa forma. Después de su metedura de pata la noche anterior, debería estar de rodillas pidiéndole perdón a Adriana; sin embargo, actuaba con altivez, como si el ofendido fuera él. Porque lo quería con locura y daría la vida por él, sino lo hubiera mandado al diablo en cuanto entró por la puerta. Le estaba haciendo muy difícil su misión de ayudarlo con ella... muy difícil.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marc al tomar asiento.

Pol inspiró aire por la nariz y carraspeó con fuerza buscando calma.

—Te he mandado llamar porque creo que hemos encontrado una pista relevante sobre el traidor que tenemos en la agencia. En realidad —aclaró mientras él también se sentaba—, quien ha encontrado esa pista ha sido Adriana.

Marc no dijo nada, aunque por dentro el alivio resultó considerable al descubrir que sus celos y temores eran infundados. Se limitó a apoyar los codos en los brazos de su asiento, unir las yemas de los dedos y esperar a que siguiera hablando. Cuando no lo hizo, preguntó:

—¿Con qué pruebas contamos?

—De momento, con ninguna, pero al menos tenemos un hilo del que tirar —respondió su hermano.

—¿Por qué nadie me ha informado de esto antes? —questionó con un brillo mortal en sus profundos ojos negros dirigidos hacia Adriana.

—Lo hemos hecho en cuanto hemos atado cabos —saltó Pol, harto de su actitud—. ¿Qué puñetas te pasa? ¿Acaso no es lo que estabas buscando?

Él, furioso, se levantó de su asiento mesándose el pelo.

—¡No sabía que ahora compartíais confidencias...! —los acusó—. ¡¡Sobre todo cuando tratan sobre mí!!

Pol, estupefacto, abrió la boca sin dar crédito.

—Estamos intentando ayudarte.

Marc apretó con fuerza los puños. Admitir por fin lo que sentía por Adriana le había dejado un agujero inmenso y desgarrador en el pecho, máxime cuando pensaba en lo mucho que lo despreciaba y en los motivos que la habían llevado a ello. Y saber que tendría que casarse con otra mujer y renunciar a ella lo estaba matando por dentro. No soportaba la idea de no poder tocarla de nuevo, de no tenerla entre sus brazos, de no acariciar su hermosa piel, de no besar sus ardientes labios... Y su frialdad le demostraba con descarnada realidad que ni tan siquiera podía obtener su respeto, hundiéndolo más en un pozo sin fondo.

—¡No me sirve de nada si no puedo demostrarlo, maldita sea! ¡Y ya no queda tiempo, Pol! ¡En tres semanas tendré que casarme con Roser!

—Pero tengo una idea que quizá pueda ayudarnos —reveló su hermano con satisfacción—. Sólo necesito vuestra cooperación.

—¿A qué te refieres con nuestra cooperación? —questionó Adriana hablando por primera vez.

Pol sonrió con deleite cuando obtuvo la atención de ambos. Si su plan salía tal y como tenía pensado, deberían homenajearlo con el premio Nobel o algo así. Se lo merecía.

—¿Recuerdas los rumores que saltaron el año pasado sobre la mala relación que tienen Diego Montalbo y su hija? —le preguntó a su hermano.

—Sí, los recuerdo.

—Bien. Hace un mes recibí la invitación de Noa para asistir a una fiesta benéfica organizada por ella en Valencia, con la finalidad de recaudar fondos para la creación de una escuela para niños y talleres de formación y creación de empleos en Kenia, donde está residiendo ahora mismo.

—Yo también recibí esa invitación —confirmó Marc, arrugando el ceño sin saber muy bien a dónde quería llegar su hermano.

—Me lo figuraba —comentó dándose palmaditas imaginarias a sí mismo.

—Pero ¿eso que tiene que ver con nosotros dos? —interrogó Adriana.

—Pues que tendréis que ir a esa fiesta y pedirle ayuda a Noa Montalbo. Estoy seguro de que no tendrá ningún problema en aportar la información necesaria para demostrar que, tanto su padre como el de Roser, urdieron un plan para quedarse con la empresa de papá. Ella siempre te ha tenido en gran aprecio,

Marc, y creo que es una posibilidad muy factible de poder hallar las pruebas que buscamos.

Las palabras cayeron como un jarro de agua fría en ambos y, cuando Adriana se recuperó de la impresión, soltó:

—¡Ni hablar, conmigo no cuentas!

—¿Por qué?

Atónita, jadeó con fuerza sin entender cómo podía hacerle semejante pregunta. ¡Era obvio!

—Porque no pienso ir con tu hermano a ningún lado. ¡Vete tú!

—Yo no puedo, ese mismo fin de semana tengo que viajar a Shanghái para una importante reunión de negocios.

—¿Shanghái? —preguntó Marc, todavía con estupor—. ¿Desde cuándo tenemos negocios en Shanghái?

Pol se encogió de hombros.

—Desde que me dijiste que estábamos perdiendo grandes cuentas aquí. Oriente es el futuro ahora, Marc, y, si queremos que entre el capital suficiente para reflotar la agencia, tenemos que buscar los clientes donde realmente está el dinero.

—¿Y por qué no estaba yo enterado de ese viaje?

Pol lo miró con asombro.

—¿Qué puñetas importa eso ahora? —señaló, molesto porque no lo estaba ayudando con tanto interrogatorio—. Lo importante es que, si yo no puedo ir, tendrás que hacerlo tú en mi lugar.

—Pues que vaya él solito —intervino Adriana agarrando el bolso para marcharse de allí—. A mí no se me ha perdido nada en Valencia.

—Sabes perfectamente la fobia que tiene mi hermano a cualquier vehículo de motor desde su accidente.

—Se defiende muy bien con el coche, te lo aseguro —replicó volviéndose hacia él con la mano en el pomo—. No tiene ningún problema para venir a mi casa e insultarme.

—Ya te pedí perdón por eso.

—Sí, lo hiciste... pero fíjate que no te creo, sobre todo cuando ayer regresaste de nuevo para decirme en mi propia cara que espíaste mi teléfono móvil sin mi consentimiento.

De repente, la tormenta que se escondía tras una falsa calma estalló.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que llamara a tu jefe? ¿En serio?

—¡Chicos! —intentó mediar Pol.

Adriana volvió a boquear por tercera vez esa mañana y se acercó a él, furiosa.

—¡¿De verdad me estás preguntando eso?!

—¡Sí, te lo estoy preguntado! —respondió igual de furioso—. ¡Porque, si llego a saber que querías acabar con tu carrera de forma definitiva, te hubiera agradecido que me lo hubieras dicho antes!

—¡¡Aaarrgggg!! ¡Eres un maldito necio cabezota...! —exclamó exasperada.

—No volvamos a remover la mierda, ¿vale? —sugirió Pol, siendo ignorado otra vez.

—Si hubiera llamado, ahora estarías en la cárcel, ¿es que no lo entiendes?

—¡No, Marc, no lo entiendo! ¡Porque habría sido preferible que me creyeras desde un principio, ¿no lo ves?! —gritó fuera de sí.

—¡No me lo pusiste fácil, Adriana!

—¡¿Que no te lo puse fácil?! ¡¿Cuántas veces tengo que decirte que no me quedó otra opción?!

—¡¿Y yo cuántas veces tengo que pedirte perdón para que me creas?!

—¡¡Basta!!

Los dos enmudecieron al instante ante el grito desesperado de Pol.

—¿Vais a seguir comportándoos como dos chiquillos inmaduros? —interrogó mirándolos con dureza—, ¿o podemos sentarnos y hablar como personas civilizadas?

—Por mi parte, ya está todo dicho —concluyó Adriana.

Pol la observó, para después dejar escapar un suspiro de pesar. En realidad comprendía perfectamente por qué quería estar lo más lejos posible de su hermano. Marc no le estaba facilitando para nada las cosas con su conducta. En vez de ayudar, conseguía todo lo contrario.

—Está bien, si ésa es tu última palabra... —murmuró con tristeza, girándose para darle la espalda y dirigirse al ventanal—... lo entiendo. Buscaremos la manera de no perder la empresa sin tu ayuda.

—¡No, no, no, no...! ¡No me hagas esto, Pol! ¡No me hagas sentir culpable!

—Tranquila, no te sientas en absoluto culpable, de verdad que lo entiendo.

Éste es un problema familiar, que nada tiene que ver contigo.

Ella examinó su postura, con los hombros hundidos, y el sentimiento de estar fallándoles a los dos arraigó con fuerza en su conciencia. Ya la había acusado de estar huyendo antes y no soportaba que pensara eso de ella.

—Sí, tranquila, no necesitamos tu ayuda —intervino Marc, dolido por su actitud de desprecio hacia él—. Mi hermano y yo somos capaces de arreglárnosla sin ti.

Adriana dejó escapar un jadeo de asombro y achicó los ojos ante esa pedante bravuconada.

—Desde que te conozco no he hecho más que sacarte las castañas del fuego. ¿Arreglártelas sin mí? ¡Ja! ¡Si no eres capaz de abrocharte los cordones de los zapatos tú solo!

—¿Ah, sí?!

—¡Sí!

—Ya empezamos —murmuró Pol, apoyando la frente en su mano.

—Discrepo por completo —replicó Marc, convencido—. Te contraté como chófer y eras un completo desastre. Después te contraté para que encontraras una sola pista que me llevara al traidor de la agencia y no has conseguido nada.

—¿Que no he conseguido nada?! —exclamó perpleja.

—¡No! —rebatió cruzándose de brazos—. Sólo débiles sospechas basadas en... ¿qué? ¡En nada!

—Es más de lo que tú has hecho en todos estos meses.

—Si así justificas tu deficiente trabajo como investigadora, no quiero pensar en cómo realizarás tu trabajo como policía.

—¡Oh, Dios! —susurró Pol, igual de atónito que ella ante las palabras de su hermano.

Adriana se plantó delante de Marc y lo miró iracunda, poniendo los brazos en jarras.

—¡No te consiento que cuestiones mi trabajo como policía!

—Pues actúa como tal y termina lo que empezaste. ¡No, espera! ¡Que en cuanto las cosas se ponen feas te desentendes de todo!

—¡Yo no me estoy desentendiendo de nada!

—¡Vaya, tendré que ir al otorrino, porque no es eso lo que he oído!

—¿Y qué quieres que haga? Disfrazarme de hombre otra vez para sacarte de

paseo. Ése no es mi trabajo, ¿recuerdas? ¡Porque me despediste!

—Nadie está pidiendo que lo hagas.

—¿Y qué propones?

—No lo sé, pregúntale a Pol, la idea es suya.

Los dos se giraron para clavar sus ojos en él, y a éste, por completo descolocado ante el giro de los acontecimientos, le tocó esta vez boquear como un pez por unos instantes.

—Nada de disfraces, sólo Marc y Adriana, nada más.

—¿Podrás hacer algo tan sencillo? —sondeó Marc con un tono que dejaba claras sus dudas.

—¡Por supuesto!

—¡Bien!

—¡Vale!

Y Adriana se encaminó hacia la puerta para salir del despacho y, al abrirla, se encontró con Azucena, que cargaba una bandeja y varios paquetes de comida china.

—¿A dónde vas ahora?! ¡Todavía tenemos que discutir el plan que debemos seguir! —vociferó Marc al ver su huida.

—¡Voy al baño, ¿te importa?!

—¡Por mí haz lo que te dé la gana!

—¡Perfecto, eso haré!

Pol observaba la puerta y a su hermano alternativamente, todavía sin salir de su asombro, mientras éste se sentaba en su asiento con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero ¿qué diablos ha pasado? —preguntó cuando su secretaria abandonó la estancia.

—Nada que no estuviera controlado —respondió Marc con vanidad, mientras se estiraba ambas mangas de la camisa y se recolocaba la corbata—. Y por cierto... ¡de nada!

—¿Controlado? —cuestionó su hermano, confuso, dejándose caer en su sillón.

—Sí, por supuesto. He pillado tu táctica desde el minuto cero, pero la conozco mejor que tú y sabía que por ahí no íbamos por buen camino, así que he decidido hacerla entrar en razón.

—¿Ésa es tu forma de hacerla entrar en razón?

Marc le guiñó un ojo al mismo tiempo que su sonrisa se ensanchaba más.

—He conseguido que acceda a venir conmigo a Valencia, ¿no?

Pol se echó hacia atrás en el asiento, al mismo tiempo que soltaba un fuerte y largo suspiro.

—¡Joder, acabo de envejecer al menos diez años de golpe!

Capítulo 28

Durante los días siguientes, Adriana llevó varios *pendrives* a la agencia, en los que almacenaba todos los datos recabados sobre los altos ejecutivos de la empresa, para entregárselos a Marc. De acuerdo con ellos, se los facilitó para que tanto él como Pol revisaran de forma más exhaustiva cualquier información sensible que a ella se le hubiera escapado, mientras seguía representando el falso papel de novia y modelo en alza.

Para su gusto personal, el tiempo pasó demasiado rápido y, en cuanto quiso darse cuenta, se encontraba bajando una pequeña maleta en el ascensor de su propio edificio, en tanto Marc la esperaba en la entrada, junto a su Mercedes, para emprender camino a la ciudad de Valencia.

Nerviosa, más de lo que quería admitirse a sí misma, le entregó su equipaje para que lo metiera en el maletero y subirse, a continuación, al vehículo.

—¿Preparada? —preguntó Marc, entusiasmado ante la idea de tenerla para él solito durante un par de días.

—¡Oh sí! Me muero por comerme tres horas y media de autopista hacia Valencia. ¡Menudo viaje!

Él entrecerró los ojos ante el sarcasmo.

Estaba seguro de que no se lo iba a poner fácil, sobre todo por la cantidad de veces que había dejado claro, los días anteriores, la poca gracia que le hacía ese viaje en su compañía, pero era su oportunidad de oro para intentar arreglar las cosas con ella y procuraría no desaprovecharla.

—Al menos, no podrás quejarte de la buena compañía.

—¡Ja! —espetó cruzándose de brazos después de colocarse el cinturón de seguridad—. No me hagas reír, que no estoy de humor.

—Te aseguro que me gustaría mucho hacerte algunas cosas —musitó, mientras se aseguraba de que el cinturón estuviera bien afianzado, acercándose más de lo estrictamente necesario y rozando a propósito con la mano su brazo, logrando que ella contuviera el aliento—, pero precisamente reír no es una de ellas.

Adriana abrió mucho los ojos al oír esas palabras, pero mantuvo silencio por miedo cuando el estómago le dio un vuelco sólo de imaginar cuáles serían esas cosas.

Marc la observó con intensidad durante unos eternos segundos, para después mirar al frente con una sonrisa pícara, al ser consciente de lo que provocaba en ella. Cada vez estaba más emocionado por realizar aquel corto viaje.

Durante el trayecto prácticamente no hablaron. No por que él no quisiera, sino por la escasa o nula participación de Adriana en seguir una mínima conversación, y al final se dio por vencido.

Cuando llegaron al hotel de cinco estrellas en el que se iban a hospedar, ambos se dirigieron a sus respectivos alojamientos, contiguos, después de registrarse en recepción, con el tiempo justo para prepararse para la fiesta de esa noche. Adriana, maravillada por la enorme y lujosa habitación que le habían asignado, lo primero que hizo fue tirarse en la cama tamaño *king size*, rebotando varias veces en el colchón, muy aliviada por que hubiera terminado aquel tormentoso viaje. Después procedió a deshacer su maleta.

Hora y media más tarde, oyó unos golpes en la puerta de su habitación, e intuyó que era Marc quien estaba tras ella, esperándola para partir.

—¡Un momento! —dijo caminando hacia la entrada mientras se calzaba unos elegantes y finos zapatos de tacón.

Agarró su cartera de mano y su abrigo para abrir la puerta y, a continuación, se topó con un elegante y sexy Marc que la estaba esperando apoyado en el marco.

Éste recorrió con los ojos su cuerpo de arriba abajo, admirándola sin ningún pudor, y comiéndola con la mirada soltó un largo silbido de admiración.

—¡Guauuu! ¡Estás impresionante!

Adriana se ruborizó hasta la raíz del cabello. Vestía un ajustado diseño de estilo sirena en blanco y negro, que estilizaba su perfecto y sensual cuerpo, amoldándose a sus curvas como un guante. En el vestido destacaba un

minucioso juego de encaje aplicado en la parte superior con dibujos motivos florales, provocando un efecto dos piezas, donde el mikado de la falda combinaba maravillosamente con un pronunciado escote en la espalda en forma de uve, que le daba un toque muy especial.

Marc observó cómo sus hermosos ojos verdes brillaban ante el halago que le acababa de ofrecer, y se maravilló al descubrir lo perfecta que era. El cabello, peinado en suaves hondas, caía graciosamente suelto hacia el lado derecho, sujeto únicamente por un elegante pasador. El conjunto finalizaba con unos discretos y exquisitos pendientes, a juego con una fina gargantilla.

Él, inconscientemente, se mojó los labios, tal cual lo haría un sediento ante una botella de agua fresca, al encontrarse con unas irremediables ganas de acercarse por atrás para besar y mordisquear el hueco de su cuello hasta arrancarle gemidos de placer.

—No creo que sea para tanto —susurró ella, fascinada por su mirada oscurecida por la pasión e interrumpiendo la cautivadora fantasía de Marc.

Éste sacudió la cabeza ansiando, arduamente, aferrarse al poco control que disponía sobre sí mismo en esos instantes.

—No tienes ni idea —dijo al fin

Y los dos se perdieron en sus miradas.

Adriana tampoco era inmune al encanto de Marc. Vestido con un elegante esmoquin que le quedaba impecable, era el hombre más guapo y sexy que había conocido jamás. Había conseguido domar su rebelde cabello con un poco de cera, dándole forma y altura en un indómito tupé que le sentaba a la perfección. El toque final eran la clásica pajarita y unos brillantes y modernos zapatos de cordones que combinaban espléndidamente. En conjunto, resultaba demasiado abrumador para su ya desbocado corazón.

Él se acercó despacio para cogerle el abrigo que todavía portaba en la mano y, con suavidad, la ayudó a ponérselo.

—¡Marc...! —jadeó cuando él se colocó detrás de ella para apartarle el pelo hacia el otro lado.

Ese simple gesto le quitó el aliento, y cerró los ojos con fuerza cuando él rozó con sus dedos delicadamente la curva de su cuello.

—¿Estás preparada? —susurró pegado a su oído, logrando que escalofríos de placer le recorrieran todo el cuerpo.

—No lo sé —musitó débilmente.

Marc sonrió con vanidosa satisfacción al advertir que no era tan indiferente a él como quería aparentar. La franqueza con la que su cuerpo reaccionaba a su contacto era completamente contraria a la actitud fría y distante que quería aparentar en su presencia. Y eso le hizo albergar una pequeña llama de esperanza sobre los sentimientos que Adriana intentaba ocultar inútilmente.

Desde que la conocía, no recordaba ni un solo momento en el que no dejara de luchar en una guerra sin fin de sentimientos encontrados. Primero, negándose denodadamente a su confusa e intensa atracción cuando iba disfrazada de hombre, y en ese momento... bueno, en ese momento sólo lidiaba con su conciencia y con hacer lo que era correcto.

Por un lado quería dejarla ir, cerrar su corazón y envolverlo en una impenetrable y despiadada carcasa de indiferencia. Pero, por otro lado, se moría por estar con ella, por besarla, por encenderla con sus caricias, por sentirla estremecer entre sus manos... Era una lucha feroz entre lo que deseaba y lo que era correcto. Y, por desgracia, siempre perdía la batalla.

Apretó con fuerza la mandíbula y respiró profundamente, ansiando aquietar los erráticos latidos de su corazón. Deseó con toda su alma poder encontrar esa noche la clave para poder ganar esa guerra.

—¿Nos vamos? —dijo al fin, ofreciéndole galantemente su brazo.

Ella abrió los ojos y asintió, aliviada por no haber sucumbido a lo que su traicionero cuerpo le hacía sentir cada vez que él la tocaba. Dejó escapar un suave suspiro al mismo tiempo que tomaba su brazo para partir juntos de allí. Salieron del hotel y un taxi ya los estaba esperando en la puerta, y Adriana intuyó que seguramente Marc lo había llamado antes de ir a buscarla. Se subieron y en pocos minutos llegaron a la entrada de una lujosa e inmensa mansión.

Cuando accedieron al interior, la fiesta estaba en pleno apogeo, y Marc se fue encontrando con amigos, clientes y personas afines a su modo y estilo de vida, en tanto ella admiraba, absorta, cada estancia de la casa con absoluta fascinación. Hombres y mujeres, elegantemente engalanados, conversaban y reían animadamente entre ellos. Todo aquello desprendía *glamour* y dinero, mucho dinero.

Con una mano apoyada posesivamente en la base de la espalda de Adriana,

Marc la presentó a todo el mundo, orgulloso de su compañía y haciéndola sentir partícipe en todo momento de las conversaciones que estaban teniendo lugar. Ella se lo agradeció infinitamente, pues uno de sus mayores miedos era sentirse por completo fuera de lugar e insignificante al lado de aquellas personas tan distinguidas.

—¿Quieres otra copa de cava? —le preguntó acercándose mucho a su oído, aprovechando que un camarero con una bandeja llena estaba pasando por allí.

Adriana ahogó un respingo al sentir su aliento, uno más de tantos aquella noche.

—Sí, gracias —balbuceó.

Él sonrió con perversidad y ella entornó los ojos, sabiendo que se lo estaba pasando en grande a su costa.

Uno de sus mayores miedos era ser rechazada por todas esas personas de la alta sociedad, pero fue por completo olvidado al ser enteramente consciente de la cercanía de Marc y de lo que su mano, en la piel desnuda de su espalda, le hacía experimentar. De forma inocente, jugueteaba con los dedos acariciando sutilmente la carne expuesta, que temblaba bajo su roce, cuando no bajaba hasta donde la espalda perdía su casto nombre, haciéndola retener el aliento.

El deseo subía como lava ardiendo desde su centro mismo, logrando que estuviera húmeda y caliente, dispuesta a rendirse ante él si así se lo pedía. Tomó la copa que le ofreció para darle un largo trago, aliviada de estar con más personas y no a solas.

Asombrada, Adriana pensó en los fuertes e intensos sentimientos que Marc le despertaba. Jamás creyó que la pasión pudiera nublarle el juicio, pero en esos instantes lo único que pasaba por su mente era sucumbir a ella y dejarse arrastrar por el urgente deseo que sentía por él.

Confusa, sacudió la cabeza en un vano intento por apartar esos pensamientos lascivos de su mente. Debía recordar que estaba enfadada y dolida con él por todo lo que le había hecho pasar. No obstante, otro jadeo tuvo que ser retenido con gran esfuerzo al notar cómo, inocentemente, le rozaba con la mano el pecho al acercarla más a él cogiéndola por el costado.

—¿Te encuentras bien? —indagó con falsa preocupación.

El rubor le tiñó aún más el rostro a Adriana, al darse cuenta de cómo una perezosa sonrisa bailaba en los labios de Marc, dejándole meridianamente claro

que sabía perfectamente lo que le estaba ocurriendo. La delataban sus pupilas dilatadas y oscurecidas por la lujuria, su respiración entrecortada o cómo saltaba cada vez que él se acercaba demasiado.

Su contestación fue interrumpida cuando una mujer se acercó a ellos:

—¿Marc?!

Él se volvió al oír su nombre.

—¡Noa! —exclamó al reconocerla.

—¡Cuánto me alegro de verte! —señaló echándose a sus brazos, feliz de encontrarlo allí.

A Adriana un pellizco de malestar le subió por el pecho ante esa muestra de afecto. La desconocida era una de las mujeres más hermosas que había visto jamás. El pelo rubio, un ligero bronceado de piel y el azul de ojos más intenso y espectacular que hubiese visto jamás, unido a su franca sonrisa, le confería un aspecto angelical muy difícil de superar. Descolocada por los absurdos celos que estaba experimentando, no se dio cuenta del hombre que la acompañaba.

—¡Dios santo, casi no te reconozco! ¡Estás increíble!

—No seas zalamero —protestó la desconocida—, estoy como siempre.

—Eso no es cierto —replicó tras separarse al terminar el cariñoso abrazo—. Tienes un brillo especial en el rostro que te hace estar más encantadora de lo habitual.

La mujer se abrazó al hombre que estaba justo detrás de ella y que había llegado acompañándola.

—Pues será porque Kenia y mi Tarzán trasnochado me sientan de maravilla.

—Querrás decir que tu Tarzán trasnochado te hace extremadamente feliz, niñata —recalcó él.

Tanto Marc como Adriana se fijaron en el desconocido, el cual envolvió con sus brazos a la hermosa mujer para mirarla con ojos desbordantes de amor.

—También —respondió ella desplegando una radiante sonrisa.

Luego el desconocido bajó la cabeza para darle un rápido beso en la boca.

—Así que es cierto... —dijo Marc cuando finalizaron el beso—. Había oído que tanto tú como Tana os mudasteis a vivir a Kenia, en pleno África.

—Así es —corroboró feliz—, y es la mejor decisión que he tomado en mi vida. Tengo el placer de presentarte a Alonso Rivas, mi prometido. Alonso, él es Marc de Montellà, un viejo y querido amigo.

Ambos hombres se estrecharon las manos.

—Encantado de conocerte —intervino Marc tras el apretón—, aunque no sé si darte la enhorabuena o mi más sentido pésame por vuestro compromiso.

El hombre lanzó una sonora carcajada, obteniendo una severa mirada de Noa por tamaña traición.

—Tranquilo, a la niñata la tengo bajo control.

Los dos sonrieron con complicidad, arrancando un bufido de rebeldía de la rubia.

—¡Oye! —protestó la mujer, ofendida, dándole una pequeña palmada en el brazo a Marc, e ignoró a propósito a su acompañante mientras lo señalaba con el pulgar—. Y éste va apañado si cree que me tiene bajo control. ¡Ja!

Alonso rodeó por detrás con sus brazos la cintura de Noa para darle un beso en el hombro y apaciguar su genio.

—Sí, mi amor; lo que tú digas, mi amor.

Ahora le tocó a él recibir un pequeño y cariñoso empujón.

—¡Cállate, tonto!

Adriana sonrió abiertamente con la escena y observó con atención a la pareja, la cual le cayó bien al instante, logrando que los estúpidos celos se esfumaran rápidamente al ver el enorme amor que ambos se profesaban.

Alonso era un hombre alto y extremadamente atractivo. Vestido con un elegante esmoquin hecho a medida y que le quedaba a la perfección, conseguía que resaltaran sus anchos hombros y su cuerpo esbelto y trabajado, obteniendo con ello que las miradas furtivas de unas cuantas mujeres se posaran en él al verlo pasar. Con una escasa barba de tres días y el tono de piel algo más bronceado que el de su prometida, era un ejemplar a tener muy en cuenta, si no fuera porque el corazón de Adriana ya pertenecía a otro.

—¡Además, ¿qué va a pensar tu prometida de mí con ese comentario?! —protestó Noa dirigiendo su atención hacia ella. Y tomándola completamente por sorpresa, se presentó—: Hola, yo soy Noa Montalbo, y tú debes de ser Roser, ¿verdad?

Adriana abrió la boca para sacarla de su error, pero fue interrumpida por Marc.

—En eso te equivocas, querida —le aclaró, al mismo tiempo que la agarraba por la cintura, acercándola a él posesivamente—. Tengo el inmenso placer de

presentarte a mi acompañante por esta noche, se llama Adriana Muñoz y... — posando sus negros e intensos ojos en ella, continuó—... ojalá fuera mi prometida.

Adriana parpadeó varias veces, impactada por las palabras de Marc, y desvió la cabeza, aturdida, al serle por completo imposible seguir manteniéndole la mirada. Disimuladamente, se separó de él, intentando descifrar por qué demonios había dicho algo así, y se topó con los ojos de la otra mujer, que los observaba con diferentes grados de sorpresa en el rostro.

—¡Oh, perdón! —se excusó Noa—. No sabía que habíais roto. Yo creí que todavía... bueno, que en breve te ibas a casar con... en fin... —finalizó, abochornada por su metedura de pata—... Encantada de conocerte de todas formas.

—Igualmente —respondió Adriana, correspondiendo a su saludo besándola dos veces en la cara—. Y tranquila, no pasa nada.

Ella agradeció su consuelo con una triste mueca y Marc acudió en su ayuda, sonriendo con pesar.

—No te aflijas, Noa, tu información es correcta y por eso mismo hemos venido esta noche. Necesito tu ayuda con desesperación —le informó.

Tanto ella como Alonso los miraron con desconcierto.

—¿Mi ayuda?

Marc asintió.

—Sí —afirmó, sintiendo dudas y recelos ante su reacción a lo que les iba a pedir, detalle que no le pasó desapercibido a Adriana, que arrugó el ceño, extrañada al ver su nerviosismo—. Se trata de tu padre y de su implicación en un asunto que concierne a la empresa familiar.

El cuerpo y la expresión de Noa se tensionaron al oír mencionar a su progenitor, y Adriana se percató de un breve apretón de consuelo por parte del hombre que todavía la abrazaba.

Adriana advirtió, de pronto, que esa Noa era la hija de Diego Montalbo, el hombre que, junto a Jaume Castellblanch, se la había jugado sucio al padre de Marc y Pol, apropiándose de más de la mitad de la empresa. En ese momento comprendió los escrúpulos que embargaron a Marc, ante la tesitura de pedirle a una buena amiga que le ofreciera las pruebas necesarias para mandar a su propio padre a la cárcel.

—No sé si sabes que ella y su padre no se hablan —les advirtió su prometido con una dura mirada.

—Lo sé y lo siento mucho —respondió Marc, sosteniéndosela con valentía—. No obstante, por ese mismo motivo me atrevo a pedirle ayuda.

—Ese hombre le ha hecho mucho daño a lo largo de su vida —siguió diciéndoles Alonso, aprovechando el silencio de Noa para dejarles clara su oposición—. No creo conveniente que mi prometida deba verse envuelta en nada que tenga que ver con ese bastardo.

—Te aseguro que no se lo pediría si no fuera estrictamente necesario —respondió con gravedad.

Alonso, comprendiendo su desesperación, asintió brevemente y bajó la cabeza para susurrarle a la mujer que amaba con locura:

—Mi amor, no tienes por qué...

—Tranquilo, Al, estoy bien —lo interrumpió ella recuperando la voz. A continuación, dirigiéndose a Marc y Adriana, les dijo—: Por favor, acompañadme a mi despacho para poder hablar en privado.

—Gracias —susurró él.

Dicho esto, los cuatro abandonaron la estancia en la que se encontraban, siguiendo a la mujer que los había recibido tan amablemente hasta llegar a una puerta que abrió con decisión.

Pasaron al interior de una habitación elegantemente decorada, al igual que el resto de la mansión, en la que un acogedor fuego crepitaba en una exquisita chimenea. Noa se sentó delante de una mesa de madera noble delicadamente labrada, y Alonso se posicionó a su lado, apoyándola con su presencia, en tanto Marc y Adriana se sentaban en unas sillas enfrente de ambos.

—No dudo que mi padre haya hecho de las suyas —comenzó a hablar Noa—, pero no alcanzo a comprender muy bien en qué podría ayudarte, Marc. Mi relación con él es completamente nula. Supongo que sabrás, por el escándalo que tuvo lugar, que mi madre consiguió separarse de él tras un duro divorcio, en el que tuvo que batallar tenazmente para quedarse con lo que le pertenecía por derecho. —Señaló con la mano la estancia donde se encontraban, sugiriendo que esa casa era una de esas pertenencias—. Ambas somos totalmente ajenas a la vida, la compañía y los negocios de Diego Montalbo, y te aseguro que no hay nada en este mundo que pueda hacernos más feliz.

—Lamento mucho oír eso, Noa, de verdad... —respondió cariacontecido—... pero debo decirte que, tras meditarlo concienzudamente, tanto Pol como yo decidimos, como último recurso, acudir a ti para intentar salvar tanto el futuro de la empresa familiar como el mío propio. Te aseguro que, si hubiera otra opción, si tuviera a mi alcance otra manera que no te involucrara en esto, sin duda alguna prescindiría de causarte más dolor. Sin embargo, estamos desesperados y no sabemos a quién más recurrir.

Noa creyó en sus palabras y, tras cruzar una mirada de entendimiento con Alonso, habló de nuevo.

—Dime exactamente qué ocurre.

Él así lo hizo.

Le contó todo lo ocurrido y todo lo que habían descubierto... Desde su accidente a la muerte de sus padres, pasando por la posterior sorpresa de saber que la agencia ya no les pertenecía enteramente debido a los tejemanejes de Jaume, con la ayuda de los sospechosos consejos del padre de Noa, hasta el acoso y el chantaje al que lo tenían sometido para casarse con Roser. Les explicó la implicación de Adriana en aquel asunto y el descubrimiento que habían hecho recientemente, momento en el que habían tomado la decisión de pedirle ayuda.

—¿La policía está metida en esto? —interrogó Alonso, estupefacto.

—No, en realidad, no —intervino Adriana por primera vez—. En estos momentos estoy disfrutando de una excedencia en mi trabajo por motivos personales, al tomar la decisión de investigar yo misma la extraña muerte de mi hermana, por no estar de acuerdo con mis compañeros tras el informe oficial. Por ese motivo entré en la empresa de Marc, bajo una falsa identidad, para indagar y hallar la verdad sobre este turbio asunto del supuesto suicidio de mi melliza... y, tras la investigación, creemos que tal vez todo esté relacionado.

—¡Dios santo! —exclamó Noa, abrumada—. ¡Mi padre vinculado con un asesinato!

Adriana y Marc cruzaron miradas de culpabilidad.

—Todavía no está confirmado, Noa, por eso necesitamos tu ayuda —señaló Marc—. Soy consciente de lo extremadamente difícil que es esta situación para ti.

—¡Oh, no, tranquilo! Puedo esperarme eso y mucho más de mí *querido* padre, pero es duro asimilarlo.

—Si te sirve de consuelo, no creemos que él haya tenido nada que ver directamente con la muerte de mi hermana —aclaró Adriana—, pero sí en el fraude contra el padre de Marc para quitarle la dirección de la compañía. Tal vez mi hermana, de forma fortuita, se topara con información que no debía saber, poniéndola en una situación muy comprometida y que la llevó a su muerte.

Noa los contempló con mucho detenimiento durante unos largos segundos, tiempo que tanto a Adriana como a Marc se les hizo eterno.

—¿Cuándo dices que tu padre habló con el mío de esas sospechosas inversiones?

—Calculo, más o menos, que sobre dos años o dos años y medio atrás.

—Vaaaaale —dijo con un gesto esperanzador en el rostro, girándose hacia su prometido—. Quizá pueda haber algo en los papeles que mi hermano guardó de aquel entonces.

Alonso, muy serio, asintió, estando de acuerdo en que tal vez pudieran encontrar alguna información que consiguiera ayudarlos. No obstante, preocupado por lo que aquel asunto pudiera suponer para su estado emocional, le preguntó con muchas reservas:

—¿Estás segura de esto?

Noa, completamente convencida de estar haciendo lo correcto, asintió.

—Sí, lo estoy.

—¿Significa eso que nos vas a ayudar? —preguntó Marc, echándose hacia delante en su asiento, con los ojos brillantes por la expectación.

Su amiga asintió.

—¡Oh, Dios! —Levantándose de su asiento, visiblemente emocionado, se dirigió a ella para abrazarla—. No sabes cuánto significa esto para mí.

—Lo hago por ti y por tu hermano —aclaró Noa, sonriendo y abandonando ella también su sillón para recibir su abrazo—, pero sobre todo por tus padres, que ya no están aquí para poder defenderse y a los que tenía en gran aprecio.

—Gracias —expresó Marc, aliviado.

Adriana observó la escena con un nudo en el corazón y una expresión de gratitud asomó a su rostro. Realmente comenzaba a caerle bien aquella mujer, muy muy bien.

—¡Uy, no me las des tan pronto! —le advirtió conmovida—. Este favor conlleva una alta retribución.

—Lo que sea —dijo él sin pensárselo dos veces.

—¿Lo que sea? ¿Estás seguro?

Marc se separó de ella empezando a tener serias dudas por su tono de voz.

—Sí... ¿no? —preguntó asustado, mirando a Alonso en busca de una señal de que no había metido la pata hasta el fondo.

Éste hizo un gesto con las manos de no saber nada, pero una sonrisa perversa asomó a sus labios como quien no quiere la cosa.

—¡Ah, no, ahora ya no hay vueltas atrás! —señaló ella, riéndose al ver su expresión de pavor—. Tanto tú como tu hermano tendréis que asistir a mi boda en Kenia. Y no admito excusas de ningún tipo.

Marc sonrió aliviado al saber que sólo se trataba de eso.

—Si ésa es la condición, acepto sin ninguna duda.

De pronto, Alonso echó la cabeza hacia atrás, soltando una enorme carcajada, pillando a todos totalmente desprevenidos.

—No dirás lo mismo cuando tengas que comer carrillada de cerdo —explicó mientras se descojonaba.

—¿Carrillada de cerdo? —indagó Marc, sin entender qué le hacía tanta gracia.

—¡Tú no le hagas ni caso! —señaló Noa, echándole una mirada furibunda a su prometido.

Marc miró a ambos con desconcierto.

—A mí me gustan las carrilladas de cerdo.

Tras decir esto, Alonso volvió a reírse, todavía con más ganas, teniendo incluso que apoyarse en la mesa mientras se doblaba en dos.

—Pero ¿qué...? —farfulló Marc sin entender el chiste.

Noa, completamente ruborizada, los miró intentando disculparse por el comportamiento de su prometido.

—¿Por qué no volvemos a la fiesta? —recomendó su amiga, empujando a Marc hacia la puerta.

—¿Por qué se ríe? —interrogó éste.

Marc y Adriana se miraron desconcertados ante la actitud del hombre.

—Porque mi prometido tiene una única neurona que deja salir de vez en cuando y pasa lo que pasa —farfulló Noa molesta con él—. Vosotros ignoradlo, actuad como si no estuviera —aconsejó mientras los instaba a salir del

despacho... pero era difícil cuando, llorando de la risa, el hombre los seguía muy de cerca.

Marc se negó a dar un paso más.

—¡Está bien! —se rindió Noa al mismo tiempo que le daba una colleja a su prometido.

—¡Auu! —se quejó Alonso, acariciándose la zona donde acababa de recibir el suave golpe.

—Es un chiste íntimo entre este tarugo y yo —comenzó a explicar después de soltar un suspiro de pesar—. En Kenia hay una tradición entre algunas tribus y consiste en que, cuando te invitan a una fiesta importante, a los invitados les suelen ofrecer las partes más sabrosas y nobles del animal que sacrifican. En nuestro caso creyeron que éramos pareja, y esta neurona con patas pensó que sería muy divertido ver cómo me comía los testículos de un mono.

Adriana, sorprendida por sus palabras, abrió tanto la boca que a punto estuvo de desencajarsele.

—¿En serio te comiste eso? —preguntó sin poder evitar un gesto de profundo asco.

La mujer asintió mientras su rostro iba adquiriendo una tonalidad verde.

—No sabía lo que estaba comiendo —admitió muy a su pesar—. Me dijo que eran carrilladas de cerdo.

Atónitas, las dos mujeres fueron sorprendidas por las carcajadas de otro hombre que no era Alonso... y observaron, sin poder dar crédito, cómo Marc se acercaba a éste mientras le daba palmaditas en la espalda.

—Ahora entiendo el chiste... —soltó comprendiendo por fin—, y lo que hubiera dado yo por ver eso —añadió muy ufano—. Tienes que contarme esa historia con pelos y señales. ¡Menudos cojones le echaste!

Y los dos hombres salieron del despacho sin advertir la cara de pasmo de las dos mujeres que dejaban atrás.

Capítulo 29

Los cuatro salieron del despacho para encaminarse de nuevo a la fiesta. Mientras los dos hombres charlaban animadamente sobre la vida en Kenia, como si fueran amigos de toda la vida, las mujeres los observaban con cierta alegría mezclada con estupor.

—Me gustaría darte las gracias personalmente —habló Adriana dirigiéndose a Noa después de coger una copa de cava y un canapé—. Entiendo que lo que te hemos pedido no debe de ser en absoluto fácil para ti.

—Si lo dices por lo de mi padre, quédate tranquila, sé en carne propia lo que es sufrir las repercusiones de sus maquinaciones y chanchullos. Los padres de Marc eran buena gente, y ni él ni su hermano merecen sufrir las consecuencias de la ambición desmedida del mío.

—En realidad te admiro —admitió Adriana—. Estar dispuesta a que tu propio padre pueda acabar en la cárcel es digno de elogio.

—Lo indigno sería justificar lo injustificable, o mirar hacia otro lado sabiendo que hay personas inocentes que sufren por culpa de tu silencio, ¿no crees?

—Así es, pero no todo el mundo es capaz de tomar la decisión adecuada.

Noa entrecerró los ojos al mismo tiempo que la examinaba con mucha atención. Tenía la extraña sensación de que no estaban hablando solamente de Diego Montalbo.

—Los hijos no deberían pagar por los actos o errores de sus padres, Adriana. Para mí, esa lección fue una de las más difíciles de aprender.

Ella tomó un pequeño sorbo de su copa.

—Y veo que tú has podido seguir con tu vida, a pesar del daño que te ha

hecho el tuyo. ¡Enhorabuena!

—Yo sola no hubiera podido —respondió, mirando hacia su prometido con el amor rebosando en sus ojos—. Tuve ayuda de las personas más importantes en mi vida. Te aseguro que, sin su apoyo, jamás hubiera podido enfrentarme yo sola contra mis propios demonios. Y, gracias a ello, pude pasar página y permitirme a mí misma ser feliz.

Adriana tragó saliva con fuerza, intentando deshacer el nudo formado en su garganta.

—¿Pudiste...? —carraspeó incómoda—. ¿Cómo pudiste perdonarlo?

Noa posó suavemente la mano en su brazo en un gesto cariñoso. El dolor que veía reflejado en el rostro de Adriana era un viejo conocido suyo.

—No lo hice —confesó, atrayendo la atención de ella con esas simples palabras—. Sencillamente decidí no seguir alimentando ese odio, me hacía demasiado daño. Pero sí adopté la férrea determinación de dejar de tener miedo, para mirar a la felicidad de frente y cogerla de la mano, Adriana. Ésa es otra de las decisiones de las que jamás me arrepentiré.

¡Ojalá ella pudiera encontrar la felicidad al lado del hombre que amaba!
¡Ojalá pudiera dejar atrás el odio y la amargura que la socavaban por dentro!
¡Ojalá pudiera encontrar ese valor que le faltaba!

—No sabes cómo te envidio —musitó, mirando a Marc con un anhelo que le desgarraba el alma.

Siguiendo su mirada, Noa esbozó una sonrisa de esperanza, sabiendo que su instinto respecto a los amores de los demás jamás le fallaba.

—No lo hagas, querida. Estoy convencida de que tu momento llegará más pronto de lo que piensas.

Adriana quiso agradecerle el ánimo con una sonrisa, pero se quedó en una patética mueca. De repente, tomándola por completo desprevenida, oyó como Noa reclamaba a su prometido tras empezar a sonar la música de baile, reemplazando la de ambiente.

—¡Eh, Tarzán de pacotilla!, ¡¿me vas a sacar a bailar o tienes pensado tenerme toda la noche abandonada contando batallitas?!

* * *

Marc, enfurruñado, llevaba una hora en una esquina maldiciendo su estampa. Desde que había comenzado a sonar la música de baile, prácticamente no había podido acercarse a Adriana. Todos los solteros de la fiesta, unidos a varios empresarios y altos directivos, no le habían dado un respiro a la pobre chica. Relegándolo a un segundo plano mientras los demás hombres pululaban a su alrededor como moscas, alegaban que podía bailar con ella cuando quisiera.

Y allí lo tenían, en una esquina y subiéndose por las paredes.

En cuanto él se acercaba a Adriana, ella aceptaba gustosa la solicitud de otro moscardón cojonero, utilizándolos en su propio beneficio para no darle la ocasión de sacarla a bailar y evitar así estar entre sus brazos a toda costa. Y si no podía estar con ella «a solas», aprovechando esa aventajada pero breve oportunidad, cuando regresaran a Barcelona sería prácticamente imposible arreglar la que había liado.

«¡Maldita sea!»

De pronto, el prometido de Noa se acercó a él por detrás.

—¡Eh, amigo, ¿a quién hay que matar?! —preguntó tras darle una palmada amistosa en la espalda.

Marc hizo un gesto de malestar y apuró su copa de whisky.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, ¿pregúntale a tu cara?

—Mi cara no tiene ni idea de lo que hablas.

Alonso sonrió con suficiencia.

Reconocía las miradas llenas de odio reprimido que Marc le lanzaba a todo aquel que se acercara a Adriana. No hacía mucho, él mismo había sentido las mismas ganas de cargarse a cualquier hombre que se arrimara a Noa, mientras los celos lo devoraban por dentro.

—Hace unos meses yo tenía la misma que tienes tú.

Marc arqueó una ceja con altanería.

—Lo dudo mucho.

—Puedes creerlo, era exactamente la misma expresión.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—¡Por imbécil!

Y, a continuación, soltó una carcajada al ver que el enfado de él se acentuaba.

—Ahora no estoy para bromas —farfulló cabreado.

—Está bien, tienes razón —admitió, apiadándose de su reciente amigo—, pero de nada servirá matarlos con la mirada. Ellos van a seguir ahí y tú, aquí.

—¿Crees que no lo sé? —respondió con impaciencia—. Pero no puedo hacer nada si ella no hace más que evitarme.

Alonso resopló con fuerza ante su pasividad.

—¡¿Qué te parece coger el toro por los cuernos de una maldita vez?! —Al ver el desconcierto en el rostro de Marc, continuó—: Hace poco tiempo, una mujer me amordazó y me ató a la cama para que la escuchara. Si me permites un consejo, yo en t  lugar haría con Adriana exactamente lo mismo.

Marc abrió los ojos con asombro.

—¿En serio?

Alonso asintió.

—En serio.

Arrugó el ceño, indeciso acerca de creerle o no. Luego sacudió la cabeza, imaginándose a Noa atando y amordazando a ese hombretón de metro noventa.

—Sabes que es policía, ¿verdad?

—¿Y? —replicó, encogiéndose de hombros—. Aprovecha las esposas reglamentarias del Cuerpo Nacional del Estado para utilizarlas con imaginación.

Una sonrisa perversa nació en el rostro de Marc, al mismo tiempo que se imaginaba la utilidad de unos buenos grilletes y el partido que les podría sacar. Sólo pensarlo se le hacía la boca agua.

Giró la cabeza para verla bailar con un completo desconocido, uno de tantos que se había acercado a ella esa noche como un ave de rapiña. Inclini  la cabeza hacia un lado mientras meditaba en las palabras de Alonso y sus consecuencias.

—No estamos en una selva perdida... Esto no es África.

El hombre apoyó una mano en su hombro para susurrarle al oído:

—Una mujer necia y cabezota es una mujer necia y cabezota aquí y en la Conchinchina.

Marc sonrió más ampliamente.

—Eso es cierto.

Y sin despedirse siquiera, se acercó con decisión a la mujer que lo tenía completamente fascinado. Entretanto, Alonso se cruzó de brazos, satisfecho, mientras lo veía marchar, con el orgullo de haber hecho un gran trabajo.

Cuando Marc llegó a la altura de la pareja de baile, tocó brevemente en el

hombro al tipo que la llevaba para llamar su atención.

—¿Me permites?

El individuo abrió la boca en un arrebato para contestarle que se perdiera, pero la cerró enseguida, intimidado por la expresión feroz de él, saliendo prácticamente por patas.

Adriana resopló con fuerza.

—¿Era necesario? —cuestionó al mismo tiempo que su cuerpo se tensionaba.

—La culpa es tuya —respondió tranquilo—: Si dejaras de evitarme, no tendría que enfrentarme a nadie.

Le resultaba verdaderamente perturbador lo que Marc le hacía sentir. Desde el mismo instante en el que la habían invitado a bailar, ella había aceptado gustosa al tener una excusa convincente para estar lo más alejada posible de él y de sus «roces inocentes», pero su alivio se tornó en tortura al tener que soportar el contacto de otros hombres y disimular su repulsión al mismo tiempo.

Y hete aquí que en ese momento su tensión seguía, pero en ese caso era por los miles de cosquilleos de deseo que recorrían su traicionero cuerpo.

—Te has dado cuenta de que tienes la maldita costumbre de echarme siempre la culpa —musitó entre dientes.

Marc la apretó más contra él, para susurrarle al oído.

—Mi padre me enseñó que en los negocios siempre hay que estar preparado para una buena defensa, pero que lo verdaderamente importante es disponer siempre de un buen ataque.

Adriana no pudo responder, ocupada como estaba en reprimir un jadeo cuando él deslizó la mano suavemente por su espalda desnuda hasta posarla en su trasero.

—¡Quiero irme! —solicitó, separándose de él bruscamente.

Marc la observó sonriendo con picardía.

—¿Por qué? ¿Tan mal bailo? ¿Acaso te he pisado?

Ella se llevó una mano a la frente. Su corazón martilleaba desbocado dentro del pecho, incapaz de dominar los efectos que las caricias de él le provocaban. Evitó mirarlo a los ojos por temor a que adivinara el torbellino de emociones que sentía por dentro.

—De repente se me ha despertado un terrible dolor de cabeza —mintió.

—Está bien —aceptó él, aguantando con esfuerzo una sonrisa traviesa—. Nos despedimos y volvemos al hotel.

Adriana asintió con rapidez, comenzando a buscar desesperadamente a Noa y a Alonso por la sala. Cuando los hallaron, se despidieron de ellos con cariño y la firme promesa de verse muy pronto en su próxima boda. Además, Noa les juró que, en cuanto encontrase la información que necesitaban, se la enviaría lo antes posible.

El camino de regreso se le antojó eterno a Adriana y, cuando por fin llegaron al hotel, se despidió precipitadamente de Marc al salir del ascensor, casi huyendo veloz hacia su propia habitación.

Le cerró la puerta en las narices y apoyó la espalda en ella después, dejando salir un largo y profundo suspiro de alivio. Se quitó los zapatos, que la estaban matando, se desprendió del abrigo y lo posó junto al bolso en la mesa auxiliar ubicada en la entrada de la *suite*.

Estaba agotada, no tanto física como emocionalmente, pues reprimir sus emociones y deseos le estaba resultando más difícil de lo que había calculado.

«¡Maldito Marc de Montellà Bau! ¡¿Por qué demonios me he tenido que enamorar de ti?!»

Suspiró con pesar y giró la cabeza hacia el enorme y lujoso baño. A pesar de ser muy tarde, pensó en lo apetecible que se veía el amplio y suntuoso *jacuzzi*, y se encaminó hacia él para abrir el agua caliente.

Mientras esperaba a que se llenara, se despojó del elegante vestido, se recogió el pelo en un moño alto encima de la cabeza y, después de probar que la temperatura fuera la idónea, se deshizo de la ropa interior y se sumergió en la atrayente bañera.

Cerró los ojos con alivio, al mismo tiempo que sentía cómo los músculos de su cuerpo se aflojaban con el calor del agua. Perezosamente, vertió un poco del exquisito gel que estaba a disposición de los clientes y encendió el *jacuzzi* para que comenzaran a burbujear los relajantes chorros de agua y aire, formando una aromática y agradable espuma que la fue envolviendo poco a poco.

Una sonrisa de serenidad se dibujó en su rostro, en tanto cerraba de nuevo los ojos, disfrutando de aquella agradable sensación de bienestar.

—Estar tan arrebatadoramente bella debería estar penado por ley —comentó Marc pocos minutos después, sacándola de su sopor.

Adriana abrió de golpe los ojos para encontrarse con los de él mirándola con lujuria, al mismo tiempo que, con las manos en los bolsillos y apoyado con desidia en la pared, aparentaba una pose perezosa e indiferente. Nada más lejos de la realidad, pues sus pupilas dilatadas y el brillo feroz que bailaba en sus ojos denotaban un deseo ardiente imposible de ocultar.

—¡Marc! —jadeó con absoluto asombro. Miró de un lado a otro buscando la forma en la que se había colado en su habitación sin que ella le abriera—. ¡¿Cómo diablos...?!

—¿... he podido entrar sin llave? —la interrumpió desplegando una enorme y traviesa sonrisa—. Muy fácil, querida —continuó señalando con la cabeza una puerta abierta entre las dos habitaciones—: Reservando habitaciones contiguas y comunicadas entre sí.

Adriana no daba crédito. La boca descolgada por completo era prueba suficiente de su perplejidad. Ni en sus sueños más alocados había contemplado la posibilidad de que fuera capaz de algo así.

—¡¿Cómo has podido?! —cuestionó encontrando por fin la voz.

Él se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho, la culpa es tuya. Si fueras una mujer con la que se puede dialogar, no tendría que llegar hasta estos extremos.

Exhaló aire tan fuerte que hizo un pequeño agujero entre la espuma.

—¡Esto es el colmo!

Pero las sorpresas no habían hecho más que comenzar cuando, sin previo aviso, vio cómo Marc se desabrochaba los botones de la camisa uno por uno. Hipnotizada, los ojos de Adriana siguieron los movimientos suaves y pausados de sus elegantes dedos, observando con mucha atención cómo cada botón nacarado se desprendía de su ojal muy despacio.

—¿Se puede saber qué puñetas estás haciendo? —planteó después de tragar saliva con gran dificultad.

—Creo que es obvio, mi amor —dijo mientras se arrancaba la camisa del interior de los pantalones—: Voy a acompañarte en tu tentador baño.

Adriana parpadeó varias veces al mismo tiempo que comenzó a boquear. Un anhelante hormigueo comenzó a ascender desde el interior de sus muslos hasta el mismo centro de su pecho, y su sexo se contrajo en un traicionero y abrasador espasmo cuando Marc dejó caer la camisa al suelo despreocupadamente y quedó

desnudo de cintura para arriba.

—¡No, ni hablar! ¡De eso nada! —protestó mientras buscaba desesperadamente una salida.

Marc sonrió con perversidad ante su patética huida, pues en el momento en el que se incorporó para salir de la bañera, volvió a hundirse enseguida, tapándose los pechos con ambas manos al darse cuenta de que estaba completamente desnuda.

Adriana suspiró con pesar, consciente de que no tenía escapatoria, pues no pensaba marcharse de allí exponiéndose a que se riera de ella todavía más. Y a pesar de que lo intentaba con todas sus fuerzas, fascinada, no podía quitarle los ojos de encima mientras él le proporcionaba ese inusitado y perturbador *striptease*.

—¡No te atrevas, Marc! —exigió mientras lo veía deshacerse de los zapatos y calcetines—. ¡Quiero que te vayas ahora mismo de aquí!

—Es curioso —señaló él, eludiendo su exigencia mientras se despojaba de los pantalones— que el único sitio donde podamos mantener una conversación crucial sobre nuestra relación sea en un baño. Primero en mi casa, ahora en este hotel...

—¡Marc! —jadeó al ver su abultado miembro tensionando la tela de sus calzoncillos.

—Vamos a tener que hablar de ello seriamente, Adriana.

Acorralada, no sabía qué hacer ni qué decir para que él no siguiera con ese absurdo juego.

—¡Te juro por lo que más quieras que como te atrevas a...! —Su amenaza quedó silenciada cuando, finalmente, se quitó la ropa interior, obsequiándole la vista con todo su esplendor.

—¿Qué vas a hacer?, ¿detenerme? —la retó mientras se acercaba a la espumosa bañera. De pronto recordó algo y se paró justo en el borde—. No habrás traído las esposas, ¿verdad?

Aturdida, ella abandonó aquellas esplendorosas vistas para mirarlo a la cara.

—¡¿Qué?! ¡No, claro que no!

—Entonces, ¡olvídalo! —finalizó él al mismo tiempo que se introducía en el agua caliente.

—Pero soy policía, ¿lo recuerdas?, y puedo denunciarte por acoso e intento

de violación.

—¡Humm...! —ronroneó, mientras intentaba sujetarle un tobillo para tirar de él—. ¿Y yo tengo que recordarte que estás de excedencia? En estos momentos eres tan civil como yo, amor. Y, para la denuncia, tienes que aportar pruebas que de momento no tienes.

—¡Marc, para! —le ordenó, al mismo tiempo que pataleaba con energía, proyectando agua fuera del *jacuzzi*, mojando el suelo—. ¡Estate quieto! ¡¡Marc!!

Finalmente éste la sujetó con fuerza, atrayéndola luego hacia él de un tirón, le dio la vuelta y la obligó a apoyar su espalda contra su fuerte pecho. Entretanto, ella se tapó los senos con ambos brazos en una absurda maniobra de ocultación bochornosa.

—¡Relájate, mi amor! —le susurró Marc al oído, apartando con suavidad un mechón rebelde y húmedo de su cara y colocándolo detrás de la oreja—. Te prometo que no te va a doler.

Adriana cerró los ojos con fuerza, incapaz de resistirse. Su cuerpo tenía voluntad propia y, a pesar de querer salir de allí como fuera, éste la traicionaba negándose a mover.

—¡Te odio! —siseó furiosa.

—Lo sé —respondió él aspirando el perfume de su cabello.

Ella contuvo el aliento cuando Marc le acarició suavemente los brazos, sintiendo al mismo tiempo su erección en la base de la espalda.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque me vuelves loco —susurró, depositando un suave beso en el hombro que después mordisqueó.

Adriana exhaló el aire trémulamente, inútil ante cualquier esfuerzo de repeler sus caricias. Y su cuerpo vibró cuando él siguió su avance por el costado hasta llegar al estómago, que se contrajo con expectación.

—¿A pesar de creer que soy una mentirosa compulsiva? —balbuceó con una nota de dolor en sus palabras—. ¿A pesar de creer que soy una puta que utiliza su cuerpo para conseguir lo que quiere? ¿A pesar de que soy la peor persona del mundo?

Marc, afligido por la pena que encerraban esas preguntas, cerró los ojos llenos de vergüenza. Dejó escapar un suspiro y la agarró del mentón con dulzura para que lo mirase directamente a los ojos.

—Lo siento, Adriana. No me alcanzará la vida para pedirte perdón por el daño que te he causado. Soy incapaz de expresar la vergüenza y el dolor que siento por lo que te dije. Créeme cuando te aseguro que no lo pensaba. Créeme cuando te digo que, desde que te conozco, no pienso con claridad. Créeme cuando te digo que daría lo que fuera por volver atrás y comenzar de nuevo.

Ella sondeó esos oscuros y penetrantes ojos buscando una pizca de falsedad en ellos y... no la encontró.

—¡Marc! —susurró tan bajito que por un momento creyó que no había salido de su garganta.

Él acarició con el pulgar la línea de su mandíbula mientras la devoraba con los ojos.

—Llevo luchando contra lo que siento por ti desde el principio... —confesó Marc, cuando encontró el valor para decirle toda la verdad. Era el momento que había estado buscando y no podía desaprovecharlo. Jamás se lo perdonaría si lo hiciese... pero mi lucha ha sido en vano. Te metiste bajo mi piel desde la primera vez que te vi vestida de vampira, mi amor. Te busqué como un loco sin obtener resultado, siendo para mí únicamente una desconocida que me tenía por completo embrujado. Después luché por no sentirme tan malditamente atraído por ti cuando creía que eras un hombre. Llegué a dudar no sólo de mi cordura, sino también de mi propia sexualidad. Pero también fue en vano. Me sentí traicionado cuando descubrí la verdad. No supe lidiar con el dolor y la ira... y dije cosas que en el fondo no sentía. Y ahora... bueno, ahora, a pesar de querer hacer lo correcto, de saber que no soy libre para ofrecerte todo el amor que siento por ti... no puedo mantenerme alejado. Lo he intentado, pero es inútil.

Adriana sonrió cuando oyó esas palabras. Su corazón pegó un bote tan grande dentro del pecho que creyó que se le iba a salir por la boca, al mismo tiempo que un gran alivio electrizante recorrió su cuerpo.

—No puedo vivir sabiendo lo mucho que me odias... —continuó él, angustiado por los remordimientos—. No cuando yo te amo tanto... Cuando lo único que deseo en esta vida es estar a tu lado, amarte como te mereces, dedicarme a ti en cuerpo y alma... Dime qué tengo que hacer para que me perdones, para que no me mires con rencor ni huyas de mí. Dime cómo puedo compensar...

Adriana no lo dejó continuar. Lo agarró del cuello para bajar su cabeza y

pegar sus labios a los de él en clara respuesta a su petición. Los dos se fundieron como uno solo, sabiendo sin ninguna duda que estaban hechos el uno para el otro, encajando a la perfección.

—¡Quiero oírlo otra vez! —le exigió, al mismo tiempo que se giraba por completo y se colocaba a horcajadas encima de él.

—¡Te amo, mi vida! —repitió Marc con el alma henchida de felicidad—. ¡Siempre has sido tú! ¡Todas y cada una de las veces eras tú!

Adriana ensanchó la sonrisa, desbordando amor por los cuatro costados. Sintió sus palabras llenas de verdad, de una verdad imposible de fingir, y eso hizo que bajara todas sus defensas para rendirse por fin a lo que sentía. Estaba loca e irremediamente enamorada de ese hombre y lo demás carecía de importancia.

—Yo también te amo —confesó con los ojos humedecidos.

Y los dos se perdonaron de corazón. Ambos sabían que habían encontrado a su alma gemela, que el destino los había unido de una forma extraña e inexplicable, pero a la vez designados por una fuerza superior.

—¡Adriana, mi amor! —balbuceó él, completamente abrumado por el amor y el inmenso alivio que amenazaba con explotar dentro de él.

Agarrándole la cara con ambas manos, Marc la acercó para devorarle la boca de forma salvaje. Era tan fuerte su anhelo por ella que todo lo demás, en esos instantes, no importaba. Sólo quería sentirla, demostrarle con palabras y caricias lo mucho que la quería, lo importante que era para él.

Gimió cuando sintió la respuesta apasionada de ella, rindiéndose a sus caricias con la misma intensidad que él. Bebió cada gota de agua depositada en su piel, lamió y besó cada porción, cada recoveco, y acarició con devoción cada centímetro de su cuerpo.

Inflamado por sus caricias, Marc ardía por Adriana como lava líquida a punto de explotar. La agarró del trasero para acercarla a su miembro henchido y ansioso por llenarla y, aprovechando que ella se arqueó al sentir su glande buscar el camino para enterrarse en su interior, atrapó con su boca unos de sus duros y erguidos pezones.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró enardecida con los ojos cerrados.

Marc dejó de chupar su pezón para observarla con atención. En esos instantes, con la piel brillante por la humedad del agua, la boca ligeramente

abierta, su rostro sonrojado por la pasión y sus ojos centelleantes por el deseo, era la mujer más hermosa que había visto jamás. Su pecho se hinchó todavía más repleto de amor y orgullo por ella, y supo sin lugar a dudas que era la mujer con la que quería pasar el resto de su vida.

Adriana abrió los ojos y sus miradas se encontraron, y le regaló una sonrisa de felicidad al ver la ternura y la pasión reflejadas en esos profundos ojos negros. Hundió su mano en el agua para acariciar su pene, y buscó la postura perfecta para guiarlo posteriormente hacia la entrada de su sexo trémulo y anhelante, arrancándole un siseo de placer.

Marc apretó los dientes con fuerza y echó la cabeza hacia atrás, aguantando las irresistibles ganas de empujar, pues quería que ella tomara las riendas. Y Adriana así lo hizo.

Se deslizó muy despacio, acogiendo y acomodando su interior al tamaño de su miembro duro y aterciopelado. Comenzó a moverse arriba y abajo, sintiéndose llena y completa con cada acometida, y se agarró a sus fuertes hombros, mirándose directamente a los ojos mientras el ritmo iba en aumento.

Sus alientos chocaban, dejando escapar jadeos entrecortados, expresando con los ojos lo que las palabras no alcanzaban. Adriana se mordió el labio con fuerza, mientras su cabalgada se hacía más intensa y rápida, y Marc aprovechó ese momento para introducir su mano en el agua y abrir los labios vaginales de ella y rozar con su dedo el botón hinchado y duro que se escondía entre los suaves pliegues de su sexo completamente depilado.

—¡Marc!! —jadeó sacudiendo la cabeza.

Él atrapó con sus dientes los labios de Adriana y susurró contra su boca.

—¡Córrete para mí, mi amor!

Ella lo miró con los ojos ardientes de lujuria y su pelvis tensionada a punto de explotar.

—¡Por Dios, esto es demasiado!

Marc empujó su trasero con una mano, haciendo más profunda la embestida, mientras con el dedo de la otra seguía masajeando su clítoris. Sabía que estaba a punto de llegar. Él mismo desconocía si podría aguantar mucho más.

Empujó elevando la cadera, arrancando gruñidos de deleite desde el bajo vientre, enterrándose una y otra vez en ella. Sentía cómo sus testículos, tirantes y extremadamente sensibles, se llenaban, al mismo tiempo que unos espasmos

recorrían su ingle hasta los riñones, tensionando su columna vertebral y amenazando con estallar.

—¡Quiero verte gozar, Adriana! ¡Quiero que grites mi nombre! ¡Quiero ser el único que te haga tocar el cielo con las manos!

—¡¡Maaarrcc!! —chilló mientras explotaba en mil pedazos.

Y él la siguió instantes después, derramándose en su interior.

Tras recuperar el aliento y completamente agotados, Marc sacó a Adriana del agua templada para secarla con ternura y llevarla a la cama. Se metieron entre las suaves y finas sábanas blancas y, después de susurrarse promesas y palabras de amor, se quedaron dormidos, abrazados y con una sonrisa de felicidad dibujada en el rostro.

Capítulo 30

Adriana abrió los ojos al ser despertada por la luz del día entrando por la ventana. Con modorra, giró la cabeza y sonrió feliz al descubrir que lo que había pasado la noche anterior no había sido fruto de un sueño. Marc se encontraba a su lado, durmiendo y con la expresión más plácida y relajada que le había visto jamás.

Observó con detalle los ángulos de su rostro, el nacimiento del pelo y un rebelde mechón que le caía encima de la ceja, las largas y espesas pestañas, su recta nariz, su firme mandíbula, sus sexis labios... grabando a fuego en su memoria esas amadas facciones.

Abandonó su semblante para seguir su inspección más abajo, admirando su fuerte pecho y cómo se le marcaban los abdominales al tener un brazo estirado debajo de la almohada. Al verlo parcialmente desnudo, pues la sábana blanca sólo le cubría hasta el nacimiento de la ingle, Adriana se lamió los labios con excitación al imaginarse una exquisita forma de despertarlo... e, inducida por la curiosidad, agarró la tela que ocultaba su objeto de deseo y la deslizó, con cuidado, hacia un lado.

Arrugó el ceño cuando tomó con una mano el pene de Marc, y se asombró de que pudiera tener un tamaño tan considerable cuando alcanzaba toda su plenitud, teniendo en cuenta que en ese momento le resultaba bastante ridículo. Decidida a terminar lo que unos días atrás había empezado, se colocó entre sus piernas abiertas y se lo llevó a la boca para saborearlo en condiciones.

Expectante, levantó la mirada para verle la cara en cuanto él abriera los ojos, pero, decepcionada, advirtió que todavía seguía durmiendo. Inexperta en esas lides como era, supo que iba por el buen camino cuando el tamaño fue

umentando considerablemente, y una sonrisa satisfecha nació en su rostro al ver que no lo hacía tan mal, a pesar de no haber conseguido espabilarlo.

Instintivamente lo introducía hasta lo más profundo de su garganta, colocándolo de tal manera que no le provocara arcadas, y después levantaba la cabeza mientras succionaba el glande, suave y aterciopelado, con irresistible lentitud. Subía y bajaba la cabeza repetidamente, alternando con lamidas por el tallo duro e inhiesto, para acabar jugueteando en la punta otra vez.

Al principio, estaba dubitativa, pendiente de si despertaba o no... pero como al final él no parecía darse cuenta de lo que le estaba haciendo, Adriana tomó confianza y empezó a acompañar los movimientos de la boca con los de la mano cada vez más rápido.

—¡Para si no quieres que me corra en tu boca! —le suplicó él, apretando con fuerza los dientes y respirando pesadamente.

Adriana alzó la mirada y le ofreció una sonrisa tan perversa que Marc retuvo el aliento, expectante.

—Pensaba que estabas durmiendo... —farfulló todavía con su miembro en la boca—, y me ha entrado hambre.

—Llevo despierto desde que has levantado la ¡sábanaaaaa...! —gimió cuando sintió nuevamente el calor abrasador de su garganta —: ¡Adriana, por Dioooooos!

Curioso, Marc había esperado a saber hasta dónde podría llegar con su juego matinal, y por ello había fingido estar dormido todo ese rato... pero su aguante resultó ser claramente limitado en lo relativo a lo que esa mujer le hacía sentir con sus enloquecedoras caricias.

—Pues tú sigue durmiendo, que yo sigo a lo mío —replicó feliz por saber que ella también podía volverlo loco y suplicante como hacía él.

Y de nuevo introdujo su pene hasta casi llegar a la campanilla.

—¡Oooh, jodeeeerrr! —siseó él alzando la cadera y echando la cabeza hacia atrás, al mismo tiempo que la presión en los testículos se le hacía insoportable.

Adriana siguió deleitándose con aquel manjar hasta que Marc ya no pudo más, se incorporó en la cama, abrió el cajón de la mesita de noche y sacó un condón, colocado allí por el hotel para el uso y disfrute de los clientes. Después de rasgar con los dientes el envoltorio, retiró el profiláctico para colocárselo impacientemente.

Adriana, impactada, abrió los ojos como platos al ser consciente de las consecuencias de sus actos.

—¡Oh, mierda! —soltó molesta con él por no haber sido más previsor. De los dos, era el que tenía más experiencia en las artes amatorias y, por tanto, su responsabilidad. Nunca había pensado en ese tipo de cosas antes, sobre todo porque jamás se le había pasado por la cabeza practicar sexo con un hombre antes de conocerlo a él—. ¿Ahora te acuerdas de tomar medidas? Lo hemos hecho varias veces y... ¿ahora decides ponerte gomita? ¿Por qué diablos no pensaste eso...?

Marc la acercó a él para acoger su rostro con ambas manos y devorar su boca con fruición, silenciándola en el proceso.

—Ya no hay vuelta atrás —replicó minutos después, mirándola con tal intensidad que Adriana a punto estuvo de entrar en combustión espontánea—. ¿Acaso te importaría quedarte embarazada de mí? Porque, si eso ocurriera, yo sería el hombre más feliz del mundo, mi amor.

Ella negó con la cabeza mientras sus ojos cristalizaban al oír esas palabras. En la vida había pensado en esa posibilidad, pero, si sucedía, no podía imaginarse esperar hijos de nadie más que no fuera del hombre que amaba con toda su alma.

Sin embargo, bajó los ojos al sentir el golpe de la dura realidad abofetearla con fuerza. El impacto de saber que podría estar embarazada le hizo ser consciente de que no todo estaba arreglado entre ellos, que todavía existían fuertes impedimentos que solucionar entre ambos, esperando como hienas a que su pequeña burbuja de felicidad explotase.

—Pero ¿qué pasa con Roser?

Marc acarició con ternura su rostro. Sabía de las dudas que la acometían, pues eran las mismas que las suyas, pero, al contrario que ella, él tenía esperanzas en que todo saldría bien.

—Roser será historia cuando nos lleguen los papeles que enviará Noa. Eso te lo prometo.

Adriana elevó la mirada, buscando el aliento que necesitaba para no derrumbarse.

—¿Y si no encuentra nada? ¿Y si...?

Marc volvió a besarla con pasión.

—Lo haré, mi amor —musitó contra su boca—, estoy seguro de que lo haré.
Y ella quiso creerlo, por lo que se rindió a sus caricias, entregándose con las mismas ansias que él.

—Te amo —susurró abrazándose a su cuello.

—Y yo a ti, mi vida —confesó él, respondiendo a ese abrazo para después depositarla suavemente en la cama.

Ardiendo por ella, Marc no podía esperar más para enterrarse en su cuerpo. El suyo propio languidecía por las arrebatadoras caricias de antes, las cuales todavía no podía arrancarse de la cabeza, poniéndose duro y anhelante cada vez que las recordaba.

Le abrió las piernas con las rodillas y se introdujo en ella con una firme embestida, arrancando de su garganta un profundo gemido al sentirse llena y plena. Se mantuvo quieto unos segundos, respirando con pesadez y aguantando las ganas de vaciarse, para no acabar antes de empezar. El calor abrasador del interior de Adriana hizo que apretara con fuerza los dientes, mientras una gota de sudor se deslizaba serpenteante por su espalda. Cuando ella contrajo su vagina, abrazándolo de forma tan íntima, sintió enloquecer.

Adriana estiró las manos para acariciar su fuerte pecho, pero Marc se las agarró para entrelazar sus dedos y apoyarlas por encima de su cabeza, al mismo tiempo que la cubría con su cuerpo. Sin despegar los ojos de los de ella, comenzó a moverse muy despacio, con empujes fuertes y profundos, hasta que el ritmo comenzó a subir de velocidad.

Marc atrapó los labios de Adriana e introdujo su lengua, siendo ésta recibida con sumo gozo. Entraba y salía de su boca acompañando cada arremetida de cadera, con una cadencia y un compás perfectos, hasta que los dos llegaron al clímax a la vez.

Felizmente exhaustos, se abrazaron hasta que el último espasmo de placer los abandonó, y sus respiraciones se aquietaron lo suficiente como para poder respirar con normalidad.

—Prométeme que siempre me despertarás así —le pidió Marc, tras dejar un suave beso en la coronilla de Adriana.

Ella elevó el rostro para mirarlo y sonreír con picardía.

—Se hará lo que se pueda, aunque todavía tengo mucho que aprender. ¿Me enseñarás?

Él lanzó una carcajada de regocijo.

—¡Por supuesto!, ¡será todo un placer! —aseguró mirándola con devoción —. Y dejaré que ensayes conmigo lo que quieras, amor.

* * *

Después de ducharse y prepararse, dejaron el hotel y se subieron en el coche para iniciar el viaje de regreso a Barcelona. El retorno fue completamente distinto a la ida, pues sus almas, rebosantes de amor, sólo dejaban espacio a la felicidad tras expulsar el rencor y la desconfianza.

Sabían que, en cuanto llegaran, las cosas, aunque de manera diferente, tendrían que seguir igual que antes de su marcha. Adriana seguiría fingiendo ser la novia de Pol, y Marc seguiría con sus planes de casamiento con Roser..., al menos hasta que toda la verdad se descubriera.

Sería duro para ambos, pero necesario si querían continuar juntos y construir una relación estable y duradera.

Nervioso, Marc observó el perfil de la mujer que amaba con todo su corazón y se preguntó por enésima vez si lo que iba a hacer en breve sería una buena idea. Un rato antes, mientras ella se duchaba, resolvió hacer una llamada muy importante, aunque no sabría decir si crucial, para que la felicidad de ambos fuera completa.

Pero en ese momento... en ese momento ya no estaba tan seguro.

Su reconciliación era demasiado reciente como para ponerla a prueba tan pronto, aun sabiendo que, si no lo hacía ya, después sería demasiado tarde.

Rezaba por no estar equivocándose de nuevo... pues, si así era, dudaba de que ella lo perdonara otra vez.

Adriana arrugó el ceño cuando, horas después, Marc aparcaba el coche en el parking del hospital psiquiátrico Mare de Déu de la Mercè.

—¿Qué hacemos aquí? —cuestionó ella empezando a olerse la encerrona.

Él ignoró su pregunta y salió del vehículo.

—Venimos a ver a alguien.

Ella, molesta, también salió y cerró la puerta de un portazo.

—No pienso entrar ahí, Marc. No puedes obligarme a hacerlo.

Él rodeó el coche para acercarse a ella y tomar su rostro entre sus manos.

—Mi amor, no le queda mucho tiempo de vida y te arrepentirás siempre de no haberte despedido de ella.

Adriana cerró los ojos con fuerza mientras negaba con la cabeza.

—No, no, no... —musitó entre dientes—, no puedo hacerlo.

Acorralada, se separó de él para poder pensar con claridad. El dolor que sentía en el pecho golpeaba con fuerza, logrando que la bilis subiera por el esófago y ardiera como si fuera fuego puro.

—Adriana —habló alguien detrás de ella.

Se dio la vuelta y se encontró con Ricky y Nines, recién llegados y parados al lado de Marc.

—¿Fuiste tú quien se lo dijo? —recriminó con enfado a su mejor amigo. Cuando éste asintió, le espetó—: ¿Cómo pudiste? Te dije que no te metieras, que no era asunto tuyo.

—Tomé la decisión cuando supe que seguirías ignorándome como has estado haciendo hasta ahora. No me dejaste otra opción, Adriana. Si no fueras tan cabezota y necia, si tan siquiera me hubieras escuchado por un momento...

Marc miró al guarda de seguridad y supo de lo que estaba hablando.

—Conozco esa manía —intervino sin pensar—. Para la próxima vez, enciérrala en un baño, seguro que podrás hacerla entrar en razón. Doy fe.

—¡¡Marc!! —le gritó Adriana fuera de sus casillas—. ¡¿Te parece que es momento de bromear?!

—*Nop*, lo siento —reconoció haciendo un puchero de arrepentimiento.

Ella se alejó unos pasos, muy molesta, y comenzó a caminar de un lado a otro.

—¡Vaya, resulta que ahora soy un monstruo! ¡Soy un ser horrible, ¿no es así?!

—No, corazón, no es así —intervino Nines—, pero reconoce que terca lo eres un rato.

Ricky, sin salir de su asombro, se acercó a Marc para susurrarle:

—¿En serio? ¿En un baño?

Éste hizo un gesto de silencio con el índice.

—¡Chist, cállate, ya te contaré más tarde!

—¡Me da igual! —continuó despotricando Adriana, ajena al cuchicheo de los dos—. No pienso ir a ver a esa mujer. Para mí lleva muerta mucho tiempo y

me da igual si ahora se está muriendo de verdad.

—Pero quiere verte.

—No me importa.

—¿Vas a negarle la última voluntad a una moribunda?

—Sí.

—Siendo tu propia madre.

Ella parpadeó varias veces y tragó saliva.

—Con más motivo —replicó cruzándose de brazos y sin bajarse del burro.

Ricky hizo un último intento.

—Tania no estaría de acuerdo, y lo sabes.

Ella entrecerró los ojos, mirándolo con una pizca de inquina y decepción.

—Por ahí no, Ricky; chantaje emocional, no.

Él bajó los ojos, avergonzado y derrotado.

—¡Suficiente! —intervino Marc cansado de tanta estupidez. Empezaba a conocerla, demasiado bien quizá, y creía saber cuál era el resorte que la haría saltar, así que decidió volver a agarrar el toro por los cuernos y, retándola con la mirada, continuó—: ¿A qué le tienes miedo exactamente? ¿A esa desgraciada mujer o al hecho de que ya no podrás seguir odiándola si la perdonas?

—No le tengo miedo a nada —respondió poniendo los brazos en jarras.

—¡Fíjate que yo creo que sí! Pienso que no sabrías qué hacer con tu vida si no te revuelcas en la compasión.

—¡Cállate! —siseó.

—Creo que te resulta mucho más fácil odiarla que enfrentarte a ella.

—¡Eso no es cierto!

—Tu vida gira tan en torno al dolor que serías incapaz de vivir de otra manera, ¿no es cierto?

Lágrimas de rabia resbalaron por sus mejillas y Marc se odió a sí mismo por empujarla hasta el límite.

—¡No quiero escucharte!

—¿Por qué? ¿Por decir la verdad que no estás dispuesta a oír?

Adriana se acercó peligrosamente a él y lo empujó con todas sus fuerzas.

—¡Te odio! —chilló llorando sin control.

—Puedes odiarme todo lo que quieras, si con eso consigo que dejes de esconderte atemorizada como una niña pequeña.

Por un instante, Nines se apiadó de ella y tuvo la intención de intervenir para detener aquella discusión, pero Ricky la detuvo.

—¡Yo no me escondo! —gritó, volviéndolo a empujar con más fuerza todavía.

—Como tampoco te escondías de mí, ¿verdad, amor? Evitándome a toda costa hasta que no te dejé más opción que escucharme.

—¡Cállate, cállate, cállate...!

—¡Por Dios, Adriana! ¡Asume el hecho de que era una pobre mujer enferma por sus adicciones con dos hijas pequeñas a su cargo!

—¡Eso no la exonera de todo lo que nos hizo!

Él la agarró por los hombros.

—¡Pues entra ahí y díselo! ¡Dile todo lo que piensas, escupe todo el odio que sientes por ella, al menos así podrás pasar página de una maldita vez!

Adriana se secó las lágrimas con rabia y se dirigió, furiosa, a la entrada del edificio, seguida muy de cerca por los tres.

Cuando llegó a recepción y preguntó por Olga Muñoz, la enviaron directamente a la primera planta, donde tendría que hablar con la enfermera psiquiátrica que se ocupaba de los enfermos mentales «sin techo».

—Buenas tardes —se dirigió a la mujer tras el mostrador de enfermería—. Me han llamado por un tema relacionado con una persona ingresada en este hospital.

—¿Nombre del paciente? —preguntó la sanitaria vestida de uniforme blanco y una chaqueta de punto azul marino por encima.

—Olga Muñoz Ayala.

—¿Usted es...?

—Su pariente vivo más cercano.

La enfermera metió los datos en el ordenador y esperó unos segundos a recibir los resultados.

—Muy bien, doña Tania. Tengo órdenes de informar inmediatamente al doctor cuando usted llegue, si es tan amable de esperar un momento...

—Yo... eh... yo no soy Tania Muñoz —explicó Adriana con reticencia.

—Ése es el nombre que me aparece como contacto.

—Lo sé. —Cuando la mujer le lanzó una mirada severa, aclaró—: Yo soy su hermana. Ella... ella... ejem... mi hermana murió hace unos meses.

—Entiendo —respondió concisa—. De todas formas, usted sigue siendo el familiar más cercano; por tanto, sigo teniendo que avisar al doctor. Espere un instante, por favor.

Adriana asintió y, alterada, comenzó a caminar de un lado a otro.

—Todo saldrá bien, mi amor.

Ella le lanzó una mirada airada que lo hizo retroceder un paso.

—¡Ya! —gruñó.

Ni Ricky ni Nines se atrevieron a decir nada. Ellos estaban allí como refuerzo y apoyo moral en caso necesario.

—¿Señorita Muñoz? —la llamó un hombre de mediana edad, dirigiéndose a ella con la mano tendida para saludarla—. Cuánto me alegro de que por fin haya podido venir. En realidad, estaba muy preocupado por que no llegara a tiempo... No sabemos exactamente cuánto le queda de vida a su madre, pero sí que es muy escaso.

—Doctor, no quiero ser maleducada con usted, pero no me interesa en absoluto nada de lo que me tenga que decir sobre esa mujer. Sólo estoy aquí porque me han obligado.

Él no se sorprendió por la rudeza de sus palabras, e hizo un gesto con la mano para que lo siguieran, después de recorrer los rostros de los tres acompañantes, que lo miraban con cara de circunstancias.

—Entiendo perfectamente los motivos que la llevan a hablar con tanta dureza —comentó con voz pausada mientras recorrían un largo pasillo con habitaciones a los lados—, pero sí creo que es mi deber informarle de los cambios producidos en el diagnóstico de su madre.

—Mi madre está diagnosticada de esquizofrenia paranoide, agravada por el consumo de alcohol y drogas. Y no creo estar muy equivocada si le digo que me explicará que se está muriendo debido a alguna enfermedad asociada a la mala vida que ha llevado hasta ahora.

El hombre la miró con un brillo de admiración en los ojos.

—Así es —admitió sorprendido por su excelente perspicacia—, está en lo cierto. Su madre se está muriendo por un cáncer de hígado derivado por su grave alcoholismo y su adicción a las drogas. Pero sí que es cierto que hemos cambiado su diagnóstico de esquizofrénica... pues en realidad no sufre tal enfermedad.

Adriana, sorprendida ante esa nueva información, se detuvo un instante.

—¿Cómo dice?

El doctor le ofreció un informe que portaba metido dentro de un sobre marrón y que ella no recogió.

—Verá... como bien sabe, su madre ha entrado y salido de hospitales psiquiátricos desde hace muchos años, siendo diagnosticada con esa grave enfermedad mental por mis colegas médicos a raíz de su comportamiento delirante, sus arranques de ira y sus claras alteraciones en la afectividad. Los avances médicos desde aquellos tiempos han sido cuantiosos y, cuando hace unos meses la volvieron a ingresar, después de recogerla de la calle, le hicimos unas pruebas un poco más exhaustivas, debido a un cambio significativo en su comportamiento.

—¡Espere un momento! —lo interrumpió sin entender nada de lo que estaba diciendo—. ¿Qué quiere decir con cambios significativos en su comportamiento?

—Déjeme seguir explicándole —le rogó—. En el último ingreso se le hizo una analítica completa, y se descubrió que algunos parámetros daban alterados, por lo que se le realizaron otras pruebas y se reveló que tenía cáncer de hígado en estadio 3. A pesar de tener muy pocas probabilidades de sobrevivir, dado el lamentable estado de sus órganos internos, como los riñones y el páncreas, se decidió administrarle quimioterapia para intentar reducir el tumor, porque no se había propagado a los ganglios linfáticos adyacentes. Tal y como supusimos, nuestros temores se hicieron realidad debido a los efectos adversos de la quimio, comenzando a fallarle el resto de órganos. Pero nuestra sorpresa fue descubrir que su madre se comportaba de forma completamente racional.

—No entiendo.

—Nosotros tampoco, por lo que le hicimos un TAC. Ahí descubrimos que durante todos estos años su madre ha convivido con un tumor benigno que le afectaba a una parte sensible del cerebro, produciendo inflamación, ejerciendo tensión sobre otras partes cerebrales e incrementando la presión intracraneal. A raíz del tratamiento, esa inflamación bajó, debido a la reducción del tamaño del tumor, con el consiguiente cambio a un comportamiento por completo normal.

Adriana lo miraba sin poder salir de su estupor, e inconscientemente buscó a Marc, quien se posicionó a su lado como un apoyo crucial, abrazándola por los

hombros.

—¡Marc! — farfulló con la mirada perdida.

—Estoy aquí, mi vida, estoy aquí.

El médico observó su reacción y decidió continuar.

—He leído el expediente completo de Olga y soy consciente del calvario por el que ha pasado su familia. Es triste saber que, si hubiera sido diagnosticada correctamente, a su madre le habrían extirpado ese tumor y podría haber llevado una vida normal. Es tarde para eso, pero no para que usted sepa que esa mujer que le destrozó la vida no era consciente de lo que hacía.

Un pesado silencio cayó como una losa, al mismo tiempo que Adriana intentaba asimilar toda esa información.

—¿Podemos verla, doctor? —preguntó Ricky.

El hombre asintió y abrió la puerta que tenía justo detrás.

—En estos momentos está muy sedada. Cuando el dolor se vuelve insoportable, subimos la dosis de morfina a los enfermos como tratamiento paliativo de la propia enfermedad. No puedo asegurarles que despierte o se mantenga lo suficientemente lúcida si lo hace.

—Descuide, lo entendemos.

—Muy bien. Si necesitan algo más, ya saben dónde encontrarme.

Dicho esto, le entregó el informe médico a Ricky y se marchó por el pasillo.

Ninguno de los tres se atrevió a decir nada. Tan impactados como Adriana, no sabían muy bien cómo reaccionar ante esa situación.

—Adri... cariño... ¿quieres verla ahora? —le preguntó su mejor amigo.

Ella tardó unos segundos en contestar, mirándolos a todos con auténtico pavor, hasta que al final asintió.

Entraron despacio en la aséptica estancia sin saber muy bien con lo que se iban a encontrar. Pero, como en cualquier habitación de hospital donde la muerte ronda buscando almas que llevarse, se encontraron con una mujer sujeta a un gotero y una bomba de morfina intravenosa; a un lado de la cama, una mesita con un teléfono y al otro, un sofá delante de un pequeño armario eran el escueto mobiliario con el que contaba la estancia.

Adriana no fue capaz de dar un paso más, tan cerca pero al mismo tiempo tan lejos de la cama donde yacía la mujer a la que había odiado toda su vida. No podía dejar de mirarla mientras sentía el mismo miedo que había tenido siendo

niña en su presencia. Los recuerdos se agolparon en su mente como impactos desgarradores de una niñez dura y triste, y la mayor culpable de sus sufrimientos y temores se encontraba inconsciente y desvalida en aquella horrible cama.

—¡Pero bueno, Olga! ¡Si han venido a verla esta tarde! —señaló alegremente una enfermera entrando en la habitación para controlar el gotero y la bomba de morfina—. Ya podrá estar contenta, mujer, que dos chicos guapos la están comiendo con los ojos.

Muy lentamente, la madre de Adriana fue abriendo los ojos, hasta encontrarse con los de su hija. Un silencio profundo inundó la habitación, haciendo que el aire se sintiera mucho más pesado y enrarecido.

—¿Adriana? —balbució la mujer débilmente.

Estiró el brazo deseando tocarla, pero lo dejó caer agotada por ese simple esfuerzo cuando vio que ella no se acercaba para agarrarla.

La enfermera los miró a todos con extrañeza y decidió salir lo antes posible de allí.

Olga se pasó la lengua por los labios reseco y después reflejó un pequeño gesto de dolor en el rostro.

—¿Quiere un poco de agua? —le ofreció Nines, apiadándose de su situación.

La enferma asintió y posteriormente le dio las gracias por el dulce gesto.

Durante ese tiempo, Adriana fue incapaz tan siquiera de moverse. Examinó con atención el rostro de la mujer que la había parido, y observó el enorme deterioro que había sufrido durante aquellos años de ausencia. Era poco más que su sombra.

Recordó la bomba que le había soltado el médico e intentó revivir algún momento bueno al lado de esa mujer... pero a su mente no llegó ninguno. Quería sentir pena, deseaba poder verla con los ojos de la compasión... pero resultaba inútil.

—Hija... —comenzó a hablar otra vez, pero muy bajito, casi en un frágil susurro. Se notaba el enorme esfuerzo que estaba haciendo, pues su respiración era agitada—. He rezado tanto... porque llegara... este momento... No quería... morirme... sin decirte... lo mucho... que... lo siento... Sé que... no tengo... derecho... a pedirte... que me... perdones... pero quería... que supieras... que... mi... intención... no... era... haceros... daño...

Lágrimas de profunda tristeza desbordaban los ojos de Adriana y corrieron

por sus mejillas sin control. No podía decir que la perdonaba, no sentía eso, pero sí que al menos la ira y el odio no eran tan intensos.

Olga cerró los ojos con profundo cansancio, pero no antes de pronunciar sus últimas palabras.

—Te... quie... ro...

En un primer momento, Adriana creyó que su madre se había quedado dormida por el agotamiento, y no fue consciente de su muerte hasta que Marc la abrazó para besarle en la coronilla con ternura y susurrarle un «lo siento».

Ella parpadeó varias veces mirándolo con desconcierto, y salió de dudas cuando se cruzó con las miradas de Nines y Ricky, los cuales la observaban con infinita compasión.

En ese instante fijó su atención de nuevo en su madre y reparó en la quietud de su pecho y en la placidez de su rostro. Ya no sufría. Había esperado con un hilo de vida a que ella llegara para poder partir en paz. Había hecho ese titánico esfuerzo para poder decirle que la quería.

Con los ojos nublados por las lágrimas, Adriana obtuvo fuerzas para acercarse a ella y, con mucho cautela, agarró su inerte mano entre las suyas.

—¡Mamá!

Incapaz de decir nada más, agachó la cabeza mientras sus hombros se estremecían por los sollozos que le desgarraban el alma.

Lloró por ella, lloró por su hermana muerta y lloró por la madre que nunca tuvo y que pudo tener.

* * *

Los tres dispusieron dejar que se despidiera y llorara la muerte de su madre, intuyendo, acertadamente, que necesitaba pasar por ese trance para cerrar por fin las heridas que la habían castigado toda su vida. Y cuando ella decidió que había llegado el momento, Marc se la llevó a su pequeño apartamento y se quedó a dormir tras su solicitud.

Abrazados en la serenidad de su habitación, Adriana no dejaba de pensar en todo lo que había sucedido en los últimos días, y elevó la cabeza para encontrarse con los ojos de Marc mirándola con infinita ternura.

—Gracias.

Él la observó con desconcierto.

—¿Por qué?

—Por obligarme a ir.

Marc sonrió y depositó un dulce beso en su frente.

—No me las des a mí, dáselas a Ricky, él fue quien me convenció para que te llevara.

Ella sonrió, agradecida por tener a su lado a unas personas tan increíbles. Era afortunada, realmente afortunada. Y lo más importante era que ya no se sentía sola y eso ocurría únicamente gracias a ellos.

—Lo haré, te lo aseguro.

Capítulo 31

Al día siguiente Marc se presentó un poco tarde en la oficina. Después de despedirse de Adriana, pasó por su casa a cambiarse de ropa y recoger el maletín de ejecutivo donde guardaba algunos documentos necesarios para trabajar.

Cuando llegó, saludó como siempre a las dos secretarias y se paró en la mesa de Nines, como cada día, para recibir los mensajes recogidos por ella antes de que él llegara.

—Don Marc, tiene una visita esperándolo en su despacho.

Él desvió la atención de los papeles que estaba revisando para mirarla sorprendido, pues no tenía ninguna cita programada para esa hora, pero, mayormente, por el extraño hecho de que lo llamara de usted. Sabía que, como secretaria, debería hacerlo, pero su relación había cambiado tanto en los últimos tiempos que le resultaba chocante... principalmente después de pasarse horas la noche anterior junto a su novio, ayudándolo a consolar a Adriana.

—¿Quién es?

—Su prometida, señor; no he tenido otra opción que dejarla pasar.

Marc se frotó la frente con crispación. Lo que menos le apetecía, en ese momento, era encontrarse con Roser.

—Está bien, Nines, no pasa nada.

Se preparó mentalmente para la retahíla de estupideces que le soltaría y, sobre todo, para actuar con absoluta normalidad en su presencia. Era extremadamente importante que ella no sospechara nada de lo que se estaba urdiendo a sus espaldas.

Cuadró los hombros y soltó un fuerte suspiro, agarró el pomo de la puerta y entró con decisión.

—Buenos días, Roser.

La rubia se encontraba al lado de la pecera dando pequeños golpecitos en el cristal para molestar a los habitantes acuáticos.

—¡Vaya, por fin apareces! —respondió al verlo entrar—. ¿Dónde has estado hasta ahora?

Marc dejó el maletín encima de la mesa y se desabrochó los botones de la chaqueta del traje.

—Me he quedado dormido y, después, he tenido que volver a casa cuando ya estaba a medio camino, pues, con las prisas, había olvidado mi maletín.

—¡Ya! —dijo ella acercándose a la mesa para sentarse a continuación. Después de cruzarse de piernas y sacar el móvil de su bolso, le preguntó—: ¿Qué tal el viaje de negocios?

—Muy aburrido y agotador —respondió agarrando el sillón por el respaldo y tomando asiento él también—. Pero si has venido aquí sólo para preguntarme por el viaje, te informo de que tengo muchas cosas que hacer.

Roser lo miró con rudeza. Una mirada que jamás le había visto antes.

—¿Como, por ejemplo, acostarte con la puta de tu hermano?

Marc no respondió. Impasible, evaluó su rostro con extrema atención para saber a qué se enfrentaba exactamente.

—¿Te ha comido la lengua el gato, querido? —planteó esbozando una sonrisa cruel—. Es la primera vez que te dejo sin palabras, ¿no es cierto?

La frialdad de su comportamiento le heló la sangre.

—¿No sé de qué demonios me hablas?

Roser activó la pantalla de su móvil y después lo dejó sobre la mesa.

—Ya me he hartado de que me tomes por tonta, Marc —Le dio un leve empujón con los dedos al teléfono para acercárselo—. A partir de ahora se hará lo que yo diga o te hundiré la vida, tanto a ti como a esa zorra.

Él cogió el teléfono en sus manos y comenzó a pasar las fotos que les habían tomado a escondidas. En ellas aparecían él y Adriana, saliendo del hotel vestidos de gala; los dos juntos en su coche, suponía que de regreso a Barcelona; entrando posteriormente en el hospital psiquiátrico, y, por último, esa mañana a primera hora, saliendo del apartamento de ella.

—¿Has contratado a alguien para vigilarme?

—No. He contratado a alguien para vigilarla a ella.

—¿Por qué?

—Para saber qué tenía esa mujer que te obsesionaba tanto. Me di cuenta de que era la misma tras la que saliste corriendo en la fiesta de tu casa, y debía averiguar todo lo que pudiera sobre ella.

Él le devolvió el teléfono y se echó hacia atrás en su asiento.

—Escúchame, Roser, desconozco lo que ha estado imaginando tu desequilibrada mente, pero esas imágenes no demuestran nada.

Ella amplió más la sonrisa ladina y Marc supo, instintivamente, que nada bueno ocurriría.

—¡Ay, querido!, sigues infravalorándome y no deberías hacerlo. Para mí demuestran que me has estado mintiendo...

—Te dije que no esperaras que te fuera fiel —la interrumpió—. Creo que te lo dejé bien claro.

—Pero yo no te dije que lo fuera a aceptar.

Marc sopesó todas las opciones y decidió que podría seguirle el juego durante unos días, pues, en cuanto recibiera los papeles de Noa, podría mandarla al infierno de una maldita vez.

—¿Qué quieres, Roser?

—Quiero que esa mujer salga de nuestras vidas por completo de una vez por todas. Quiero que no vuelva a pisar jamás esta empresa, y que tú no la vuelvas a ver, por supuesto. Vuestra relación tiene que acabar en este mismo instante y quiero que lo hagas en mi presencia.

—¿O qué?

—O llamaré a su verdadero jefe y le diré lo que ha estado haciendo a sus espaldas.

El rostro de Marc demudó por completo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó tras tragar saliva con dificultad.

—¡Oh, querido!, siento ser yo quien te lo diga, pero esa zorra te ha estado engañando durante todo este tiempo. No es más que la hija de una puta borracha que se ha hecho pasar por modelo para entrar en la agencia. En realidad, ella es policía. Y su hermana, que por cierto estuvo saliendo con Pol durante un tiempo, murió hace casi un año. Quizá creyó, equivocadamente, que si su hermana no pudo trincar a tu hermano en su momento para sacarla del hoyo, ella sí podría hacerlo y llevarse el premio gordo. Y a ti te ha tenido de suplente, por si las

moscas. Pero lo más curioso es que entró a trabajar aquí bajo identidades inexistentes: tanto como Ana Muñoz, con DNI y número de la Seguridad Social falsos, cómo haciéndose pasar por Adrián Ayala, tu antiguo chófer. Lo que todavía no he descubierto es por qué.

Él se levantó, incapaz de estar quieto un segundo más, y pensó en lo cerca que estaba de descubrir la verdad. Presionó con los dedos las cuencas de los ojos, tras acercarse al ventanal y maldecirse por ser tan incauto. Debería haber previsto que eso podía suceder. Esa estúpida mujer no había unido aún todas las piezas, pero estaba muy cerca de hacerlo y mandarlo todo al diablo.

—¡Estás loca!

—Sé que es duro enterarte de una traición así —respondió con una voz inquietantemente fría—, y lo sé mejor que nadie... pero lo que te estoy diciendo es verdad. He estado pensando seriamente en hablar con su jefe, el comisario principal, pero he decidido que, si realmente sientes algo por ella, lo utilizaré a mi favor para que hagas lo que yo te ordene, con lo que evitarás, a toda costa, que su carrera se vea afectada. ¿Estoy en lo cierto, querido? —preguntó acercándose a él por la espalda.

Marc no respondió.

Lo estaba poniendo en una tesitura extremadamente comprometida. Tenía dos opciones y ninguna era buena. La primera, mandarla al infierno y destruir la carrera de la mujer que amaba, y la segunda, renegar de la mujer que amaba para salvar su carrera.

—Déjame hablar primero con ella.

La respuesta de Roser fue tajante.

—¡No!

Él la miró con odio, un odio tan hondo que jamás creyó poder sentir por nadie.

—Detéstame todo lo que quieras, pero no soy tan estúpida como para dejarnos hablar a solas. Ten esto muy claro, Marc; si me entero de que me engañas con ella, llamaré a su superior para delatarla. Y si decides dejarme a mí, llamaré a su superior de igual manera y acabaré con su patética carrera de policía para siempre. Sin contar con que haré todo lo posible para que acabe en la cárcel. Y no sólo eso, sino que, además, ejerceré la presión adecuada para que mi padre tome la presidencia de Montellà & Fills Publicitat, dejándoos a ti y a tu hermano

en la puñetera calle.

«¡Maldita zorra!»

Lo tenía contra las cuerdas y lo sabía. Hiciera lo que hiciese, estaba jodido.

Lo que le ocurriera a él ya no le importaba, pero su hermano y Adriana eran otro cantar. Eran las personas más importantes de su vida y, por ellos, haría lo que fuera necesario.

Sopesó las dos opciones y, aunque consideró que la primera era la menos dañina, sabía con certeza que, con el tiempo, Adriana acabaría odiándolo. Ser policía era su razón de ser, y más en la unidad en la que trabajaba y por la que había luchado tanto. Y si era tan egoísta como para sacrificar algo que amaba con tanta pasión, en el futuro eso pasaría factura a su relación, siendo, por otro lado, lo más lógico. Sin obviar, además, la real probabilidad de que acabara con sus huesos en la cárcel. Había cometido demasiados delitos al infiltrarse en la empresa a espaldas de la ley como para despreciar una posibilidad tan viable.

El hecho de perder la empresa para él sería lo de menos; además, estaba seguro de que eso no ocurriría, pues no dudaba de que tarde o temprano recibiría la información necesaria para mandar a Roser y a su padre a prisión. Porque si de algo estaba cada vez más convencido era de que su prometida estaba tan metida en todo ese sucio asunto como el que más. Acababa de quitarse la careta al actuar de forma tan calculadora y ya no la creía inocente e ingenua respecto a los tejemanejes de su padre. Sin embargo, con sólo imaginar el dolor que le infligiría a Adriana, por el egoísmo desmedido de esa maldita zorra, le producía arcadas.

¿Y si después de todo no lo perdonaba? ¿Y si no podía volver a recuperar su confianza nunca más? Ya la había decepcionado demasiadas veces y quizá no soportaría otro desengaño más. ¿Y si existía la mínima posibilidad de poder perder la agencia? ¿Se lo perdonaría Pol? ¿Y si ella acababa encarcelada? ¿Podría él vivir con ello si ocurriera lo peor?

Marc se mesó el pelo con rabiosa frustración mientras valoraba todas esas preguntas.

—No tengo todo el día, Marc —le exigió Roser, posando la mano con suavidad en su brazo—; llámala ahora y acaba con todo esto.

Él se apartó bruscamente. Su mero contacto le producía un asco tan profundo que era incapaz de simularlo.

Roser se dio cuenta y apretó los dientes.

—¡Está bien, tú lo has querido!

Y enseñándole la pantalla de su móvil, advirtió cómo marcaba un número de teléfono.

—Buenos días, quisiera hablar con el comisario a cargo de la Unidad Central de Atención a la Familia y la Mu...

No pudo continuar hablando, pues Marc le arrancó el aparato de las manos con rabia, lanzándolo con fuerza para estamparlo contra la pared. Roser contuvo el aliento por la demostración de violencia y cerró la boca cuando él se acercó a ella con una furia inusitada. Por un momento creyó que la iba a matar cuando él, fuera de sí, la agarró por el cuello para escupir entre dientes:

—Te juro por lo más sagrado que no descansaré hasta acabar contigo y con tu familia. Te haré sufrir tanto que terminarás pidiéndome perdón de rodillas. Esto jamás te lo perdonaré, Roser... ¡lo prometo!

La empujó con desprecio y se acercó al interfono para llamar a su secretaria. Cerró los ojos con fuerza cuando ésta contestó y después soltó un largo y profundo suspiro de pesar.

—Nines... —tragó saliva con esfuerzo, buscando el valor necesario para hacer la petición—... localiza a Adriana y dile que venga a verme... ahora.

—Sí, señor.

* * *

Cuando Adriana entró en el despacho, con quien menos esperaba encontrarse era con la prometida de Marc. Y en cuanto vio el rostro de él supo, sin lugar a dudas, que algo no iba bien.

—¿Ocurre algo? —preguntó indecisa.

—Por favor, siéntate —le ordenó él.

Y ella así lo hizo.

Marc se encontraba detrás del sillón, apretando ambas manos con fuerza en el respaldo de cuero.

—Te he hecho venir para pedirte que recojas todas tus cosas y te vayas de aquí.

Adriana giró la cabeza y observó una sonrisa de maldad dibujada en el rostro

de Roser.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes —le indicó él—. Mi prometida lo sabe todo. Sabe quién eres, quién fue tu hermana y nuestra relación a espaldas de mi hermano.

—Marc, no es necesario que te sacrifiques por mí. No me importa si se lo dice a mi superior.

—No me estoy sacrificando por ti Adriana, estoy eligiendo qué es lo que más me conviene.

Ella se levantó de su asiento y lo miró directamente a los ojos.

—Sé que ella te está chantajeando. De alguna manera está usando esa información para salirse con la suya. Por favor, no se lo permitas.

Pero él le devolvió una mirada fría como el acero.

—Ya te lo he dicho, ni me estoy sacrificando por ti, ni me está chantajeando para conseguir lo que quiere. Soy un hombre de negocios, Adriana, y como hombre de negocios tengo que saber qué es lo que más me conviene.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que lo nuestro estuvo bien mientras duró, pero no voy a dejarlo todo por ti. Has sido una distracción muy agradable durante estos días, pero me he dado cuenta de que no me convienes. Tengo una reputación que guardar, querida, y todas mis amistades me darían la espalda si supieran que estoy con una mujer cuya madre ha sido una prostituta drogadicta y sin techo, que dejaba que otros hombres abusaran de sus hijas.

Adriana lo miró con estupor, incrédula ante sus crueles palabras.

—No puedes estar hablando en serio.

Marc apretó los dedos con fuerza. Ver el dolor y la decepción en los ojos de ella lo estaban matando, pero tenía que asestar la estocada mortal si realmente quería que Roser se tragara su actuación.

—Siento si te he hecho creer que podríamos tener juntos un futuro, pero, en realidad, me he dado cuenta de que somos como el agua y el aceite. Venimos de dos mundos completamente distintos, procedentes de escalas sociales muy distintas, y no voy a sacrificar todo por lo que ha luchado mi familia, echar por tierra mi futuro y el de mi hermano, destruir el imperio creado por mi padre por una simple y llana atracción física. Soy un hombre con necesidades, Adriana, y aproveché las oportunidades que me ofreciste. Reconozco que eres una mujer

muy hermosa, pero de mujeres hermosas estoy rodeado todo el día y no por ello caigo rendido a sus pies.

Ella se levantó de su asiento con dignidad y elevó el mentón con orgullo. Su corazón se estaba rompiendo en mil pedazos, pero no iba a darles el gusto de demostrarles el enorme daño que le estaban haciendo.

—¿Son tus últimas palabras?

Marc apretó con fuerza los dientes. Debía mantenerse firme, el desprecio con el que lo miraba no podía hacerle desfallecer. Tenía que recordarse que lo estaba haciendo por ella... por ellos... por poder, algún día, tener un futuro uno al lado del otro.

—Fue bonito mientras duró, pero, si lo pienso fríamente, lo que más me atraía de ti era el misterio que encerrabas y el desafío que conllevaba el poder conquistarte. Ahora que esos dos retos ya están resueltos, has perdido todo interés para mí, así que quiero que recojas tus cosas y desaparezcas de mi vida para siempre.

—Te lo advierto, Marc: si me voy por esa puerta no habrá vuelta atrás.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, él se mantuvo frío e impasible, a pesar de estar agonizando por dentro. Entretanto, Adriana buscaba cualquier prueba en su rostro que le indicara que estaba actuando, que sus palabras no eran ciertas... pero no la encontró. Elevó la mirada al techo para aguantar las ganas irremediables de llorar, y después inspiró aire con fuerza en un último intento de no derrumbarse allí mismo.

—¿Marc? —habló, dándole la oportunidad de no terminar de esa manera, al mismo tiempo que su mentón comenzaba a temblar, pero él no contestó.

—Por favor, querida, ten un poco de dignidad y no sigas arrastrándote como una cualquiera —intervino Roser, temerosa de que él se echara atrás.

Adriana se mordió la lengua para no contestarle, tenía más clase que esa zorra para ponerse a su nivel. A continuación, asintió con la cabeza y, después de observar cómo Roser sonreía con arrogancia, dijo:

—Tranquila, entiendo las cosas a la primera. Y os prometo que no me volveréis a ver jamás.

Y dicho esto, se marchó de allí sin mirar atrás.

* * *

Devastada por completo y sin saber qué hacer, Adriana buscó un lugar donde encontrar refugio inmediato, y sus pies la llevaron a la sala de descanso sin ser realmente consciente de lo que hacía. Supo que había cometido un grave error cuando, al entrar, se encontró con Nines y Azucena tomando un café.

—Adriana, ¿qué te ocurre? —preguntó su amiga al verle la cara desencajada.

Ella enseguida se dio la vuelta y rápidamente se secó los ojos con el dorso de las manos.

—Na-nada, estoy bi-bien.

La secretaria se acercó a ella y la sujetó por los hombros para girarla y mirarla con ternura.

—Cariño, soy yo, y te conozco lo suficiente como para saber que no es cierto.

—Simplemente no me encuentro bien. Ha sido un error venir aquí, prefiero marcharme a casa.

—Ven, siéntate —le sugirió.

Ella aceptó porque en realidad no sabía qué hacer. Aturdida, todavía intentaba encontrar alguna lógica a lo que había sucedido en el despacho de Marc.

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó Azucena con tono preocupado.

Adriana no respondió, pero sus ojos se llenaron de lágrimas nuevamente.

—¡Ay, Señor! —suspiró la mujer al verla en un estado tan lamentable—. Cuando aprenderemos las mujeres a no enamorarnos del hombre equivocado.

—¿Por qué no te callas? —le pidió Nines, molesta—. No creo que ese comentario tan desafortunado le sirva de mucho ahora, ¿no crees?

—Lo siento, sólo quería darle apoyo moral. Los hombres como mi jefe son unos calaveras incorregibles, y entiendo que si está enamorada lo esté pasando fatal. Si me hubiera preguntado, le habría aconsejado que se alejara de él lo máximo posible.

Nines, molesta, bufó por su poco tacto.

—La vida no se compone únicamente de hombres, Azucena. Adriana acaba de perder a su madre recientemente y, si tú también preguntaras antes de hablar, mejor te iría.

—¡Oh, vaya! ¡Lo siento mucho! —habló arrepentida por sacar ideas

apresuradas.

—No-no, no pasa na-nada —respondió apoyando los codos en la mesa y sujetándose la cabeza con ambas manos—. No estoy así ni por ella ni por Pol.

—¿Entonces? —cuestionó Nines, preocupada, aunque estaba comenzando a sospechar quién era la causa de su estado.

—No lo sé —mintió, pues no podía decirle delante de la otra mujer la verdad de lo que le ocurría—. Últimamente no hago más que llorar.

Las dos secretarias intercambiaron una mirada de alarma.

—No estarás embarazada, ¿verdad?

Adriana cerró los ojos y se acarició la barriga suavemente. Recordó la conversación que había mantenido con Marc unas horas antes y sonrió con profunda tristeza. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Tendría que haber sospechado en ese mismo instante que él realmente no iba en serio. Un hombre en sus cabales no se pondría tan contento por ser padre con una mujer a la que prácticamente no conocía. Era cierto que se sentía atraído por ella, no era tonta y eso resultaba más que evidente, pero de ahí a tener una relación había un abismo.

Había jugado con ella como lo habría hecho con cualquier otra. No era feliz con la mujer con la que estaba comprometido y había buscado consuelo en los brazos de la primera que pasaba por allí. Tal y como había reconocido, simplemente había sido un reto para olvidarse de sus propios problemas. Y si, además, conseguía la ayuda necesaria para acabar con la obligación de casarse con Roser, pues mejor que mejor.

Y ella había caído como una imbécil. Se lo había puesto en bandeja, ofreciéndose y demostrándole que era arcilla en sus manos, incapaz de resistirse a sus encantos.

—No lo sé... No lo creo —admitió sin ninguna convicción.

Nines, conmovida, se sentó a su lado para cogerle con ternura las manos, mientras Azucena se levantaba de su asiento para traerle un poco de agua.

—Bebe un poco, criatura, te sentará bien.

Adriana, agradecida, aceptó el vaso que le ofrecían y bebió de buena gana, pues en realidad sentía un regusto amargo en la boca que deseaba borrar lo antes posible, y por ello no se dio cuenta del brillo de espanto que surgió en el rostro de Nines en ese instante, al acudir a su mente un recuerdo que había permanecido oculto hasta ese momento.

* * *

Habían pasado cuarenta y ocho horas desde que Adriana, alegando un fuerte dolor de cabeza, había abandonado la empresa para no volver jamás. Durante todo ese tiempo, tanto su móvil como el timbre de su apartamento no habían hecho más que sonar.

Decidida a aislarse del mundo para purgar su dolor en soledad, apagó su teléfono móvil e ignoró por completo las súplicas de sus amigos para que le abriera la puerta. Quería dejar de sentir, deseaba que el dolor desapareciera de una maldita vez, hundirse en el olvido y anestesiar su devastado corazón. Sabía que, si dejaba entrar a Nines, Pol y Ricky, su presencia no haría más que recordarle a Marc, y eso abriría, nuevamente, las heridas que todavía supuraban.

Con lo que ella no contaba era con la cabezonería de esos tres, que, tras abrir la puerta de su apartamento con la llave de reserva que tenía guardada en caso de emergencia su mejor amigo, se plantaron en su presencia, sin vergüenza alguna por allanar su casa sin su explícito consentimiento.

—¡Quiero que os vayáis de mi casa ahora mismo! —exigió con firmeza, pero, cuando reparó en que ninguno tenía intención de irse de allí hasta hablar con ella, decidió esconderse debajo de la ropa de cama—. ¡Por el amor de Dios, ¿qué tengo que hacer para que me dejéis en paz?!

Los tres se fijaron en la marea de pañuelos de papel desperdigados por toda la habitación y en el lamentable aspecto que presentaba.

—¿Has comido algo? —preguntó la secretaria, sentándose a su lado en la cama.

—¡Déjame en paz! —rezongó ella todavía debajo de las mantas.

—Venga, no te comportes como una niña. Todos estamos preocupados por ti. Furiosa, se quitó de encima la ropa de cama para gritar.

—¡Me comportaré como me dé la gana, ¿entendido?! ¡Creo que perder a una hermana, a una madre y que me hayan roto el corazón en mil pedazos me da todo el derecho a comportarme como me salga del higo! ¡Y si no te gusta... puerta!

—Tienes todo el derecho a estar dolida —intervino Pol—, pero te aseguro que...

—¡No! ¡No quiero saber nada, ¿me oyes?! —bramó mientras agarraba un pañuelo limpio y se limpiaba la nariz con él—. ¡No quiero saber nada! ¡Sólo quiero que me dejéis sola!, ¡que os vayáis de una puñetera vez! ¡¿Es tanto pedir?! —Tras decir eso, hizo una pelota con el pañuelo usado y lo arrojó a sus pies, a la vez que lo retaba con ira—. ¡¿Tengo que llamar a la policía para que os echen de mi casa?!

—Adriana, lo que tenemos que decirte es importante —intercedió Ricky.

—¡No me importa!

—Compórtate de forma razonable por un momen...

—¡Fuera!!

Pol se cruzó de brazos y la miró con dureza.

—Sabemos quién mató a Tania —sentenció de forma brusca.

Estupefacta, Adriana lo miró creyendo que había oído mal o que estaba de broma. Parpadeó varias veces, incapaz de reaccionar.

—Pero tranquila, no te molestaremos más. Veo que estás demasiado ocupada contigo misma revolcándote en la autocompasión. Sólo queríamos que lo supieras.

Y girando sobre sí mismo, se encaminó hacia la salida.

—¡Espera!

Cuando él se detuvo y vio la decepción en su rostro, a ella se le encogió el corazón.

—¿Qui-quién es?

—¿De verdad te importa?

—¿Y tú me lo preguntas?

—Sí, Adriana, te lo pregunto porque en estas lamentables condiciones no nos puedes ser de gran ayuda. Lo sabrás cuando lo hayamos pillado; mientras tanto, tú sigue lloriqueando por las esquinas como una niña y apartando de tu lado a la gente a la que de verdad le importas.

—¡Por favor, Pol, no me hagas esto! ¡No me dejes fuera! —le rogó.

Él simuló estar pensándolo seriamente y se tomó su tiempo en contestar.

—Solamente cuando te levantes de ahí, te des una ducha, comas algo decente y te comportes como una personal racional, ¿entendido?

Ella asintió.

Capítulo 32

Cuando Adriana supo quién era la persona de la que sospechaban, y los motivos que apoyaban esa teoría, no podía dar crédito, pero tuvo los días siguientes para hacerse a la idea y asimilarlo con calma..., días que fueron especialmente duros para ella, sobre todo cuando acudió al velatorio y entierro de su madre, sin la presencia del hombre del cual todavía estaba enamorada.

Con todo, después de llegar tan lejos para descubrir a la persona que le había arrebatado la vida a Tania, no iba a dejarse vencer por el dolor provocado por el rechazo de Marc, así que tomó la decisión de apretar los dientes y volverse a poner la careta de «todo está bien» que tanto tiempo llevaba conviviendo con ella.

Decidieron quedar todas las noches en su casa para ultimar los detalles de la operación, involucrando, por supuesto, a su compañera en la policía. Necesitaban el máximo apoyo del que pudieran disponer y, en cuanto Ainara supo lo que estaban tramando y de las pruebas que disponían, decidió hablar con su jefe para poder dirigir la operación.

La excusa era perfecta y, sobre todo, creíble, algo verdaderamente importante para que el sospechoso no desconfiara y pensara que estaba cayendo en una trampa. Todos los años se celebraba, en la mansión familiar, una fiesta de disfraces en honor a los socios y empleados de la agencia; era una idea originaria del padre de Marc y de Pol, para incentivar y agradecer a sus empleados el trabajo realizado durante el año. Se trataba de la misma fiesta a la que Adriana había acudido la vez anterior en compañía de su hermana y, a pesar de que ese año, en principio, no se iba a celebrar por respeto a la muerte del socio fundador y su mujer, en el último momento se anunció que se haría igualmente, haciendo

correr el rumor de que se efectuaría, además, un importante anuncio que tenía a todo el mundo en ascuas.

—¿Estás bien? —le preguntó Pol al verla inquieta.

Adriana, vestida con un sexy y ajustado disfraz de Catwoman, lo miró extrañada.

—Sí, Pol, lo tengo todo controlado —mintió, mientras buscaba por enésima vez la presencia de Marc en la sala—. Recuerda que soy policía, sé defenderme y tengo una pistola oculta dentro de mis botas.

Él observó las altas botas de cuero que le llegaban hasta las rodillas, y que ocultaban, eficazmente, el arma dentro de ellas.

—Sé que esa parte la tienes controlada, aunque yo no las tenga todas conmigo —admitió con un gesto de preocupación—. No me hace ni puñetera gracia que tú tengas que ser el cebo.

Adriana lo miró con ternura.

—Tranquilo, sé lo que me hago.

—Pueden salir mal muchas cosas.

—Lo sé, pero para eso os tengo a vosotros. Sé que me cubriréis las espaldas perfectamente.

Él asintió, intentando empaparse de la seguridad que ella transmitía, y a los pocos segundos sonrió divertido, al ver cómo seguía buscando, impaciente, la presencia de su hermano por toda la casa.

—Intenta disimular un poco mejor, mujer —le aconsejó con los ojos brillantes de picardía—, o todo el mundo se dará cuenta de que estás deseosa de encontrar a mi hermano entre la multitud.

Ella dejó lo que estaba haciendo para mirarlo con los ojos encendidos y lanzarle una mirada asesina.

—No sé de qué me hablas.

—Cuñis, no mientas.

A pesar de que era cierto lo que él insinuaba, jamás le confesaría lo nerviosa que estaba por verlo otra vez.

—No empieces, Pol.

Éste, cansado de su cabezonería, resopló con fuerza al mismo tiempo que se colocaba correctamente la capa de su disfraz de Batman.

—Si me escucharas un momento, sabrías que lo que hizo...

—¡Arrggg! —exclamó ella poniendo los ojos en blanco—. ¿Qué parte de «no quiero saber nada» no te entra en la cabeza?

—Pero...

—¡No, escúchame tú! —lo interrumpió de nuevo, poniéndose tremendamente seria—. Tu hermano me rompió el corazón en pedazos dos veces, no habrá una tercera vez, ¿entendido?

Él no habló más, dejando escapar un suspiro de derrota.

—¿No estaréis discutiendo? —preguntó Ricky acercándose a ellos disfrazado de *sheriff* del salvaje Oeste.

—Por supuesto que no —simuló para que no se preocupara—. ¿Dónde está Nines?

—En su puesto.

Adriana revisó la sala hasta que la vio junto a Lesly, las dos listas y preparadas para entrar en acción en el momento oportuno, pues la recepcionista también estaba al tanto de todo.

—Bien, ahora sigamos el plan, idos. Y, por favor, estad muy atentos a todo lo que suceda.

—De acuerdo.

Estuvo sola tan sólo un minuto, hasta que se acercaron Lesly, vestida de dama medieval, y Nines, disfrazada de chica de *saloon* del Oeste.

—Acaba de llegar —le advirtió la recepcionista, agarrando con muchos nervios su pequeño crucifijo.

Ella fingió una amplia sonrisa llena de seguridad.

—Tranquilas, todo va a salir bien.

Mientras simulaban estar pasándolo divinamente, hablando de cosas intrascendentales entre ellas, se acercaron Ricard Roca y su mujer.

—¡Hola! ¿Habéis visto a Marc?

—Buenas noches, don Ricard —saludó Nines educadamente—. Siento decirle que aún no, pero no creo que tarde mucho en aparecer.

—¿Y tú, Azucena? ¿Has visto a tu jefe? —preguntó el contable a la mujer que acababa de unirse a ellos.

—Creo que se acaba de ir —respondió con un movimiento de cabeza hacia la dirección por la que se habían marchado—, ¿no es así, chicas?

—Sí —corroboró Adriana—, iba un momento al baño.

—Bien, gracias —respondió él y, agarrando a su esposa, se marcharon para saludar a otras personas.

—¡Qué mal me cae! —susurró Lesly en confianza—. ¡Y la mujer, ni te cuento!

—Es bastante estirada, sí —confirmó Azucena, y dirigiéndose a Adriana, le preguntó—: ¿Qué tal estás? El otro día me dejaste preocupada.

Ella esbozó una tensa sonrisa al observar a la secretaria disfrazada de ángel y con dos coquetas alas de plumas blancas colgadas a su espalda.

—Estoy bien, gracias.

—Toma, te he traído algo de beber —comentó ofreciéndole una copa—, pero no te preocupes, no tiene alcohol. —Y satisfecha por la ocurrencia, le guiñó un ojo.

—Gracias —respondió, incómoda, cogiendo la bebida—, pero te agradecería que no comentaras nada sobre lo que hablamos el otro día.

La secretaria sonrió abiertamente.

—Tranquila, soy una tumba. —Dirigiéndose a las demás, preguntó—: Yo me voy a pillar otra, ¿alguien quiere algo más, un cóctel, una copa de champán...?

Tanto Nines como Lesly negaron con la cabeza, así que, encogiéndose de hombros, se encaminó en busca de una barra con *barman*. Durante unos instantes, las tres se quedaron en silencio hasta verla desaparecer, pero enseguida fueron interrumpidas por una airada voz de mujer que les habló a sus espaldas.

—Creí haber dejado bastante claro el otro día que no quería volver a verte nunca más.

Adriana se giró para enfrentarse a Roser, la cual, disfrazada elegantemente de dama victoriana, la miraba con un odio desmedido. Además, encontrarse con la penetrante mirada de Marc, que la observaba con admiración de arriba abajo, la impactó más de lo que ella quería.

Por un breve momento se sintió desfallecer, pues estaba muy apuesto vestido con el mismo disfraz de mosquetero con el que lo había conocido, pero enseguida recuperó el aplomo cuando recordó el motivo por el cual estaba allí.

—Siento tu decepción, pero veo difícil poder cumplir con tu requerimiento, ya que muy pronto vamos a ser cuñadas.

Roser, asombrada, abrió los ojos ante esa noticia.

—¿Estás de broma?

—¿Acaso me estoy riendo?

Furiosa, la mujer se giró hacia su prometido.

—¿No le contaste a tu hermano quién era esta furcia?

Los ojos de Marc la miraron con un brillo mortal.

—Contén tu vocabulario, Roser. No actúes como una barriobajera, ¿quieres?

—¡Actuaré como me dé la gana! —masculló entre dientes—. Y a esta perra la quiero fuera de aquí, ¡ya!

—Siempre has presumido de una clase que no tienes, querida —le espetó resignado—. Mi hermano tiene el mismo derecho que yo a invitar a quien quiera. Es su casa tanto como la mía.

—¡Me importa una mierda! —estalló fuera de sí—. ¡No la soporto!

Marc se acercó a ella lanzando puñales por los ojos.

—Te pido que no montes un escándalo. Pol es libre de estar con la mujer que le plazca sin tener que pedirle a nadie permiso para hacerlo.

Conteniendo a duras penas la ira que le brotaba por los poros de su piel, Roser reparó en que todo el mundo la estaba observando, al mismo tiempo que cuchicheaban, divertidos por el espectáculo. Rabiosa por no salirse con la suya, entrecerró los ojos calibrando las opciones que tenía y hasta dónde estaba dispuesta a llegar, y apretó los puños con fuerza, procurando calmarse y no quedar más en evidencia. Pero no iba a permitir que se rieran en su propia cara, no después de haber luchado tanto por ese hombre. Marc era suyo y ninguna puta con aires de grandeza se lo iba a quitar.

Despacio, se acercó a Adriana, quien enseguida se puso alerta para repeler cualquier agresión de su parte, pero lo único que Roser hizo fue quitarle la copa de la mano y bebérsela de un solo trago.

—¡Te odio, zorra! —le escupió las palabras con saña—. ¡Y si no se lo dice él, lo haré yo!

Y después de devolverle la copa vacía, se marchó decidida a encontrar a Pol y contarle la verdad acerca de quién era su novia.

Atónitas ante lo que acababa de suceder, las tres mujeres intercambiaron una mirada alarmantemente preocupada, hasta que al final Adriana se dirigió a Marc.

—¡Debes ir tras ella!

* * *

Media hora más tarde, Adriana se encontraba en uno de los baños de la casa, apoyada con ambas manos en la encimera del lavamanos y la cara cenicienta. Aturdida, intentaba mantenerse en pie y no caer redonda al suelo.

—Querida, ¿te encuentras bien? —preguntó Azucena con preocupación al entrar en el baño y verla en ese estado—. Me acaban de preguntar por ti Nines y Lesly.

—S-sí, estoy bi-bien, no te preocup-pes.

—Te estaban buscando.

Ella se tambaleó al alzar la cabeza para mirarla.

—Dame u-un momento...

La secretaria la agarró en el último instante, antes de que cayera desmayada.

—¿Qué te pasa? —le preguntó mientras la sentaba con cuidado en una silla.

Adriana se llevó una mano temblorosa a la frente.

—N-no lo s-sé. Me encu-uentro rara.

Azucena la tomó de la barbilla y observó sus pupilas, que estaban dilatadas.

—Creo que será mejor que te lleve a casa.

—Nooo, s-sólo dame un s-segund-do... Me pondré b-bien.

—No hay discusión, no estás en condiciones.

—P-pero...

—Ni peros ni nada, en este estado no puedes seguir aquí.

—¿Y Pol?

—No te preocupes, cariño, de Pol ya me encargo yo.

Dicho esto, agarrándola con firmeza, la ayudó a salir de la fiesta para coger un taxi y dirigirse a su apartamento.

Veinte minutos después, ayudada por el taxista, consiguieron meter a una prácticamente inconsciente Adriana en el ascensor y subir a su piso. Con dificultad, debido a su lamentable estado, lograron entrar en su apartamento para dejarla suavemente en el sofá. Azucena agradeció al hombre la ayuda con una generosa propina y, posteriormente, cerró la puerta tras de sí. Se acercó a ella y, tras quitarle el antifaz, le dio unas palmaditas en el rostro para cerciorarse de que todavía estaba consciente. Con todo, lo único que consiguió fueron unos ininteligibles gruñidos por su parte.

—Humm... grrr... —farfulló Adriana, manoteando al aire.

—Ay, querida, ¿por qué tuviste que meterte en medio?

La secretaria se acercó a su bolso y sacó de su interior unos guantes de látex y, después de colocárselos, se deshizo de las molestas alas de ángel y retiró una jeringuilla preparada con una mezcla letal de barbitúricos y heroína.

—Es una pena que tengamos que llegar hasta este punto —comentó tranquilamente, al mismo tiempo que le subía la manga de cuero de su disfraz hasta más arriba del codo—, pero no voy a dejar que ninguna perra se quede con el hombre que amo.

Le ató fuertemente un torniquete de goma en el brazo para resaltar la vena en la que iba a inyectar el cóctel de drogas mortal.

—Pol es mío, ¿entiendes?, sólo mío y de nadie más. Te aseguro que algún día sabrá que existo y, cuando llegue ese momento, habrán valido la pena todos los sacrificios que he hecho por él.

Retiró el capuchón de la jeringuilla con los dientes y, mientras buscaba la vena palpando con los dedos, de pronto se encontró con el cañón de un arma apuntándole directamente en la sien.

—¿Cómo matar a mujeres inocentes? —siseó entre dientes Adriana.

Azucena, embargada por la confusión y el pánico, abrió los ojos desmesuradamente como muestra de asombro por su engaño tan verosímil.

—¡¿Cómo...?!

—¿... no estoy inconsciente? —acabó la frase.

La mujer, que todavía sujetaba con fuerza la jeringuilla, asintió desconcertada.

—Porque jamás llegué a tomarme la copa que me diste —respondió mientras se incorporaba despacio de su asiento—. En estos momentos hay otra mujer en un hospital a la que le están haciendo un lavado de estómago.

—¡No es posible!

Adriana arqueó una ceja con ironía.

—Cometiste un grave error, Azucena. Debiste asegurarte de que me lo tomaba antes de irte.

—Tenías las pupilas dilatadas.

—Es lo que tienen unas buenas lentillas de colores, su pupila es falsa.

La mujer inclinó la cabeza hacia un lado y la miró con los ojos vacíos de sentimientos.

—¿Quién eres?

—La hermana de una mujer adorable a la que mataste sin compasión.

La secretaria le enseñó los dientes en una sonrisa despiadada.

—¿Eres la hermana de esa puta?

Adriana le quitó el seguro a su arma.

—Se llamaba Tania, y cuidado con las palabras que utilizas para referirte a ella o te meto un tiro entre ceja y ceja.

—¡Está bien! ¡Cálmate! —le pidió con la esperanza de tranquilizarla.

—Si estoy muy calmada, sobre todo ahora que sé que vas a pasar el resto de tu vida en la cárcel.

Azucena hizo un gesto escéptico. Todavía no había dicho la última palabra sobre ese asunto y, para ser sincera, antes muerta que en la cárcel rodeada de toda la basura social que acababa con sus huesos allí. Sin embargo, antes quería saber cómo había llegado a la conclusión de que ella había sido quien había matado a esa zorra, sobre todo porque creía haber dejado bien atado todos los cabos sueltos cuando se encargó de ella.

—¿Cuándo lo supiste?

—En realidad, hace bien poco —admitió—. Y reconozco que hiciste un buen trabajo ocultando tu rastro... pero, por más inteligentes que os creáis los psicópatas como tú, siempre cometéis un error, sólo hay que estar en el momento justo y el lugar indicado para descubriros.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál fue mi error?

—Tu mayor error fue Nines.

Azucena se echó a reír.

—¿Esa estúpida mujer?

—Esa «estúpida mujer» te aseguro que es mucho más inteligente de lo que tú crees. Lleva años observándote desde su mesa, y siempre intuyó que sentías algo más por tu jefe, pero que intentabas ocultarlo a toda costa.

—Eso no demuestra nada.

—Así es. No obstante, es un indicio más que señala tu culpabilidad. Sólo tuvo que sumar dos más dos para llegar a esa conclusión, sobre todo cuando cometiste la torpeza de darme el vaso de agua en la sala de descanso.

—No entiendo —afirmó con desconcierto—. Sólo fui amable contigo.

—Tan amable como lo fuiste con mi propia hermana el día que la mataste —

respondió Adriana fríamente, intentando con todas sus fuerzas no sucumbir a la rabia que recorría su cuerpo en esos instantes—. Nines te vio ofrecerle una copa esa noche. No cayó en la cuenta hasta ese instante, pues no le dio mayor importancia a un hecho tan simple, pero después recordó... Y tu cara de espanto, que no conseguiste ocultar cuando creíste que estaba embarazada de Pol, le confirmó sus sospechas. Ése fue tu segundo error.

Azucena esbozó una sonrisa llena de maldad. En su perturbada mente todavía creía que lo tenía todo a su favor.

—Sigue sin demostrar nada, querida. Nadie me vio administrarle las drogas o irme de allí con ella.

—En eso te equivocas. —Y un brillo de satisfacción centelleó en sus ojos al ver la estupefacción en el rostro de la secretaria—. Lesly te vio con mi hermana minutos antes de desaparecer de la fiesta.

La malévola sonrisa de Azucena se ensanchó todavía más tras recuperarse.

—Sigues sin tener nada en mi contra —reveló muy ufana, mientras se acercaba a Adriana con cautela—. Repasa bien la declaración de tu querido Pol: en ella admite que fue él quien acompañó a tu hermana a casa y, por tanto, el último en verla con vida.

—En eso te vuelves a equivocar. Recuerda que hay huellas tuyas en la copa que me has dado esta noche... una copa llena de ansiolíticos, sin duda para conseguir manejarme con mayor facilidad, al igual que hiciste con Tania. Estoy segura de que, después de que Pol se fuera del piso de mi hermana, tú subiste a rematar la faena. Has caído nuevamente en el error de fingir, prácticamente, la misma muerte accidental. Eso demostrará que lo que digo es cierto.

—Simples pruebas circunstanciales a las que ningún juez en su sano juicio dará crédito.

—¡Detente! —le advirtió ella, tras acercarse un paso más.

—No hay nada que me relacione con el asesinato de esa zorra, y lo que esas dos patéticas imbéciles han dicho ver son débiles indicios que desmontaré en el acto con sólo decir que me tienen envidia y se lo han inventado todo.

—¡No des un paso más! —le advirtió de nuevo, apuntándola directo al corazón.

—Y en cuanto a ti —escupió con aversión —, nadie te creerá. Fingiré que me has secuestrado contra mi voluntad, que has intentado poner pruebas en mi

contra porque estás tan loca como la puta de tu madre.

—¡Cállate!

—Porque es la misma puta drogadicta a la que iba a visitar tu hermana al psiquiátrico, ¿no es así?

Las manos de Adriana temblaban por la ira.

—¡He dicho que te calles!

—¡Te mataré igual que la maté a ella!

Y lo que ocurrió a continuación sucedió demasiado deprisa. Azucena agarró un cojín del sofá, que le tiró directamente a la cara a Adriana, cogiéndola por sorpresa, y ésta, por instinto, apretó el gatillo, pegando un tiro que atravesó el interior del relleno, desparramándolo por doquier. La secretaria aprovechó ese momento de confusión para quitarle el arma y echarse encima de ella, intentando, con ahínco, clavarle la aguja. Pero Adriana, rápida en reflejos, desvió el golpe agarrando con fuerza el brazo de la mujer.

—¡Noooo! —gritó la voz agónica de un hombre que salió del interior del dormitorio—. ¡Por favor, Azucena, no lo hagas!

Tras él, aparecieron Ainara y dos policías más, armados hasta los dientes y apuntándola directamente con sus armas reglamentarias.

—¡Tú! —exclamó asombrada—. ¡¿Qué haces aquí?!

Pol intentó acercarse, pero Ainara lo detuvo.

—Lo sé todo, Azucena; por favor, no sigas con esta locura.

Ella lo miraba sin dar crédito, todavía con el brazo alzado en posición de ataque, y sólo repelida por las manos de Adriana, que la sujetaban con fuerza.

—Lo he hecho todo por ti, mi amor.

Él cerró los ojos, indeciso sobre cómo reaccionar para no agravar la situación.

—Lo sé —dijo al fin.

—Sólo quería que me vieras... Protegerte de estas malas putas que no te convienen... Que supieras que yo haría cualquier cosa por ti.

Pol tragó saliva.

—Ahora lo entiendo, Azucena, y te veo. Veo el amor que sientes por mí y te estoy agradecido por ello... pero ya no es necesario que sigas.

—¿De verdad? —preguntó con los ojos llenos de esperanza.

—Sí, de verdad. He estado ciego durante mucho tiempo, pero ahora sé lo que

sientes por mí. Ninguna mujer me ha demostrado tanto amor como lo has hecho tú.

—¡Ooh, mi vida!

—Pero suelta esa jeringuilla, por favor —rogó desesperado—. No hagas daño a nadie más.

Azucena miró la mano que agarraba el arma mortal y después centró su atención de nuevo en él. No obstante, un gesto de alarma en el rostro de Pol le hizo sospechar que no estaba siendo sincero.

—¿Me amas tanto como la amas a ella?

—Te amo más —mintió, pero el terror en su mirada lo delataba y fue patente en la desquiciada mente de la secretaria.

—¡Mientes!

Él negó con la cabeza.

—Por favor, suelta la jeringuilla y entrégate.

Ella centró todo su odio en Adriana.

—Jamás te quedarás con él, antes te mato —siseó fuera de sí.

—Inténtalo si quieres.

—¡Eres una maldita zorra! ¡¿No entiendo cómo puede estar enamorado de ti?! ¡No lo mereces! ¡Yo sí!

—Pol nunca me ha amado, porque nunca hemos estado juntos —le espetó ella con desprecio—. Todo fue un engaño para que cayeras en la trampa.

Azucena la miró con estupor.

—Entonces... ¿no estás embarazada de él?

—No.

—Todo esto ha sido para nada.

—Todo esto ha servido para atraparte —respondió con regocijo—. Mi casa está llena de cámaras ocultas y micrófonos que lo han grabado todo. No tienes escapatoria, Azucena, y pasarás el resto de tu vida pudriéndote en una cárcel.

Cuando la secretaria fue consciente de lo que sus palabras implicaban, un grito de rabia y odio desmedido salió de lo más profundo de su alma, dándole la fuerza necesaria para intentar clavarle la aguja hipodérmica hasta el fondo.

—¡¡Aarrggg...!! ¡Putaaaaaaa!

Un disparo sonó en el aire y la bala le alcanzó en un hombro, derribándola al suelo.

El arma de la compañera de Adriana todavía humeaba cuando Pol, muerto de miedo, corrió hasta donde estaba ella para cerciorarse de que se encontraba sana y salva. Entretanto, los dos policías y la propia Ainara reducían limpiamente y de forma experta a la secretaria, tirada en el suelo con el rostro descompuesto por el dolor y agarrándose el hombro teñido de sangre.

—¿Estás bien?! ¿Te ha hecho daño?!

Adriana se aferró a él con fuerza.

—¡Sí, estoy bien! —respondió aliviada de que aquella pesadilla hubiera acabado—. Ahora estoy bien.

Los dos se separaron un instante para mirarse a los ojos y sonreír, inmensamente felices por saber que, al fin, habían atrapado a la asesina de Tania.

Capítulo 33

Marc, intranquilo, se paseaba de un lado a otro de la habitación de hospital, esperando que Roser se despertara de la sedación después del lavado de estómago. Hacía rato que había amanecido, la ansiedad por saber lo que había ocurrido lo estaba matando y llevar tantas horas a la espera de que abriera los ojos lo estaba volviendo loco. Mientras tanto, muy cerca de él, un preocupadísimo Jaume Castellblanch observaba con inquietud a su hija postrada en la cama.

Soltó un suspiro de frustración y se mesó el pelo con impaciencia, hasta que unos suaves golpes sonaron en la puerta y, tras ella, asomó la cabeza de una enfermera que le hizo una señal para que saliera fuera.

Con celeridad, abandonó la habitación y, cuando vio a su hermano Pol vestido de calle en el pasillo, escoltado por una mujer y un policía uniformado, se abalanzó hacia él para abrazarlo con fuerza.

—¿Estás bien? —le preguntó, separándose unos centímetros y examinándolo con detenimiento para ver si tenía algún rasguño.

—Sí, hermano, todo ha salido según lo previsto.

Agarrando su rostro con ambas manos y clavando su intensa mirada en él, continuó.

—¿Y ella? —interrogó con tono angustiado—. ¿Cómo está Adriana?

Pol sonrió con alegría desbordante.

—Está bien, te lo aseguro.

Marc dejó escapar un profundo suspiro de alivio. Mantenerse alejado de ella había sido lo más duro que había hecho en toda su vida, pero no le había quedado más remedio si quería seguir manteniendo aquella maldita farsa con su

prometida. No obstante, si habían conseguido atrapar a Azucena, logrando con ello que Adriana pudiera alcanzar su venganza y al mismo tiempo la paz consigo misma, su sufrimiento había valido la pena.

Sonrió ampliamente con entusiasmo. Volvió a abrazarse a su hermano, palmeándole la espalda y celebrando su victoria, hasta que un tímido carraspeo llamó su atención.

—Perdón por la interrupción —intervino Ainara—, pero todavía queda algo muy importante por hacer.

—Sí, por supuesto —corroboró Pol, y procedió a hacer las presentaciones—. Marc, te presento a la inspectora Irazabal, compañera de Adriana.

—Encantado de conocerla —la saludó estrechándole la mano.

—Igualmente —respondió ella. Tras el saludo, le enseñó una carpeta negra que llevaba bajo el brazo—. Su hermano me ha facilitado la documentación necesaria para la detención del señor Jaume Castellblanch y su hija y, después de sacar de la cama al juez, he conseguido las órdenes pertinentes para realizar el arresto.

Marc se giró hacia su hermano con una expresión de absoluta emoción. Incrédulo, por haber alcanzado al fin su sueño de deshacerse de esa nefasta familia, no sabía si reír o llorar.

—¿En serio?

Pol asintió.

—Ha llegado a primera hora de esta mañana —respondió feliz—. Noa ha cumplido con su promesa, Marc. Lo ha hecho, hermano, lo ha hecho.

Exultante, Marc abrazó de nuevo a Pol y después agarró a Ainara por el rostro y le plantó un sonoro beso en la mejilla.

—Ejem... —carraspeó ésta, incómoda, al mismo tiempo que se recolocaba la ropa con meticulosidad.

—Lo siento —se disculpó él ruborizándose un poco—. Me he venido un poco arriba, no era mi intención molestarla.

—No pasa nada, entiendo perfectamente su alegría, pero en estos momentos estoy de servicio y debo cumplir con un deber para nada agradable. Comprenda que mi postura requiere ser lo más imparcial y profesional posible según las circunstancias.

—Tiene usted razón, inspectora; discúlpeme de nuevo.

Ella sonrió, demostrándole con ese gesto que también se alegraba por él.

—Deduzco que el señor Castellblanch se encuentra dentro de esa habitación con su hija.

Marc asintió.

—Así es.

—Muy bien, pues procedamos, por favor.

Dicho esto, los cuatro entraron en la estancia, justo en el momento en el que Roser abría los ojos.

—¡Marc! —lo llamó cuando lo vio entrar.

Él no contestó, se limitó a mirarla con una expresión impertérrita en el rostro.

—¡Hija mía! —exclamó su padre, acercándose a ella evidentemente aliviado—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo?

—Siento el estómago revuelto —respondió Roser con una mueca de malestar—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy en el hospital?

Ainara se acercó a la cama y se dirigió a ella con formalidad.

—¿Son ustedes el señor Jaime Castellblanch y Roser Castellblanch?

—Sí, ¿por qué? —cuestionó el padre, desconcertado—. ¿Quién es usted?

—Soy la inspectora Ainara Irazabal y siento comunicarle que su hija fue envenenada de forma accidental anoche. La bebida que usted ingirió en la fiesta fue manipulada, añadiendo una elevada dosis de ansiolíticos que iban dirigidos a otra persona.

Roser, atónita, se llevó la mano a la boca.

—¿Envenenada?

—Sí, cariño, después te lo cuento todo con calma —comentó su padre, agarrándole la mano con ternura.

—No sería por culpa de esa zorra, ¿no? —cuestionó mirando alternativamente a Marc y a Pol. Luego, fijando la atención en este último, escupió con rabia—: Si me queda alguna secuela por culpa de la puta de tu novia, la demandaré hasta dejarla en la calle. ¡Qué diablos! Igualmente la voy a demandar por daños y perjuicios. Haré que se arrepienta de haberte conocido.

—Cálmate, cariño —intervino Jaime al verla tan alterada—. No es bueno para tu salud; tienes que cuidarte. Además, supongo que habrán detenido a la persona culpable de este delito, ¿no es así?

Ainara asintió.

—Así es, señor. La señorita Azucena Blanca está en estos momentos en un calabozo, esperando ser puesta a disposición judicial.

A pesar de esa información, Roser no atendía a razones. Advirtió la sonrisa de sorna en el rostro de Pol y la impasibilidad en su novio, y eso la sacó de quicio.

—¡Cállate, papá! —Y dirigiéndose a su futuro cuñado, estalló—. ¡¿Y tú de qué te ríes, estúpido?!

Él abrió la boca con la intención de contestarle, pero Marc le impidió que lo hiciera.

—Disfruta del espectáculo, hermano. Observa cómo cava su propia tumba —susurró éste por lo bajo.

Ainara se cansó de la mala educación de esa mujer egoísta y prepotente, y se dirigió a ella con voz autoritaria para llamarla al orden.

—Señorita Castellblanch, le ruego encarecidamente que haga el favor de mantener las formas, al menos, delante de mí —le exigió con un tono extremadamente serio.

Un tono que a cualquier otra persona con dos dedos de frente le hubiera bastado para comprender que la autoridad allí era ella, y que no era conveniente llevarle la contraria o disponerla en su contra... pero Roser carecía de esa agudeza mental. Acostumbrada a salirse siempre con la suya y a que nadie le chistara, la miró con tal desprecio y destilando tanto veneno que Ainara abrió los ojos por la sorpresa.

—¿Quién te crees que eres para hablarme a mí así? Tú a mí no me vienes a dar órdenes, ¿entendido? —siseó con rabia—. No tienes ni idea de quién soy yo, pero con sólo chasquear los dedos puedo acabar con tu patética carrera de policía de pacotilla en el acto.

Ainara arqueó elegantemente una ceja, único gesto de asombro ante el despotismo que exudaba esa mujer.

—¿Cómo ha dicho?

—¡Deje a mi hija en paz! —intervino Jaume rápidamente.

—Pues le recomiendo que la haga callar o la obligue a controlar esa lengua viperina en mi presencia.

Al igual que su hija, Jaume se creía por encima del bien y del mal, habituado

a que los demás le rindiesen pleitesía sólo por ser un poderoso hombre de negocios.

—Le exijo que abandone esta habitación inmediatamente. Si tiene algo que comunicarnos, hágalo a través de nuestro abogado. O, mejor aún, yo mismo me pondré en contacto con su superior para informar de este atropello.

Ainara, atónita, parpadeó varias veces. La desfachatez de esos dos individuos no tenía límites.

—¡Suficiente! —manifestó con gesto frío y calculador, y, abriendo la carpeta negra, sacó dos papeles de su interior que procedió a entregarles a cada uno—. Viendo que aquí, la señorita, se encuentra lo suficientemente bien como para insultar y desobedecer a la autoridad presente, le informo de que tanto usted, don Jaume Castellblanch, como su hija, Roser Castellblanch, quedan inmediatamente detenidos.

Padre e hija la miraron impactados.

—¿De qué demonios está hablando?

Ainara hizo un gesto con la cabeza a su compañero uniformado.

—Éstas son sus órdenes de arresto, firmadas hoy mismo por el juez Navarro —añadió impasible.

El desprecio de Roser se transformó en alarma.

—¿Papá?!

—¿Esto es una broma?! ¡¿Acaso se ha vuelto loca?! —cuestionó Jaume cuando el policía procedió a esposarle las manos tras la espalda.

—Don Jaume Castellblanch, queda usted detenido e imputado por estafa, falsificación de documentos, evasión de capitales y espionaje industrial.

—¡¡Papá!!

Forcejeando, el hombre se oponía a la detención, lo que provocó que el policía fuera más brusco de lo debido.

—¡Esto es un error! —exclamó comenzando a entender que aquello no era ninguna broma.

—Eso se lo tendrás que explicar al juez —señaló Marc cuando pasó por delante de él.

—¡Cabrón hijo de puta!

Esa vez le tocó a Pol detener a su hermano para que no respondiera al insulto con violencia, pero no pudo evitar que expresara su rabia.

—¡Ojalá estuviera mi padre aquí para ver cómo te pudres en la cárcel!
¡Maldito bastardo!

Y mientras el policía se lo llevaba fuera de la habitación, camino de la comisaría, le fue informando de sus derechos.

—Señor Jaume Castellblanch, tiene usted derecho a guardar silencio no declarando si no quiere; a no contestar alguna o algunas de las preguntas que le formulen, o manifestar que sólo declarará ante el juez. Tiene derecho a no declarar contra sí mismo y a no confesarse culpable. Tiene derecho a designar un abogado y a solicitar su presencia para que asista a las diligencias policiales y judiciales de declaración, e intervenga en todo reconocimiento de identidad de que sea objeto. Si usted no designa abogado, se procederá a la designación de oficio. Y, por último, tiene derecho a entrevistarse confidencialmente con su abogado y también a que se informe al familiar o persona que desee del hecho de la detención y el lugar de custodia en el que se halle en cada momento. ¿Ha entendido sus derechos?

Roser, con los ojos anegados en lágrimas, miraba aquella esperpéntica escena sin salir de su estupor. Y abrió los ojos como platos cuando Ainara le cogió la mano izquierda y la esposó a la cama del hospital.

—¿Qué está haciendo?!

—Roser Castellblanch, queda usted detenida e imputada por chantaje, extorsión, coacción y espionaje industrial.

—¿Está loca?!

Ainara le entregó la orden de detención expedida por el juez que antes no había querido coger.

—Procederemos a trasladarla a los calabozos policiales cuando el hospital decida darle el alta médica.

—¡¡No, no, no, no...!!

—Tiene usted derecho a guardar silencio no declarando si no quiere; a no contestar alguna o algunas de las preguntas que le formulen, o manifestar que sólo declarará ante el juez. Tiene derecho a no declarar contra sí misma...

—¡Maldita hija de puta! —estalló fuera de sí—. ¡No tienes ninguna prueba contra mí! ¡Te arrepentirás de lo que estás haciendo! ¡Te voy a hundir, ¿lo entiendes?! ¡Te voy a hundir!

Impasible, Ainara le dedicó una sonrisa de suficiencia al acabar de leerle los

derechos.

—Añadiremos, a los cargos que ya tenemos contra usted, amenazas e insultos contra un agente de la ley en cumplimiento de su deber. Y le informo, señorita Castellblanch, que tenemos una confesión firmada bajo juramento del señor Ricard Roca, en la que ha explicado con pelos y señales, tras una corta negociación, eso sí, su participación y la de su padre para quedarse con la empresa Montellà & Fills Publicitat. Además de confesarnos que ustedes dos mantuvieron una breve pero intensa relación sexual, la cual usó para chantajearlo posteriormente y amenazarlo con contárselo todo a su mujer; con el fin de que robara los proyectos que la agencia de su prometido gestionaba con sus clientes, para poder negociar con ellos y ofrecerles unas mejores condiciones tras firmar contrato con la compañía perteneciente a su padre. Puedo asegurarle que, con todas esas pruebas que disponemos contra usted, pasará una larga y encantadora temporada entre rejas, en una de nuestras mejores y más acogedoras cárceles del país.

Muda por el asombro, Roser se encontró con la brillante y amplia sonrisa de felicidad y satisfacción que ambos hermanos tenían dibujadas en su rostro. Exultante por el resultado, Marc se acercó a ella, decidido:

—No tenía ni idea de la clase de monstruo que eras, pero te advertí de que me las pagarías Roser, una a una. Y te aseguro que no tienes ni idea de lo feliz que me hace saber que pagarás por todo lo que has hecho. Espero que, en los años que te esperan en la cárcel, tengas tiempo suficiente para pensar en todo el daño que has causado.

Y dicho esto, los dos se dispusieron a marcharse, dejándola sola y asustada por las consecuencias de sus actos, pero, antes de salir de la habitación, Marc apuntilló:

—Por supuesto, comprenderás que, debido a las nuevas circunstancias que te has buscado tú solita, nuestro compromiso de matrimonio queda por completo anulado. Adiós, Roser, espero no volver a verte nunca más.

* * *

Había pasado un día desde la detención de Azucena y, en ese instante, Ricky se encontraba sentado en el sofá de Adriana con la cabeza de ella apoyada

encima de las piernas, mientras le acariciaba el cabello con ternura.

—¿En qué piensas?

Ella soltó un suspiro y giró la cabeza hacia un lado para mirarlo.

—En Tania.

Ricky sonrió.

—Esté donde esté, estoy completamente seguro de que estará muy orgullosa de ti.

—Gracias —respondió sonriendo ella también, aunque su sonrisa fuera melancólica.

El guarda la miró con afecto.

—Puedes decírmelo si quieres.

—¿El qué?

—El acertado y más que merecido... «te lo dije»

La sonrisa de Adriana se ensanchó todavía más.

—No quería ser impertinente. Además, digo yo que no hace falta, ¿no?

—Hacer no sé si hace falta, pero para mí es necesario pedirte perdón por no haberte creído. Ahora entiendo que tenías razón y que la muerte de tu hermana necesitaba que se hiciera justicia. Fui un estúpido por haberte puesto más difíciles las cosas.

La mirada de Adriana desprendía mucho amor cuando le dijo:

—No fuiste estúpido, sólo estabas preocupado por mí y eso te lo agradezco en el alma. Eres el hermano que nunca he tenido, el único que ha velado y cuidado de mí durante todos estos años. Jamás podré agradecerte todo lo que me has dado.

Él le acarició con delicadeza el rostro.

—Te quiero muchísimo, Adri, lo sabes, ¿verdad? Haría cualquier cosa por ti.

Ella tragó el nudo de emoción que se le formó en la garganta.

—Lo sé. Y yo te quiero con locura, Ricky, y daría mi vida por ti si fuera necesario.

Los dos se abrazaron, embargados por el inmenso cariño que se profesaban, y mantuvieron silencio durante unos segundos.

—¿Eres feliz ahora?

Adriana se acurrucó mejor y se tapó el cuerpo con una suave manta mientras ocultaba la tristeza de su mirada.

—No puedo decir que soy feliz, pero sí que al menos he encontrado cierta paz.

Su amigo la observó durante unos instantes, indeciso acerca de si hacer o no la pregunta que le quemaba en la lengua.

—¿Has hablado con él?

Ella negó con la cabeza, sabiendo perfectamente a quién se refería.

—He hablado con Pol y Ainara, y por lo visto han conseguido meter a Roser y a su padre en la cárcel.

Ricky suspiró con gran alivio.

—Es difícil para mí admitirlo, pero en el fondo estoy seguro de que Marc es un buen tipo.

Adriana no hizo comentario alguno y se limitó a encogerse de hombros.

—Y creo, además, que ambos hubierais sido muy felices —apostilló.

—Ya es demasiado tarde para saberlo.

—¿Por qué? Todavía podéis solucionar lo vuestro.

Ella dejó escapar otro lánguido suspiro.

—Marc tomó su propia decisión cuando me echó de su vida. Y dejó muy claro que no quería tenerme en ella.

—Quizá lo hizo forzado por la situación.

Adriana negó con la cabeza al mismo tiempo que una lágrima solitaria resbalaba por su rostro.

—No viste su mirada, Ricky; era fría y exenta de cualquier muestra de emoción o arrepentimiento... No, él tenía muy claro que no iba sacrificar su vida por estar con una persona tan insignificante como yo.

El guarda acarició su rostro con compasión.

—Tú no eres insignificante, cariño.

—Para ti quizá no, pero para alguien acostumbrado a codearse con gente tan importante, y que se mueve en un estrato social tan distinto al nuestro... —Se limpió la lágrima con el dorso de la mano—. Sí, Ricky, para ellos soy menos que nada.

—Pues yo no lo veo así —declaró con firmeza—. Y cada vez estoy más convencido de que tu hermana murió para que tú pudieras ser feliz.

—¡Por Dios, Ricky, no digas eso!

—¿Por qué? ¿Acaso no es cierto? Si Tania no hubiera muerto, jamás habrías

entrado a trabajar en la agencia y tampoco habrías conocido a Marc. Tú te sacrificaste por ella cuando eras niña, la protegiste, Adri, y tu hermana te ha devuelto el favor logrando que encontraras la felicidad junto al único hombre que podría hacerte feliz. El único del cual te has enamorado. Eso es amor. AMOR en letras mayúsculas.

De pronto, para gran alivio de ella, el sonido del timbre interrumpió la conversación. Tras abrir la puerta, irrumpieron Pol, Lesly y Nines.

—¡Hola, cuñis! —saludó Pol entrando por la puerta como un huracán.

—¿Qué hacéis aquí?

—Aquí, el jefe, que se ha empeñado en invitarnos a cenar para celebrar que todo ha salido bien —respondió Nines antes de acercarse a su novio para saludarlo con un beso.

—Pues yo tengo que salir ahora mismo a trabajar en el Survive.

—No te preocupes, podemos pasarnos después a tomar algo —sugirió Lesly—. A ver si encuentro un *papasote* que me dé una alegría al cuerpo.

Adriana, que todavía seguía vestida con el pijama desde esa mañana, protestó:

—¡Ay, en serio, no me apetece nada salir ahora! ¿Por qué no pedimos unas pizzas?

—¿Unas pizzas?! —exclamó Pol escandalizado—. De eso nada, muñeca. Ahora mismo te pones tus mejores galas y nos vamos a uno de los restaurantes más caros de la ciudad. Ya está reservado e invito yo. Esto hay que celebrarlo por todo lo alto, con cava incluido.

—¡Ayyy, noooo, Pooool! —protestó haciendo pucheros, pero él no admitió excusas.

—¡Venga, cuñis, no te hagas la remolona! —la presionó llevándola hasta su dormitorio—. Que hoy tenemos... ¡fiestaaaaaa!

* * *

Tres horas más tarde, Adriana se encontraba en el Survive, sentada tranquilamente en una mesa cerca del escenario, tomándose un Sunrise. La velada prometía ser entretenida, pues Ricky les había comentado que esa noche tenían la actuación de una nueva compañera, la cual, por desgracia, estaba muy

verde.

A pesar de sus reticencias, en ese momento debía admitir que había sido una buena idea salir a tomar algo. Pol era un hombre increíble, la hacía reír y olvidar sus problemas y, arropada por él y sus amigas, reconocía que le venía bien distraerse un poco y descargar tensiones después de los últimos días.

Desde que llegaron al local habían actuado, de forma magistral como siempre, Lola la Loba y Luna Llena, y Adriana disfrutó de cada actuación cantando a voz en cuello como la que más. De pronto, todas las luces se apagaron y un único foco iluminó el centro del escenario; su mejor amigo, al cual adoraba sobre todas las cosas, apareció desde un lateral vestido de Rita la Conejita Divertida.

—*Hellooooo!!* —saludó a través de un micrófono dominando el escenario—. ¿Cómo lo estamos pasando?

El público allí congregado coreó un «bieeeen» a todo pulmón.

—¡Estupeeeendo! Ya sabéis que el lema del Survive es disfrutad como si no hubiera un mañana. ¡¿Estáis disfrutando?!—

—¡¡Siiiiiiiiii!!—gritó el público, entregado.

Subido a sus plataformas, Ricky se movía sobre el escenario como un pez bajo el agua. Era su medio natural y se notaba que lo saboreaba al máximo.

—¡Perfecto! —respondió con un guiño—. Esta noche tenemos a alguien muy particular con nosotros. Nuestra invitada quería debutar en este escenario porque es muy especial para ella. Y yo estoy segura, pese a su nula experiencia, que lo va a hacer de cine. —Miró hacia un lado del escenario y extendió el brazo a modo de presentación—. No seáis muy malos con ella y... ¡vamos a darle la bienvenida a... Bárbara Metepatas!

Un pesado y expectante silencio cayó sobre el local cuando, durante unos segundos, no apareció nadie, hasta que un revuelo tras bambalinas hizo surgir la figura tambaleante de una *drag queen* a todas luces empujada a la fuerza sobre el escenario.

—Esto tengo que grabarlo con el móvil para la posteridad —comentó Pol.

Bárbara Metepatas a punto estuvo de caer de bruces, pero, con unos excelentes reflejos, Ricky consiguió, en el último segundo, evitar que se rompiera los piños contra el suelo. Aturdida, la *drag queen* no sabía muy bien dónde meterse, pero no tuvo mucho tiempo para pensarlo, pues enseguida un

tema de Gloria Trevi, versionando la canción *Perdóname* de Camilo Sesto, comenzó a sonar.

Durante la canción, el artista novel fue acercándose a la mesa de Adriana con varias tentativas, frustradas in extremis, de caerse de bruces desde sus altas plataformas. Horrorizada y apenada al mismo tiempo, Adriana estaba segura de que sus tobillos no iban a durar mucho antes de que alguno se hiciera un esguince importante. Y durante ese tiempo, pillándola por completo desprevenida, fue dándose cuenta de que la canción iba dirigida a ella... hasta que finalmente cayó en la cuenta.

—¡Oh, Dios mío!! —farfulló llevándose las manos a la cara, muerta de la vergüenza.

* * *

Adriana nunca, jamás, creyó que Marc de Montellà Bau fuera capaz de disfrazarse de *drag queen* para pedirle, a su manera, muy especial y particular, perdón. Oculto tras una larga y morena peluca, un maquillaje exagerado que destacaba magníficamente sus rasgos más delicados y femeninos, un vestido de lentejuelas color rojo ajustado a su cuerpo, un escote pronunciado y realzado con una buena delantera de mentira y subido a unas enormes plataformas con un tacón que daba vértigo... era increíble que hubiera podido reconocerlo.

Impactada por todo aquello, Adriana no podía dar crédito a lo que sus ojos veían. Pero, saber que lo que Marc estaba haciendo en esos momentos era lo más ridículo pero a la vez lo más romántico que nadie había hecho por ella en toda su vida, derretía su corazón.

Marc, ayudado por Ricky mientras su hermano lo grababa todo partiéndose de la risa, consiguió ponerse de rodillas delante de Adriana, al mismo tiempo que seguía pidiendo perdón cantando en *playback*. Y ella, que no sabía si reír o llorar, lo miraba embelesada, admirando su valor.

—¡Estás loco! —susurró cuando terminó la canción.

—Estoy loco por ti —admitió con pasión—, y quiero que todo el mundo sepa lo mucho que te amo.

El público se puso en pie aplaudiendo a rabiar, completamente entregado ante esa demostración de amor, y él, envalentonado por el momento, pidió

silencio con las manos.

—¡Probando, probando! —habló al micrófono para comprobar que estaba encendido.

Pol, prácticamente tirado por los suelos de la risa, no podía creerse lo que su hermano mayor estaba haciendo. Era cierto que lo habían planeado anteriormente entre todos, logrando urdir una emboscada para Adriana sin que ésta se enterase, pero aquello ya superaba el papelón que se había marcado; el muy sinvergüenza lo estaba dando todo.

Poniéndose serio, Marc clavó su intensa y oscura mirada en Adriana, ofreciendo su alma en cada palabra que iba a decir a continuación.

—Mi amor, sé que te he hecho mucho daño en varias ocasiones. Y aquí, delante de toda esta gente, te suplico, te imploro que me perdones. Lo que hice lo hice por ti, por nosotros, por poder tener un futuro juntos sin que nadie lo pudiera destruir. Sé que no actué bien, pero tuve mis motivos, obligado por alguien que gracias a Dios ahora está pagando por sus pecados, y que ya no podrá tener la opción de volver a separarnos jamás. Y te aseguro que mis intenciones siempre fueron pensando en lo mejor para los dos. Entraste en mi vida arrasando con todo y no concibo seguir viviendo si tú no formas parte de ella. Me tienes completamente a tus pies, arrastrándome para suplicarte que me perdones y me des otra oportunidad, decidiendo con tan sólo una palabra tuya si mi vida tiene sentido o no. No soy nadie sin ti, mi vida. Sólo era un hombre que había muerto junto a sus padres en aquel accidente hasta que te conocí.

Adriana, lloraba y reía al mismo tiempo, feliz por la declaración descarnada que Marc estaba haciendo públicamente, demostrando con ello que las palabras dichas unos días antes y que tanto daño le habían hecho no eran ciertas. Su asombro aumentó todavía más cuando lo vio sacar de dentro del escote una cajita negra que escondía un anillo de compromiso.

—Adriana, Adrián, Ana Muñoz Ayala, a los tres os pido, delante de todos estos testigos, que me hagáis el honor de ser mi mujer, de compartir el resto de vuestras vidas conmigo, soy un hombre que lo ha dejado todo para estar contigo. Te prometo que, a partir de ahora, dedicaré mi vida al completo a hacerte feliz, pues si tú eres feliz yo soy feliz. Te amo como jamás creí poder amar a alguien y sólo quiero que me dejes demostrártelo cada día de mi vida.

El silencio que se hizo a continuación, mientras esperaban la respuesta, sólo

fue interrumpido por los sollozos de Ricky, Nines y Lesly, que, emocionados hasta la médula, aguardaban expectantes a lo que su amiga dijera.

—¡Por Dios, di que sí de una vez! —le rogó Nines después de sonarse la nariz con un pañuelo de papel.

Adriana, inmensamente emocionada, los miró a todos, los cuales esperaban impacientes a que diera su respuesta.

—No sé si sabes que no creo en el matrimonio —confesó mortalmente seria.

El «ooooohhh» general resonó en el local como un estruendo, y Marc cerró los ojos, siendo el único de los allí presentes que estaba preparado para recibir esa contestación. Enseguida recuperó la compostura, apretó los dientes con fuerza, comenzó a negar con la cabeza y elevó la mirada que desprendía un brillo de férrea determinación.

—Vas a hacerme sufrir, ¿no es cierto? Bien, pues te informo de que no me voy a dar por vencido tan fácilmente —dijo intentando ponerse en pie agarrándose torpemente a Ricky—, y cuando consiga sacarme este maldito calzado del demonio, te llevaré hasta el baño para que tú y yo mantengamos una conversaci...

No obstante, la decepción general se convirtió en vítores cuando Adriana se echó en los brazos de él, interrumpiendo su amenaza.

—¡Cállate, tonto! —le soltó mientras le regalaba la más hermosa de las sonrisas—. Ya tendrás el resto de tu vida para hacerme cambiar de opinión.

Marc, ajeno a la algarabía que se formó a su alrededor, acunó con sus manos el rostro de la mujer de la que estaba locamente enamorado, mientras su corazón henchido de felicidad daba gracias por la inmensa suerte que había tenido de conocerla.

—¿Me perdonas?

—No tengo nada que perdonarte.

—No es cierto, mi amor, me comporté horrible contigo. Te dije cosas muy duras y que no sentía ni pensaba... pero Roser no me dejó otra opción. Amenazó con denunciarte, con hacer todo lo posible para que acabaras en la cárcel, y tenía pruebas en tu contra para hacerlo posible... y yo no podía permitir que eso pasara... yo no podría vivir...

—¡Chist...! —lo interrumpió Adriana colocando un dedo sobre sus labios—. Ya está, ya pasó, mi amor. Por mi parte está todo olvidado.

Él la miró con veneración.

—Entonces, ¿te casarás conmigo? Porque no me fío de ti y quiero tenerte atada con un contrato de por vida.

Ella amplió más la sonrisa que le inundaba el alma.

—¿Y tú? ¿Estás seguro de lo que me pides?

—Nunca he estado más seguro de algo en toda mi vida —confesó feliz—. Siempre y cuando quieras empezar de cero una nueva vida conmigo. He dejado la agencia para volver a subirme a un coche, mi vida. Ya no estarás con el director general de una de las compañías de publicidad más importantes de España, sino con un simple piloto de carreras de automóvil.

—Nunca me ha importado quién eras, Marc.

Él sonrió, sabedor de que sus palabras eran ciertas.

—Entonces, ¿aceptas?

Adriana asintió con ímpetu.

—Sí. Sí, quiero.

Con infinidad de nervios y mucha delicadeza, Marc sacó el anillo de dentro de la cajita para deslizarlo por su dedo y, tras hacerlo, dibujó una inmensa sonrisa que le iluminó el rostro. Después, con una profunda devoción, se atrevió a besarla hasta hacerle perder el aliento.

—¡¡Cava para todos!! —exclamó Pol, exultante. Y agachándose un poco, les soltó—. ¡Eh, chicos!, dejad algo para la noche de bodas.

Los dos se rieron al oír el comentario, y ambos se miraron a los ojos para perderse en la inmensidad de su amor, todavía de rodillas en el suelo mientras los demás gritaban y coreaban.

Los profundos y negros ojos de Marc no podían dejar de observar el rostro de la mujer amada, y tragó saliva al darse cuenta de que su sueño se había cumplido al fin. El sueño de poder pasar el resto de su vida con ella se había esfumado para convertirse en una realidad... una realidad que lo llenaba y lo hacía inmensamente feliz.

—Te amo, Adriana. Las palabras se me quedan cortas para expresar lo mucho que significas para mí.

Ella, con la felicidad desbordando a través de sus ojos, respondió.

—Yo también te amo, Marc.

Y sellaron ese amor con otro hambriento beso que hizo ruborizar a más de

uno.

Agradecimientos

La vida te sorprende poniendo en tu camino a personas maravillosas. Personas que empiezan siendo lectoras y acaban siendo grandes amigas. Amigas que, finalmente, se convierten en personajes de tus novelas.

Muchas gracias, Ángeles Salamanca, por darme a mi queridísima Nines, y por tu generosidad al dejarme crear a Ricky. Sin ti, ninguno de ellos hubiera surgido a la vida.

Gracias también a Lesly Vasquez y a Azucena Blanca por demostrarme vuestro cariño cada día.

Espero y deseo que os guste esta historia tanto como a mí incluiros en ella.

De corazón, gracias.

Biografía

Antía Eiras nació en la ciudad de Vigo, España, en 1974. Es la tercera de tres hijas de padres gallegos. Desde muy niña siempre le ha gustado leer y ese *hobby* se ha convertido en una pasión para ella.

En febrero de 2015 publicó su primera novela, *Los príncipes azules no existen... ¿O sí?*, que a las pocas semanas se convirtió en bestseller en Amazon y duró más de un año en el Top100. También ha sido finalista en los Premios Eriginal Books.

En 2016 publicó su segunda novela, *A la caza de tu amor*, que fue galardonada con el premio Watty2015, llegando al puesto n.º 1 en las mejores plataformas digitales.

En 2017 publicó su tercera novela, titulada *Los guardianes (La Orden de los Varones n.º 1)*, el primer libro de una saga de corte romántico paranormal.

Si queréis saber más sobre ella y sus libros, podéis encontrar más información en:

Web: <http://www.antiaeiras.es/>

Facebook: <https://www.facebook.com/antiaeiras/>

Twitter: https://twitter.com/antiaeiras_

Referencia de las canciones

Perdóname, Copyright: P © 2015 Universal Music Latino, interpretada por Gloria Trevi. (*N. de la e.*)

Mentiras arriesgadas

Antía Eiras

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Matilda Inozemceva / Shutterstock

© Antía Eiras, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2018

ISBN: 978-84-08-19241-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltalldelllibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

